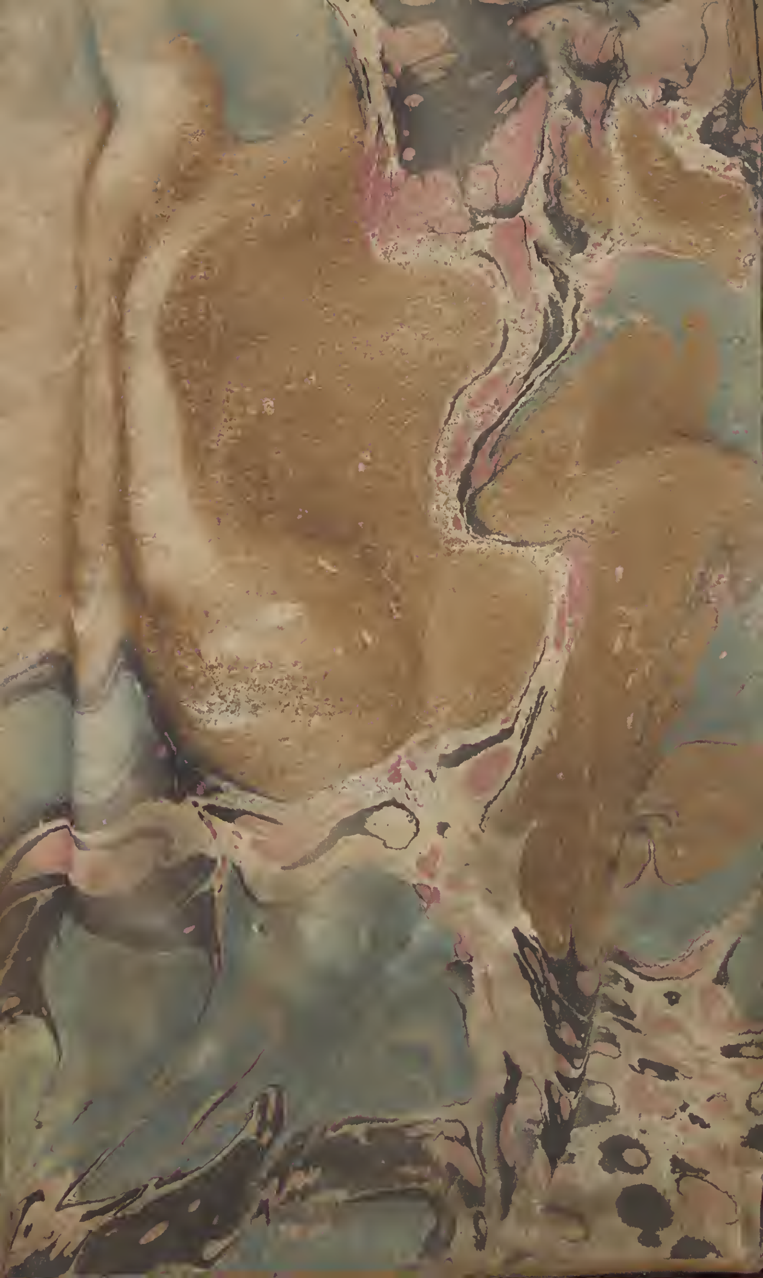






EL VIAGERO

UNIVERSAL.

QUADERNO XXV.

EL
VIAGERO UNIVERSAL,
Ó NOTICIA DEL MUNDO
ANTIGUO Y NUEVO.

OBRA RECOPILADA
DE LOS MEJORES VIAGEROS

POR D. P. E. P.

TOMO IX.

MADRID.
IMPRENTA DE VILLALPANDO.
1797.



EL VIAGERO UNIVERSAL.

QUADERNO XXV.

CARTA C.

Las fuentes del Nilo.

Las inundaciones periódicas del Nilo excitaron la curiosidad de todos los Filósofos de la antigüedad; y como desde luego se presumió que este fenómeno debia proceder de su nacimiento, se aplicaron desde la mas remota antigüedad á averiguar las fuentes de donde nacia este famoso rio. Sin embargo de los reiterados esfuerzos de los antiguos, y con las circunstancias mas ventajosas, todos sus conatos fueron vanos. De aquí se originó la opinion de que no se podia averiguar el nacimiento del Nilo, opinion que Lucano expresa en muy bellos versos.

Aunque el Egypto no fue producido por las inundaciones del Nilo, como algunos han escrito, por lo menos debe á este rio toda su fecundidad. La observacion de este raro fenómeno parecia que solo debia interesar á los Egypcios; sin embargo se hizo

el objeto de las investigaciones de los sábios de la Grecia, porque fueron discipulos de los Egypcios. Como el descubrir las fuentes del Nilo, de donde parecia se derivaban estas inundaciones periódicas, presentaba tan grandes dificultades, se creyó que solo podia ser intentada esta empresa por los mas poderosos Monarcas. Sesostris fue el primero que procuró descubrir el origen de este rio, pero sus esfuerzos no produxeron ningun efecto. Mucho tiempo despues Alexandro intentó este descubrimiento, y su expedicion merece mas atencion que las de todos los otros. Luego que conquistó el Egypto, y llegó en los desiertos de la Libia al templo de Júpiter Ammon, antigua y célebre divinidad de los Pastores, lo primero que preguntó fue en donde nacia el Nilo. Los Sacerdotes del templo le dieron las instrucciones necesarias, y escogió unos Ethiopes para que hiciesen este descubrimiento. Estos siguieron la corriente del Nilo, pero las montañas les impidieron reconocer que cerca del noveno grado de latitud, el Nilo muda su direccion hácia el Sur, gira rectamente al Este, y así le perdieron de vista. Volvieron, pues, á Alexandro y le contaron que habiendo seguido el curso del Nilo hasta el noveno grado de latitud, le habian visto girar de repente hacia el Este, y no habian vuelto á verle mas.

Ptolomeo Filadelfo y Ptolomeo Evergetes intentaron tambien inutilmente este mismo descubrimiento. Julio Cesar, despues de conquistar el Egypto, quiso descubrir las fuentes del Nilo, pero tampoco pudo lograrlo. Neron movido de esta misma curiosidad envió unos Centuriones para este descubrimiento; pero estos ó no hicieron el viage, ó se contentaron con lo que les contaron los habitantes del Egypto sin empeñarse mucho en esta averiguacion. Estas inútiles tentativas hicieron pasar como en proverbio *el buscar la cabeza del Nilo*, para expresar la imposibilidad de una cosa. Algunos modernos han pasado á la Abisinia con intencion de descubrir estas ocultas fuentes, pero con el mismo suceso que los antiguos. Los Jesuitas atribuyen el honor de este descubrimiento al Patriarca de Abisinia Paez, que dexó escritos dos tomos en folio sobre las cosas de la Abisinia. No he podido vér esta relacion en su original, pero el P. Kirker publicó una descripcion de las fuentes del Nilo, que dice habia sacado de la Historia de Paez. Es cosa bien estraña que los Jesuitás no hayan publicado este descubrimiento de Paez, que hace tanto honor á su Sociedad y á la nacion Española. La descripcion que trahe Kirker es muy poco exâcta, como se puede ver cotejando el extracto que voy á copiar, con la relacion de lo que yo mismo observé. He quí lo que dice Kirker.

„Los Ethiopes dan el nombre de Abaoi al Nilo: este rio nace en el Reyno de Gojam, y en el distrito de Sabala (*Sacala*) cuyos habitantes se llaman Agous. El nacimiento del Nilo está en la parte occidental de Gojam, y en el parage mas elevado de un valle que se pareoe á una gran llanura, rodeada de altas montañas. Hallándome, dice Paez, en este pais el 21 de Abril de 1618, con el Rey y el exército, subí hasta el parage en que está el nacimiento de este rio, y lo observé todo con atencion. Descubrí primeramente dos fuentes redondas, cada una de las quales tendria como quatro palmos de diámetro, y contemplé con el mayor placer lo que ni Ciro, ni Cambyses, ni Alexandro ni Cesar pudieron descubrir. El agua sale de la montaña que domina á la llanura, y los naturales dicen que está llena de agua. Los Agous habitan en la parte inferior á esta montaña hácia el occidente á una legua de estas fuentes, y este lugar se lláma Geesh, que estará á un tiro de cañon de la montaña."

Ya veis, Señora, quan vaga es esta descripcion, y lo peor es, que ningun Jesuita ni Geógrafo ha hecho uso de este descubrimiento fixando su longitud y latitud. Por esta causa, si es cierto que Paez vió estas fuentes, su descubrimiento ha quedado enteramente inutil para la Geografia y la His-

toria uatural ; por lo qual no estrañareis, que me detenga en esta relacion mas de lo acostumbrado. Hecha esta advertencia, vuelvo ya á mi viage.

El Salaca Voldo, que era la guia que me habia dado Fasil, no tenia trazas de hacer respetar á un estrangero en medio de una multitud de soldados Salvages, que se volvian á su pais en quadrillas desordenadas; pero este hombre habia sido escogido por quien sabia mejor que nadie lo que era Voldo. Este era un Agou de unos treinta y cinco años de edad no; llevaba en la cabeza mas adorno que sus largos cabellos negros y encrespados ; pero no tenia barba, porque ningun Gala la tiene. Una pieza de coton, que se echaba al hombro, le servia de manto, pero esto era solamente por la noche, pues por el dia la ponia encima de un mulo, y no llevaba mas vestido que una piel de cabra sobre los hombros, con unos calzones que le llegaban á la mitad del muslo, y un cinturon que le daba seis ó siete vueltas al cuerpo, en el qual llevaba metido un cuchillo. Esta era la única arma que llevaba, y se servia de ella mas bien para cortar la carne que comia, que para su defensa, porque un hombre de tanta importancia nada tenia que temer en el pais donde mandaba su amo. Tenia casi siempre en la mano una larga pipa, porque era gran fumador;

y quando la dexaba, tomaba una vara, con la qual repartia liberalmente palos á los hombres, mugeres y animales que se le acercaban. Marchaba descalzo de pie y pierna sin montar á caballo, y caminaba con la mayor velocidad. Era tan sagaz y astuto, que comprehendia facilmente todo lo que hablabamos, aunque usabamos de una lengua que él no entendia.

Llegamos á Dingleber, por donde deben pasar todas las provisiones que salen de Maitsa y del pais de los Agous; por lo que en tiempo de revolucion se apoderan los rebeldes de este desfiladero para sitiar por hambre á Gondar. Todos los habitantes de Dingleber hablaban antiguamente la lengua Falasa, pero al presente no hablan esta lengua sino los Judios, á quienes no se conoce en Abisinia sino con el nombre de Falasas. El clima de Dingleber es excelente, y su situacion una de las mas bellas de la Abisinia. Por un lado se vé el lago Tzana y todas sus islas; al norte está la península de Górgora, donde exîsten aun las reliquias del Colegio de Jesuitas y del palacio del Rey Socinios. Hácia el norte del lago se descubre á lo lejos todo el campo de Dara; y el Nilo que al atravesar el lago Tzana conserva su corriente claramente distinguida, no mezcla sus aguas con las de este lago, y al salir de él forma lo que se llama la segunda catarata,

que es la de Alata, de la qual ya os he hablado. Al S. E. veiamos claramente las llanuras del Maitsa, cubiertas por la mayor parte de árboles que las daban la apariencia de espesos bosques. Por el mismo lado á lo lejos descubriamos el territorio de Sacala, uno de los distritos de los Agous, donde estan las fuentes del Nilo, y adonde se dirigian mis anhelos. Detras de Sacala se elevan las altas montañas de Amid Amid, que forman un anfiteatro en semicirculo, y que por esta razon se las ha dado el nombre de *montañas de la luna*, nombre que la antigüedad habia dado á las montañas de donde se suponia que nacia el Nilo.

En Dingleber encontré á mis criados al tiempo que se disponian á pasar allí la noche. Habian sido inquietados por los Galas, los quales viendo hombres blancos por la primera vez, habian querido satisfacer su curiosidad, pero sin hacerles el menor mal ni insolencia. Resolví ir á pasar la noche algo mas adelante por evitar su encuentro, aunque nada tenia que temer de los Galas, porque el caballo de Fasil que conducian delante de nosotros, imponia el mayor respeto, y Voldo no tenia necesidad de hacer uso de su autoridad.

Despues de atravesar algunos rios y aldeas, llegamos á Limjur, la qual aldea encontramos mas tranquila que la primera vez.

Dixe á Voldo, quánto me alegraba de ver, que los habitantes fuesen reedificando las casas que Micael habia destruido, y él me respondió con una sonrisa bárbara: „yo tambien me alegro, porque si no las hubiesen „reedificado, no tendriamos leña para el „fuego esta noche en Kelti." Queria decir con esto, que los Galas que venian detras, y que debian dormir aquella noche á la orilla del rio Kelti, demolerian las casas recien construidas, y se llevarian la madera para quemarla. En efecto hallamos las ruinas de varias casas que acababan de ser reedificadas, y la madera medio quemada de que estaba cubierta la tierra, nos sirvió para encender hogueras y calentarnos por la noche. El Kelti vá muy ancho por aquella parte, y juntándose con el Branti, vá á desaguar en el Nilo. Vimos varias hogueras al otro lado del Kelti, y apenas habiamos empezado á desplegar nuestras tiendas, llegaron dos Galas á pie, armados de lanzas y escudos, á avisarnos que no acampasemos en aquel parage, porque nuestros mulos y caballos serian robados, sino que pasasemos el rio y fuesemos á plantar nuestras tiendas entre las suyas.

Pregunté á Voldo, qué gente era aquella, y me respondió que era un puesto abanzado, que habia ocupado aquel puesto para que el exército de los Galas acampase allí el

dia siguiente, y que este puesto era mandado por un famoso caudillo llamado el Saltador, el qual era el mayor malvado y el ladron mas determinado de todo el pais de los Galas. Díle gracias irónicamente por habernos escogido por protector á un hombre como aquel; á lo qual me replicó riendo: tanto mejor, tanto mejor, bien pronto vereis que esto es lo mejor para nosotros. Como era preciso volver á cargar nuestros mulos para pasar el rio, empezamos á hacerlo muy de mala gana, porque estabamos muy fatigados de tan larga marcha; y advirtiéndolo Voldo, dió un silvido metiéndose los dedos en la boca, y al punto acudieron cincuenta Galas á ayudarnos. Todo el vagage pasó en un momento, y mis tiendas fueron plantadas con la mayor prontitud, porque los Galas son muy diestros en esta especie de maniobra.

Quando estubimos acampados, vimos que la razon por la que no nos habian dexado solos al otro lado del rio, era porque los Galas que iban llegando, saqueaban las aldeas, y destruian las casas para llevarse la madera para sus hogueras, aunque las aldeas y casas eran propias de gente de su nacion, y amiga de Fasil. Despues los que habian sido echados de sus casas y robados, seguian á los robadores, robaban á sus camaradas, y se vengaban en todos los que encontraban.

Quando yo iba á acostarme, vino un criado acompañado de Voldo á presentarme de parte del Saltador un toro de una magnitud prodigiosa, pero algo flaco, el qual fue al punto muerto y desollado, para repartirlo entre todos. Por la mañana fui á ver al Saltador, el qual no se incomodó por mi visita: le encontré casi desnudo porque acababa de bañarse, y se estaba frotando el cuerpo y brazos con sebo derretido. Se habia untado ya con mucha grasa los cabellos, y un criado se ocupaba en trenzarselos con tripas delgadas de buey, sin haberlas limpiado. Ademas tenia atadas al cuello dos de estas tripas, cuyas puntas le colgaban sobre el pecho. Nuestra conversacion fue corta y poco interesante: yo estaba sufocado con el hedor de aquella inmundicia, y ademas el Saltador no entendia mas lengua que la Gala. No me hizo ninguna pregunta que indicase la menor curiosidad, y Voldo se encargó de decirle todo lo que necesitaba saber.

Este Saltador era muy alto y delgado: tenia el rostro puntiagudo, la nariz larga, los ojos pequeños, y las orejas prodigiosamente grandes. Nada anunciaba en él, que tuviese un caracter firme y propio para mandar; pero tenia fama del mas cruel ladron y asesino de todos los Galas: era muy buen ginete, y no se cuidaba de comer ni de

dormir. Díle un regalo que recibió con la mayor indiferencia, y dixo á Voldo, que si con aquello intentaba yo pagarle el toro, era escusado, pues no le habia costado nada, y me le habia dado por orden de Fasil. Supimos en la tienda del Saltador, que encontrariamos una partida de doscientos hombres, que Fasil habia enviado á tomar posesion de Roo, antes que nosotros llegasemos á aquel parage, no fuese que los habitantes del Maitsa, cuyas casas habian sido quemadas, nos persiguiesen quando nos hubiesemos separado del exército de los Galas. El Saltador nos dixo que su hermano, llamado el Cordero, no menos ladron y asesino que él, mandaba esta partida, compuesta de Galas de la tribu de Fasil.

Al salir de la tienda encontré á mi Estrates y á un criado de Ozoro Ester, los quales me dixeron que todo estaba en Gondar en la mayor confusion; que Gusho y Povusen habian llegado á la capital con pretexto de llevar algun dinero á aquel infeliz Socinios, á quien la Iteghé habia tenido la imprudencia de consentir le hiciesen Rey. La Reyna Madre queria que Gusho y Povusen se reconciliasen con Fasil y marchasen juntos contra el Ras Micael; que todo anunciaba la pronta vuelta del Ras, y que esto tenia con el mayor sobresalto á la Iteghé. Por lo que hace á Fasil, habia respon-

dido de un modo muy vago á las instancias de la Reyna. El criado de Ozoro Ester me dixo, que el Ras intentaba acomodarse con Fasil y volver á Gondar, y me hacia las mayores instancias para que me volviese á la capital. Pero ya era tarde para retroceder, y así le encargué me escusase con ella, pues estaba resuelto á proseguir mi camino á todo riesgo.

Llegamos al pais de Maitsa, habitado por Galas. Las viruelas no aparecen en este pais mas que una vez cada quince ó veinte años; pero los habitantes las temen tanto, que quando se declara en alguna casa, todos los vecinos, temiendo el contagio, rodean la casa por la noche, y la pegan fuego sin ninguna compasion, rechazando á golpes á todos los infelices que intentan salvarse, sin que haya exemplar de que hayan dexado escapar á nadie vivo. Esta costumbre parece horriblemente bárbara; pero la juzgariamos con mas benignidad, si viesemos los espantosos estragos que causa esta enfermedad en aquel pais: la peste es mil veces menos temible.

En el rio Kelti hay excelente pescado, que no es buscado por los Abisinios, porque observan mil supersticiones acerca de las comidas puras ó inmundas. Ademas son muy perezosos, y no conocen las redes, ni la industria que vemos aun en los Salvages para pescar con cañas. En todo el tiempo que

he estado en Abisinia no he visto á ninguno pescar.

Pregunté á Estrates que motivo habia tenido para venir á buscarme, habiéndose resistido tanto á seguirme; y me dixo que se habia arrepentido de su terquedad, y sabiendo que Ozoro Ester me enviaba un mensagero, habia resuelto venir á buscarme. Estrates no tenia mas recurso para vivir que las limosnas que le hacia la Reyna Madre, y lo que cogia haciendo el papel de bufon en la Corte. Bien pronto observé que mi guia el Salaca Voldo tenia mucho mas ingenio que Estrates, y le excedia en la habilidad de bufon y de remedar.

Prosiguiendo nuestro camino hácia Roo, encontramos al Cordero, hermano del Saltador, el qual estaba escondido en una caverna como un ladron, y si no hubiera querido salir, hubieramos pasado sin verle. Regalamosle algunas vagatelas, y entre otras un poco de tabaco, á que parecia muy aficionado. Hicímosle todas las preguntas que necesitabamos sobre el camino que debiamos seguir, y nos respondió sin rodeos con mucha concision y puntualidad. Nos aseguró que ningun habitante del país de Maitsa se habia atrevido á ir á la feria que se acostumbra hacer en aquel país, por temor á los Galas. Voldo empleó toda su eloqüencia en hacerme el elogio del Cor-

dero: dixome que éste era un hombre mas compasivo que su hermano, y que quando hacia alguna incursion en el Gojam, ó en alguna otra parte de la Abisinia, no mataba jamas á ninguna muger, ni aun á las que estaban preñadas, aunque en esto obraba contra la eterna costumbre de los Galas. Yo hice un cumplimiento al Cordero por esta su humanidad, y recibió todo lo que le dixe como si hablase de veras. La misma falta de curiosidad á las cosas nuevas, y la misma indiferencia absoluta, que habia notado en el Saltador, se advertia igualmente en su hermano el Cordero, y creo que esta es una señal característica de su nacion.

Pregunté á Voldo, qué se habian hecho los quarenta Galas, á quienes el Ras Micael habia hecho sacar los ojos al volver á Gondar de la batalla de Fagita. Ninguno de ellos, me dixo, ha vuelto á su patria. Nos han contado que las hienas los devoraron en las orillas del rio Angrab, donde los habian dexado abandonados. Yo salvé á tres de ellos, le dixe. Sí, me respondió, y puede ser que otros se hayan salvado tambien; y despues añadió en voz baxa. La fabula de haber sido devorados por las hienas junto al Angrab, ha sido inventada para engañar á los Galas; pero nosotros los vasallos de Fasil sabemos que han sido asesinados por

su orden en el Maitsa y en el país de los Agous, para que no volviesen á su país á atemorizar á sus compatriotas con el espectáculo sangriento de su mutilacion. Esta habia sido la intencion del Ras Micael quando les sacó los ojos, desfigurándolos, y perdonándoles la vida para que volviesen á su país; pero Fasil temiendo los efectos que podria causar este horrible espectáculo, los hizo matar antes que llegasen á su país.

Confieso que me causó el mayor horror este rasgo de la feroz política de Fasil. ¡Cómo! exclamé, matar á sus mismos soldados, porque su cruel enemigo los ha privado de la vista! Pues no hay que dudarlo, replicó Voldo: los Galas no son como los demas hombres. Ellos no se paran en lo que es cruel ó no; sino que hacen precisamente lo que les conviene, y no se cuidan de otra cosa. El Ras Micael, añadió, seria un excelente Gala: ¿te parece que es menos cruel que mi amo Fasil, siempre que le acomode? Entonces conocí, por qué los tres Galas, á quienes yo recogí en Gondar, no quisieron jamas volver á su país, aunque tuvieron muchas ocasiones; y por la misma razon sus compatriotas, que fueron enviados por Fasil á Gondar, no quisieron llevarselos.

Aunque el Cordero y todos sus soldados ponian poca atencion en nosotros, era muy

notable el respeto que mostraban al caballo de Fasil, que llevabamos delante de nosotros. La mayor parte de ellos vinieron unos tras otros á darle un puñado de avena, y el mismo Cordero tuvo con él una conversacion muy larga y séria. Voldo me dixo, que en esta conversacion se lamentaba de la suerte de este animal, y censuraba la crueldad de Fasil de haberle entregado á un Blanco, que no le cuidaria bien, y no le dexaria volver jamas al pais de Bizamo.

Despedimonos de los Galas, y prosiguiendo nuestro camino, Estrates mató una ave curiosa para mi coleccion; pero á poco rato oimos unos gritos confusos y bárbaros, y vimos una tropa de hombres á caballo, que corrian hácia nosotros con las lanzas enristradas. Nos atrincheramos detras de nuestros vagages, y nos dispusimos á la defensa, apuntando con nuestros fusiles: pero Voldo se adelantó hácia ellos porque conoció que eran amigos por sus gritos de *Fasil Ali*, *Fasil Ali*, esto es, Fasil es el que manda aquí. Al vernos en aquella actitud se detuvieron todos con Voldo, y supimos, que era la tropa del Cordero, que habiendo sabido que habian pasado cinco ginetes Agous, y oyendo el fusilazo que habia disparado Estrates, venian á socorrernos, creyendo que habiamos sido acometidos por los

cinco Agous. Este cuidado en executar con tanta puntualidad las ordenes de su General, nos dió la mejor idea del Cordero. Dimosle muchas gracias, y le convidamos á almorzar, lo que executó sin ceremonia. Al despedirnos, para dar al Cordero una prueba de nuestro agradecimiento, le dí una gran porcion de tabaco, y otras vagatelas, lo qual recibió con la mayor indiferencia, sin expresar el menor agradecimiento en sus palabras ni en su rostro. Este es el carácter de los bárbaros: hacen el mayor servicio, y no exîgen el menor agradecimiento ni aun de palabra: igualmente quando se les hace un favor, no se creen obligados á la gratitud. Solamente dixo al almorzar, que sentia mucho no hubiesemos tenido mas que una falsa alarma, y que hubiera querido mas que nos hubiesen acometido de veras, pues entonces hubieramos visto con quanta facilidad y prontitud los hubiera hecho pedazos, aunque fueran ciento. Al despedirse llamó aparte á Voldo, y le dixo me pidiese la servilleta que habiamos tendido en el suelo para almorzar, para cubrirse la cabeza contra los ardores del sol. Al punto se la dí, y rodeandosela á la cabeza de suerte que le tapaba la mitad del rostro, montó á caballo, y se marchó tranquilamente. Antes de separarse de nosotros, tuvo la atencion de destacar quince de sus ca-

ballos para que nos acompañasen, porque tenia algun rezelo de los cinco Agous que habian pasado á caballo.

Llegamos al país de Guto: sus habitantes son mas ricos y tienen mejores casas que los de Maitsa; abundan en ganados de extremada belleza, y de diferentes colores. Los campos nos parecieron los mas bellos y amenos no solo de la Abisinia, sino quizá de todo el Oriente. Vimos allí avena salvage que se eleva á tan prodigiosa altura, que un hombre á caballo puede ocultarse en ella; la paja de esta avena tiene á veces una pulgada de circunferencia, por lo que, quando la avena está madura, parece cañas. Los Abisinios no hacen ningun uso de esta avena; pero tiene un gusto excelente. Yo creo que esta avena está allí en su estado natural y primitivo, y la que vemos en nuestros climas, está degenerada. Al Sur del rio Kelti todo el terreno son pastos, donde se crian muchos caballos, porque todos los Galas andan á caballo, ó hacen el comercio de caballos y ganados.

Todo el distrito de Arusi está regado de gran número de arroyos, ademas del Asar, que despues del Nilo es el mas considerable de esta parte de la Abisinia. Poco mas abaxo del vado por donde pasamos el Asar este rio tiene una cascada magnifica, cuya caida será de unos veinte pies, y sus aguas

al caer formaban una masa de mas de ochenta pies de ancho. El agua cubre enteramente el peñasco ocultándolo á la vista, y el agua se precipita con una violencia y estruendo terribles, sin que nada la rompa al caer. Despues de esta cascada entra en un cauce mas estrecho, y va á desaguar al Nilo.

La fuerza de la vegetacion producida por la humedad del terreno y la fuerza del sol es facil de concebirse, pero causa admiracion el verla. No se puede menos de admirar el espectáculo magnifico de aquellos árboles, cargados de flores de todos colores, y de una forma nueva y singular, sobre los quales se ven voltear infinidad de aves raras, con los colores mas bellos y brillantes. Pero como no hay cosa tan perfecta en la naturaleza que no tenga alguna mezcla de imperfeccion, estas aves tan vistosamente adornadas son enteramente mudas; y entre aquella infinidad de flores variadas con tan bellos matices, la rosa y el jazmin son las únicas que tienen fragancia.

Despues que pasamos el Asar y varias aldeas del distrito de Guto, marchando siempre derechos al S. E. vimos distintamente por la primera vez la alta montaña de Geesh, objeto de nuestro penoso viage, pues al pie de ella tiene su nacimiento el Nilo.

Llegamos á la orilla del Nilo, que en este parage no tiene mas que quatro pies de profundidad. La misma veneracion que tenia la antigüedad al Nilo, y que le tienen aun las naciones que viven cerca de su nacimiento, se extiende hasta Guto, y aun á mayor distancia, lo que proviene sin duda de que este país siempre ha sido habitado por indigenas. El Maitsa ha sido poblado de algunos siglos á esta parte por Galas, á quienes la política de Yasus el Grande hizo establecer en aquel país; pero en Guto, así como en todos los cantones de los Agous, los naturales se han perpetuado sin ninguna mezcla; y sus antiguas supersticiones estan menos arraigadas en sus corazones, que la doctrina del Christianismo que posteriormente abrazaron.

Los naturales acudieron en tropas luego que nos vieron atravesar el rio, y nos fueron muy útiles para ayudarnos á pasarle; pero se opusieron vivamente á que le pasase ninguno montado á caballo, ó en mulo. Descargaron nuestros mulos sin ninguna ceremonia, y pusieron nuestros fardos sobre la yerba: despues insistieron sobre que nos habiamos de quitar los zapatos, y amenazaron apedrear al que labase sus vestidos en el rio. Los de mi comitiva les respondieron en el mismo tono, y yo solo contemplaba con placer aquellos restos del culto

antiguo que se daba al Nilo, del qual no esperaba encontrar ningun rastro. En fin, nos permitieron que bebiesemos del rio, y tambien nuestras caballerías; y cogiéndome dos hombres por debaxo de los brazos me pasaron con mucha precaucion por temor de las hoyas que habia en el rio. Despues los pobres Agous pasaron nuestras caballerías, y á uno de mis criados con la misma precaucion que á mí. Voldo me hizo una señal, guiñándome el ojo, que dexase hacer á los Agous lo que quisiesen, de suerte que á excepcion de mi fusil todas mis armas y vagage quedaron al otro lado del Nilo con Voldo y los demas de la comitiva. Conocí en esto, quan seguro estaba de que aquellos eran vasallos obedientes de Fasil.

Los Agous eran como unos treinta, entre jóvenes y viejos, unos armados con lanzas y escudos, y otros solamente con un cuchillo á la cintura. Voldo cogió su vara, y sentándose sobre un ribazo cubierto de yerba se puso á fumar: hizo poner á mi gente detras de sí, y exhortó gravemente á los Agous que conduxesen mi vagage á hombros. Algunos de los Agous se rieron de esta proposicion, y despues pidieron se fixase el precio que se les habia de dar por este servicio. Voldo prosiguió fumando con mucho sosiego, y les preguntó con un tono muy sosegado y manso, si no eran ellos los que

habian insistido para que descargasemos el vagage, y pasasen nuestros mulos al otro lado? Los pobres Agous respondieron sencillamente, que lo habian hecho así, porque no era lícito pasar el Nilo de otro modo, pero que estaban prontos á pasar los vagages, si se les pagaba. Apenas pronunciaron estas palabras, quando Voldo aparentando que se habia irritado en extremo, dexó la pipa, levantó el palo, y corriendo á los Agous, gritó con un tono furioso: »¿pues quién soy yo? ¿quién soy yo? ¿Soy »una niña, una muger, ó un perro paga»no como vosotros? ¿Qué aprecio haceis de »Fasil? ¿No sois sus esclavos? ¿Perteneceis á »algun otro amo, para querer obligarme á »pagaros por causa de vuestras diabólicas ido»latrías, y supersticiones? Pero vosotros teneis necesidad de paga, tomadla." Al punto se terció su túnica á la cintura, y dando saltos de dos ó tres pies de alto, repartió una lluvia de palos sobre las cabezas de los miserables Agous. No se contentó con esto: quitando una lanza á un pobre Agou, que estaba mirándole como pasmado, le enderezó la punta, y le hubiera atravesado si el infeliz no hubiera echado á huir con todos los demas. Luego que los vió huir, pidió un fusil, lo qual les hizo acelerar el paso, y se ocultaron detras de unos matorrales.

Yo que estaba mirando esta escena des-

de la otra parte del rio, creí que de ella nos redundaria algun mal, pues ya era muy tarde, y no hallaba medio para hacer pasar los vagages. Pero yo estaba muy seguro de que Voldo que conocia bien aquel país, no hubiera permitido con tanto sosiego se descargasen nuestros mulos, ni representaria aquella farsa de furioso, si no tuviera algun proyecto. Lo que mas bien me hizo conocer, que todo esto se dirigia á algun fin que yo no comprendia, fue el ver á Voldo pedir un fusil, siendo así que no se atrevia á acercarse con diez pasos á ninguno que disparase un arma de fuego. No quise pues mezclarme en nada, esperando el fin de aquel suceso, y ví á Voldo volver á tomar tranquilamente su pipa, y atravesar el rio con toda mi gente, sin que nadie quedase guardando el vagage. Dixonos que montasemos á caballo, y marchasemos llevando nuestros mulos delante. Hicímoslo así, y apenas habriamos andado unos cien pasos, vimos un número de Agous, mucho mas aumentado, correr hácia nuestros vagages, y mientras que uno de ellos nos gritaba que nos detuviesemos, los demas cogieron nuestros fardos, y los pasaron en un instante.

Sin embargo, Voldo no se dió por satisfecho: les habló con el tono mas irritado: no quiso que volviesen un paso atras

los mulos, y obligó á los pobres Agous á que los llevasen á cuestas hasta donde estabamos. Estos infelices le rodearon despues suplicandole que no dixese nada á Fasil, para que no fuese á vengarse en sus aldeas. Voldo manteniendo su severidad se contentó con alabarse de su moderacion, alegando por prueba lo que acababa de hacer. »Si fulano, les dixo, nombrando á un oficial que debia de serles conocido, si fulano hubiera estado en mi lugar, él os recompensaria tan bien, que vuestro castigo excediese el término de siete años." Todos los Agous convinieron en que tenia razon, elogiando mucho la dulzura de Voldo, y prometiéndole un regalo para quando volviese. Creí que todo estaba ya acabado; pero Voldo cogiendo una bolsa en que llevaba el tabaco, y palpandola, empezó á gritar que le habian robado dos onzas de oro que llevaba en ella. Los pobres Agous se mostraron muy afligidos, y el malvado meneando la cabeza, les echaba unas amenazas tan lacónicas como terribles. Proseguimos el camino, y dos de los Agous nos siguieron hasta nuestro campamento, donde se compusieron con Voldo, el qual sin duda los trataria con su ponderada moderacion y justicia.

Al ver una maldad inventada tan de pronto, y executada con tanta sagacidad, empecé á pensar seriamente sobre mi situa-

cion, pues me hallaba á merced de un picaro tan sagaz. Tenia confianza en el miramiento con que le habia tratado por todo el viage, haciéndole algunos regalos, y prometiéndole cosas mas considerables, segun el modo con que se portase. Yo llevaba un magnifico cinturon de seda, que me daba seis ó siete vueltas al cuerpo, el qual excitó la codicia de Voldo, y me echó algunas indirectas para pedirmele, de las quales no hice caso. Yá vereis que medio discurrió para que se le diese.

Llegamos á la aldea de Guto, cuyas casas encontramos abandonadas, porque los habitantes se habian huido temiendo que eramos Galas. Mi gente se ocupó en buscar provisiones, y oyendo yo el ruido de una catarata del Nilo, quise aprovechar lo que restaba del dia para ir á verla. Como el caballo de Fasil estaba descansado, porque nadie habia montado en él, le cogí y marché en él con un criado y un paisano. Llegamos en menos de media hora á la catarata, á la qual han dado el nombre de primera, pero no correspondió á la idea que yo habia formado de ella. Apenas tiene diez y seis pies de alto, y la capa de agua que se precipita, que tendria unas sesenta brazas de ancho, se divide en varios parages, y en su caida dexa algunos pedazos del peñasco descubiertos. Sus orillas no son tan

frondosas ni amenas como las de la catarata de Asar, y no iguala con mucho en belleza y magestad á la de Alata, que ya he descrito, y que llaman sin razon la segunda catarata; porque algo mas arriba de Guto al Oueste de la Iglesia de Boscon Abbo, hay otra cascada. Ademas hay otra menor mas abaxo del parage en que el rio Gumeti entra en el Nilo: se encuentran tambien otras entre la desembocadura del Davola en el Nilo, y las fuentes de este rio. Es verdad que estas últimas cascadas son poco considerables, y solamente se las distingue en la estacion de las lluvias.

Luego que exâminé despacio la catarata de Guto, volví á esta aldea, donde encontré á mi gente que estaba degollando una vaca. No habia sido posible al principio encontrar ninguna res, porque los habitantes habian escondido todos los ganados; pero Voldo arrimando las manos á la boca, é imitando el bramido, logró que le respondiesen algunas vacas, que estaban escondidas en las cercanías, y cogieron una de ellas. Dixe á Voldo, que para atraerme el afecto de los Agous, cuyo dominio me habia dado el Rey, queria exîmirlos de todos los tributos, y él me dixo que no me apresurase hasta ver como se portaban, pero yo insistí en hacer lo que habia resuelto. Todo el territorio de Guto está lleno de aldeas,

en las quales las familias viven juntas, de suerte que cada aldea no forma mas que una familia.

Saliendo de aquí, atravesamos varios arroyos y montañas que merecen muy poca atencion. El Nilo forma en una llanura de unas quatro millas mas giros que ningun otro rio del mundo: en este parage no tiene mas que unos veinte pies de ancho, y uno de hondo. Despues de haber atravesado otras montañas y arroyos, llegamos á la cumbre de la última montaña, desde donde descubriamos el territorio de Sacala, y la montaña de Geesh: vimos debaxo de nosotros el Nilo, semejante á un arroyo, y que apenas tenia agua para hacer andar un molino. Sin embargo, yo no me cansaba de contemplar aquel rio tan cerca de su nacimiento, y se me venian á la memoria todos los pasages de los Autores que hablan de la imposibilidad de descubrir el origen de este rio. Principalmente me acordaba de los versos de Lucano, y gocé por la primera vez del triunfo que debia á mi intrepidez, favorecida por la providencia, la qual me hacia superior á tantos héroes poderosos que habian intentado en vano esta misma empresa. Sacóme de esta dulce ilusion la alarma de los mios, los quales exclamaron que habiamos perdido á Voldo. Aunque yo esperaba ya hacia tiempo, que

nos armase alguna treta, sin embargo no creí que pensase en abandonarnos. Formamos mil conjeturas, y la mas fundada nos pareció, que se habria quedado atras enfermo, porque antes habia ya fingido que lo estaba. Encargué, pues, á un criado que volviese á buscarle, y en efecto á pocos pasos le encontró que venia caminando con tanta languidez y fatiga, como si estuviera enfermo, y protextó que no podia pasar adelante. Yo le tomé el pulso, y viendo que no tenia la menor apariencia de enfermedad, le dixe que mentia, y le eché muchas amenazas. Atemorizado con esto, alegó varias excusas, y yo proseguí adelante: él se quedó atras hablando con un criado, que sin duda era participante de su secreto, y prosiguió el camino sin acordarse mas de su enfermedad. Atravesamos de nuevo el Nilo, que por aquel parage no tiene mas que quatro pies de ancho, y quatro pulgadas de hondo; no era mas que un arroyo cristalino, que corria rapidamente por un fondo de guijarros. Por aquí es muy facil de vadear, pero un poco mas abaxo está lleno de cascadas. Al pasar por junto á Voldo, le dixe con ironia, que me alegraba de verle restablecido; entonces acercandose á mí, dixo que deseaba hablarme aparte. Dexate de engaños y mentiras, le dixe; la verdad y una buena conducta pueden mas conmigo

que todos los artificios. Señor, me respondió, teneis razon; todo esto no ha sido mas que una mentira; pero yo creí deber fingir que estaba enfermo, para no verme precisado á deciros el verdadero motivo de no querer ir á Geesh, ni conduciros á las fuentes del Nilo. Despues de este preambulo, alegó otra razon no menos frívola, la que despreció igualmente. Viendo esto el criado, cómplice de su artificie, me dixo claramente que el verdadero motivo era que Voldo deseaba le diese mi cinturon. Yo no dudé darselo, pero al entregarselo, le repetí varias amenazas, y advertencias con lo que todo quedó sosegado. Entónces me dixo: veis aquel cerrillo cubierto de verdura en medio de aquel terreno humedo? Pues allí estan las fuentes del Nilo: Geesh está situada sobre aquel peñasco, donde se ven aquellos árboles tan verdes. Si vais á las fuentes del Nilo, quitaos los zapatos, como hicisteis el otro dia, porque los habitantes de este distrito son paganos, cien veces peores que los de Guto, y no creen nada mas que en el Nilo, á quien invocan como á un Dios.

Quitéme al punto los zapatos, y baxé corriendo de la montaña hácia el cerrillo cubierto de verdura que distaba como unos doscientos pasos. Toda la falda de la montaña estaba esmaltada de flores, y con la prisa que llevaba tropecé y caí por dos ve-

ces. En fin llegué al cerrillo, y ví que tenia la forma de un altar, que sin duda era obra del arte. Quedéme arrebatado como en éxtasis al contemplar la primera fuente que brota de en medio de este altar. Es mas fácil de imaginar que de referir lo que experimenté entonces: yo estaba mirando aquellas fuentes, á cuyo descubrimiento habian aspirado en vano tantos hombres grandes por espacio de tres mil años.

Pero aunque yo triunfaba en mi imaginacion de tantos Reyes y héroes, que habian intentado inutilmente esta empresa; y mis reflexîones me llenaban mas y mas de orgullo, el mismo objeto que contemplaba puso término á la exâltacion de mi fantasía. Acababa de llegar á las fuentes del Nilo venciendo una infinidad de obstáculos y peligros, el menor de los quales hubiera bastado para destruirme, si la Divina Providencia no hubiera velado sobre mí de un modo particular; pero no podia ignorar que me esperaban aun iguales ó mayores peligros, y se iba á perder el fruto de mi descubrimiento. Para disipar estas ideas funestas, volviéndome á Estrates, quise distraerme un poco diciéndole. »Ven acá, Estrates, mi fiel es»cudero, y triunfa con tu Don Quixote en »esta Isla Barataria, adonde hemos llegado »con tanta felicidad. Ven y triunfa conmi»go de todos los Reyes de la tierra, de sus

»numerosos exércitos, de los héroes y de los »filósofos. Señor, me respondió, lléveme el »diablo si entiendo palabra de esa algaravia. »Yo soy un porro, ya lo sabeis; pero lo mas »acertado seria salir de estos pantanos, y lle»gar á la casa en que hemos de alojarnos.» »Yo tenia una copa de coco, y llenándola »de agua, le dixe: ea, Estrates, bebamos á »la salud de nuestro buen Rey. Confunda »Dios á todos sus enemigos, exclamó, y »apuró la copa, tirando su gorra al ayre y »gritando *huza*. Bebamos otra, le dixe, á »la salud de nuestra amable Reyna: la apu»ró tambien repitiendo las mismas palabras y »demostraciones de alegria. El dia era muy »caluroso, y esta circunstancia junta con mi »entusiasmo me hizo beber repetidas copas »en aquella fuente, por tanto tiempo desea»da. Vamos, Estrates, le dixe, bebamos por »nuestra feliz vuelta. Poco á poco, Señor, »me dixo, ya he bebido muy de buena ga»na por vuestro Rey, por vuestra Reyna, »por todos sus hijos y hermanos: Dios los »conserve y bendiga, amen. Por lo que hace »á nuestra feliz vuelta, nadie la desea mas »que yo, bien lo sabe Dios; pero eso de »beber mas agua, así lo haré como ahorcar»me. Hanme dicho, que estos Salvages ha»cen oracion al diablo todas las mañanas »junto á esta fuente; y perdoneme Dios, pa»receme que siento sus cuernos en el vientre,

„despues que me habeis obligado á echar „tantos tragos de esa agua infernal. — Vaya, „Estrates, otro trago, que está bien fresca.— „Lléveme el diablo, si entra una gota mas „en mi estómago! no sino andate á burlas „con esta gentecilla que adora al diablo, y „con sus brujerias y encantamentos le harán „rebentar á un Christiano en unos parages „tan lejanos. No, Señor mio, yo beberé „quantas copas de vino ó aguardiente se le „antojen; pero por mis santiguadas que no „probaré mas de esta maldita agua. Ya yo „tengo para mí, que estas diabluras me han „hechizado."

Un gran número de Agous se habia aparecido en lo alto del cerro, y nos contemplaba en silencio y con admiracion, mientras que haciamos todas estas extravagancias. Preguntaron á Voldo el motivo, y él les dixo que estabamos locos, porque nos habia mordido un perro rabioso. Ellos dixeron que sanariamos sin remedio, bebiendo el agua del Nilo, pero que era menester beberla en ayunas. Yo me alegré de la explicacion favorable que habia dado Voldo de nuestras locuras, y de la respuesta de los Agous, pues ella me hizo conocer que aun se conservan reliquias de la connexîon que hallaban los antiguos entre el Nilo, y la constelacion del perro ó la canícula.

CARTA CI.

Continuacion de las Fuentes del Nilo.

Por lo que os escribí en la carta anterior, creo no os quedará duda de que ninguno de los antiguos ni modernos ha descubierto antes que yo las fuentes del Nilo; y si es que Paez las vió, su descubrimiento ha sido inutil para las letras por descuido de los Jesuitas en no publicar su viage. Espero me perdonareis que me detenga en esta relacion algo mas de lo acostumbrado, pues lo merece la importancia de la materia.

Los Agous de Damot dan al Nilo los honores divinos: adoran á este rio, y ofrecen millones de víctimas al Dios que creen reside en sus fuentes. Esta nacion está dividida en tribus, y es bien digno de atencion que jamas ha habido el menor odio ni enemistad entre estas varias tribus. Quando se ha suscitado entre ellas alguna enemistad, no ha pasado del termino de un año, al cabo del qual todas ellas concurren á las fuentes del Nilo, y le sacrifican llamándole Dios de la paz. Una de las menos numerosas de entre ellas ha conservado siempre la preeminencia, porque estas fuentes nacen en su ter-

ritorio cerca de una miserable aldea que ha tomado su nombre.

Aunque esta aldea de Geesh no dista mas de unos seiscientos pasos de las fuentes del Nilo, no se la puede descubrir desde ellas, porque la llanura en que estan, termina en un precipicio de trescientos pies de profundidad debaxo del qual está la llanura de Asoa, y esta region se extiende al mismo nivel hasta setenta leguas al Sur, donde se encuentra al Nilo, que ha dado ya un largo rodeo por las provincias de Dojam y de Damot. El precipicio de Geesh parece que ha sido de intento dispuesto en varios altos, en cada uno de los quales hay un grupo de casas, colocadas con desigualdad, esto es, que las unas estan algo mas altas, otras mas baxas ó de lado: lo que ha obligado á los habitantes á elegir esta situacion, es el temor á los Galas, que invaden frequentemente esta parte de la Abisinia, y han exterminado muchas veces varias tribus de Agous.

En medio del peñasco se halla una inmensa caberna, que no sé si es obra del arte ó de la naturaleza: tiene varios callejones, de suerte que un estrangero se perderia facilmente en aquel laberinto, y tiene capacidad suficiente para ocultarse en él todos los habitantes de la aldea con sus ganados. Los muchos espinos que cubren la en-

trada de la caberna ocultan su puerta. Las casas no tienen ninguna comunicacion unas con otras, sino por sendas estrechas y torcidas, rodeadas de espinos que dexan crecer para su seguridad. Desde lo alto del peñasco de Geesh hay una pendiente bastante suave, que va á parar á un pantano. Los Agous juntaban antiguamente encima del peñasco que está en medio de la llanura, los huesos de los animales que ofrecian en sacrificio al Nilo: mezclaban con ellos leña, y les pegaban fuego; pero ya no se practica esta costumbre, ó á lo menos ha mudado de lugar, pues lo executan junto á la Iglesia, porque Fasil y Micael han dexado á esta nacion el libre uso de sus ritos idólatras.

Los Agous hacen sus ceremonias religiosas sobre el altar inmediato á la primera fuente del Nilo: en medio del mismo altar hay un agujero hecho por mano de los hombres, y cuidan de que no nazca ninguna yerba al rededor ni dentro de este agujero, por lo que el agua está allí muy clara y sosegada. Esta abertura tendrá unos tres pies de diámetro: el agua se elevaba la primera vez que la ví á dos pulgadas sobre el borde, y en todo el tiempo que estuve en Geesh no advertí que subiese ni baxase, aunque sacabamos de allí mucha agua.

A diez pies de esta primera fuente se vé la

segunda que tiene once pulgadas de diámetro, y ocho pies y tres pulgadas de hondo; y á cosa de unos veinte pies de la primera, hay otra tercera al S. S. O.: esta tiene poco menos de dos pies de abertura, y cinco pies con ocho pulgadas de hondo. Está, así como la segunda, en medio de un altar pequeño, pero no tiene mas que tres pies de diámetro y una basa menos elevada. El altar de la tercera fuente parece ha sido destruido por el agua que brota hasta el borde, como en el de la segunda, y del pie de estos dos altares sale un hilo de agua. Estas aguas van á reunirse al foso de la primera fuente, y forman una corriente que podria llenar un tubo de dos pulgadas de diámetro.

El agua de estas fuentes es muy delgada, y buena y no tiene ningun mal sabor: la hallé en extremo fresca, aunque estaba expuesta á todo el ardor del sol. Quando hube satisfecho mi ardiente curiosidad de ver las fuentes del Nilo, me ví acometido de las reflexîones mas tristes, que disminuyeron mucho el placer que me habia causado este descubrimiento. Presentaronseme á la imaginacion todos los peligros que me esperaban á mi vuelta. La indiferencia habia sucedido de repente al entusiasmo, despues que me ví en posesion del objeto de mi ambicion y de todos mis deseos, pension ordinaria del corazon humano, que jamas

halla contento en el goce de los objetos mas apetecidos. Entonces las fuentes del Nilo no me parecieron mas que una vagatela, cuyo único mérito consistia en la dificultad de verlas, y no me parecieron comparables con el nacimiento magestuoso de otros muchos rios que he visto en el discurso de mis viages. Quántos objetos como éste, y aun de menor importancia fatigan la curiosidad de los hombres, y los obligan á exponerse á los mayores peligros!

El terreno en que nace el Nilo, está elevado mas de dos millas sobre el nivel del mar, altura prodigiosa en que se puede gozar de un cielo siempre sereno, y de un sol siempre ardiente, al qual jamas se opone ninguna nube. El dia 6 de Noviembre á las 5 de la mañana el termómetro de Farenheit estaba á quarenta y quatro grados; á mediodia subió hasta los noventa y seis, y al ponerse el sol baxó á los quarenta y seis. Por la noche hacia frio, y una hora antes de ponerse el sol hacia aun mas.

El Nilo atravesando el terreno pantanoso en que nace, va rectamente hácia el Este por espacio de unos cien pasos sin que las aguas crezcan mucho, pero tienen algun aumento. A poco trecho rodea el territorio de Sacala: allí va poco á poco hácia el Nord-Este, despues derecho al Norte, y al tiempo que sigue esta direccion por el

espacio de dos millas, recibe el tributo de varios manantiales que nacen á los dos lados de su corriente, y principalmente de dos, que duplican por lo menos el volumen de sus aguas; y quando llega al pie de la montaña donde está la Iglesia de San Miguel de Sacala, lleva ya agua para hacer andar un molino. Su agua es clara, y corre por un cauce que tiene cerca de tres brazas de ancho, y muy poca profundidad. Pero esto varía segun las estaciones; y esto que he dicho se entiende por el mes de Noviembre, en que han cesado ya las lluvias algunas semanas antes.

No hay quizá en todo el universo un sitio mas ameno y delicioso que éste: los collados estaban cubiertos de la verdura mas agradable, y sus cimas coronadas de los árboles mas magestuosos. La corriente del rio es la mas clara y diafana: sus márgenes estan cubiertas de arbustos frondosos, cuyas ramas parece que se inclinan mas bien á besar amorosamente sus aguas, que á elevarse por el ayre: estaban cubiertos de muy bellas flores amarillas, semejantes á las rosas del mismo color, pero sin espinas. Desde este sitio encantador hasta la Iglesia de San Miguel de Geesh triunfé por la segunda vez del Nilo, porque mi primer triunfo fue en sus fuentes: despues de haber exâminado el vado del Nilo, hallé que no te-

nia mas agua que la precisa para hacer andar un molino. Mas abaxo de este vado el Nilo vuelve hácia el Oueste, y despues de haber corrido cerca de quatro leguas en esta direccion, el ángulo de inclinacion se aumenta, el agua parece mas agitada, y cayendo despues en cascada de seis pies de alto, sale de entre las montañas de su nacimiento, y atraviesa la llanura de Guto, en donde está la primera catarata. Entrando en esta llanura, parece que el Nilo ha perdido toda su violencia, y apenas se percibe el movimiento de su corriente: pero serpentea haciendo tantos giros, que excede á quantos rios tortuosos he visto. Forma á lo menos veinte penínsulas muy espaciosas en el espacio de cinco leguas.

Saliendo de esta llanura el Nilo va derecho al Norte, y recibe en su seno varios rios pequeños. Allí empieza á correr con mas rapidez, y recibe otros varios rios que baxan de las montañas. Luego que entra en su seno el Davola, se hace muy caudaloso, y tres leguas mas allá sus orillas son escarpadas, y estan cubiertas de grandes árboles. Corre hácia el Nord-Este, hace un gran rodeo, y recibe al rio Diva, que viene del Este. Describe entonces un semicírculo, recibe el Ohha, y volviendo de repente hácia el Este, forma la segunda catarata de Kerr. A cosa de tres leguas mas abaxo de esta ca-

tarata, el caudaloso y cristalino Jemma paga su tributo al Nilo. Aunque su corriente entonces es hácia el Norte, va á Maitsa al Este, y á los distritos de Arusi y Sankraber al Queste; vuelve hácia el lago Tzana, y despues de haber recibido quatro grandes rios, atraviesa este lago en su extremidad meridional, que tiene siete leguas de ancho. El Nilo atravesando el lago conserva el color de sus aguas, que son muy distintas de las del lago, y corriendo hácia el Oueste, va á salir al territorio de Dara, donde hay un vado muy profundo y peligroso.

El Nilo lleva en este parage no solo gran cantidad de agua sino tambien mucha rapidez: sus riberas son muy altas, y cubiertas de una verdura muy amena. Llega despues á Alata, donde forma su tercera catarata, de la qual ya he hablado. Corre despues hácia el Sud-Este, y sigue la misma direccion regando el Begender y el Amhara: despues rodea la provincia de Gojam, y en el giro que forma, vuelve derecho al punto en que tiene su nacimiento. La provincia de Gojam queda toda á su derecha.

Allí recibe el Nilo gran número de rios: pasa despues mas abaxo de Valaca, corriendo rectamente hácia el Sur, y atraviesa la provincia de Shoa. Saliendo de aquí vuelve hácia el S. E. gira despues hácia el O. N. O. y abraza entonces casi todo el Mediodia de

la provincia de Gojam. A su orilla queda el reyno de Bizamo, va derecho hácia el Norte, y en virtud de los grandes giros que ha dado, se halla que ha vuelto á la distancia de sesenta y dos leguas solamente de su nacimiento. En este parage es muy profundo y rápido, y no se le puede vadear sino en ciertas estaciones del año. Los Galas son los únicos que le atraviesan para hacer invasiones en la Abisinia, ó á nado, ó asiéndose de las colas de sus caballos, ó sobre cueros llenos de ayre. Los crocodilos son muy freqüentes en este parage, y aumentan el peligro del paso.

El país de los Gongas está ceñido por el Norte con una espaciosa cordillera de montañas, cuya parte meridional está habitada por algunas tribus de Gongas, y otras naciones; pero en el Norte de estas montañas hay una nacion de verdaderos Negros, que llaman Gubas. El Nilo parece que se ha abierto paso por medio de estas montañas, y forma una catarata de doscientos ochenta pies de alto: inmediatamente despues de ésta, se hallan otras dos cataratas, que serian muy considerables si no se las comparase con la primera. La cordillera de montañas de que acabo de hablar, se prolonga mucho en lo interior del Africa en direccion occidental, y se llama Dire y Tegla. Su extremidad oriental que está al Este del

Nilo, se junta con la provincia montuosa de Kuara, y allí toma el nombre de montaña de Fazuclo. Todas estas montañas estan muy pobladas de un extremo al otro, y se hallan en ellas naciones muy poderosas y todas idólatras. Esta parte del Africa es la mas desconocida de todas, y sin embargo se saca de allí gran cantidad de oro y de esclavos: el oro se encuentra en granos despues de la estacion de las lluvias, y este es el oro finísimo del Senaar que se llama *Tibar*.

El Nilo llega en fin cerca de Senaar en una direccion casi de N. S.: despues vuelve de repente hácia el Este, y presenta el espectáculo mas magestuoso en aquellas espaciosas y estériles llanuras. Despues de haber bañado los muros de la ciudad de Senaar, pasa por junto á otras grandes ciudades, habitadas por Arabes, todos los quales son blancos. Despues pasa á Gerry, y corre hácia el Norte para reunirse con el Tacazé: aquí se halla la isla de Atbara, que sin duda es la antigua isla de Meroe, tan famosa en la antigüedad por haber sido la cuna de las ciencias y de las artes. Luego que el Nilo se ha juntado con el Tacazé, el mas caudaloso despues del Nilo, que es el *Siris* de los antiguos, llamado tambien *Astaboras*, sigue su curso derecho al Norte por el espacio de mas de dos grados del me-

ridiano. Despues revuelve hácia el Oueste, y camina un espacio aun mas largo en esta direccion, volviéndose un poco antes de llegar á Korti, primera ciudad del Barabia ó del reyno de Dongola. Entonces el Nilo abraza por tres lados el gran desierto de Bahiuda, y el camino que se seguia para pasar de Dereira á Korti, antes que le interceptasen los Arabes, cierra este desierto, formando el quarto lado del quadrado. Por este camino pasaron Poncet y Roule á Senaar, quando emprendieron su viage á Abisinia.

En Korti el Nilo vuelve casi al S. O: pasa á Dongola, país de los pastores, que tambien se llama Beja. De allí pasa á Mosco, ciudad considerable: saliendo de aquí se vuelve gradualmente hácia el Nord-Este: encuentra una cadena de montañas, desde cuya altura se precipita, formando la catarata de Jan-Adel, que es la séptima. Corriendo siempre derecho al Nord-Este, pasa á Ibris y á Deir en las fronteras de Egipto, donde hay dos guarniciones de Genízaros. Al caer al país de los Kennus forma el Nilo su octava catarata. Lo restante de su corriente por el Egipto es bastante conocida, y ya os hablé de él en mi viage por aquel país.

Espero, Señora, me perdonareis esta relacion tan menuda de la corriente del Ni-

lo, en la qual hé tenido por conveniente dilatarme mas de lo acostumbrado, porque hasta ahora se ha hablado con mucha equivocacion en esta parte. Por la misma razon creo os será muy agradable me detenga en especificar la verdadera causa de las inundaciones periódicas de este famoso rio, sobre las quales se han escrito mil absurdos, no solo en la antigüedad, sino tambien en estos últimos tiempos.

No es estraño que el Nilo teniendo un curso tan largo desde su nacimiento hasta el mar, haya recibido diferentes nombres al atravesar por varios paises de lenguas muy distintas; pero lo particular es que todos estos nombres tienen una misma significacion análoga á la relacion que tiene este rio con la canícula, ó constelacion del perro. Lo que mas excitó la admiracion de la antigüedad en este rio fueron sus inundaciones periódicas: por medio de ellas se veia que el Egipto, donde nunca llueve, y que parecia destinado á la total esterilidad, era uno de los paises mas fértiles del universo. En vista de esto los Filósofos de la antigüedad se aplicaron á exâminar las causas de este fenómeno tan raro, y entre las varias opiniones que cita Plutarco, vemos que Democrito acertó con la verdadera causa, atribuyéndolo á las grandes lluvias de la Ethiopia. Los modernos tambien han propuesto

varios modos de explicar este fenómeno, pero todos vanos, y algunos en extremo ridículos y absurdos.

Como quiera que sea de estas opiniones, los Viageros modernos que han escrito sin espíritu de sistema lo que han observado con sus ojos, han hallado que la inundacion del Egipto se executa de un modo muy natural, y segun las reglas ordinarias de la Providencia. Han visto que las lluvias del trópico producidas por la accion de un sol excesivamente ardiente, las quales caen en abundancia todos los años en una misma estacion, son uniformemente y sin ningun milagro la causa de salir de madre el Nilo periódica y regularmente.

CARTA CII.

Continuacion de las fuentes del Nilo.

Despues de haberos referido lo mas esencial relativamente al nacimiento de este famoso rio, proseguiré la relacion de mi viage, volviendo á hablar de Voldo, á quien dexé ocupado en prepararnos posada en la aldea de Geesh. Quando entramos en ella, hallamos que habia dado disposiciones que nos convencieron de su capacidad y afecto. Los pobres Agous que le rodeaban, tenian tanta aprension y sobresalto con motivo de nuestra venida, que no cesaban de hacerle preguntas sobre el tiempo que nos detendriamos allí.

El caballo, que conducian delante de nosotros, les habia ya hecho conocer que dependiamos de Fasil, y en virtud de esto temian se les obligase á suministrarnos todo lo necesario, esto es, que nos detuviesemos allí manteniéndonos á su costa todo el tiempo que se nos antojase. Voldo, que era en extremo sagaz, disipó todos sus recelos, diciéndoles que el Rey me habia dado la aldea de Geesh, que la avaricia y tiranía de

Fasil cesaban desde aquel dia, y que el nuevo Señor venia con intencion de pasar allí algunos dias pagándoles en dinero todo lo que le suministrasen, y los servicios que le hiciesen. Añadió que no se exigiria de ellos ningun servicio militar ni para el Rey, ni para otro ninguno. Estas noticias circularon con la mayor rapidez, y así fuimos recibidos con las demostraciones del mayor regocijo.

Voldo habia pedido una casa para mí al Shum ó Gobernador, el qual me cedió la suya, que aunque era suficiente para mí, tuvimos que tomar otras para la comitiva. Apenas habiamos acabado de alojarnos, llegó un mensagero de Fasil á participar al Shum, que su amo me cedia la propiedad de la aldea de Geesh en conseqüencia del don que de ella me habia hecho el Rey. Este criado me trajo una gran vaca con dos carneros y dos cabras de parte de Veleta Yasús, teniente de Fasil, y éste nos enviaba seis jarras de hidromiel con cincuenta panes excelentes, y un poco de aguardiente, del qual se aprovechó Estrates para quebrar los cuernos del diablo, que le punzaban en el estómago por haber bebido tanta agua del Nilo.

El Shum viendo nuestra generosidad nos suplicó que admitiesemos para el gobierno de nuestras casas, y para buscarnos provisio-

nes á tres hijas suyas, lo qual admitimos con gusto. Por medio de ellas haciamos nuestros cambios, dandolas cuentas de vidrio, agujas, tixeras, antimonio, y otros objetos, en cambio de los quales nos traian con la mayor fidelidad todos los géneros de que necesitabamos.

Las casas de Geesh estan construidas de barro y paja. Apenas amaneció, todos los habitantes acudieron á mi puerta, y almorzamos alegremente en público, habiendo muerto para este efecto la vaca que me traxo el criado de Fasil. El Shum, que era Sacerdote del Nilo, aunque fue convidado con los demas, rehusó comer y aun sentarse, pero sus hijos no fueron tan escrupulosos.

En la fuente principal del Nilo, y sobre el altar de cesped que he descrito, el Sacerdote congrega á los capitanes de las tribus todos los años á la primera aparicion de la canícula, ú once dias despues, segun algunos me dixeron; y despues de haber sacrificado una ternera negra, la corta la cabeza y la mete en la fuente, y para que nadie pueda verla, la envuelve en la piel del animal, la qual rocía por dentro y fuera con agua del Nilo. Abren el cuerpo de la ternera, que limpian con mucho esmero; le ponen sobre el altar, donde le inundan de agua, al mismo tiempo que los primogénitos de las familias y las personas mas

distinguidas van á sacar agua de las otras dos fuentes, y la traen en las palmas de las manos.

Toda la gente se reune sobre un collado que está enfrente de la Iglesia de San Miguel, y allí dividen la ternera en tantas partes como son las tribus; pero estas porciones son desiguales, y las distribuyen segun los antiguos privilegios de las tribus, y no en razon del poder que tienen actualmente. Geesh tiene la porcion mas considerable, aunque su territorio es el mas corto de todos; despues va Sacala; y la tribu de Leegam, que es la mas numerosa y rica, lleva la porcion mas pequeña. Pregunté la razon de esta distribucion, y no supieron decirme mas, sino que así se hacia antigüamente.

Despues de haberse comido la ternera cruda, y bebido del agua del Nilo, juntan los huesos y los queman en el mismo sitio del banquete. Esta ceremonia se hacia antiguamente en el parage en que está ahora la Iglesia de San Miguel; pero el Ras Sela Christos, hermano del Rey Socinios, queriendo convertir á los Agous al Christianismo, destruyó el altar en que solian quemar los huesos de la ternera, y en su lugar edificó esta Iglesia. Sin embargo, dicen que desde aquel tiempo no se há abierto la puerta de esta Iglesia, ni creo traten de abrir-

la, porque estos Agous son idólatras. Lo que hicieron los Agoús despues de edificada la Iglesia de San Miguel, fue trasladar el sitio de sus ritos idólatras á la cumbre de la montaña de Geesh; pero despues executan la ceremonia sobre el collado que he dicho. Es muy probable que volveran á su antiguo sitio, quando la Iglesia haya acabado de arruinarse, lo qual van acelerando furtivamente.

Luego que los Agous han concluido su banquete sangriento, cogen la cabeza de la ternera, que está tan envuelta en su piel que nadie la puede ver, y la llevan á lo hondo de aquella gran caverna, cuya profundidad dicen se extiende hasta las fuentes; y allí con hachas encendidas hacen otras ceremonias, cuyas circunstancias no he podido averiguar, porque són á manera de las de los Franc-Masones, que nadie se atreve á revelar.

A cierta hora de la noche salen de la caverna, pero no he podido averiguar la hora ni el modo de salir, ni pude conseguir me dixesen que hacian con la cabeza de la ternera. Los Abisinios cuentan una fabula que sin duda han forjado ellos mismos: dicen que el diablo se aparece en la caverna de Geesh, y que los Agous comen en su compañía la cabeza de la ternera, jurándole obediencia con la condicion de que

les ha de enviar lluvia y un tiempo favorable para sus abejas y ganados. Este cuento es demasiado absurdo para detenerme en su refutacion: lo que hay de cierto es que los Agous invocan al espíritu que creen reside en el rio, y que le llaman el Dios eterno, la luz del mundo, el ojo de la tierra, el Dios de paz, su Salvador, y el Padre del universo.

El Shum, nuestro huesped, no hacia escrupulo de hacer oracion delante de nosotros pidiendo lluvias, yerba en abundancia, y la conservacion de las culebras, á lo menos de cierta especie de ellas. Al mismo tiempo maldecia á los truenos, y pronunciaba sus oraciones con un tono devoto y con una especie de canto. Entonces le oia llamar al Nilo *Dios muy poderoso*, y *conservador del mundo*, pero no podia hacer juicio de las demas palabras sino por la interpretacion de Voldo. Los nombres, los epitetos pomposos y absurdos que daba al rio, era lo único que yo podia comprender, y de que puedo dar fé.

Habia yo procurado grangearme el afecto de este Sacerdote del Nilo: preguntéle para divertirme, si habia visto alguna vez al espíritu, y me respondió con mucha formalidad, que sí, y que le veia con mucha freqüencia. Díxome, que le habia visto el dia 3 de Noviembre al ponerse el sol baxo

de un árbol que me señaló con el dedo: añadió que le habia anunciado la muerte de uno de sus hijos, y la venida de una partida del exército de Fasil: que asustado con esta prediccion, habia consultado á su culebra, pero que ésta habia comido con buen apetito, lo que le habia dado á entender que no le haríamos daño.

Viendo yo la seguridad con que referia todas estas fabulas aquel impostor, le pregunté, si podria lograr del espíritu que se presentase á mí? Pero él respondió que no se atrevia á proponerselo. — "Te parece, le "dixe, que se me aparecerá, si voy á sen"tarme solo esta noche debaxo de aquel ár"bol? — Me parece que no, respondió: el "espíritu es de una figura muy agradable: "tiene la cara de un viejo muy lozano: bien "es verdad, que rara vez me atrevo á mi"rarle á la cara; pero he visto que tiene "la barba blanca. Sus vestidos son como los "de este país; pero no son de pieles como "los nuestros: me parece que son de se"da. — Y cómo puedes tú saber, le dixe, "que no es un hombre? — No, no, dixo "riendose, no es un hombre, es un espí"ritu. — Y qué espíritu es ese? — El es"píritu del rio, un Dios, el padre del li"nage humano." Que os parece, Señora, de este conjunto de despropositos?

Sin embargo, como su conversacion me

hacia conocer el carácter y modo de pensar de su nacion, le pregunté, por qué maldecia á los truenos. Díxome, que porque los truenos hacen mucho daño á las abejas, y la principal subsistencia del pais consiste en la miel y en la cera. „Y por qué, le dixe, haces oracion por las culebras? — Por „que las culebras tienen la ciencia del bien „y del mal." Es necesario que sepais, Señora, que los Agous tienen gran abundancia de estos reptiles en sus cercanías, y los mas ricos tienen gran número de ellas en sus casas cuidándolas, y dándolas de comer por su mano, quando han de hacer algun viage ó alguna empresa de importancia. Ponen delante de la culebra manteca y leche, á que son muy aficionadas; pero si no la comen, toman esto por agüero, de que les sucederá alguna desgracia. Ved aquí como la debilidad humana incurre en los mismos extravíos igualmente en los pueblos bárbaros que en los cultos: los sábios Romanos tenian tambien sus agoreros, que cuidaban de los pollos, á los que consultaban para las batallas y sucesos de la mayor importancia: si los pollos no comian, era señal de que se perderia la batalla.

Los Agous pretenden, que quando los Galas ó algunos otros enemigos suyos deben hacer una invasion en su pais, todas las culebras desaparecen, sin que se halle

ni una sola. Fasil era muy dado á esta especie de supersticion adivinatoria, y no emprehendia cosa de importancia, ni montaba á caballo, ni aun salia de su casa, quando sus culebras reusaban comer.

El Shum de Geesh se llamaba Kefla Abay, ó el servidor del Nilo: era hombre de unos setenta años, y tenia todas las enfermedades propias de su edad. Habia tenido mas de ochenta hijos: el empleo de Sacerdote del Nilo, segun él decia, habia estado en su familia desde el principio del mundo. Este Sacerdote tenia la barba larga y blanca, pero poco crespa, adorno muy raro en la Abisinia en donde la mayor parte de los hombres son desbarbados. Su vestido consistia en una piel ceñida á la mitad del cuerpo con un cinturon: encima de esta piel tenia un manto con una capucha con la qual se cubria la cabeza. Llevaba las piernas desnudas; pero en los pies tenia unas sandalias como las que vemos en las estatuas antiguas, y se las quitaba siempre que se acercaba al parage en que estan las fuentes del Nilo. A nosotros nos obligaron tambièn á descalzarnos siempre que nos acercabamos al mismo parage.

Nos permitian que bebiesemos del agua del Nilo, pero no el emplearla en otros usos: ningun habitante de Geesh se atreve á bañarse en ella, ni á lavar en el rio sus

vestidos: para estos usos van á buscar un arroyo, que baxa de la montaña, y se junta con el Nilo.

Los Agous en cuyo pais nace este rio, son una de las naciones mas numerosas de la Abisinia: quando reunen sus fuerzas, cosa que sucede raras veces, pueden poner en campaña hasta quatro mil hombres á caballo y un exército numeroso de infanteria. Antiguamente eran mucho mas poderosos, pero las muchas batallas que han perdido, y las invasiones de los Galas han disminuido sus fuerzas. Sin embargo, este pais parece todavia muy poblado: sabemos por la historia que una de sus tribus llamada la tribu de Zeegam sostuvo por sí sola una guerra contra el Rey de Abisinia desde el reynado de Socinios hasta el de Yasus el grande, y solamente se la pudo vencer con estratagemas. Sabemos tambien que otra tribu de Agous, llamada de Denguis, sostuvo la guerra contra Facilidas, Hanes I. y Yasus II. todos Príncipes muy belicosos.

Sin embargo, las riquezas de los Aguos exceden mucho á su poder. Aunque su provincia no tiene mas que sesenta leguas de largo y treinta de ancho, Gondar así como todo el pais vecino á la capital depende de ellos en gran parte. Ellos son los que la proveen de ganados, miel, manteca, trigo, cueros, cera, y gran número de otros géneros de

consumo. Se vé continuamente llegar á la capital tropas de quinientos y de mil Agous, que conducen grandes manadas de ganados, ó de bueyes cargados de varios géneros.

Como los Reyes de Abisinia necesitan de esta nacion mas bien por las provisiones que suministran que por sus fuerzas para la guerra, los Monarcas mas políticos han tenido siempre por máxîma el dispensarlos de todo servicio militar, haciéndoles pagar un aumento de tributos. Pero la necesidad de los tiempos ha hecho variar muchas veces esta conducta: los Agous han sido alternativamente víctimas de su adhesion al Ras Micael ó á Fasil, y el Estado ha padecido mucho perjuicio por sus pérdidas.

Es natural pensar que en un pais tan caliente como la Abisinia, la manteca que se transporta á cien leguas de distancia, debe derretirse y enranciarse; pero se evita este inconveniente con la raiz de una yerba llamada *Mocmoco*, la qual es amarilla y se parece mucho á nuestros nabos. Los Agous la machacan y la mezclan con su manteca, y una pequeña cantidad basta para mantenerla fresca por mucho tiempo. La propiedad de esta raiz es tanto mas útil, por quanto la sal no puede producir el mismo efecto, y ademas la sal sirve de moneda corriente en toda la Abisinia: hacen de ella ladrillos, y la emplean para cambiar el oro,

así como nosotros usamos para esto de la plata. De este modo el mocmoco no solo conserva la manteca, sino que no la hace subir de precio por la mezcla de la sal, lo qual seria un gran perjuicio, porque es el principal alimento de los Abisinios de todas clases.

Las recien casadas se sirven tambien del mocmoco para pintar sus pies desde el tobillo hasta la punta, como tambien las uñas y las palmas de las manos. Prescindiendo de lo que los Agous suministran á los mercados de Gondar, venden tambien muchas de sus provisiones á los Negros y Salvages vecinos suyos, que son los Sangalas. Les venden tambien otros géneros que sacan de la capital, y en cambio reciben colmillos de elefante, cuernos de rhinoceronte, oro de Tibar, y gran cantidad de algodon sumamente fino. Les seria facil adquirir otros muchos géneros, si se contentasen con comerciar con los Sangalas; pero á veces entran en su pais á viva fuerza á robar esclavos, y los interrumpen en su ocupacion de buscar el oro, y cazar elefantes.

He aquí como se hace el comercio entre los Sangalas y los Agous. Dos tribus se envian mutuamente sus hijos, y desde este punto queda establecida la paz entre ellos. Muchas veces los hijos se casan en los paises en donde estan en rehenes, y entónces

se persuaden que la familia debe ser protegida, y que la paz debe durar una generacion por lo menos. Pero este exemplar es raro, porque ambas naciones tienen tanta propension al robo, que no pueden abstenerse de él por mucho tiempo, y reincidiendo en ello, se sigue necesariamente la guerra.

El pais de los Agous, llamado Agou Midré, por causa de su elevacion, está en un clima sano y templado. Los dias son muy ardientes aun en Sacala, pero á la sombra de los árboles, ó dentro de las casas, el temple era muy suave, porque un ayrecillo fresco y continuo hacia muy tolerable el ardor del sol.

Los Agous habitan un pais muy benigno, pero se asegura que no viven mucho tiempo. Es muy dificil averiguar á punto fixo su edad, porque no tienen época cierta que les sirva para recordar el tiempo preciso de su nacimiento. Aunque su pais produce abundantemente todo lo necesario para la vida, los Agous se ven oprimidos con tantos tributos é impuestos y han padecido tantas pérdidas de pocos años á esta parte, que apenas basta el producto de su industria para satisfacer á la codicia de sus insaciables tiranos. De aquí es que jamas gozan de sus propios bienes, y viven en una miseria que no se puede imaginar.

Los vestidos de los Agous son de pieles

que ellos preparan y suavizan con maniobras que les son peculiares. Se cubren con estos vestidos para preservarse del frio y de las lluvias, que continúan por mucho tiempo en su pais, porque quanto mas cerca á la linea, mas dura la estacion de las lluvias. Los Agous quando son muy jóvenes, van casi desnudos: las madres llevan á sus hijos á la espalda, y no tienen mas vestido que una especie de camisa, que las llega hasta los pies, y se la sujetan por medio del cuerpo con un cinturon. Estas mugeres son secas y de pequeña estatura, como tambien los hombres. No se conoce allí lo que es la esterilidad: empiezan las mugeres á procrear á los once años, y regularmente no se casan hasta esta edad, aunque son casaderas á los nueve. Cesan de ser fecundas á los treinta años, aunque hay algunos exemplares de lo contrario.

Sin contar lo que los Agous venden y lo que pagan al Gobernador de Damot, estan obligados á pagar al Rey mil *dabras* de miel (cada *dabra* pesará unas sesenta libras), quinientos bueyes, y mil onzas de oro. Antiguamente las *dabras* ú orzas de miel eran quatro mil; pero como el Rey ha ido repartiendo á varios particulares algunas de estas aldeas, se ha disminuido mucho este tributo.

Aunque yo tenia dos grandes tiendas,

que bastaban para alojar á toda mi gente, seguia el consejo de tomar algunas casas, para guarecernos en ellas, y juntamente guardar mis caballos y mulos de los ladrones y de las fieras de que abunda este pais. Casi todos los grupos de casas tienen debaxo una gran caberna, abierta en el peñasco, cuya construccion debe haber costado inmenso trabajo. Al cabo de tantos siglos no es facil decidir, si estas cabernas fueron las habitaciones de los Agous Trogloditas, ó si las hicieron para defenderse de las invasiones de los Galas. Es de advertir, que todas las tribus de los Agous tienen sus montañas llenas de cabernas, como las de Geesh, sin exceptuar las de Zeegam y de Quaquera, la primera de las quales es bastante poderosa por su mucha poblacion y gran número de sus caballos, para no tener que temer nada de unos Salvages desnudos y mal armados como los Galas.

Quaquera, region vecina al pais de los Sangalas, no está separada de él mas que por el rio. Los habitantes de Quaquera marchan todos á pie, y sus cabernas estarían destinadas para ocultar las mugeres y ganados, quando se presentasen los Sangalas, cuyas invasiones deben temer á cada instante. En el pais de los Tcheratz-Agous todas las montañas estan llenas de cabernas como las de los Agous de Damot, aunque no tie-

nen por vecinos á los Galas. Lalibala, que reynó en Abisinia en el siglo duodecimo, á quien los Abisinios reverencian como al mayor de sus Reyes, y le cuentan entre sus Santos, convirtió muchas de estas cabernas en Iglesias, teniendo por cierto que habian servido para executar ceremonias supersticiosas. En efecto, es muy probable que servian para este efecto, pues la caberna de Geesh, como ya he dicho, sirve desde tiempo inmemorial para las supersticiones que hacen en honor del Nilo.

Quando yo mostré al Sacerdote del Nilo la constelacion de la Canícula, la reconoció al punto, diciéndome que era el *Seir*, ó *Sirio*, la estrella del Nilo, y el anuncio de la convocacion de las tribus y de su fiesta; pero no advertí que la invocase, ni que la nombrase con el respeto que al Nilo. La miraba con la misma indiferencia que á un quadrante, y los planetas y todas las estrellas le parecian absolutamente indiferentes.

Concluidas ya todas las observaciones que tenia que hacer en Geesh, nos dispusimos para la partida. Por medio de la sagacidad de Voldo, y la diligente industria de las hijas del Sacerdote nos mantuvimos con todo regalo y alegria. Traté á mis vasallos con la mayor humanidad; les curé sus enfermos, y cada dia hacia matar una vaca para repartirla entre los habitantes. Vestí de pies á ca-

beza al Sacerdote del Nilo, y á sus dos hijos; por lo que hace á sus tres hijas, las regalé todas las bujerias que se las antojaron. Despedíme del buen Kefla Abay, Sacerdote del rio mas célebre del mundo: recomendóme con el mayor favor á la proteccion de su Dios, lo qual segun la graciosa interpretacion del malicioso Estrates queria decir, que él esperaba que el diablo me llevase. Todos los jóvenes de la aldea armados de lanzas y escudos, me acompañaron hasta San Miguel de Sacala, esto es, hasta los límites de su territorio, y á las fronteras di mi pequeña soberanía.



CARTA CIII.

Continuacion de la Abisinia.

Resuelto á volver por otro camino á Gondar, marchamos atravesando el pais de Guto, y llegamos á la casa de Veled Amlac, con quien yo habia tenido amistad en Gondar. Este fue uno de los enfermos á quienes yo curé por encargo de la Iteghé y recomendacion de mi amigo Ayto Aylo, por cuyo encargo fue este Veled Amlac á mi casa con un criado suyo, ambos enfermos de peligro. Por no cansaros con una prolixa relacion, me reduciré á deciros que Veled Amlac que era un Salaca ó Coronel, logró restablecerse despues de algunas semanas de enfermedad. Quando vino á mi casa, estaba muy mal vestido, y la poca ropa que tenia se le acabó de destruir en su convalecencia. Diciéndole yo, que ya podia marcharse, me respondió, que no saldria de mi casa hasta que le hubiese vestido de pies á cabeza. Tomé esto por bufonada, pero habiéndoselo contado á Ayto Aylo, me respondió con mucha seriedad. „Sin duda debeis vestirle por„que esta es la costumbre del pais. — Y tam„bien á su criado? le repliqué. — Tambien,

„me respondió ; y si tuviese diez criados
„que hubiesen comido y bebido en vuestra
„casa, seria preciso que los vistieseis á to-
„dos.— Pues cierto, repliqué yo, que me-
„drarán mucho los Medicos en este pais:
„de este modo mas valdria dexar morir á los
„enfermos. — Ya veo, Yagubé, me dixo, que
„esta costumbre seria absurda en vuestro pais;
„pero es invariable en éste, á lo menos en-
„tre las gentes de calidad. Si no quereis que
„Veled Amlac se vuelva vuestro enemigo ir-
„reconciliable, debeis vestirle : él es hombre
„opulento, y no mira en esto á lo que pue-
„den valer los vestidos, sino á lo que se diria
„de él, si viesen que salia de vuestra casa
„sin vestirle. No dudeis que os dará prue-
„bas de su agradecimiento." En vista de es-
to, no dudé en sujetarme á la costumbre
del pais, vestí á Veled y á su criado de nue-
vo, y le conduxe á la presencia de la Ite-
ghé, la qual le encargó que me tratase bien
si alguna vez venia yo á su poder.

Desde aquel tiempo no volví á oir ha-
blar de Veled Amlac hasta que llegué á su
casa. El estaba fuera, pero encontré á su
madre, á su muger y hermanas, las quales
como ya me conocian por la fama, me re-
cibieron con mucho afecto. La madre era
una muger alta, y robusta, que no pade-
cia ninguna debilidad de la vejez: la mu-
ger del Salaca tenia la figura de la mas to-

pe bruja, pero era bastante atenta y agradable: las dos hermanas eran unas jóvenes de diez y siete á diez y ocho años, bastante bonitas; pero la muger de Fasil, que residia allí, era la mas bella de todas. Tendria unos diez y ocho años; era alta, delgada, y ayrosa en todos sus movimientos; sus facciones eran muy regulares; pero su boca, dientes y ojos eran de extremada belleza, á pesar de su color moreno. Su aspecto me pareció melancólico; pero bien pronto se mostró muy alegre, y era la que mas deseaba hablar con nosotros.

Quando mis criados plantaron mi tienda, y empezaron á disponerme la cama, la mayor de las hermanas de Veled se llegó á ellos, y la arrojó fuera de la tienda. Es de advertir que en este pais se acostumbra para obsequiar á un huesped de distincion, el hacerle dormir con alguna parienta cercana, por cuyo medio se tiene por inviolable el derecho de hospitalidad; pero yo no quise sujetarme á esta costumbre tan indecente.

Llegó en fin Veled Amlac de vuelta de caza, y nos dixo que era imposible pasar al vado del Nilo, porque los Gobernadores de aquellos contornos estaban en guerra. A pesar de esta mala noticia se mostró muy jovial con nosotros: hizo matar una vaca; se trajo gran cantidad de hydromiel, y nos preparó un banquete magnífico. Víme pre-

cisado allí, como en otras muchas ocasiones, á vencer mi repugnancia á la carne cruda; y el Salaca nos dió exemplo de alegria y de buen apetito, contándonos sus cacerías de elefantes, y sus hazañas militares, las quales por la mayor parte eran otras tantas atrocidades. La pieza en que estabamos comiendo, que era bastante capaz para contener por el dia y por la noche al Salaca, á su muger, madre y hermanas, criados, caballos y mulos; estaba adornada todo al rededor de trompas de elefantes; que habia traido de sus expediciones en el Kolla ó paises llanos. Habia muerto á estos elefantes con su propia mano, porque manejaba bien las armas, y al mismo tiempo era uno de los mejores ginetes de toda la Abisinia.

Al dia siguiente se despidió de nosotros el Salaca Voldo, que me habia acompañado de órden de Fasil: queria yo marchar aquel dia, pero me detuve á instancias de la muger de Fasil, la qual reía desmesuradamente quando le contaba yo las costumbres Europeas.

Estrates estaba lleno de miedo al contemplar las costumbres y caracter de nuestros huespedes; pero no le desagradaban los buenos bocados que allí abundaban, y sobre todo el hydromiel. »Compadre, decia á un »paisano suyo de mi comitiva, dexemos á

»cada loco con su tema, y no pasemos pena por las costumbres de los pueblos por »donde viajamos, siempre que nos traten bien. »Por lo que hace á la posada en que esta»mos, no me queda duda de que los hom»bres son una manada de asesinos y ladro»nes, y las mugeres unas barraganas. En »fin, nos regalan bien, y ruede la vola: pero »si vuelvo á ver los muros de Gondar, con»siento en que me empalen, si vuelvo á »poner los pies en esta maldita tierra."

Tuve por conveniente emplear aquel dia en herborizar y cazar: Veled Amlac, gran cazador, quiso acompañarme: encontramos dos grandes gamos, y siguiendo yo al uno, le atravesé con la lanza: Veled persiguiendo al otro, tuvo la desgracia de que tropezase el caballo, y le derribase. Aunque no le hizo daño, no quiso proseguir cazando, porque es costumbre de esta gente no proseguir ninguna empresa, quando por la mañana les sucede alguna desgracia.

Dispuesto el banquete, nos pusimos á comer, y el Saalca, á pesar de su caida, comió por quatro hombres de buen apetito. Solamente la muger de Fasil estaba muy inapetente: á pesar de sus carcajadas, y de los esfuerzos que hacia para mostrarse alegre, estaba cubierta de un ayre de melancolia, que manifestaba algun gran disgusto interior. Era de una familia noble de los

Galas, que habian conquistado el bello reyno de Narea, en donde se habian establecido. Dixela, que estrañaba no la hubiese llevado Fasil á Gondar; respondió, que Fasil tenia otras veinte mugeres, pero que ninguna le acompañaba, porque Gondar era ciudad de guerra; que era costumbre de los vencedores el casarse con las mugeres de los vencidos, y que así Fasil se casaria con Ozoro Ester, muger del Ras Micael.

Despues de comer repartí varios regalos entre aquellas Señoras: la muger de Fasil me dió una trenza de sus cabellos, la qual conservé por mucho tiempo. Salimos el otro dia de aquella casa, acompañándonos el mismo Veled hasta el vado del rio, dándonos varias muestras de su afecto. Habiamos oido ya antes el ruido como de una catarata, pero despues vimos que era causado por la corriente del rio Jemma, cuyas orillas estan cubiertas de los bosques mas frondosos y amenos. Todo estaba cubierto de flores: el sol era muy ardiente, pero un ayrecillo fresco que corria continuamente, y la frescura de los árboles nos defendia de toda incomodidad.

Poco mas abaxo del vado por donde pasamos el Jemma, forma este rio dos cascadas. Despues de haber contemplado á mi gusto este famoso rio, empecé á animar á los mios, y principalmente á Estrates, que

habia concebido el mayor temor á Veled. Este, que no entendia la lengua en que hablabamos, se picó presumiendo que desconfiabamos de él, y que teniamos por fabula lo que nos habia contado acerca de la disension de los dos Gobernadores. Soseguéle lo mejor que pude, concluyendo con decirle, que acompañándonos él, nada teniamos que rezelar. ,,Así es, respondió; pero ,,estais ahora en el Maitsa, y fuera de mi ,,distrito que es Guto. Os hallais en el pais ,,mas peligroso de la Abisinia, en un país ,,en que los hermanos matan á los herma- ,,nos por un pedazo de pan, del qual no ,,tienen necesidad. Estais en un país de pa- ,,ganos, de perros, de Galas, de gentes ,,peores que los Galas. Quando se ve aquí ,,algun viejo, seguramente es estrangero, ,,porque aquí á ninguno dexan llegar á vie- ,,jo; todos los jóvenes perecen asesinados. ,,Sin embargo, aunque los dos Gobernado- ,,res de quienes os he hablado, deben pe- ,,lear hoy, y yo no llevo armas, nada te- ,,mais mientras yo vaya con vosotros. Los ,,habitantes de Maitsa, encerrados entre el ,,Nilo, el Jemma y el lago, tienen qúe ,,proveerse de todo de mi país, y saben que ,,los vados del Jemma estan en mis manos. ,,Cómo se habian de atrever ellos á insul- ,,tar á un amigo mio? Osarian ellos siqui- ,,ra silvar quando pasase? Ellos saben muy

„bien, que conmigo no hay que burlarse.
„Saben bien que yo no soy un Gala; y
„que tomaria satisfaccion de tamaña ofen-
„sa hasta en la casa de su amo Fasil. —
„Y el vuestro tambien, Veled Amlac, le di-
„xe. — Sí, replicó, el mio por fuerza; pe-
„ro nunca le reconoceré de grado, pues él
„fue quien asesinó á Kasmati Esté. El me
„llama su hermano, y me cree amigo; ya
„habeis visto que ha dexado á una de sus
„mugeres en mi casa; pero no por eso de-
„xo de desear con el mayor ardor el verle
„degollado con todos sus Galas, como la va-
„ca que degollamos ayer en mi casa.

„Yo estraño, le dixe, que el Ras Mi-
„cael no os haya quemado la casa en las
„varias correrías que ha hecho en el Mait-
„sa. — Todo el Maitsa, me respondió, se so-
„metió á Fasil, pero yo solo fuí á jun-
„tarme con el Ras en su retirada á Gon-
„dar. Temiendo yo que si el Ras subia por
„el Nilo arriba, hallase algun vado, y me
„quemase la casa al paso; me junté con él
„un dia antes que supiese la traicion de Po-
„vusen. Al dia siguiente empezó á hacer su
„retirada, y me eligió para que le acom-
„pañase hasta la otra parte del Nilo, te-
„niéndome aun por amigo suyo. — Con
„que vos fuisteis, le interrumpí, el que nos
„conduxo á aquel maldito precipicio que
„llamais vado, donde perecieron tantos hom-

»bres y caballos? — Las espías de Fasil, »respondió, fueron los primeros que se lo »aconsejaron, pero yo acabé de determinar»le. Os acordais de la horrible tempestad »que nos acometió entonces? Quando yo »veia á aquellos miserables atollados en el »lodo, decia entre mí: ó glorioso San Abbas »Guebra Menfus, que no bebiste ni comis»te desde el vientre de tu madre hasta el »punto de tu muerte; haced, Santo bendi»to, que se abra la tierra para que esta exê»crable multitud baxe viva á los infiernos »con Datan y Abiron. — Muchas gracias, »Veled Amlac, le dixe, primero por ha»bernos conducido á aquel maldito vado, »en que con los mejores caballos del mun»do estuve para ahogarme, y despues por »esa plegaria tan caritativa. — No sabia yo »que estabas allí, y aun por tu respeto »perdoné la vida á un hombre blanco, á »quien encontré solo aquella noche, porque »dixe, quizá será este hermano de Yagu»bé, mi amigo. — Y qué hicisteis despues »de haber pasado el Nilo, le pregunté? — »Quando ví á aquel diablo de Micael al otro »lado, respondió, me volví con pretexto de »ayudar á Kefla Yasus á pasar el rio, y »juntandome con mi gente, acometimos á »todos los trajineros del exército que en»contramos. Cogimos diez y siete fusiles, »doce caballos, y unos doscientos mulos ó

»asnos cargados; despues de lo qual me re»tiré á mi casa, dexando lo demas á car»go de Fasil, el qual si hubiera sido hom»bre, os hubiera hecho pedazos á todos.— »Y qué hicisteis con los tragineros á quie»nes robasteis? — A todos los matamos, res»pondió: nuestra costumbre es no perdonar »á nadie: no queremos dexar con vida á »ninguno á quien hacemos algun daño, pa»ra que no busque ocasion de vengarse. Y »por otra parte, los que matamos, estaban »ya enfermos: las hienas los hubieran de»vorado al dia siguiente; y así fue una obra »de caridad el despenarlos quanto antes: »y sobre todo, Yagubé, decid lo que que»rais; lo cierto es que si los maté, ase»guro que no fue por mal hacer." Os he referido esta conversacion á la larga para que formeis juicio no solo del carácter de este hombre, sino tambien de toda su nacion: ella sola pinta mas bien sus costumbres que una prolixa disertacion.

Encontramos en el camino una quadrilla de mugeres que llevaban orzas de miel para Veled Aragavi, uno de los Gobernadores que estaban en guerra contra Veleta Micael de Degvasa, para impedirle el paso del rio. Al cabo de algun tiempo vimos á los dos campeones que estaban uno enfrente de otro en las dos orillas del rio. Se habian ya reconciliado, y cada uno de los

dos Gobernadores habia hecho matar varias vacas para regalar á los suyos, siendo esta la única sangre que se derramó.

El Nilo va por aquel parage muy caudaloso: Veled Amlac guiaba el mulo en que yo iba montado, y al pasar el vado, que estaba profundo, le encargué que no se acordase del Santo que no habia comido ni bebido para dirigirle la plegaria de marras. El se contentó con responderme en voz baxa: »creeis que estos ladrones os dexa»rian pasar si no vinieseis conmigo? — Ve»leta Yasús, le repliqué, me debe la vida, »y no permitiria que se me hiciese ningun »daño." Fuimos recibidos por cada uno de los Gobernadores con el mayor agasajo, y Veled Amlac despues de haber devorado una gran porcion de carne cruda, me dexó encomendado á Veleta Yasús, el qual nos encargó nos diesemos prisa á salir de aquel país, porque estaba infestado de epidemia.

Prosiguiendo nuestro camino llegamos á Googue, aldea considerable, cuyos habitantes son los mas bárbaros y enemigos de la hospitalidad que hasta ahora he encontrado. No quisieron al principio darnos posada por ningun precio, y nos vimos precisados á quedarnos á la inclemencia por la mayor parte de la noche. Despues nos conduxeron á una casa que tenia buena apariencia, pero rehusaron darnos de comer ni

forrage para nuestros caballos, y como eramos los mas débiles hubimos de ceder. Al dia siguiente supimos que toda la aldea estaba contagiada de la epidemia, y que en la casa que nos habian dado por alojamiento habian muerto varias familias del contagio. Inmediatamente salimos de allí tomando algunas precauciones para evitar todo peligro, pues es muy facil en estos paises contraher estas fiebres malignas que hacen los mayores estragos.

Antes de salir del país de Maitsa, conviene daros alguna idea de él. Al occidente tiene por límites al Nilo, al Mediodia el Jemma que le separa del país de Guto, y por el otro lado de las montañas de la Luna al Este y al Norte, tiene el Nilo y el lago Tzana. El Maitsa gobernado por noventa y nueve Shums es del dominio de Betvudet, cuyas rentas aumenta con dos mil onzas de oro. Los habitantes de Maitsa son una colonia de los Galas, que viven al occidente del Nilo: estos se han multiplicado mucho, y al principio de esta guerra ponian en campaña diez mil infantes, y quatro mil caballos. La capital del Maitsa es Ibaba, donde el Rey tiene una casa, ó mas bien un castillo: esta ciudad, que es una de las mas grandes de la Abisinia, no cede de á Gondar en extension ni en riquezas. Los campos de las cercanías de Ibaba son

los mas bellos y fértiles no solo del Maitsa, sino tambien de toda la Abisinia. Las principales Ozoros ó Princesas tienen aquí posesiones y casas que han heredado de los Reyes, y las poseen con el título de *gult*, que equivale á feudo.

Aunque el Maitsa es como una provincia dependiente del Betvudet, tiene tambien un gobierno particular; los noventa y nueve Shums, cada uno de los quales es de una familia diferente de Galas, eligen un Rey cada siete años, como los demas Galas, y con las mismas ceremonias que estos idólatras. Este Rey tiene siempre sobre ellos mas autoridad que el Betvudet, y aun que el mismo Rey de Abisinia; por esta causa en mi tiempo estaban siempre en estado de rebelion, lo qual los reduxo á punto de no poder poner en campaña mas que diez mil hombres. El Ras Micael destruia todas sus habitaciones, y apoderándose de las mugeres y de los niños los vendia á los Mahometanos, los quales los conducian á Masuah y á Arabia.

Dexando aparte la descripcion de los demas paises por donde pasamos, porque no ofrecen cosa particular, solo diré que envié mi gente delante á Gondar, y me dirigí solo á Koscam, para evitar el encuentro con las gentes de Fasil, y para informarme de la salud de Ozoro Ester. El sobre-

salto que habia tenido esta Princesa con motivo de Fasil habia cesado: habia tenido una conversacion con este General, en la qual la dixo que se habia compuesto con el Ras Micael, para que Gusho y Povusen no pudiesen impedir el restablecimiento del Rey, y la venida del Ras.



CARTA CIV.

Continuacion de la Abisinia.

Me ha parecido conveniente referir todos los sucesos á que asistí en la Abisinia, pues este es el modo mas sencillo de instruiros en las costumbres, estado y gobierno de este Imperio. Reduciré esta relacion lo mas que pueda hasta llegar á la historia de mi salida de la Abisinia por los desiertos horribles y desconocidos de Senaar, en que padecí los mayores trabajos.

El miserable Sociníos, que habia sido colocado en el trono por algunos Cortesanos, como ya os he dicho, procuró atraer á su partido á Vudage Asahel, hombre de baxa extraccion, pero muy poderoso. Hízole venir á Gondar, y le colmó de los mayores honores. Fasil, que estaba acam-

pado en Bamba, luego que supo esta noticia, cogió un destacamento de caballería é infantería, y llegó de repente á Gondar. Socinios quedó muy sorprendido, principalmente quando supo que Fasil habia dado libertad á Veleta Selasé, sobrino del Ras Micael, y le habia enviado al Tigré cargado de regalos. Este usurpador se aconsejó con algunos hombres prudentes que tenia á su lado, los quales le dixeron que disimulase, y procurase ganar con beneficios á Fasil. En conseqüencia le proclamó por Ras, Betvudet, Gobernador de Damot, de Maitsa, y del país de los Agous, poniendo á su disposicion todas las plazas del Imperio. Al mismo tiempo se publicó en nombre de Socinios, que todos los empleos que él y la Iteghé habian provisto quedaban vacantes, y se darian á las personas que nombrase Fasil.

Bien pronto conoció Socinios que Fasil era hombre muy diferente de Vudage Asahel: cogióle la palabra, aceptó los empleos que le dió, empezó desde luego á exercerlos con toda autoridad, y quitó los empleos á los principales partidarios de Socinios que le habian elevado al trono. Por este motivo Socinios no quiso reconocer á los nuevos empleados quando se le presentaron, y al punto todos se pusieron sobre las armas. En estas circunstancias llegué yo

á Koscam : la Iteghé rehusó verme con pretexto de que estaba en oracion, pero el verdadero motivo era porque estaba entregada á la mayor melancolía, viendo que todos sus proyectos se la trastornaban, y que todo conspiraba á que el Ras Micael volviese á Gondar, que era lo que mas ella temia.

En el quarto de Ozoro Ester encontré al hipócrita Abba Salama, con quien tuve algunas palabras pesadas por los estorbos que habia intentado oponer á mi viage. Confu, aquel amable jóven á quien yo curé de las viruelas, me defendió con el mayor ardor tratando á aquel infame impostor como merecia, y despues me dixo : vamos, Yagubé, venid á ver mis caballos : he juntado hombres dignos de montarlos, y marcharemos juntos á pelear con nuestros enemigos en el Senaar. Seguile, y despues de haber visto los caballos de Confu, pasé á los reales para presentarme á Fasil. Como yo no llevaba armas, me molestaron con varios pretextos, y me hicieron esperar media hora sin poder ver á este General. Envióme un mensagero diciéndome que no podia recibirme hasta el dia siguiente por la mañana. Entonces supe que Vudage Asahel, por instigacion del Abba Salama, habia enviado una partida de soldados para robarme y matarme en el camino, los quales eran

aquellos ginetes que me dixó el Cordero le habian causado sobresalto. El no quiso decirme quienes eran, por no asustarme, pero estaba bien instruido de todos sus designios. La noche despues que nos separamos, habiendo adquirido nuevas noticias sobre aquellos salteadores por medio de tres paisanos á quienes habian robado, los siguió por el rastro hasta Geesh, y aunque inferior en número los acometió, y los pasó á cuchillo con toda la destreza que nos ponderó en nuestra última vista. Para manifestar mi agradecimiento á mi amigo el Cordero, le envié un regalo con tres mensageros para que no pudiesen ocultarlo.

Al cabo de algunos dias fuí á ver á la Iteghé, por haberme ella enviado á llamar. Parecióme muy triste é indispuesta: postréme en su presencia, y ella sin mandarme levantar, dixo con mucha seriedad: »ved »aquí un loco, que en uuos tiempos como »estos, quando los habitantes de este país »no estan seguros en sus casas, anda va»gueando por esos campos expuesto á que le »maten como una fiera los foragidos de que »está lleno todo el reyno.» En el discurso de la conversacion observé que se la arrasaban los ojos en lágrimas, prueba de la afliccion que la oprimia al ver que no habia remedio para que el Ras dexase de venir á Gondar.

En fin Fasil se quitó la mascara, y manifestó públicamente que su intencion era restablecer sobre el trono al verdadero Rey Tecla Haimanut; que no habia consentido en la elevacion de Socinios sino para burlarse de él; y que este usurpador no era hijo de Yasús. Viendo Socinios que Fasil era su enemigo declarado, mandó cerrar las puertas del palacio, y ocupar con tropas todas las avenidas. Sin embargo, la Reyna Madre, el Abuna, y el Itchegué ó Prelado de los Monges de Debra Libanos lograron hacer la paz entre Socinios y Fasil, y el Abuna pronunció excomunion contra qualquiera de ellos que faltase á su palabra; pero todo esto no fue mas que una farsa. Por todas partes no se trataba mas que de engañarse unos á otros: pocos dias despues Fasil proclamó por Rey á Tecla Haimanut, y acampándose á dos leguas de Gondar, publicó que todos los que temiesen la venganza del Ras Micael, saliesen de la capital, y se juntasen con su exército.

Hasta aquí yo no habia tenido ningun trato ni conexîon con el usurpador Socinios, y aun creía yo que no tendria ninguna noticia de mí; pero yo tenia en la Corte un buen amigo, el Abba Salama, que no quiso permaneciese yo ignorado. Aprovechándose este malvado de un momento en que Socinios habia bebido con exceso, le ex-

tó á que saliese por la noche de su palacio acompañado de gran número de foragidos, la mayor parte Mahometanos, para robar varias casas. La mia fue una de las principales contra las quales se dirigia esta correría; por fortuna yo estaba en Koscam, y así me libré de las manos de aquellos malvados. Robaronme todo lo que en ella habia, y lo que mas sentí fueron los instrumentos astronómicos con todos mis papeles y diseños, los quales fueron hechos pedazos y quemados al punto, echando contra mí varias amenazas. Aquella noche Socinios mató por su mano á un hombre.

Al dia siguiente recibí órden de ir á palacio: introduxeronme al punto, y encontré á Socinios sentado con todas las señales de la embriaguez y excesos de la noche anterior. Tenia el usurpador vestidos y adornos iguales á los de Tecla Haimanut; pero quán distinto era en todo lo demas! Yo experimenté la mayor indignacion al ver el trono profanado por aquel monstruo. Preguntóme qué en donde tenia el oro que habia sacado de mi gobierno: respondíle que lo habia empleado en servicio del Monarca. Pues quién soy yo? replicó furioso el usurpador: soy acaso un esclavo? No sabeis que con un movimiento de mano puedo hacer te saquen los ojos, te hagan pedazos, y te arrojen á las fieras? Al decir esto escupió há-

cia mí; por fortuna se hallaba allí un anciano respetable que me defendió con energia, y con esto pude escapar libre de aquel peligro.

En esto se supo que el Ras Micael se acercaba á Gondar, no robando, saqueando, y matando como otras veces, sino pacificamente y corrigiendo varios abusos, porque él ya tenia sus temores. Luego que se publicó esta noticia, Socinios y la Iteghé huyeron precipitadamente de Gondar: algunos aconsejaron á la Iteghé que se separase de la compañía del infame Socinios, porque sino, exponia su vida al mayor peligro. Hízolo así, y aquel Rey de farsa se vió al punto abandonado de todos: sus soldados le despojaron de todas sus insignias y vestidos, y cubriéndole de andrajos, le dexaron marchar á buscar fortuna. La Iteghé se retiró á la provincia de Gojam, donde fue bien recibida por Ozoro Veleta Israel su hija, y Ayto su nieto, á quien pertenecia la mitad de aquella provincia, donde gozó de alguna tranquilidad.

Recibí un recado de Ozoro Ester, para que marchase á los reales á juntarme con el Rey y el Ras Micael. Presentéme primero al Ras, el qual me recibió con mucho agrado, no permitiendo que me postrase en su presencia, ni que le besase la mano. „Teneis alguna queja de alguno? me pregun-

»tó : ó teneis que pedir algun favor? Nada »mas, Señor, le respondí, sino que me man»tengais en vuestra gracia. Estoy obligado á »hacerlo, me dixo: id á ver al Rey." El Monarca Tecla Haimanut estaba sentado en una silla de marfil que le habian traido de la Arabia: su trage era sencillo, pero dispuesto con gracia y aseo, y tenia el cabello peinado y perfumado con agua de olor. Recibióme con mucho agrado, y viendo yo sus muchas ocupaciones me retiré ocultamente.

Todos los habitantes de Gondar habian acudido de tropel á los reales, no tanto por amor al Rey, aunque era bien quisto por sus buenas prendas, como por temor al Ras, no fuese que los creyese partidarios de Socinios. Era á la sazon el mes de Diciembre, que es la estacion mas amena del año en la Abisinia; el sol estaba en el trópico de capricornio, y por consiguiente no habia que temer ni lluvias por el dia, ni rocío por la noche, de suerte que á no ser por las zozobras y temores que tenian oprimidos los ánimos de todos, hubiera sido una fiesta de las mas divertidas y alegres el acompañar al Rey á su capital. Los Sacerdotes y Monges de todos los Conventos de las cercanías con hábitos de coton amarillo y blanco, vinieron en procesion con cruces y tambores, y aumentaban la magnificencia del espectáculo. Sobre todos se

distinguian los trescientos Monges de Koscam, por sus grandes cruces y timbales de plata que la Iteghé les habia dado en el tiempo de su esplendor; pero la huida de su protectora los tenia muy acongojados sobre su suerte. Las dos personas que se llevaban principalmente las atenciones de todos, eran el Abuna ó Patriarca, y el Itchegué ó Superior de los Monges, los quales por su dignidad estaban exêntos de salir de Gondar á recibir al Rey; pero como habian excomulgado al Rey, y favorecido á Socinios, el temor les hizo venir con un aspecto humilde y de verdaderos reos: los soldados los trataron con muy poco respeto, porque los consideraban como enemigos.

Poco despues de haber Socinios usurpado el trono, se esparció la noticia de que Micael habia sido vencido cerca de la montaña de Aroma: entonces el Abuna, el Itchegué, y el Abba Salama excomulgaron solemnemente al Rey Tecla Haimanut, al Ras y á todos sus partidarios, absolviendo á los vasallos del juramento de fidelidad al Rey. Pero luego que se supo que el Rey volvia de la provincia de Tigré, los dos Prelados emplearon todos los medios posibles para alcanzar su perdon, y solamente por el empeño de Ozoro Ester pudieron conseguir que el Ras los perdonase. Sin embargo se les impuso la obligacion de que saliesen á recibir

al Rey sin cruces, acompañamiento ni timbales, trayendo vestidos de suplicantes. Así lo executaron, y el Rey despues de haberlos detenido por tres horas sin darles audiencia, les hizo pasar á la tienda del Ras, quien los reprendió severamente: fueron despues á ver al Rey, y este Príncipe los despidió secamente sin dexarles hablar palabra, ni permitir se sentasen, honor que les correspondia por sus empleos.

Compadecido yo de aquel pobre fanático de Abuna, que estaba expuesto á todo el ardor del sol, por no haberle permitido plantar tienda, le convidé á entrar en la mia, lo qual aceptó con agradecimiento, y le hice dar café. Hablóme con el mayor abatimiento, diciendo que siempre me habia estimado mucho, lo qual era falso; y me suplicó hablase en su favor al Rey y al Ras, lo qual le prometí sinceramente. Preguntóme si me parecia que el Rey le perdonaria; díxele que creía que él y el Itchegué no corrian peligro, pero que la clemencia del Rey no se extenderia á otros. »Ya os entiendo, replicó: quereis decir el Abba Salama: maldito sea, pues él tiene la culpa de todo. Qué conocimiento podia yo tener de estos malaventurados Negros, siendo yo estrangero, y recien venido á este país?» Despues que tomó café, se marchó al cabo de media hora.

El Ras Micael habia traido del Tigré unos 200 hombres, que eran los mejores soldados de todo el Imperio: los 600 eran fusileros, y los demas estaban armados de lanzas y escudos. Ademas su exército habia sido reforzado con 600 hombres de Gondar; tenia mucha caballería, que se ocupaba en recorrer los caminos, prendiendo á todos los infelices que encontraban, los quales guardaban para dar un exemplar de la severidad del Ras.

Observé que el Rey habia perdido su alegria ordinaria, y recibia á todos con mucha severidad, lo qual me hizo creer que el exemplo del Ras le habia corrompido su buen corazon, como me lo acreditó el suceso siguiente. Al tiempo que marchabamos hácia la capital, me mandó el Rey que pasase delante de él para ver el caballo que me habia regalado Fasil, al qual habia yo adestrado para regalarlo á este Monarca. Atravesamos una hondonada, sobre la qual se extendian las ramas de un kantufa, árbol muy espinoso: ya os he dicho que quando el Rey está para salir á campaña, se publica un edicto en que se manda arrancar todos los kantufas, árboles muy espinosos, y que embarazan mucho la marcha. El Rey iba en trage de paz con sus largos cabellos esparcidos al rededor del rostro, y envuelto en un manto de muselina, de suerte que

apenas se le veian los ojos. Tocó con sus cabellos en una rama del kantufa, y la doblez del manto que le cubria la cabeza, cayó sobre los hombros: aunque se le socorrió al punto, y yo corté de un sablazo la rama, no se pudo impedir que el manto se le cayese, y el Rey quedó en cuerpo, y con el rostro descubierto. Este accidente se tiene por gran desgracia en Abisinia, donde el Rey jamas se presenta en público sino con la cabeza y el rostro cubiertos. El no aparentó ninguna alteracion, y conservando su gravedad, preguntó quien era el Shum de aquel sitio. Por desgracia este infeliz se hallaba allí cerca con su hijo: acudieron ambos corriendo, y se descubrieron hasta la cintura segun costumbre. Preguntóle el Rey si era el Shum de aquel parage; el infeliz sin recelar nada, respondió que sí, y que aquel joven era su hijo. Siempre que el Rey de Abisinia va de marcha, le acompaña el verdugo del exército, el qual lleva sobre el arzon de la silla gran cantidad de correas retorcidas con mucha industria. El Rey hizo al verdugo una seña con los ojos y la mano, y al punto ataron al cuello de aquellos dos miserables dos de estas correas, y los colgaron de un arbol, dexándolos allí ahorcados.

Esta crueldad me llenó de la mayor consternacion, y el ver la serenidad con que el Rey prosiguió hablándome del caballo de Fa-

sil, me hizo conocer que habia perdido enteramente su sensibilidad. Habiendo llegado el exército á la orilla de Mogetch, vimos llegar á un tal Sanuda, que fue el que hizo Rey á Socinios, y habia obtenido de él el título de Ras: sin embargo fue recibido con mucho honor en premio de su traicion, porque habia vendido á Socinios. Traia consigo tres presos de la primera nobleza, y el principal de ellos era Guebra-Denghel, yerno del Ras Micael, y uno de los hombres mas amables de la Abisinia, pero tuvo la desgracia de abrazar el partido de Socinios. El traidor que los trahia fue premiado, y el infeliz Guebra presentado al Rey con los otros dos fue tirado al suelo boca abaxo, como se acostumbra con los reos. Pidió al Rey con las mayores instancias le mandase matar al punto delante de su tienda en vez de entregarle á su cruel suegro: pero el Rey sin mostrar la menor compasion, y sin responder palabra, hizo señal con la mano para que los llevasen al Ras, el qual los cargó de prisiones.

Poco despues traxeron presos á un hermano de Socinios y al perverso Abba Salama. A este le habian atado los pies por debaxo de la mula en que venia, y traia las manos atadas á la espalda. Mientras desataban á estos presos, entré en la tienda del Rey, porque tenia mucha curiosidad de ver como trataban á un Prelado tan distinguido

en la Corte. Luego que los presentaron ante el Rey, los derribaron con ímpetu boca abaxo, y como tenian las manos atadas atras, se maltrataron mucho. Salama se levantó con furor, é hizo muchos esfuerzos para desatarse las manos, á fin de echar excomuniones, lo que practican levantando la mano derecha, y extendiendo el dedo índice; pero no pudiendo lograrlo, exclamó: desatadme las manos, y os excomulgaré á todos. Costó mucho trabajo obligarle á callar para que escuchase al Rey, el qual le dixo con mucha serenidad: »Sois el primer Eclesiástico de »mi casa, y el tercero del Imperio; pero no »creo que jamas hayais tenido la facultad de »maldecir á vuestro Soberano, ni de exhor»tar á sus vasallos á que le asesinasen. Los »Umbares (ó Jueces supremos) os juzgarán »mañana acerca de este delito, y así pre»paraos para defenderos, diciendo en que »preceptos del Evangelio, ó en que cánones »os habeis fundado para hacerlo.

»Hacedme desatar las manos, exclamó el »furioso Salama, y os escomulgaré, Tecla »Haimanut." Iba á proseguir, pero un ministro le volvió á derribar en tierra boca abaxo, y le sacaron de la presencia del Rey. El Ras no quiso ver á estos presos, y mandó que los cargasen de cadenas, y los guardasen con mucho rigor. Aquella noche hubo consejo en la tienda del Rey, que duró muy poco, y

despues se tuvo otro en la tienda del Ras, que duró hasta muy tarde. La razon de esta diferencia es que en presencia del Rey no se trata sino de los asuntos para el dia siguiente, y en la del Ras se arreglan todos los negocios de mas conseqüencia.

Al dia siguiente prosiguió el exército la marcha, y acampamos á la orilla del Kahha enfrente de la plaza del mercado. Al punto se llevaron los timbales al frente de los reales, y despues que hubieron tocado un poco, se publicaron dos edictos. En el primero se mandaba que todos los que tuviesen cierta cantidad de harina la llevasen al mercado, sopena de saquear sus casas; y que todos los que quisiesen llevar de estas provisiones del mercado sin pagarlas en dinero efectivo, fuesen ahorcados al punto. Inmediatamente se colocó un banco baxo de un arbol en medio de la plaza, y vino un juez á sentarse en él con muchos ministros y una guardia numerosa al rededor, y juntamente un verdugo con muchas correas para executar al punto las sentencias. El segundo edicto contenia que todos podian permanecer tranquilos en sus casas, y que los que saliesen de la ciudad serian reputados por rebeldes.

Todo esto me pareció muy acertado, pero no así lo que despues sucedió. Hay en Gondar quadrillas de juglares, que se desfiguran con máscaras, cantan, hacen varias ar-

lequinadas, y muchos saltos y habilidades. En las grandes fiestas discurren por las calles, y van adonde los llaman para hacer sus habilidades, cantando las coplas que ellos mismos componen en honor de las personas á quienes se dirige la fiesta. Varias veces habian salido á recibir á Micael quando volvia de sus campañas, y les habia pagado bien por haber celebrado sus victorias y feliz vuelta. El dia en que el Abuna excomulgó al Rey Tecla Haimanut, esta quadrilla de arlequines tuvo parte en aquella fiesta, y satirizaron al Ras Micael en sus canciones. Le prodigaron los epitetos de viejo cascarron, cojo, impotente, y otros no menos injuriosos; y despues en otras ocasiones repitieron las mismas sátiras. Sin embargo, al acercarse el Rey á Gondar, una quadrilla de unos treinta de estos bufones salió á celebrar la venida del Ras: éste hizo una señal á la caballeria que venia detras, y revolviendo contra los pobres saltimbanquis los hicieron pedazos. Esta crueldad junta con los dos infelices que habia visto ahorcar, me causó tal consternacion y horror, que no tuve fuerza para responder á dos preguntas que me hizo el Rey.

Eran las nueve de la mañana quando entramos en Gondar: todos los que encontramos por las calles tenian un aspecto tan abatido como reos que esperan la sentencia de muerte. El Ras pasó al palacio con el Rey,

el qual se retiró al punto á su jaula cerrada con celosías, en donde como ya he dicho, permanece invisible mientras dura el consejo. Yo estaba en la sala del consejo: quatro jueces estaban sentados, y no habia mas gobernadores de provincias que el Ras Micael, y el gobernador de Siré. El Abba Salama fue conducido á la punta de la mesa sin ninguna cadena ni atadura. Un oficial, que es el Fiscal del Rey, habló contra él con la mayor energía y eloqüencia: refirió todos los delitos del Abba Salama, por donde ví que era uno de los mayores monstruos de la tierra; habia cometido mil asesinatos, incestos y era un envenenador: el acusador concluyó con el delito de lesa magestad, cometido por Salama en haber tenido la osadía de excomulgar á su Rey, y absolver á sus vasallos del juramento de fidelidad, atentado, dixo, el mas enorme que puede manchar á la naturaleza humana, pues puede acarrear todos los demas delitos.

Aunque el Abba Salama estaba muy impaciente, no interrumpió al orador mas que con estas palabras, *mientes*, *es mentira*, palabras que repetia á cada nueva acusacion. Quando le dixeron que hablase en su defensa, empezó con un tono de dignidad y superioridad muy diferente del que habia tenido en la tienda del Rey. Se burló de las acusaciones que se le habian hecho relativamente

á las mugeres, y sin negarlas ni confesarlas, dixo mirándome, que aquellas cosas eran delito entre los Francos, pero no entre los Christianos de su pais, que vivian á un mismo tiempo segun la ley de Christo y la de Moysés. Habló de la muerte del Rey Joas, y de la de Hannes, padre del Monarca reynante, atribuyéndolas al Ras Micael, como era verdad. El Ras fingiendo que no lo entendia, ya hablaba con los que estaban junto á él, ya leia un papel que tenia en la mano. Yo estaba juntó á su silla, y me preguntó en voz baxa, y en lengua diferente de la que acostumbraba: ¿ qué castigo merece este delito? Yo le respondí en la misma lengua: los delitos de lesa magestad se castigan con pena capital en todos los paises que he conocido.

Despues que Salama habló de la muerte de los dos Reyes Joas y Hannes, dixo que la Iteghé y todos sus hermanos se habian vuelto Francos ó Católicos, y que para convertir á la Abisinia al Catolicismo habian hecho venir Sacerdotes, con los quales trataban íntimamente, como con este Franco, dixo, señalándome con el dedo. Añadió que era contra las leyes del pais el dexarme vivir allí tranquilamente, y que yo merecia ser apedreado. Entonces interrumpiéndole el Ras, »tratad, dixo, de vuestra defensa; justificaos »primero, y despues podreis acusar. La in-

„tencion del Rey es executar las leyes contra „los culpados, y se ha comenzado por vos porque se os tiene por el mayor de todos." La firmeza y serenidad del Ras trastornaron la cabeza á Salama, y dixo al Rey y á los Jueces que serian doblemente malditos, si le mandaban sacar los ojos ó cortar la lengua, y les suplicó llorando que le librasen de estos dos castigos en atencion á su antigua amistad.

El Rey habia permanecido en silencio hasta aquí, pero á este punto se levantó el Kal-Hatzé, ó *voz del Rey*, que estaba sentado junto á la ventana de la jaula del Rey, y dirigiéndose á Salama, le dixo. „El Rey „os manda le digais al punto, por qué per„suadistèis al Abuna que le excomulgase? El „Abuna es un esclavo de los Turcos, que no „tiene Rey; pero vos habeis nacido en una „Monarquía. ¿Por qué, pues, vos que sois „inferior en dignidad á aquel Prelado, os ha„beis entrometido á darle consejos sobre co„sas que él no entendia?"

Esta pregunta tan seca hizo perder á Salama toda su serenidad: maldixo al Abuna, le llamó mahometano, pagano, Franco, infiel. Iba á proseguir en este tono, quando levantándose uno de los Jueces, y dirigiéndose al Ras, „mi obligacion, dixo, no es oir „todas estas blasfemias. El Abuna no ha di„cho hasta ahora palabra que pueda autori„zarle a hablar así." El Secretario del Rey

envió entonces al Monarca la sustancia de lo que habia dicho Salama, á quien al mismo tiempo conduxeron á la extremidad de la sala. Mientras el Rey leia, los Jueces deliberaron: todos los demas presentes guardaban silencio; solo el Ras hablaba á uno que estaba cerca de él: despues preguntó al mas jóven de los Jueces, quál era su opinion, y éste respondió así: „es »reo, y merece la muerte." Todos los oficiales, despues de los demas Jueces, y últimamente el Gobernador de Siré repitieron lo mismo. Quando le tocó hablar al Ras, respondió que habiendo sido acusado de enemigo y al mismo tiempo de cómplice de Salama, en ninguno de estos dos casos podia ser su juez, y así no votó. Solo restaba que hablase el Rey, y éste por su órgano el Kal-Hatzé pronunció esta sentencia: »Es reo, y morirá de muerte: el verdugo »le ahorcará hoy de un arbol."

Al punto los ministros asieron al infeliz Salama, y arrastrándole hasta el pie de un árbol, que habia delante de la puerta del palacio, executaron la sentencia que tenia tan merecida, continuando él hasta el último momento en las mayores imprecaciones contra el Rey, el Ras y el Abuna. Ahorcaronle con todos sus vestidos sacerdotales, porque al venir al tribunal se habia adornado con todas sus insignias, y con la mayor pom-

pa. Al ir al suplicio dixo que tenia quatrocientas vacas, y que las dexaba á unos Sacerdotes para que orasen por él; pero el Ras las repartió entre los soldados.

He referido por menor este suceso para que formeis juicio sobre el modo de proceder en los tribunales de Abisinia contra esta especie de reos, y para que os desengañeis de la falsedad de otras relaciones que corren en Europa sobre este particular.

Luego que sentenciaron al Abba Salama, fue introducido el hermano de Socinios, á quien se probó que habia acompañado á su hermano en la noche del saquéo de Gondar, y en conseqüencia le mandaron ahorcar al instante. Estos dos juicios duraron como unas dos horas: el Ras habia jurado que no se desayunaria hasta que hubiesen ahorcado á Salama, y es de advertir que era muy exâcto en el cumplimiento de semejantes juramentos. Acabado todo esto, se oyeron los timbales á la puerta del palacio, y se publicó un edicto por el qual se devolvian á la corona todos los bienes y posesiones que el Ras habia dado al Abuna.

Al dia siguiente sentenciaron á muerte al infeliz Guebra Denghel, el qual se defendió con bastante vigor, diciendo, que él no habia tomado las armas contra el Rey, sino porque no hallaba otro medio para librarle de la tirania del Ras Micael: que este

Ras se habia hecho Rey, habia trastornado la constitucion del imperio, aniquilado todas las distinciones de los Estados, y dado todos los empleos á sus parciales. Veleta Selasé, hija de Guebra Denghel, la muger mas hermosa de la Abisinia despues de Ozoro Ester, sabiendo el peligro de su padre, fue á echarse á los pies del Ras con las demostraciones de la mayor desesperacion; pero todo fue inutil: el cruel tirano la despreció, la amenazó con la muerte, y al punto mandó ahorcar á su padre. Al oir estas palabras aquella infeliz jóven se desmayó y cayó como muerta en el suelo: su padre, olvidándose de su propia desgracia, acudió á socorrer á su hija; pero bien pronto los separaron, conduciendo al padre al suplicio, y reservando á la hija para sufrir tormentos mucho mas crueles que la muerte.

Esta desgraciada belleza parecia haber nacido para juguete de la fortuna. Estaba para casarse con el Rey Joas, quando este Monarca fue asesinado. Fue prometida despues al Rey Hannes, pero el Ras le juzgó indigno á un mismo tiempo de la mano de esta bella jóven, del trono y de la vida. Veleta Selasé no tenia á la sazon mas que diez y siete años, y el Ras queria casarla con el Rey Tecla Haimanut, pero no pudo efectuarse este casamiento, que no agradaba ni al Rey ni á ella. Ultimamente esta in-

feliz jóven despues de haber visto desvanecerse tantos proyectos de elevacion, y de ver conducido á un suplicio á su digno padre, se vió precisada á matarse con un veneno, por no ceder á la pasion brutal del viejo Ras Micael su abuelo. Yo la ví en aquellos últimos momentos, con el dolor de no poderla socorrer, y dixo á sus esclavas que habia tomado arsénico por no cometer un incesto con el asesino de su padre. Los demas reos fueron castigados aun con mas rigor, pues á algunos les sacaron los ojos, exponiéndolos desnudos en la plaza á los ardores del sol.

No quiero afligiros mas con la enumeracion de otros castigos horribles que ví executar en aquella ocasion; lo dicho basta para que formeis idea del caracter y costumbres de aquellos bárbaros. Continuó derramándose sangre en abundancia por muchos dias: Sacerdotes y seglares, jovenes y viejos, nobles y plebeyos perecian indistintamente á cada momento ó ahorcados ó despedazados. Muchos murieron publicamente á manos del verdugo; pero fueron muchos mas los que perecieron secretamente en las cárceles. Los que morian á sablazos eran despedazados, y arrojados por las calles sin que se permitiese enterrarlos. Un dia al entrar en mi casa, quedé horrorizado al ver dos de mis perros, que habian llevado á mi patio la cabeza y los brazos de uno de aquellos infelices des-

pedazados, y no pude librarme de aquel espectáculo sino matando á los perros. El hedor de tantos cadáveres atrahia por las noches gran cantidad de hienas de las montañas cercanas; y como los habitantes de Gondar no salen de sus casas luego que anochece, aquellas fieras ocupaban todas las calles. Muchas veces me retiraba yo tarde de palacio, porque el Rey escogia precisamente la noche para conversar conmigo, y aunque no tenia que atravesar mas que una punta de la plaza, y me acompañaba mucha gente armada y con hachones encendidos, oia á las hienas gruñir tan cerca de mí, que temia no se me tirasen. Tuve pues que tomar el partido de no salir de mi casa, dirigiendo todos mis pensamientos á discurrir medios para salir de aquel pais bañado en sangre, por la via del Senaar, empleando toda la autoridad que tenia sobre Yasine, que era mi Teniente Gobernador del Ras el Feel, para que me ayudase á pasar el desierto de Atbara.

Viendo el Rey que yo habia faltado algunos dias á palacio, envió á llamarme; preguntóme el motivo, y le dixe: »que al retirarme una noche de palacio, habia encontrado al portero del Ras, que empezaba »á hacer pedazos á tres infelices que tenia »atados: que viéndome el portero pasar vol»viendo la cabeza por no ver aquel horrible

»espectáculo y tapándome los oidos, me di-»xo me esperase que tenia que hablarme »luego que despachase á quellos infelices, lo »qual proseguia haciendo como una opera-»cion ordinaria; que viendo los soldados »que el portero estaba de prisa, habian acu-»dido á ayudarle, y aquellos lamentables »gritos resonaban aun en mis oidos: que »las hienas apenas me dexaban pasar por »las calles, y los perros llevaban hasta mi »casa los pedazos de los cadáveres.» El Rey, aunque afectaba seriedad, apenas podia contener la risa al oir mi relacion: díxome que aquellos reos eran dignos de muerte: que las hienas nunca acometian á los vivos: que solo buscaban los cadáveres: que bien pronto dexarian limpias las calles de Gondar de aquel embarazo que tanto me repugnaba: que aquellas hienas eran los Falasas, que habitaban en las montañas, los quales tomaban la figura de animales, para comer carne de Christianos. A esto añadió otras cosas, que me hicieron conocer estaba ya muy corrompido su corazon con la vista de tantos espectáculos sangrientos. Lo que mas sentí fue el ver que se oponia á mi marcha; y al despedirme, dixo con la mayor severidad: »Yagubé, guardaos bien de hablar »palabra sobre el viage de Senaar, hasta que »yo os haya dado á entender mi voluntad.»

Poco tiempo despues me permitió el Rey

con mucha dificultad que enviase algunas cartas para disponer y facilitar mi viage: pero exîgió de mí, que como no podia tardar en haber una batalla contra Gusho y Povusen, yo no me habia de separar del Rey hasta la conclusion de aquella guerra. Ademas me obligó á jurar, que en volviendo á mi patria, y en recobrando en ella mi salud, volveria á la Abisinia con todos mis parientes y amigos con sus caballos, fusiles y bayonetas. Todo lo prometí, porque no habia otro medio de escapar de allí, y lo absurdo y violento de la demanda me exîmian de su cumplimiento.

Povusen envió un mensagero al Ras diciéndole que habia preso al usurpador Socinios, y le tenia á la disposicion del Rey: al mismo tiempo improperaba al Ras las crueldades que acababa de cometer, declarándole que pronto vendria á Gondar á pedirle cuenta de todo. Ademas le decia, que se retirase á su provincia de Tigré, y dexase al Rey la libertad de gobernar por sí mismo. Poco despues llegó otro mensagero de Fasil, pidiendo al Rey y al Ras le confirmasen la posesion de los dominios de su padre, y además el gobierno de Damot, de Maitsa, y del pais de los Agous. Todo se le concedió inmediatamente, pero con la condicion de que juntase quanto antes todas las tropas que pudiese, y acudiese con ellas

en socorro del Rey, entrando en campaña juntamente con el Ras contra Gusho y Povusen.

Al tiempo que el Rey Tecla Haimanut celebraba la fiesta de la Epifania, le llegó una visita muy extraordinaria, que fue Amha Yasus, hijo del Príncipe de Shoa, al frente de mil caballos muy lucidos, el qual venia á ofrecerse á su servicio, y á traerle un regalo de quinientas onzas de oro. Amha Yasus se presentó con su tropa y entró á caballo hasta la tienda: apeóse con ligereza, y marchó hácia las gradas del trono, inclinándose mas y mas á proporcion que se acercaba. Al querer postrarse, le detuvieron dos oficiales del Rey sin dexarle besar la tierra: despues asió la mano del Rey y se la besó, á pesar de los esfuerzos que hizo el Rey por retirarla; pero luego que la hubo besado por afuera, se la dió á besar por la palma, lo que en este pais es muestra de la mayor amistad y confianza. Se habia preparado un banquillo de un pie de alto, cubierto con una alfombra Persiana; y queriendo Amha Yasus hablar en pie, se le obligó á sentarse en él. Al mismo tiempo derramaron sobre él tanta agua de rosa, que dudo hubiese sido jamas tan mojado por la lluvia. Despues de las primeras preguntas, todos los asistentes se retiraron de la tienda. Toda esta etiqueta habia sido muy premeditada y estu-

diada; y del mismo modo se recibe en Abisinia á los estrangeros de alta calidad.

Señalaron á este Príncipe quarto en palacio, y fue servido por los criados del Rey: á su puerta pusieron guardia, y el oficial iba á tomar de él la órden todos los dias. Amha Yasús no habia venido á tomar parte en la guerra, sino á traer un tributo al Rey en prueba de la fidelidad de la provincia de Shoa. Este Príncipe oyó decir que habia en Gondar un estrangero muy favorecido del Rey, y que todo lo podia hacer, excepto el resucitar los muertos: al punto deseó conocerme, y como era un jóven muy bello y amable, trabamos la mas estrecha amistad. Por su medio adquirí la historia de los Reyes antiguos de Abisinia, que se conservaba en Shoa, de la qual he extractado todo lo que he escrito sobre este asunto.

Habléle un dia de la historia que contaron á los Portugueses, quando descubrieron el reyno de Benin: preguntéle, si era cierto que los Negros de Benin dependian de un Estado Christiano, situado en lo interior de Africa, á quien reconocen por Soberano. Respondióme que en Shoa no se tiene noticia del Benin; que no conocia ningun Estado Christiano mas al Sur que el reyno de Narea, cuya mayor parte habia sido conquistada por los Galas, nacion idó-

latra. Añadió que los Negros vecinos á Shoa eran en extremo feroces, belicosos, crueles, mas temibles que los Galas, é iguales á los Sangalas de la Abisinia: que los demas pueblos son por la mayor parte Mahometanos, aunque de nacion Galas.

Luego que este Príncipe tuvo la primera audiencia del Rey, pasó á ver al Ras, á quien regaló tambien una porcion de oro. Esto y el refuerzo de los mil caballos puso al Ras de tan buen humor, que hizo sentar al Príncipe en su mismo almohadon, y comieron juntos en el quarto de Ozoro Ester. No se habló palabra del gobierno de Shoa, ni se hizo ninguna proclamacion concerniente á esta provincia, lo qual fue una declaracion tácita de la independencia de aquella provincia, la qual estaba ya reconocida mucho tiempo antes.

Viendo que Amha Yasús comia carne cruda como los Abisinios, le pregunté si esta costumbre se practicaba en las demas naciones del Mediodia, y me respondió que sí, quando no eran Mahometanas: yo creo que esta costumbre se extiende desde la Abisinia hasta el Cabo de Buena Esperanza.

Por este mismo tiempo recibió el Rey otra visita menos importante que la del Príncipe de Shoa, pero mas extraordinaria. Guangul, caudillo de los Galas orientales, vino á rendir omenage al Rey y al Ras: ve-

nia acompañado de quarenta ginetes, y de ciento cincuenta hombres á pie, y trahía gran número de cuernos llenos de vino para el Rey con otros regalos. Guangul era pequeño, flaco, contrahecho, y no parecia vigoroso ni agil: tenia la cabeza muy gruesa, y las piernas y muslos muy delgados: su color no era negro, sino amarillo, y que daba muestras de muy mala salud. Tenia los cabellos muy largos, y entretexidos con tripas de buey, de suerte que no se podia distinguir los cabellos de las tripas, y estas ridículas y asquerosas trenzas le colgaban parte por los hombros, y parte por el pecho. Ademas traía una tripa de buey atada al cuello, y otras muchas rodeadas á la cintura, debaxo de las quales habia un pedazo de coton cubierto de grasa: el rostro y todo el cuerpo de Guangul estaban igualmente mugrientos de manteca, que le goteaba por todas partes.

Este caudillo tendria como unos cincuenta años: en su aspecto se veía retratada una suma confianza, y una insolente superioridad. Entre estos Galas el caudillo va montado en una vaca en los dias de ceremonia; y así quando Guangul se presentó al Rey, venia montado en una, que aunque no era muy grande, tenia las astas prodigiosamente largas. La vaca no llevaba ninguna silla ni jaez; él traía unos calzones

que le llegaban á medio muslo, y todo lo demas desnudo. Su escudo era de piel de buey, encogida y arrugada con el calor: la lanza era muy corta, con un hierro mal formado, sin ningun adorno, cosa rara en un bárbaro. Su modo de cavalgar era inclinado mucho el cuerpo hácia atras, sacando mucho la barriga, y levantados los dos brazos con el escudo y la lanza, de suerte que parecia tenia dos alas.

El Rey estaba sentado en medio de su tienda sobre su trono de marfil, quando recibió á Guangul, cuyo hedor le hacia percibir mucho antes que entrase. Luego que el Rey le descubrió, le entró tal tentacion de risa, que no pudiéndola reprimir, se levantó de repente, y se retiró á un quarto inmediato á reir á su placer. El bárbaro se apeó de su vaca á la puerta de la tienda: viendo el trono vacío, y creyendo que era un asiento que le tenian preparado, se sentó sobre el almohadon de carmesí, que inundó bien pronto con la manteca que le destilaba de todo el cuerpo. Inmediatamente todos los que estaban en la tienda, horrorizados dieron un grito: el Gala se levantó, sin saber por qué gritaban, y antes de que volviese á sentarse, se echaron sobre él, y le empujaron hácia la puerta de la tienda, en donde permaneció con un aspecto feroz y asustado. Ya os he dicho, que

en Abisinia el sentarse en la silla del Rey, es un delito de lesa magestad, que se castiga al punto con la muerte; pero el pobre Guangul debió la vida á su ignorancia. Durante toda esta escena, el Rey se habia mantenido oculto detras de las cortinas: si mucho rió al principio, mucho mas se le aumentó la risa, quando vió la conclusion de aquella farsa; y quando volvió á entrar no podia hablar de risa.

Guangul no habiendo podido obtener audiencia del Rey, pasó á verse con el Ras Micael, donde fue mas bien recibido, pero no sé lo que pasó en aquella ocasion. Los soldados de Guangul, ataviados del mismo modo que su caudillo con unos malos escudos de piel, y unos palos aguzados por lanzas, no podian ser de mucha utilidad á ningun partido, y no se hizo caso de ellos.

Esta aventura de Guangul hizo mucho ruido en la Corte, y Ozoro Ester, que aborrecia mortalmente á los Galas, quiso divertirse haciendo que un enano del Ras Micael remedase la escena de la audiencia del Rey. Vestímosle con los mismos arreos que á Guangul, y montándole en una vaca, le introduximos en el quarto de Ozoro Ester, donde estaba el Ras Micael. Este no sabia la escena que se preparaba, y aunque parecia bastante pensativo, me mandó sentar cerca de sí, y me dixo con rostro muy ale-

gre: »vamos, de qué se trata? qué puedo »hacer en vuestro favor, Yagubé? Las mu»geres de vuestro país son tan frívolas y lo»cas como las de éste? Os ha buscado ya »muger Ozoro Ester? — Por lo que á mí »hace, respondió Ester, ya hace tiempo »que le tengo buscada muger; pero ahora »no se trata de esto. Sabemos que vuestro »tiempo es precioso: Guangul está afuera »esperando vuestro permiso para entrar. — »Bueno! replicó el Ras: Guangul se ha vis»to con Gusho, y me aseguran que en su »viage ha cometido mil atrocidades: ha aso»lado aldeas, y degollado á los habitantes »què no se apresuraban á suministrarle pro»visiones: veremos en que para esta veni»da de Guangul." Apenas acababa de hablar estas palabras, vimos entrar al enano montado en una vaca, y con los mismos ademanes que el verdadero Guangul: la gran risa de hombres y mugeres no igualaba á la del Ras, el qual contribuyó á hacer la escena mas divertida; cumplimentando al supuesto Guangul en la lengua de los Galas, y se concluyó la comedia dando de golpes, y echando fuera al enano.

Para referiros de una vez toda la historia de Guangul, os diré en resumen, que Gusho y Povusen lograron atraerse á su partido á este caudillo, y le encargaron hiciese una invasion en el Tigré, para di-

vidir las fuerzas del Ras. Segun este plan, Guangul al volverse de Gondar cometió por el camino mas atrocidades que al venir. El Ras Micael presumiendo lo que sucederia, hizo marchar á Confu secretamente con seiscientos caballos: esten jóven persiguió á Guangul, y alcánzandole junto á Lasta le destrozó con toda su comitiva, y los que escaparon de sus manos fueron muertos por los paisanos.

Dixe mas arriba, que Guangul habia regalado al Rey una porcion de cuernos enormes de buey: los Viageros que han visto en la India algunos de estos grandes cuernos, suponen que el animal que los produce, es un gran toro carnivoro de prodigioso tamaño, que se cria en lo interior del Africa. El origen de esta fábula está en Bernier y Thevenot; pero yo puedo asegurar que no exîste semejante animal ni en Africa ni en ninguna otra parte del mundo. El animal que produce estos cuernos monstruosos es una vaca ó buey de mediano tamaño, que tienen el cuello y cabeza gruesos á proporcion de su cuerpo, pero no con exceso. La magnitud extraordinaria de sus cuernos es efecto de una enfermedad, que destruye mucho ganado, la qual debe de proceder del clima y de la calidad de los pastos.

Quando en alguna res vacuna se advierten los primeros síntomas de esta enferme-

dad, la separan de las demas en los pastos mas abundantes, y no cesan de hacerla andar y de agitarla. Su precio no consiste mas que en los cuernos, porque su cuerpo se va secando á proporcion que le van creciendo los cuernos. Quando la enfermedad está en su último periodo, se le aumenta tanto la cabeza, que casi no puede levantarla. Despues se encallecen las junturas del cuello, y pierden todo movimiento; entonces el animal muere, sin quedarle mas que el pellejo y los huesos, pero sus cuernos monstruosos recompensan esta pérdida. He visto algunos de estos cuernos que cabrian un gran cubo de agua; pero los Galas que hacen un gran comercio de ellos, no dexan que lleguen á todo su incremento, y matan al animal quando ven que puede contener cada uno una arroba de agua. He visto venderlos á quatro onzas de oro el par.

En este tiempo llegó un mensagero de Fasil ofreciendo siempre mantenerse fiel, pero manifiestando desconfianza del Ras Micael. Otros mensageros que llegaron de parte de Gusho y Povusen hicieron grandes amenazas al Ras si no se retiraba de Gondar. El Príncipe de Shoa, habiendo recibido cartas de su padre, se dispuso para volverse á su pais. Por la mucha confianza que tenia en mí, me participó el contenido de las cartas de su padre, en las que decia, que no queria

mezclarse en las disensiones que habia entre el Ras Micael y Fasil, las quales podrian concluir á su gusto; pero que si se atrevian á emprehender alguna cosa contra el Rey, y continuaban faltando á su obligacion contra el Monarca, usurpándole sus rentas, sin dexarle con que mantener el esplendor del trono, se veria precisado á defender la descendencia de Salomon, como siempre lo habian hecho los Príncipes de Shoa.



CARTA CV.

Continuacion de la Abisinia.

Empezaban ya á caer algunas lluvias, lo qual anunciaba la entrada del invierno, quando Gusho, Povusen y todos los demas caudillos rebeldes se acercaron con todas las fuerzas que pudieron juntar. Este exército esperaba con impaciencia que las lluvias aumentasen de suerte la corriente del Tacazé, que imposibilitasen el paso y cortasen la retirada del Ras Micael. Pero Fasil tenia suspensos los animos de los rebeldes: permanecia en Ibaba al frente de 170 hombres, aparentando que deseaba pasar á Gondar para juntarse con el Rey. Aunque se dudaba de esta su resolucion, nadie dudaba que con-

serbaba el mayor ódio contra Gusho y Povusen, por haberle faltado á la palabra, dexándole pelear solo contra el Rey.

El Ras Micael habia hecho todo lo posible por atraher al partido del Rey á todos los grandes y ricos, que tenian posesiones en las cercanias de Gondar, y que componian la nobleza mas distinguida del reyno; pero su crueldad, su insaciable sed de oro y de mando, y el poco escrúpulo que hacia en faltar á sus promesas mas solemnes, los espantaba en términos que no se atrevian á ponerse en sus manos. Ninguno de ellos habia levantado tropas, ni tomado partido á favor de los rebeldes, contentándose con mantenerse escondidos y á distancia; pero su ausencia fue muy perjudicial á los intereses del Rey, y ademas habia mucha desercion en las tropas del Tigré. El suplicio de Guebra Denghel habia irritado en extremo á todos sus parientes contra el Ras; y lo que acabó de enagenarle los ánimos de los Tigrenos, fue que quando se disponia para tomar la montaña de Aromata, les prometió exîmirlos de todo tributo por siete años, y en vez de cumplirles esta palabra, habia renovado sus vexaciones con mas rigor que nunca.

Gusho abanzó hasta Minziro, y Povursen sentó sus reales en Correva, sitio distante unas diez y seis leguas de Gondar.

Los rebeldes empezaron á saquear la provincia, quemando las poblaciones, y dexándola toda hecha un desierto horrible. Su objeto era irritar al Ras y obligarle á salir de Gondar; pero él toleraba, aunque con impaciencia, los excesos de los enemigos, y las quejas de los muchos que llegaban diariamente á la capital, despojados de todo y desnudos.

A mediados de Febrero resolvió el Ras salir á campaña contra los rebeldes, que cometian las mayores atrocidades y violencias: lo único que hacia titubear al Ras era la superioridad de la caballeria enemiga. En este tiempo volvió Yasine con la respuesta de Fidel, Xeque de la Atbara, en que decia: »que yo podia estar seguro de ser bien recibido en la capital de Senaar, porque el jóven Nasser acababa de suceder en el trono á su padre, á quien habian depuesto: que la mayor dificultad consistia en atravesar por los paises que hay en medio, porque los Arabes de Kuara estaban en guerra contra los Arabes de Atbara, y acababan de robar y quemar sus aldeas; y concluia diciendo, que si yo podia ir á juntarme con él en Teava, no tenia que temer nada por lo restante del camino.

Los soldados del Ras estaban muy acobardados por las muchas lluvias y frio, porque los Abisinios no pelean jamas sino en dias

de calor; pero las quejas y clamores de los infinitos que acudian á refugiarse en Gondar huyendo de los rebeldes, determinaron al Ras á salir á dar batalla. En fin, despues de haber visitado él mismo todos los puestos al rededor de Gondar, salió á mediados de Mayo de la capital, llevando consigo al Rey, al Abuna, á Ozoro Ester y á las demas Princesas de la Corte que tenian feudos, obligándolas á suministrar la porcion de tropas á que están obligadas. El exército del Ras se compondria de unos 40@ hombres entre infantería y caballería, aunque es muy dificil averiguar el número fixo de tropas en medio de la confusion que reyna en aquellos exércitos. Menos facil es decir el número de los enemigos, el qual sin duda era muy considerable, pero variaba sin cesar, porque al paso que les llegaban tropas de nuevo, otras desertaban: yo creo que el exército enemigo no pasaria de 30@ hombres, aunque ellos se jactaban de tener unos 50@.

El Ras Micael tomó el mando del exército en persona: el Rey se puso en el centro con Guebra Mascal, pero no puedo decir lo demas del orden de batalla, porque todo era confusion, mecländose á veces la vanguardia con la retaguardia, y los oficiales abandonaban sus puestos, por acudir de tropel adonde estaba el Rey ó el Ras. Se veía un número inmenso de mugeres,

que iban cargadas de víveres y de molinos portátiles, al mismo tiempo que otras muchas montadas en mulas iban muertas de miedo, y causando la mayor confusion con sus alharidos y lamentos. Lós arrieros que conducian los mulos de carga, se mezclaban entre las filas, pasando ya á un lado ya á otro, y todo junto formaba una confusion que no se puede imaginar. Mas de diez mil mugéres seguian al exército, y por este solo hecho podreis hacer juicio del buen órden que en él habria.

Quando los exércitos estuvieron cerca, Confu, el hijo de Ozoro Ester, á quien yo curé de las viruelas, se adelantó con un destacamento de caballería, y acometió á una tropa de Galas, los quales se defendieron con tanto valor, que pusicron en mucho peligro á Confu; pero con el socorro que se le envió, derrotó á los enemigos, y volvió triunfante, aunque herido. Este accidente causó la mayor afliccion á su madre, pero yo la consolé, haciéndola ver que la herida era de muy poco peligro. Sin embargo, se dispuso que Confu volviese á Gondar, y que le acompañase, lo que executé aunque con mucha repugnancia.

Quando estuve en Koscam, recibí un mensagero que el Rey habia enviado al Senaar, el qual me traxo la respuesta á las cartas que yo habia escrito. Decianme que

todo el reyno de Senaar estaba en guerra; que Nasser, que habia hecho deponer al Rey su padre con el favor de dos hermanos Calec, y Adelan, estaba para romper con ellos, y que corria peligro de perder la corona y la vida. Me suplicaban con instancia que no emprendiese el viage que proyectaba, porque el camino de Ras-el-Fel al Senaar estaba intransitable, así por causa del peligro que corria mi vida, como por la fatiga, el calor excesivo y la falta de agua, y que aun en el Senaar corria mucho peligro mi vida por el desenfreno y desordenes que reinaban; y sobre todo, no habia poder humano que me pudiese conducir con seguridad por el desierto que debia atravesar para pasar á Egypto. En fin, me rogaban permaneciese en Abisinia, ó me volviese por el mismo camino del Tigré y Mas uah.

Esta carta me sumergió en la mayor tristeza, pero despues de haber reflexîonado, no quise mudar de resolucion de pasar á Syene en la frontera de Egypto por el Sanaar ó la Nubia, ó perecer en la empresa.

Despues de curado Confu, volvimos á los reales, y al dia siguiente marchó el exército á Serbraxos, y se formó en batalla: nuestra posicion era excelente, pero nuestra vanguardia fue atacada inmediatamente por Povusen con todas las fuerzas del Begender. El destacamento del Fit Auraris, que siem-

pre vá delante, fue destrozado enteramente. Guebra Mascal que mandaba á los fusileros, hizo un fuego terrible y tan bien dirigido que obligó á Povusen á retroceder. El Ras intentó atraher á los enemigos á una emboscada, pero el Rey impaciente de la tardanza mandó á la caballería negra, y á las demas tropas de á caballo que acometiesen á la caballería de los Galas, todos los quales fueron desbaratados por el choque impetuoso de nuestros caballos, y los que escaparon de la muerte, se esparcieron por la llanura. Pero aunque los enemigos no nos hicieron daño, una descarga de nuestra fusileria colocada en la eminencia de Serbraxos, nos mató siete hombres á pesar de las cotas de malla que llevaban. El Rey corrió entonces mucho peligro, porque se hallaba sin coraza en medio de la refriega, y aunque Kefla Yasus viendo el peligro del Rey hacia señales á la fusilería para que cesase el fuego, continuaron en términos que algunos balazos tocaron á las personas y caballos que estaban cerca del Rey.

Povusen se habia retirado, si no vencido, á lo menos muy maltratado: novecientos de sus mejores soldados quedaron en el campo de batalla, y de casi igual número de heridos la mayor parte murió por impericia de los Cirujanos. De nuestro exército murieron unos trescientos, comprendiendo

en este número el cuerpo del Fit Auraris: de la division del Rey murieron unos veinte y siete, por la temeridad del Rey que se expuso al fuego de su misma fusilería.

Todos convinieron en que el Ras Micael habia mostrado aquel dia una intrepidez y talentos superiores á todo lo que habia hecho en otras batallas. Esta fue la primer accion que se dió en Serbraxos, y aunque no fue decisiva, produxo los mejores efectos. Primeramente infundió tal terror á la caballeria de Begender, que muchos de los oficiales se volvieron á su pais con sus soldados; y además causó tal discordia entre los Xefes de los rebeldes, que ya no se fiaron unos de otros. Gusho y Ayabdar entre otros empezaron desde aquel dia á entrar en correspondencia con el Rey.

Al otro dia de la batalla llegaron á los reales tres mensageros de Gusho, Povusen y Ayabdar, y tuvieron audiencia del Rey y del Ras: declararon que estaban prontos á volver á la obediencia del Rey, con tal que el Ras Micael se volviese á su gobierno del Tigré para no salir jamas de aquella provincia; y que entóces ellos restituirian al Rey á su capital, y le dexarian gobernar libremente. Este era sin duda el deseo universal, y el partido mas seguro, pero sea por temor ó por agradecimiento, el Rey se negó á tomar esta resolucion. Entónces los tres

mensageros se despidieron protestando que habian hecho de su parte todo lo posible para salvarle, y que no se quejase de las funestas conseqüencias de su obstinacion.

En fin, llegó el dia deseado de dar la batalla: la caballería de Povusen atacó la primera, pero fue tan bien recibida por los fusileros de Guebra Mascal, que se desordenó por todas partes. La descarga de Guebra Mascal fue como la señal para el ataque general; y entónces nuestra caballería pesada envistió con sus largas lanzas, y derrotó facilmente al enemigo. Al tiempo que las tropas del Begender se hallaban desordenadas, acometió el Rey con su cuerpo de reserva á Povusen, que se defendia con valor. En esto acometimos todos para defender al Rey: uno de los soldados, que yo mandaba, al practicar la infame costumbre de mutilar á los muertos, encontró en el suelo el estandarte principal del exército rebelde, y me le entregó con la condicion de que habia de premiarle. Guebra Mascal con su fusilería hizo otra descarga contra Povusen, que volvia á acometer para hacer prisionero al Rey, que era el objeto de sus deseos; y la descarga fue tan bien dirigida, que no solo mató gran número de enemigos, sino que el mismo Povusen salió herido. En fin despues de varios ataques los enemigos se retiraron, y el Rey hizo lo mismo.

Aunque la victoria quedó sin duda por nosotros, tuvo conseqüencias muy funestas para el Rey: el exército Real perdió mas de tres mil hombres, y entre ellos ciento ochenta jóvenes de las primeras familias del Reyno, y los principales oficiales quedaron heridos. La pérdida del enemigo fue mucho mas considerable, pues por confesion de ellos mismos murieron en la batalla nueve mil hombres de sus mejores tropas.

Apenas habia tenido el Rey tiempo para lavarse, mudar de vestidos, y comer, quando recibió un regalo de frutas de parte del Ras Micael con mil onzas de oro. Despues empezó la ceremonia mas sucia é indecente que puede practicarse entre gente civilizada. Todos los poseedores de feudos del imperio, así hombres como mugeres, deben suministrar al Rey cierto número de gente de á pie y de á caballo. Antiguamente no se permitia que las Señoras principales fuesen al exército, pero el Ras Micael estableció esta costumbre, para que Ozoro Ester le acompañase. Por la noche despues de una batalla cada Xefe se sienta á la puerta de su tienda, y los soldados que han muerto á algun enemigo se le van presentando sucesivamente armados como para pelear, y trayendo en la mano derecha el priapo del enemigo á quien ha muerto, y blandiendo su lanza, dice esta fórmula con tono furibundo:

»Yo soy fulano, hijo de fulano, que he salvado la vida á tu padre en tal batalla. Qué »sería de tí, si yo no hubiese hoy peleado »en tu defensa? Sin embargo, no me estimulas, ni me das vestidos ni dinero. No »merecias tener un servidor como yo", y al acabar de decir esto arroja á sus pies el despojo sangriento que tenia en la mano. Los que van llegando despues, repiten la misma fórmula y executan lo mismo: y si alguno ha muerto muchos enemigos, se presenta tantas veces como déspojos trahe. En la noche de la batalla de Serbraxos echaron á los pies de la bella Ozoro Ester mas de quatrocientos de estos indecentes despojos; y lo mas estraño es que echó menos el que yo no fuese á hacerla igual obsequio y á presenciar su triunfo: tal es la fuerza de una costumbre. En estas ocasiones los Xefes tienen la cabeza cubierta, como que estan delante de sus vasallos; igualmente se tapan la boca, y no se las vé mas que los ojos, porque esta es una señal de superioridad.

Luego que los vencedores han acabado esta torpe ceremonia, cada qual viene á recoger los despojos que ha dexado á los pies de su Xefe, y se los llevan para colocarlos en sus casas del mismo modo que los Salvages de América hacen con los craneos de sus enemigos. Despues quando el Rey vuelve á la capital, pasa revista á todas las

tropas, y los soldados van arrojando á los pies del Monarca aquellos asquerosos despojos, los quales dexan amontonados á las puertas del palacio. El hedor de ellos y de los cadáveres de los reos á quienes no se dá sepultura, es lo que atrahe tanto número de hienas por la noche á Gondar.

El primer cuidado, despues de ganada la batalla, fue curar á los heridos, y concluida la indecente ceremonia que he referido, vinieron los principales oficiales á la tienda del Rey, el qual estaba muy contento por la gran carniceria que se habia hecho aquel dia. Con el regalo que le habia hecho el Ras pudo mostrarse liberal con todos los que se habian distinguido, lo qual executó con gusto, porque naturalmente era propenso á la liberalidad.

Por cuidar de las heridas de algunos de mis amigos, no pude presentarme al Rey hasta la mañana siguiente, en que le presenté el estandarte roxo que uno de mis soldados habia cogido en el campo de batalla: entonces aseguré al Rey, que la victoria se habia debido únicamente al valor y acierto de Guebra Mascal. Este acto de justicia, fue causa de que nos reconciliasemos, jurándonos una eterna amistad.

Pocos dias despues pasé de órden del Rey á los reales de Gusho: al llegar cerca de su tienda, desmonté de mi mula, y se-

gun el Rey me habia encargado, me descubrí hasta la cintura, lo qual anunciaba que llevaba algun mensage del Monarca. Salieron á recibirme quatro hombres, asiéndome dos de cada brazo, me conduxeron á la tienda y me presentaron á Gusho. Estaba sentado en un almohadon, y al acercarme á él, le dixe: »escuchad lo que el Rey os dice.» Al punto se levantó, y desnudándose hasta la cintura, inclinó su frente hasta tocar al tapiz que cubria el almohadon, pero no se postró en tierra como debia. Despues permaneció en pie, y yo prosegui: »el »Rey me ha mandado os diga, que segun »los conocimientos que tengo de la medici»na, la epidemia que reina en vuestro cam»po, se hará bien pronto mortal. Como las »lluvias se aumentan, vos morireis; y en el »estado de rebelion en que os hallais, Dios »sabe lo que será de vos despues de muerto. »Pero el Rey desea, que para conservar vues»tra salud, os volvais al Ambara, llevan»doos á Povusen con todos los demas que »os acompañan.» Confieso que me costó mucho trabajo el conservar mi gravedad, durante esta arenga: lo mismo le sucedia á Gusho, y luego que acabé de hablar, soltó una carcajada. —»Ah, ah, Yagubé, dixo, veo »que eres un pobre hombre; pero dí de mi »parte al Rey, que si yo hiciese lo que me »pides, entonces tendria miedo de morir,

„y faltaria á mi obligacion. Asegurale que „deseo hacerle un servicio aun mas importan-„te: si yo me retirase, y le dexase en poder „del Ras Micael, yo que no soy médico le „profetizo, que el Ras seria para el Monar-„ca una plaga mas funesta que todas las en-„fermedades."

Pedí á Gusho permiso para visitar á los enfermos de su familia, y encargué á un Griego de su comitiva, llamado Antonio, el método que debia seguir en su curacion. En una larga conversacion que tuve en secreto con Gusho, me insinuó que en su exército se creia habia yo muerto á Asahel, General de los Galas, de la qual sospecha logré justificarme completamente haciendo venir testigos. Gusho muy contento con esta noticia, me trató con el mayor respeto y cariño en todo el discurso de la conversacion, la qual concluyó diciéndome: „Mantenеos siempre junto al Rey, y no teneis „que temer ningun accidente en medio de „la confusion que no puede tardar en suce-„der." Quiso despues darme dinero, lo que rehusé, diciéndole: „quando en adelante „paseis á Gondar á tomar las riendas del go-„bierno, entónces podreis recompensarme por „haber curado á vuestra muger y vuestras dos „hijas.— Buen profeta sois, Yagubé, me di-„xo, y yo lo soy tambien. Pero tened pre-„sente mi consejo: yo sé que sois amigo de

»Ozoro Ester, pero su proteccion os será »inútil: la que os servirá eficazmente será »Ozoro Altash, muger de Povusen. Pero »sobre todo no os aparteis del Rey, y dexad »á mi cuidado todo lo demas.»

Gusho encargó entonces á uno de sus oficiales que me acompañase á mi vuelta, haciendo que me siguiesen varios esclavos cargados de frutas y pescado. Apenas me habia apartado cien pasos de la tienda, me salió al encuentro un hombre embozado, y me dixo en voz baxa. »Vuestro exército vá á »dispersarse: cuidad de no apartaros del Rey »ó juntaos con Ayto Aylo, hermano de mi »amo Engedan, y él os traherá aquí.» Los esclavos de Gusho entregaron la fruta y el pescado en el primer puesto de nuestro exérto, y se volvieron con su conductor, al mismo tiempo que yo me dirigí hácia la tienda del Rey, reflexîonando en lo que acababan de decirme, y discurriendo quien seria el que iba á conducirnos á Gondar, dispersar nuestro exército, deponer al Ras Micael, y no hacer ningun daño al Rey. Luego que llegué, pasé por la noche al quarto del Rey, y le conté todo lo que sabia, y el Monarca se mostró muy agitado en todo el discurso de la relacion, exclamando freqüentemente: ó Dios! ó Guebra Menfus Kedus!

Pregunté en voz baxa al Secretario, quién era este Guebra Menfus Kedus? »Oh! me

„respondió, fue un gran Santo, que vivió „sin comer ni beber desde el vientre de su „madre; todos los dias iba á Jerusalén, y „volvia por la noche en forma de cigüeña. „Un dia peleó con el diablo, y derribándole „de una montaña, le mató. —Buena noticia! „exclamé yo.— Qué buena noticia es esa? „preguntó el Rey. —Señor, que Guebra Menfus Kedus mató al diablo. — Oh! dixo el „Rey, esos son cuentos viejos de los Monges! "

El Rey no me dió á entender si sabia la conspiracion, pero al despedirme me encargó mucho, que á nadie dixese palabra de lo que le habia contado, y que aparentase la misma serenidad que siempre. Fuíme á dormir á mi tienda, y quando estaba en lo mejor del sueño, entró en mi tienda un Griego, criado del Ras llamado Francisco, y gritando me dixo: „levantaos, „Señor al punto, porque Fasil ha sorprendido nuestro campo, y no dá quartel á nadie. „Fasil! exclamé yo, imposible me parece: „pero vé y traeme un caballo ensillado de „los del Rey." Levantéme al punto, y registrando el campo, ví que no habia mas movimiento que por la parte del nordeste de los reales, la tienda del Ras estaba bien illuminada, y se veia mucha gente ir y venir á ella. Volvió Francisco, y me dixo de parte del Secretario del Rey, que no tenia por conve-

niente enviarme el caballo, y que se habia reido de los temores de Francisco. En efecto, la alarma habia sido falsa, pero me causó el mayor cuidado porque de una hora para otra esperaba la execucion del proyecto que me habia participado Gusho.

Poco tiempo despues los principales oficiales del exército del Rey representaron que en vista de la suma escasez de viveres, era preciso volverse á Gondar. El Ras Micael se irritó mucho con esta proposicion, y antes de verse reducido á esta necesidad, quiso probar otra vez la fortuna de las armas; pero todos los oficiales y soldados se resistieron obstinadamente á entrar en batalla. No quedándole pues otro recurso, se vió precisado á mandar levantar el campo, y en la retirada sucedieron las mayores desgracias y desórdenes. Al dia siguiente de haber llegado el Rey á Gondar, el exército de los rebeldes cercó toda la ciudad: publicóse un edicto de parte de Gusho mandando á los soldados del Ras Micael que fuesen á entregar sus armas, lo qual executaron al punto. Las tropas desarmadas fueron colocadas en un parage fuera de la ciudad, poniendo una fuerte guarnicion que las guardase.

El Ras Micael permanecia aun en la casa de su empleo, donde le visitaban algunos amigos particulares, aparentando en todas sus acciones y palabras la mayor serenidad.

No le habian puesto guardias, pero observaban con el mayor cuidado todos sus movimientos. Sin embargo, al dia siguente á la entrega de las armas, sabiendo que sus soldados, á quienes enviaban desarmados al Tigré, eran maltratados por los que pretendian vengarse de sus crueldades pasadas, no pudo contener las lágrimas, y manifestó sentia no haber muerto antes de experimentar semejante desgracia.

El Rey manifestaba la mayor firmeza, y aunque estaba mas serio de lo acostumbrado, no se mostraba abatido. El primer dia no comió mas que un pedazo de pan, y repartió su comida entre sus criados; y en los dias siguientes comió tambien muy poco, aunque era voraz. Un fanático de aquellos Monges que pasan por Profetas en la Corte de Abisinia, tuvo la bárbara crueldad de ir á decir al Rey, que le amenazaban las mayores desgracias, insultándole al mismo tiempo por su crueldad. El Rey no respondió mas que con una mirada severa; pero uno de los presentes contó á Gusho lo que habia pasado, y este General hizo prender al Monge y azotarle públicamente por haber faltado al respeto debido al Soberano. Al cabo de dos dias vino á hablar á este Príncipe su Secretario de parte de Gusho, y despues de una larga conversacion, se volvió á los reales. El Rey prosiguió en su tenor de

vida, sin mostrar ninguna alteracion en su conducta, ni mudar de vestidos.

Al tiempo que todos los habitantes de Gondar habian salido de la ciudad para ver la partida de los soldados del Ras Micael, una quadrilla de Galas entró furtivamente en la ciudad, robó algunas casas, y llegó hasta la sala de audiencia de palacio, donde yo me hallaba con el Rey. Hicieron pedazos los espejos de Venecia de que estaba adornada la sala, y hubieran llegado hasta la alcoba en que estaba el Rey, á no haber acudido una tropa de jóvenes de Gondar, los quales prendieron á los Galas, y los enviaron á los reales de Gusho. Este General hizo ahorcar á dos de ellos, y despues de haber azotado á los demas, los despacharon.

Poco despues Gusho y Povusen fueron á la casa del Ras Micael, y le improperaron todas sus crueldades pasadas. El Ras en los primeros dias se habia mantenido con los vestidos propios de su dignidad; peró luego que supo que los que habian tenido parte en el asesinato del Rey Joas, habian sido muertos, se vistió una túnica blanca con una capucha del mismo color, para mostrar que renunciaba del mundo y se hacia Monge. No sucedió cosa notable en la visita que le hicieron Gusho y Povusen, los quales desde allí pasaron á palacio, y juraron fidelidad al Rey.

Resolvióse entonces dar el empleo de Ras á Gusho, y los demas empleos vacantes á sus amigos, y parecia que el Rey habia recobrado algo de su autoridad: todos los confederados tuvieron con él largas conferencias, y se echaba de ver que no estaban concordes entre sí. Pocos dias despues entró Povusen en Gondar con mil caballos, y sin dar parte á Gusho, prendió al Ras Micael, y levantando sus reales marchó inmediatamente á Begender: Ozoro Ester, que se hallaba retirada en el palacio de su madre, apenas tuvo tiempo para enviar una mula y algunas provisiones á su anciano marido.

Apenas se marchó Povusen, envió á Gondar al usurpador Socinios, cargado de prisiones: deliberóse sobre lo que debian hacer con él, y aunque le condenaron á muerte, el Rey mirándole con el desprecio que merecia, le condenó á que sirviese de criado en la cocina, como lo habia sido antes de su extravagante exâltacion, y habiéndole cogido poco despues en un hurto, le ahorcaron.

La Iteghé volvió á Gondar, y habiendo Gusho salido á recibirla, esta Princesa le improperó su avaricia y despotismo; y en efecto Gusho en nada cedia al Ras Micael en estos vicios, aunque no tenia su talento. Quiso vengarse de la Iteghé, introduciendo la discordia entre ella y el Rey, aconse-

jando á este que traxese á su madre á Gondar, y la coronase por Iteghé. Esto era contrario á las leyes del reyno, que no permiten haya mas que una Iteghé, aunque no tenga ningun parentesco con el Monarca reynante, como sucedia con ésta, la qual era madre del Rey Joas, y no tenia la menor connexîon con el Rey Tecla Haimanut. Nada de esto tuvo efecto; pero habiendo intentado Gusho escaparse de Gondar, fue preso de orden del Rey. Fasil se interesó por él, y para obligar al Rey á ponerle en libertad, empezó á hacer los mayores estragos en los pueblos, y al cabo de muchos mensages y negociaciones, se dió libertad á Gusho, el qual se fue á los reales de Fasil.

Era facil de preveer, que la guerra civil iba á continuar con nuevo empeño, por lo que resolví salir quanto antes de aquel pais cubierto de sangre y horrores. Hice aceleradamente todos mis preparativos, y me despedí del Rey antes de que sobreviniesen nuevos disturbios, que me impidiesen la marcha. Dexo pues en este punto la historia de la Abisinia, por la qual habreis formado idea de la barbarie de esta nacion, de su total falta de buen gobierno, de sus bárbaras costumbres, de su absurda religion, y de todo lo que hay de particular en este imperio. Voy á partir para el Senáar, donde sin duda me esperan gran-

des peligros; pero prefiero este camino al de Masuah, pues allí seguramente perecería á manos de aquel bárbaro Naib, de cuya perversidad ya os dí noticia. No me detendré en referir las muestras de amistad que me dieron los principales personages de la Corte al despedirme: solo debo advertir, que aunque padecí los peligros que he referido en este viage, fueron efecto del estado de rebelion en que se hallaba todo el imperio, y que á pesar de esto con mi buena conducta logré evitar los precipicios en que han perecido casi todos los que antes de mí han emprehendido el viage de Abisinia.

Fin del Quaderno XXV.



EL VIAGERO UNIVERSAL.

QUADERNO XXVI.

CARTA CVI.

Viage á la Nubia.

Antes de salir de Gondar, quiero daros alguna idea del palacio de Koscan, el qual está construido sobre la falda meridional de Debra-Tzai, que significa *la montaña del sol.* Este palacio consiste en una gran torre quadrada, que tiene tres altos con un terrado encima. El recinto de este palacio está cercado de una pared muy alta de mas de una milla de circunferencia En este primer recinto estan alojados los soldados, los trabajadores y todos los dependientes de palacio: despues hay otro patio reducido, y cercado con otra pared, donde hay otras habitaciones de piedra y de un solo alto para los oficiales principales, para los Sacerdotes, y para los esclavos que sirven en lo interior. Está allí tambien la Iglesia, construida por la Iteghé, la qual pasa por la mas rica de toda la Abisinia. Se ven en ella grandes cru-

ces de oro, que sacan en las procesiones, timbales de plata, y el altar está cargado de láminas de oro, todos regalos de la Iteghé. Los Sacerdotes de esta Iglesia eran tambien los mas ricos de todos, hasta que el Ras Micael les quitó gran parte de sus rentas.

En el tercer patio ó recinto, que está en el centro, estan los quartos de la Reyna, y de las mugeres nobles, que no estando casadas forman la comitiva de la Iteghé. Detras del palacio en la parte superior de la montaña estan las casas de varias personas de distincion, casi todas de la familia de la Iteghé.

Partí en fin de Gondar á últimos de Diciembre: el Rey habia retardado mi partida enviándome cada noche nuevas órdenes, en lo qual conocí que llevaba la intencion de ponerme embarazos hasta que sobreviniese algun accidente que imposibilitase para siempre mi vuelta, como sucede casi siempre en aquel pais. Por último le envié un recado algo agrio, recordándole su palabra, y suplicándole me dexase al arbitrio de la fortuna, supuesto que mis criados y vagage habian ya marchado delante. Sin embargo, el dia de mi partida me envió el Rey una escolta de cincuenta caballos con un oficial de palacio, la qual reusé con la mayor porfia, con lo que me dexaron mar-

char solo. Llevaba yo en mi comitiva tres Griegos, un Genízaro, y algunos Abisinios, que cuidaban de las bestias.

Por la tarde hicimos alto junto al rio Tum Aredo, que nace en el pais de los Kemutos, nacion que habita en las montañas al Sud-Oueste. Los Kemutos profesaban antiguamente la religion de los Falasas ó Judios, pero fueron bautizados en el reynado de Facilidas, y quedaron separados de sus hermanos. Sin embargo, conservan la mayor parte de sus antiguos usos y practicas Judaicas, lo que prueba el poco cuidado que se ha puesto en instruirlos en la religion Christiana. Comen la carne de los animales que han sido muertos por Christianos, pero no de los que matan los Mahometanos y los Falasas. Su error principal es que con solo bautizarse no necesitan de mas culto ni de hacer oracion. Se lavan de pies á cabeza siempre que vuelven del mercado, ó de algun otro parage en que pueden haber tocado á alguna persona que no sea de su secta, porque á todos los demas los tienen por inmundos. Se estan encerrados en sus casas los Sábados, y se abstienen de trabajar en aquel dia; pero el Domingo se emplean en todo género de trabajos.

Sus mugeres se agugerean las orejas, y se cuelgan de ellas pesos para que crezcan y se agranden los agugeros, en los quales

se ponen anillos muy gruesos, como los Beduinos de Syria y Palestina. Los Kemutos hablan casi la misma lengua que los Falasas: tienen el mayor horror al pescado, cuya vista no quieren sufrir. La razon que alegan para esta repugnancia, es que una ballena se tragó al Profeta Jonás, de quien se lisonjean que descienden. Los Kemutos sirven en Gondar para acarrear agua y leña, y los Abisinios los desprecian en extremo. En uno de los pueblos de esta nacion, en donde entramos, mostraron la mayor repugnancia para admitirnos, y ocultaron todas sus vasijas para que no las profanasemos.

Al dia siguiente fuimos acometidos en un bosque por una multitud de hombres armados de lanzas, escudos, mazas y hondas, los quales nos arrojaron una lluvia de pedradas á lo léjos, sin que ninguna nos alcanzase. Para impedir que se acercasen, hice disparar algunos tiros al ayre, y ellos viendo el efecto que hacian las balas en las ramas de los árboles, escaparon á lo alto de un cerro, desde el qual nos gritaban y hacian varios ademanes; pero disparando otro tiro, desaparecieron. Yo creo que este ataque fue un ardid del Rey, para aterrarme y obligarme á retroceder. No fue este solo el medio que empleó el Rey para este efecto, pues aquel mismo dia encontramos dos pasageros que nos quisieron intimidar, con-

tandonos que en un paso dificil nos esperaba una emboscada de mucha gente, para robarnos y matarnos, y que aunque escapasemos de este peligro, caeriamos precisamente en manos de los Sangalas, que andaban por aquel pais, y que así debiamos volvernos al punto á Gondar. Pero yo conociendo la gran propension de los Abisinios á mentir, no dí ningun crédito á esta fábula, y proseguí mi camino. En efecto, dos Shums que encontramos poco despues me aseguraron que todo era falso, y que no teniamos que temer por aquel pais ningun peligro.

Llegamos á Tcherkin, que pertenecia á mi amigo Confu, y entrando yo en su casa, creyendo encontrarle en ella como me habia dicho un mensagero, quedé lleno de admiracion al hallar en ella á la hermosa Ozoro Ester, su madre. »Ester, la dixe, esta agra»dable sorpresa me pasma: ¿cómo habeis po»dido dexar á Gondar, para venir á este »desierto? — Nada hay de estraño, respon»dió, en lo que veis. Las tropas de Begen»der se han llevado mi esposo el Ras Mi»cael, y solo Dios sabe donde le han lle»vado. Hallándome pues viuda, he resuelto ir »á Jerusalen á orar por mi esposo, morir »allí, y que me entierren en el Santo Se»pulcro. Vos no quereis quedaros con nos»otros, por lo que hemos resuelto irnos con »vos. Qué hay de estraño en esto?" Des-

pues de una larga conversacion almorzamos con la mayor alegria, y el Secretario que acompañaba á Ozoro Ester, me contó que el Rey al restituir los pueblos á la Iteghé, segun su último tratado con Povusen, habia dado parte de ellos á Ozoro Ester, hija de la Iteghé, para manifestar la memoria que conservaba de los buenos servicios del Ras Micael. Confu, viniendo á cazar á Tcherkin, habia traido á su madre consigo para ponerla en posesion de sus pueblos. Solo nos faltaba para completar nuestra alegria la presencia de Confu, el qual llegó poco despues con algunos de mis mejores amigos de la Corte, y una numerosa comitiva. Confieso que aquel dia fue uno de los mas alegres de mi vida, y para completar la diversion, se dispuso una cacería de elefantes.

Acompañónos una tropa á caballo de cazadores, llamados *Ageers*, por el modo con que desjarretan á los elefantes, lo qual executan de este modo. Montan en un mismo caballo dos de estos cazadores enteramente desnudos, para evitar que alguna parte de su vestido se pueda asir á las ramas, quando huyen del elefante. Uno de ellos, que vá en la parte delantera del caballo, lleva en una mano un palo pequeño y con la otra maneja la brida: su compañero que va á las ancas, lleva un gran alfange desembaynado.

Quando descubren al elefante, arremeten á él; acercándose todo lo posible, y si huye, giran al rededor de él en todas direcciones, gritando con toda su fuerza: »yo soy fu»lano: mi caballo se llama tal: yo maté á »tu padre en tal parage, y á tu abuelo en »tal otro: ahora vengo á matarte, pues tu »no eres mas que un asno en comparacion »de tus padres." Ellos creen que el animal entiende toda esta arenga; porque irritado con aquel estruendo procura herir á su enemigo, y persigue al caballo en todas sus vueltas y revueltas. Despues de haber fatigado al elefante, se acercan mas á él, y al pasar á galope, el que va á las ancas se apea sagazmente, y mientras que el animal está embebecido en perseguir al caballo, le corta de una cuchillada el nervio que en el hombre se llama *el tendon de Aquiles*. Este es el punto crítico, porque conviene que el ginete acuda velozmente á recoger á su compañero, el qual monta de un salto. Apenas dexan desjarretado al elefante, persiguen á los demas si hay muchos; y hay algunos de estos Ageers que matan tres ó quatro elefantes de una misma manada. Si el alfange está bien afilado y se dá la cuchillada con brio, queda cortado enteramente el tendon, y en caso de no quedar bien separado, el peso del animal acaba de romperle facilmente. De qualquier modo el animal no puede andar

un paso, y volviendo sobre él los cazadores le disparan dardos hasta que cae muerto.

En nuestra cacería matamos dos elefantes de este modo; y uno de nuestros desjarretadores estuvo á pique de perecer, porque erró el golpe, y el elefante derribó de un trompazo al caballo y al ginete; de suerte que á no ser socorrido, le hubiera muerto. Por mas diestros que sean los cazadores, el elefante á veces los coge, y poniéndoles encima un pie les vá arrancando los miembros uno por uno con la trompa. De la carne del elefante hacen tasajos delgados, los quales ponen á secar al sol sin salarlos, y se alimentan con ellos en la estacion de las lluvias. Entre los demas elefantes habia una hembra con su hijo, el qual al pronto huyó, pero habiendo sido herida y muerta su madre, volvió furioso contra los cazadores para vengar á su madre, y murió víctima de su amor filial con gran compasion mia, cayendo al lado de su madre trapasado de dardos. Este hecho prueba, que el elefante posee un instinto muy superior al de todos los animales; pues es capaz de un afecto tan ageno de los demas brutos. Ademas de los elefantes, matamos un rinoceronte, varios javalies, y algunos búfalos, que son mas temibles que ninguna de las otras fieras. Volvimos muy alegres con nuestra caza, y hallamos que el

Rey y la Iteghé habian enviado orden á Ozoro Ester y á toda la comitiva para que volviesen á Gondar, y me llevasen en su compañia si queria seguirlos; pero que si persistia en mi viage, me dexasen marchar libremente. Detuveme algunos dias con tan buena compañia, y al cabo de ellos nos despedimos con la tristeza que podeis imaginar, en la inteligencia de que no volveriamos á vernos.

No quiero molestaros con la relacion de los trabajos que pasamos hasta llegar á Teava, que era la residencia de Fidel, Xeque de Atbara, con quien yo habia tenido correspondencia desde Gondar, y le creia fiel. Las fuerzas de Teava consistian en unos veinte y cinco hombres á caballo, los diez de ellos con cotas de malla: habia una docena de fusiles, que por su mal estado, y por la impericia de los que debian manejarlos, se hacian muy poco temibles. Los demas habitantes se reducian á unos mil y doscientos Arabes desnudos, pobres y despreciables, muy diferentes de los Arabes que habitan en los desiertos. Fidel pasaba entre los suyos por hombre valeroso, pero en efecto era un cobarde y malvado en extremo. Veled-Hassan, padre de Fidel, habia sido empleado por Nasser, último Rey de Senaar ó de la Nubia, para que asesinase al Rey Baady su padre, lo qual executó, como os diré mas

adelante. En el camino me habian ya advertido de la perfidia de este infame Xeque, y así me previne contra todas sus astucias.

Al pasar un arroyo que hay antes de llegar á Teava, salió á recibirnos un Arabe á caballo, acompañado de unos veinte hombres á pie y desnudos, armados con lanzas y escudos: venian delante tocando dos tambores y un pífano. Apeámonos, y el Arabe me hizo varios cumplimientos, y conduciéndonos á una casa cómoda, hizo descargar mi vagage. Fuimos despues á la casa del Xeque Fidel, la qual era un conjunto de habitaciones á un mismo piso, todas construidas de cañas. Entramos en una sala construida de adoves, la qual estaba esterada, y en medio habia un sofá, que se considera como el asiento del Soberano; porque en estos paises se acostumbra poner en medio de la sala en que se administra justicia, una silla en que nadie se sienta, y que representa al Soberano. Fidel estaba sentado en el suelo afectando humildad hipócrita, leyendo ó haciendo que leía en el Koran: fingió quedar admirado al verme, y al hacer un movimiento para levantarse, yo se lo impedí y le besé la mano. No os molestaré con la relacion de esta primera visita; él me lisonjeó mucho, y mostró desaprobar que viajase solo por un pais como el Atbara. En respuesta me quejé de la gran

fatiga del viage que acababa de hacer, del calor, de las fieras, y sobre todo de aquel viento desolador llamado *Simum*, que casi me habia sufocado. El con la afabilidad propia de los Arabes se reprendió á sí mismo por haber permitido que yo fuese á verle hasta haber descansado, y que esto lo habia hecho únicamente por el deseo de ver á un *Grande* como yo. Despues me dixo que fuese á descansar, y que su intencion era dexarme marchar luego que hubiese descansado á mi satisfaccion. Al despedirnos calumnió á mi buen amigo Yasine, Gobernador de Ras-el-Feel, diciendo que habia preparado asesinos en el camino, quando atravesé este pais, para que me robasen. Esta fábula me empezó á dar idea de la perversidad de este malvado, y no le respondí mas que el estribillo acostumbrado de los Arabes, *Ullah Kerim, Dios es misericordioso.*

El Xeque nos envió varios platos con algunos esclavos de ambos sexôs, los quales nos hicieron muchos cumplimientos de parte de su amo. Al dia siguiente fuí á llevar mi regalo á Fidel, que lo recibió con mucho agrado; y despues le supliqué me suministrase los camellos necesarios, porque deseaba proseguir mi viage quanto antes. El se escusó diciendo, que habia enviado sus camellos muy lejos para librarlos de la mosca Zimb, pero que dispondria partiesemos pron-

to. Esta perfidia me obligó á darle á entender que conocia sus intentos, y nos diximos algunas palabras pesadas; volviéndome á mi posada, el Arabe que nos habia recibido, me dixo que el Xeque padecia dolores de estómago por los muchos licores fuertes que bebia, y que si yo le daba algun remedio, lo estimaria mas que todos los regalos, y conseguiria de él todo lo que deseaba. Fuí á visitarle al dia siguiente, y le administré un vomitivo, el qual produxo tan buen efecto que Fidel me dió las mas expresivas gracias, y me dixo, que me dexaria partir con tal que le dexase una porcion de mis polvos, y el método de administrarlos.

Al dia siguiente envió á llamarme para que visitase á dos de sus mugeres: yo me escusé, y poco despues recibí un recado de parte de ellas, en que se daban por quejosas de mi escusa: decian, que sentian mucho que la comida que se me habia enviado, no hubiese sido de mi gusto: que ellas la guisaban con sus propias manos lo mejor que podian, pero que se enmedarian, si yo me dignaba de decirlas el modo de guisar que mas me agradase. A un recado tan atento de parte de unas Señoras no era posible que yo me resistiese: fuí á casa del Xeque, á quien encontré solo y pensativo, meditando sin duda alguna nueva maldad. Sin em-

bargo, me hizo mil cumplimientos por la buena salud de que gozaba por mi medio, y por la bondad que tenia en curar á sus mugeres. A esto añadió, que habia recibido muy malas noticias de Senaar: que el primer Ministro Mahomet Abu-Calec habia tomado la mayor parte de la caballería é infantería Nubiana, y se habia retirado á Korfodan, provincia muy retirada y rodeada de desiertos, donde gobernaba despóticamente; que su hermano Adelan se habia puesto al frente de las demas tropas, y estaba acampado en Aira á poca distancia de Senaar, donde se portaba como Soberano absoluto, sin hacer caso del Rey. Concluyó su discurso proponiéndome, que pues me era imposible pasar á Senaar, me quedase en Teava, abrazase la religion Mahometana, me casase con una hija suya, y que con el tiempo me quedaria por Xeque del Atbara. Reíme al principio de una proposicion tan absurda, y viendo que mis carcajadas habian enfadado al Xeque, le manifesté con la mayor seriedad y energía lo disparatado y abominable de su proposicion. Al ver Fidel mi firmeza, desistió de esta conversacion y me conduxo á su harem.

Pasamos por varias piezas muy mal amuebladas, sucias y descompuestas, que eran de su habitacion: para llegar á la de sus mugeres atravesamos por un patio, á

cuya extremidad habia otras piezas mejor compuestas y aseadas. En una alcoba ví á una de las mugeres del Xeque, tendida sobre una alfombra Turca, y rodeada de varias esclavas Negras. Tenia el rostro descubierto, y para saludarla segun la costumbre del pais, puse mi mano en mis labios, despues con la extremidad de los dedos toqué la punta de los suyos, y durante esta ceremonia el Xeque traxo otra de sus mugeres, á la qual hizo sentar enfrente de la otra. Ambas eran ya de edad madura, pero tenian trazas de no haber sido jamas hermosas: servialas un gran número de esclavas Negras, y despues supe que una de estas mugeres era hija de Adelan, primer Ministro del Rey de Nubia. Yo pedi licencia á Fidel para hablar con sus mugeres sin que nadie nos oyese sino él; á lo qual la mas anciana de ellas dixo: »qué necesidad hay »de que él esté presente? Lo único que él »tiene que hacer, es pagaros, quando nos »hayais curado. Qué seria de él, dixo la hija »de Adelan, si nosotras estuviesemos mas »enfermas? Se moriria de hambre, porque »no tendria quien le compusiese la comida. »Y su bebida quién se la prepararia, añadió la otra, su bebida que él estima mas »que el comer? —Vamos, vamos, dixo Fidel, hacedlas todas las preguntas que gusteis, yo no quiero estar presente. Dema-

»siado las oigo todo el dia estarme que-»brando la cabeza; por lo que deseo que »las cureis, ó que las volvais mudas, para »que dexen de importunarme con sus que-»jas. Una muger enferma es una plaga bas-»tante para castigar á un diablo." Por esta corta conversacion podeis hacer juicio del estado de las mugeres en este pais, mas bien que por una larga disertacion.

Advertí al Xeque hiciese salir á todas las esclavas, excepto dos ó tres de las mas íntimas, y él sin hablar palabra, echó mano de un látigo que habia en un rincon, y con esto todas escaparon á huir á la que mas podia. En medio de aquellas mugeres habia una jóven cubierta de pies á cabeza, á la qual Fidel cogió de la mano, y la hizo entrar. Conocí que allí representaba yo un papel cuyo suceso era de la mayor importancia para mí. En aquel país los Ministros y los Grandes casan á sus hijas con personas de clase inferior á la suya, las quales son como unas espias de sus maridos, y conservan sobre ellos toda la autoridad que les inspira su nacimiento. Esto es lo que hacia allí la hija de Adelan: por mas perverso que fuese Fidel, yo conocia bien que no me robaria sin asesinarme, y estaba seguro de que no me mataria, por temor de que su muger no diese aviso á su padre Adelan.

No os molestaré con la infinidad de preguntas que me hicieron aquellas mugeres; basta decir que les administré un vomitivo que produxo muy buen efecto. La jóven que estaba cubierta con su velo, se lo quitó, y descubrió una de las bellezas mas perfectas que he visto, aunque era bastante morena. Dexé dispuesto el método que debian observar, y me retiré.

Al dia siguiente me envió á decir Fidel, que habia sabido, que yo trahia dos mil onzas de oro, y que si no le daba quinientos duros, no me dexaria partir para Senaar; pero yo le desengañé de su error, y le hice ver que no temia sus amenazas. Dexo aparte otras muchas tentativas que hizo este malvado para sacarme el oro que presumia trahia yo oculto en mis caxones, hasta intentar sobornar á uno de mis criados para que me asesinase. Envióme un recado para que fuese á visitarle, y yo me previne ocultando entre el vestido un trabuco, un par de pistolas, y un cuchillo, haciendo que me acompañasen el Jenizaro y otros dos criados bien armados, los quales quedaron á la puerta. Entré en su alcoba, y le encontré fumando: »ahora bien, »dixo, traheis lo necesario? — Mis criados, »respondí, están á la puerta, y trahen el »vomitivo. — Llévete el diablo con tu vo»mitivo, replicó muy colérico, lo que yo

necesito, es dinero. — Yo no tengo dinero, »le dixe, y al decir esto quise salirme. El »lleno de furia exclamó: Yagubé, ó diablo, »escuchame, y considera donde estás. Esta »es la sala en que el Rey Baady fue muer»to por mi padre; he aquí su sangre, cu»ya mancha aun no ha podido borrarse. Yo »sé que traes veinte mil duros en oro; dame »dos mil antes de salir de aquí, ó te ma»to." Al decir esto, echó mano á su sable, que estaba encima del sofá, y desembaynándolo con furor arrojó la bayna: despues se remangó el brazo, y me dixo, espero tu respuesta. Yo dí un paso atrás, y descubriendo mi trabuco, le dixe; he aquí mi respuesta. Cuidado con moveros de vuestro puesto; porque corre peligro vuestra vida. Al ver el trabuco se le cayó el sable de la mano, y dexándose caer sobre el sofá, exclamó: »por Dios, Yagubé, que esto no es »mas que una chanza;" y empezó á gritar á sus criados. »Si alguno de ellos, le dixe, »entra aquí, al punto le hago ceniza: mis »criados estan á la puerta, y entrarán luego »que oigan el menor ruido." Las mugeres del Xeque acudieron al ruido, y otros muchos criados, los quales como vieron que eramos superiores á ellos en fuerzas, aseguraron con su amo que todo aquello no habia sido mas que una chanza; y con esto nos retiramos,

Aquella noche recibí un mensage de parte

de las mugeres de Fidel, en que me participaban que aquel malvado intentaba sorprendernos por la noche, y enviarme preso á una provincia remota, y me encargaban que estuviese muy alerta. Dí las debidas gracias á aquellas generosas mugeres, y estuvimos muy vigilantes toda aquella noche. La Providencia dispuso que viniese á esta sazon de Beyla un Molah ó Santon Mahometano, en cuya presencia pude libremente improperar al infame Xeque todas sus perfidias, sin que este se atreviese á insultarme por respeto al Molah, y quedamos amigos en la apariencia. Para intimidar al malvado Fidel, le dixe, que todos los malos tratamientos que usaba contra mí se sabian ya en todos los paises, de donde podia esperar algun castigo, y que en prueba de lo que yo decia, se veria el Viérnes próximo una señal prodigiosa en el cielo á tal hora de la noche. Sabia yo que habia de haber un eclipse total de luna en aquella hora, y quise aprovecharme de este anuncio para aterrar á aquellos hombres tan ignorantes como supersticiosos. Fidel dudaba de mi pronóstico, pero al ver la seguridad con que yo lo anunciaba, y que el Molah me daba algun crédito, concibió temor de que yo hubiese enviado á todas partes algunos mensageros invisibles, y al despedirse, dixo la acostumbrada fórmula, *Ullah Kerim : Dios es misericordioso.*

En esto llegaron de Senaar dos enviados, uno de parte del Rey, y otro de parte del primer Ministro Adelan, á buscarme en virtud de las cartas que habian recibido de la Abisinia. El enviado del Rey era amigo de Fidel, y tan perverso como este Xeque; pero el de Adelan era un jóven muy atento y humano, y los dos mensageros eran enemigos. El enviado de Adelan instaba para que marchasemos quanto antes, pero el del Rey, prevenido por Fidel, queria dilatar nuestro viage con varios pretextos. Al oir esto el enviado de Adelan dixo, que estaba resuelto á marchar al dia siguiente, segun las órdenes de su amo; y que si Fidel no nos daba camellos, ó se oponia á nuestra partida, le conduciria á él mismo al campo de Adelan, y si el Xeque reusaba ir, le denunciaria por rebelde contra su amo. Esta amenaza causó á todos el mayor recelo, y el enviado del Rey se juntó con el de Adelan, para decirme que nada temiese, y que me dispusiese para marchar al dia siguiente. A esto se añadió una carta que recibió Fidel de parte de Yasine, Gobernador de Ras-el-Feel, en que le hacia las mayores amenazas si no me dexaba marchar.

En fin todo se dispuso para nuestra marcha, y antes de partir, el Molah trató de hacerme amigo del Xeque, lo qual le pro-

metí, y en muestra de mi amistad le regalé mi caballo, sacrificio harto ligero, porque me habian dicho que no se podian llevar caballos al Senaar. El Molah prendado de mi generosidad, dixo á Fidel: „como „habeis tenido corazon para atormen„tar á semejante hombre? Ya os he dicho „quien es; nuestros libros hablan de esta „especie de hombres, los quales no son Ca„fres, sino que pasan su vida girando por „el mundo para buscar la sabiduria. De es„te modo continuarán viajando hasta que „vengan Hagog y Magog, esto es, hasta „el fin del mundo." Mas adelante os explicaré, Señora, lo que significa esto de Hagog y Magog.

„Ahora bien, dixo el Molah, pues que „ya somos todos amigos, no veremos la se„ñal que nos dixiste habia de aparecer en el „cielo. — Eso no puede faltar, respondí, „porque sino, seria yo un mentiroso. —Pues „á lo menos, replicó, desearé que á nadie „haga daño.— Nada de eso; antes acar„reará muchos bienes, y una abundante co„secha." Yo sabia que á la hora en que estabamos hablando, ya habia empezado el eclipse, pero dexé que pasase algo mas tiempo, para que fuese mas visible, y entonces haciéndoles salir de la sala, les mostré la luna, y les dixe: „mirad, dentro de breves „instantes este astro se verá enteramente se-

»pultado en tinieblas.» Quedaron espantados, y su terror se fue aumentando á proporcion que la luna se ocultaba; las mugeres escondiéndose en sus aposentos daban gritos lamentables, y todos estaban en la mayor consternacion. Entonces para consolarlos les dixe: »ya veis que he cumplido mi »palabra; pues ahora este astro vá á reco»brar todo su resplandor, y no hará daño á »hombres ni á animales.» En efecto, todos fueron recobrando aliento á medida que aparecia la luna, y no me dexaron marchar hasta que se descubrió enteramente. Toda esta charlataneria que en un pais sábio seria en extremo ridícula, se hacia allí necesaria para infundir terror á aquellos bárbaros, como lo conseguí; y por aquí podeis conocer el gran partido que puede sacar entre ignorantes un hombre instruido en las ciencias naturales, de semejantes fenómenos, de lo qual tenemos algunos exemplos en la historia.



CARTA CVII.

Viage á Senaar.

Creo, Señora, que estareis no menos deseosa de verme fuera de este perverso pais, que yo lo estaba quando me despedí del Xeque, de sus mugeres, y del Molah. Este honrado Musulman encargó á un criado mio me dixese, que nos veriamos en Beyla, adonde yo me dirigia; que de ningun modo me fiase del enviado del Rey, pero que pusiese toda mi confianza en el de Adelan, á lo qual añadió otros muchos consejos muy útiles para la seguridad de nuestro viage.

Llegamos al dia siguiente á Beyla, cuyo Xeque Mahomet nos recibió con el mayor agasajo, y nos suministró abundancia de víveres. Díxonos, que era preciso que fuesemos hombres justos y favorecidos de Dios, supuesto que habiamos escapado libres del poder de Fidel, hombre impio, sin religion, y sin ningun rastro de humanidad. Diónos este buen Musulman una abundante cena, estimulando á todos al regocijo. Al dia siguiente quise hacerle un regalo, pero no pude conseguir que lo admitiese, y viendo mis instancias, juró que si porfiaba yo

mas, montaria á caballo y se huiria. Este modo de proceder tan desinteresado provenia de los medicamentos que yo le habia enviado antes para curarse de una enfermedad que padecia, y solo me suplicó que le permitiese ir á Senaar á consultarme acerca del estado de su salud, y que entonces me llevaria un regalo. Concertamos, pues, que las cosas que habia destinado para él, se las diese al Molah, que ya habia venido á Beyla, el qual quedó muy contento con mi regalo.

El enviado de Adelan me dixo, que en virtud de las órdenes de su amo habia precisado al infame Fidel á que le entregase el regalo que yo le habia dado. »Ese es un »malvado, dixo el Xeque de Beyla, pues »ha disipado los tributos de dos años que »la Atbara debia al Rey, y nadie le ha sos»tenido sino Adelan, con cuya hija se casó; »pero como ya conoce sus maldades, le aban»dona, y si no fuese por la guerra civil que »hay ahora, no tardaria en ser llevado á »Senaar para no volver mas."

No hay en Beyla mas agua que la de unos pozos muy profundos: las cercanias de la ciudad estan cubiertas de maizales. Los habitantes viven en continuo temor de las invasiones de los Arabes Daveinas, que estan acampados en Simsim, esto es, á unas quarenta leguas al Sudeste. Tienen tambien mu-

cho temor á otra tribu poderosa de Arabes, conocida con el nombre de Ved-Abdel-Gim, quiere decir *el hijo del esclavo del diablo*. Beyla es una de las ciudades fronterizas del Senaar ó Nubia: todo el pais que media entre el Sinsim y Teava, que pertenecen á la Nubia, y Ras-el-Feel, Nara y Tchelga, que son provincias de la Abisinia, no es mas que un vasto desierto. Los Arabes no permiten allí ninguna poblacion, y solo cuidan de conservar los pozos para tener agua, quando conducen por allí sus ganados.

Los dos enviados, que nos acompañaban, tuvieron una gran altercacion sobre repartir entre sí lo que les habia dado el Xeque Eidel, y quedaron tan enconados, que el enviado del Rey no quiso ir en nuestra compañia, y marchaba siempre delante de nosotros á larga distancia. Por la noche se juntaba con nosotros, y aunque no le pediamos cuenta de su estraño modo de proceder, no dexaba de echar algunas indirectas contra mí, abominando de todos los Blancos. En una de nuestras marchas nos salieron al camino varios hombres á pie y á caballo y nos robaron un camello, en que iban los regalos para el Rey y para Adelan, juntamente con mi ropa, libros, y papeles. El enviado de Adelan quedó al pronto sorprendido, pero luego reflexîonó que aquellos Arabes no podian ser ládrones de profesion, y

que habian sido incitados por el enviado del Rey para hacernos pagar la restitucion del camello. Al punto marchó á galope á la primera aldea, y en efecto encontró en ella al enviado del Rey que se estaba embriagando con los Arabes. Reprendióle con mucha severidad, y echándole algunas amenazas indirectas sobre el camello robado, se volvió á juntar con nosotros, bien seguro de que nos restituirian el camello. Dentro de pocas horas vimos llegar al enviado del Rey con ún Arabe á caballo y otros dos á pie, que conducian nuestro camello. Querian que les hiciesemos algun regalo por la restitucion del camello, pero el enviado de Adelan se mantuvo firme, rehusando admitir el camello, y empeñándose en que ellos mismos le habian de conducir á Senaar; pero yo medié, y se hizo la paz con la condicion que los Arabes nos habian de suministrar leche en todo el camino donde quiera que encontrásemos ganados de su tribu, lo qual cumpliéron exâctamente.

Al dia siguiente nos detuvimos en una aldea perteneciente á los Nubas, nacion idólatra. Los Nubas son todos soldados del Mek ó Rey de Senaar; y habitan las aldeas de los contornos de la capital á quatro ó cinco leguas al rededor. Los compran ó los roban en Fazuclo y en las provincias que estan al Sur sobre las montañas de Dyre y Tegla; pero

luego que se establecen en las cercanias de Senaar, como tienen con que alimentarse, no desertan, y viven con bastante arreglo. Muchos de estos Nubas, con quienes traté, me pareciéron una especie particular de Negros mas afables y humanos que los que vienen de Bahar-el-Auc, esto es, de donde traen su orígen los Fungos, que componen el gobierno de Senaar. Los Nubas se parecen á los Fungos, pero tienen el cabello lanudo, la nariz aplastada, y hablan una lengua suave, sonora, y totalmente diferente de las que yo habia oido hasta entónces. Aunque el Mek y los demas xefes del gobierno de Senaar se tienen por Mahometanos, jamas han intentado convertir á los Nubas; al contrario, mantienen en sus aldeas cierto número de Sacerdotes idólatras, á quienes dan el sueldo de un soldado, para que exerzan las funciones de su culto. No puedo explicar qué especie de culto es éste, porque no tuve tiempo para instruirme en las costumbres y lengua de los Nubas, y en estas ocasiones vale mas callar, que contar fabulas, como suelen hacer algunos viageros. Lo único que puedo asegurar es que los Nubas adoran á la luna, y por la noche, quando este astro ilumina, se les ve tributarle sus adoraciones con mucho respeto y alegria. Quando es luna nueva, salen de sus chozas obscuras, pronuncian algunas palabras religiosas, contemplando

á este planeta, y muestran el mayor regocijo con movimientos de pies y manos. Jamas observé que diesen ningun culto al sol: segun pude comprender, los Nubas adoran á cierto árbol, y á cierta piedra, pero no pude ver uno ni otro. Los Sacerdotes tienen mucho influxo sobre esta nacion, y se hacen temer: se distinguen por unos gruesos anillos de cobre que llevan en la muñeca, y á veces se ponen uno ó dos de estos anillos en la garganta de la pierna.

Los Nubas son muy apasionados á la carne del cerdo, y tienen numerosas piaras de estos animales: estos cerdos son pequeños, y tienen manchas blancas y negras. Practícan la circuncision; y los que son traidos de sus montañas, rara vez se convierten al Mahometismo, pero la mayor parte de sus hijos abrazan esta secta. Jamas ascienden mas que á oficiales de sus propios cuerpos: el Mek mantiene doce mil de estos soldados en los contornos de Senaar, y con estas tropas tiene sujetos á los Arabes. Los Nubas son muy pacíficos: rara vez roban, ni se amotinan; y quando se ven precisados á declararse por algun partido, regularmente siguen al Comandante, que les pone el Monarca.

La inmensa llanura que habitan los Nubas, no tiene mas agua que la de pozos; yo medí uno de ellos, y tenia mas de ochenta brazas de hondo. En un clima tan calien-

te como este, no hay necesidad de encender lumbre, ni hay tampoco leña para el fuego: sin embargo, no comen carne cruda, como en Abisinia, y con la paja de su maiz, y el estiércol de sus camellos, calientan sus hornillos subterráneos, en los quales asan sus cerdos enteros con mucho aseo, del mismo modo que lo executan los habitantes de las islas del mar del Sur. No pelan los cerdos hasta despues que estan asados. Los Nubas no usan de eslabon ni pedernal para encender fuego: cogen un pedazo de madera puntiagudo, y apoyándole verticalmente sobre otro pedazo colocado horizontalmente, en el qual hay un agujero, mueven con mucha velocidad el palo puntiagudo con ambas manos como quien bate chocolate, y al punto se enciende fuego.

Salimos de esta aldea de los Nubas, y apénas habiamos andado dos leguas por la llanura, fuimos acometidos por uno de aquellos remolinos, que en el mar se llaman *Syphones*. El camello, que nos habian robado y restituido los Arabes, se halló por desgracia en el centro del remolino, y fue levantado en el ayre y arrojado á larga distancia, rompiéndose las costillas. Aunque yo estaba bastante léjos del centro, no dexé de ser derribado en tierra, dándome un golpe muy fuerte en la cara, que me hizo salir mucha sangre de las narices: dos de mis

criados tuviéron la misma suerte; y como el terreno estaba algo mojado, el viento nos cubrió todo el cuerpo con una capa de lodo tan bien aplicado, como si nos lo hubieran dado con una brocha. Yo perdí el sentido por algun rato, faltándome la respiracion, y quando volví en mi acuerdo, me hallé la boca y las narices llenas de lodo. Me parecia que la esfera de este remolino tendria doscientos pies de extension: derribó la mitad de una choza, como si la hubieran cortado por medio con una navaja, y esparció sus ruinas por el campo, dexando la otra mitad intacta.

Luego que nos vimos libres de aquel terrible fenómeno, entramos en otra aldea de los Nubas, los quales nos aseguráron, que á no haber estado el terreno mojado, el polvo y la arena nos habrian ahogado. Nos dixéron, que esta especie de tempestad es muy freqüente allí al principio y al fin de la estacion de las lluvias, y que quando viesemos venir otro remolino, nos tendiesemos boca abaxo, hasta que pasase la tempestad, pues de este modo el viento no podria arrebatarnos ni ahogarnos, como muchas veces sucedia. Los buenos Nubas nos acogiéron con mucha humanidad, y nos ayudáron á labar y secar nuestros vestidos: quando me viéron desnudo, y que habia echado sangre por las narices, dixéron que no

creian que un hombre blanco como yo, pudiese arrojar sangre. Regaláronnos con un cerdo asado, del qual no quisiéron comer mis compañeros Mahometanos, pero matando el camello estropeado por el torbellino, se regaláron muy bien, y dexamos lo restante de su carne á los Nubas, á quienes en premio de su hospitalidad regalé tabaco, pimienta, y otras buxerias. A pesar de lo maltratados que nos habia dexado la tempestad, tuvimos una noche muy alegre, pues aquellos buenos Negros nada omitiéron para nuestro regalo y descanso. Pusiéronme la cama en una choza muy aseada, y algunos Nubas veláron toda la noche cuidando de nuestros vagages: cantaban y se respondian alternativamente, y su canto tenia una melodia muy dulce.

El dueño de la casa despues de haber dado todas las disposiciones necesarias para nuestra seguridad y comodidad, marchó á Aira, donde estaba acampado Adelan, á dar parte á este primer Ministro de nuestra llegada, informándole muy por menor de todas nuestras circunstancias. Uno de los que acompañaban á Adelan oyendo decir al Nuba, que habiamos comido cerdo, se escandalizó, pero Adelan dixo al Nuba, "y qué "importa? Ese es un soldado, un Cafre co- "mo vosotros; y un soldado Cafre que se "halla en pais extraño, debe comer lo que

»le dan. Todo hombre cuerdo hace lo mismo. No viene con ellos un Enviado mio?— »Sí, respondió el Nuba, y aun traian otro »mensagero del Rey, que se ha adelantado »para ir á Senaar.—Pues ve, le dixo, y »permanece con ellos en Basbosch, hasta »que yo le avise para que éntre en la capital."

Antes de levantarnos, ya estaba de vuelta el Nuba, y nos dió cuenta de la conversacion que habia tenido con Adelan, lo qual me causó mucha alegría, pues la ida del Enviado del Rey me tenia con mucho cuidado, por la mala voluntad que nos tenia. Marchamos luego á Basbosch, que es un conjunto de muchas chozas de Nubas, y tiene la apariencia de una ciudad. El Gobernador, anciano muy venerable, me recibió con el mayor agrado, y dándome la mano me dixo: »Oh Christiano! ¿á qué vienes »á este pais y en esta ocasion?" Quedé sorprendido de la urbanidad de este anciano, porque usó de la palabra *Nazareno*, ó *Nazarani*, que es el tratamiento mas honroso que se da en el Oriente á los Christianos, pues regularmente el populacho brutal no nos da otro epiteto que el de *infieles*. Este Gobernador habia estado varias veces en el Cairo; me alojó en una choza muy aseada y cómoda, y nos suministró víveres todo el tiempo que nos detuvimos allí.

Basbosch está situada en la ribera oriental del Nilo, que por alli va muy profundo, y su corriente está infestada de crocodilos. La ciudad de Senaar está á dos leguas y media de Basbosch, y por la noche oiamos el ruido de los tambores de la ciudad, lo qual me causaba bastante sobresalto, considerando á qué pueblo tan bárbaro me veia precisado á confiarme. La aldea de Aira, en donde el Ministro Adelan estaba acampado, distaba de Basbosch unas tres leguas. Al dia siguiente fue el enviado de Adelan á dar cuenta á su amo de nuestro viage, y del mal trato que me habia dado Fidel, de lo qual estaba ya bien informado, pues ántes de que empezase á darle cuenta, exclamó Adelan muy colérico: »¿no habrá quien me »quite el trabajo de ahorcar á aquel mal»vado?" Despues de bien informado, encargó á su mensagero me dixese, que dentro de dos dias podia pasar á verle. El enviado del Rey volvió tambien, pero no nos quiso decir lo que habia dicho el Rey; dexándome en la cruel incertidumbre del modo con que me recibiria.

Al cabo de dos dias tuvimos permiso para entrar en Senaar: el enviado de Adelan nos conduxo á una casa de dos altos, espaciosa y cómoda, que pertenecia á su amo, y distaba del palacio como un quarto de legua. Al dia siguiente recibí un recado del

Rey, para que fuese á verle: pasé al palacio, que está construido de barro, de un solo piso; las primeras piezas por donde pasamos, no tenian ningunos muebles, y en ellas habria como unos cincuenta soldados de guardia. El Rey estaba sentado en el suelo sobre un colchon cubierto con una alfombra de Persia, y con almohadones de tisú de oro; pero sus vestidos no correspondian á esta magnificencia, pues no tenia mas que una túnica larga de coton azul de Surate, que no se distinguia de las de sus esclavos, sino en un fleco de seda blanca. Tenia la cabeza descubierta, el cabello corto y muy negro, y el color mas claro que ningun Arabe, estaba descalzo; pero la túnica le tapaba los pies; parecia de edad de unos treinta y quatro años; su aspecto era ordinario, y mostraba ser de un carácter tímido é irresoluto.

Despues que le besé la mano, estuvo mirándome por espacio de un minuto, como dudoso de lo que habia de decirme, y mandó llamar á un intérprete Abisinio; pero yo le dixe en Arabe, que podia hacerme en esta lengua las preguntas que gustase. »¿Has aprendido el Arabe, me preguntó, en »Habesh, esto es, en Abisinia? No, le res»pondí; pero la he hablado mucho en Abi»sinia, donde se usan el Griego, el Arabe, »el Turco, y otras lenguas.— Eso es impo-

„sible, replicó; yo creia que en Habesh no „se hablaba mas lengua que la Abisinia." Enfrente del Rey habia quatro hombres vestidos con unas túnicas largas de coton blanco, y sobre la cabeza tenian un chal blanco, que les cubria parte del rostro, lo que daba á entender eran Sacerdotes ó sabios: uno de ellos respondió á la duda del Rey diciendo: „Sí, Señor, tienen muchas lenguas, y „ya sabeis que el Habesh se llama el paraí„so de los asnos." Entregué despues al Rey las cartas que llevaba dirigidas á él por el Rey de Abisinia y por el Sherif de la Meca, sobre cuyo contenido me hizo varias preguntas, y principalmente estrañó, que un hombre como yo me expusiese á viajar por aquellos paises. „Señor, le respondí, en to„das las religiones hay hombres como yo, „deseosos de saber, por cuyo estudio aban„donan todas las comodidades.—Ciertamen„te, respondiéron los tres sabios que aun no „habiàn hablado, esos son Dervises.— Pues „bien, repliqué yo, suponed que soy un Der„vis, que viajo por instruirme, haciendo bien „á todos, segun puedo, y sin perjudicar á „nadie." El Rey quedó muy contento con mi respuesta, y mandó que me sentase en un coxin.

Despues supe quiénes eran los quatro vestidos de blanco; el primero era natural de Marruecos, y era Cadi ó primer juez de Se-

naar: el segundo era el Cadi de Korfodan, amigo de Abu Calec, hermano de Adelan, y que servia de espia de los dos hermanos cerca del Rey; los otros dos eran Santones muy respetados. Preguntóme el Cadi, si sabia yo quando habian de venir Hagog y Magog. Acordeme de que mi amigo el Molah de Teava me hizo la misma pregunta, y apénas pude contener la risa; pero en fin le respondí, que nada sabia. »Pues »qué dicen de esto, me replicó, vuestros li»bros? veamos si estan de acuerdo con los »nuestros.— Yo no sé, le dixe, lo que con»tienen vuestros libros: decidmelo, y entón»ces diré lo que sepa.— Hagog y Magog, »me dixo, son unos hombrecillos muy pe»queños, del tamaño de una abeja ó de un »zimb. Saldrán enxambres de ellos de la tier»ra, y será tan grande su número, que »no se podrán contar. Dos de sus xefes mon»tarán en un asno; cada pelo de este asno »se convertirá en una flauta; cada flauta »tocará una sonata distinta, y todos los que »oyeren esta música, y la siguieren, serán »conducidos al infierno.— Pues yo no conoz»co, le dixe, á esos hombrecillos, y juro »á tal que no los temo, aunque fuesen dos »veces mas numerosos de lo que decis. Yo »tengo confianza en Dios, y no soy tan »apasionado á la música, que siga á un »asno al infierno, por mas bien que toquen

»sus pelos, y sus pequeñuelos ginetes." El Rey soltó una carcajada, y yo me levanté para marcharme, porque estaba ya muy cansado de aquella conversacion; pero dixe en voz baxa al intérprete Abisinio, que deseaba saber quándo podria traer al Rey una friolera. El Rey respondió, que no podia ser aquel dia, porque yo estaría fatigado, pero que ya me avisaria. Salí de palacio, y encontré mucha gente que me insultó con mil insolencias. Al atravesar la plaza de palacio no pude ménos de estremecerme acordándome que en aquel mismo lugar habia sido asesinado el infeliz Mr. de Roule con sus compañeros, quando de órden de la Corte de Francia pasaba á la Abisinia, sin embargo de que llevaba unas recomendaciones poderosas de las quales yo carecia.

Aquella misma noche recibí recado del Rey para que le llevase el regalo: recogí á toda prisa todo lo que tenia prevenido para aquel Monarca, y llegando al palacio, encontré al Rey en otra pieza distinta de la primera. Estaba desnudo, y un esclavo le frotaba el cuerpo con una especie de grasa hedionda, en la qual tenia ya tan empapado el cabello que le goteaba por todas partes, como si hubiese metido la cabeza en agua. El Rey me dixo que aquel sebo era de elefante, que fortificaba el cuerpo, y suavizaba la piel. Despues que se

hubo untado y frotado bien, los esclavos traxéron en un cuerno un ungüento oloroso, tan líquido como miel, en cuya composicion debia de entrar mucho almizcle, y pasando despues á otra pieza inmediata, dos esclavos le inundáron con agua fresca, y despues le untáron con aquel ungüento oloroso. Luego que hubo acabado de ungirse, y se disponia para pasar al quarto de las mugeres á cenar, le presenté mi regalo, diciéndole que se lo enviaba el Rey de Abisinia; y que esperaba me protegiese miéntras estuviese en sus estados, y me hiciese conducir con seguridad á Egypto. Respondióme que en otro tiempo pudiera haber hecho esto, y aun mucho mas, pero que el estado del Senaar estaba muy mudado, y en el mayor trastorno. Sin embargo, hizo me sirviesen un sorbete con olor, el qual bebí en su presencia, para que esta ceremonia me sirviese de prenda de seguridad, y despues me marché.

Pocos dias despues fuí á visitar al primer Ministro Adelan, que como he dicho, estaba acampado en Aira á tres leguas y media de Senaar. Al llegar á su campamento vimos una gran porcion de caballos de los mas corpulentos y bellos del mundo: la mayor parte de ellos eran negros, algunos habia pios, y otros blancos como la nieve, pero no por la edad. En frente de cada ca-

ballo habia colgada una cota de malla, cubierta con una piel de gazela, y encima de la cota habia un morrion de cobre sin penachera ni plumas, que era la pieza mas bella de aquel trofeo, del qual colgaba un enorme alfange con bayna encarnada, de cuyo puño pendian dos guantes, sin distincion de dedos, que parecian dos bolsas. Dixéronme que habia allí unos quatrocientos caballos, los quales así como los ginetes y sus armaduras eran propios de Adelan, porque todos los ginetes son esclavos comprados por dinero. Puedo asegurar que en ninguna parte del mundo hay un cuerpo de caballería tan magnífico como aquel.

Encontré á Adelan sentado sobre el tronco de un árbol contemplando sus caballos: al rededor de él habia una tropa de Negros en pie, que serian sus amigos ó esclavos. Tenia una bata larga de camelote pardo forrada en tafetan amarillo, y en la cabeza un gorro como una papalina, que le cubria las orejas. Este era su trage de mañana quando iba á ver sus caballos, lo que ningun dia omitia. Era hombre de unos sesenta años, de mas de seis pies de alto, robusto y corpulento, que andaba muy despacio, mas bien por ostentacion, que por falta de agilidad. Su color y facciones no eran de Negro sino de Arabe, y tenia la barba mas espesa que lo que se ve comun-

mente en aquel pais. Luego que me descubrió se levantó, y sin saludarme, me dixo: »tú que eres un Caballero, dime ¿quánto daria vuestro Rey de Habesh, ó Abisinia, por tener estos caballos?— ¿Qué Rey, »dixe yo, no daria todo lo que le pidiesen, »si llegára á verlos?"

Entramos despues en un gran salon colgado de damasco carmesí, y adornado de espejos: al un lado habia dos grandes sofás de damasco carmesí y amarillo, con almohadones de tisú de oro: tenia un anillo con una ametista la mas gruesa y bella que jamas he visto, y en una oreja un pendiente de oro. Entreguéle la carta del Rey de Abisinia, y le supliqué me permitiese hacerle un regalo. »No quiero rehusaros ese »favor, me dixo, pero creed que es muy escu»sado. Yo tendré mis defectos como los demas »hombres, pero estoy muy léjos del vicio »de maltratar á los estrangeros, ó impo»nerles tributos. Si estuviera aquí mi her»mano Abu Calec, os trataria aun mejor, »porque es mas favorable que yo para los »estrangeros; pero en todo caso haré por »vos todo lo que pueda; y si él no viene, »haré que podais partir de aquí, luego que »me desocupe."

El enviado que habia ido á buscarme á Teava, se acercó á su amo y le dixo en voz baxa: »¿podrá ir Yagubé muchas veces á

„ver al Rey ? — Siempre que quiera, respon„dió Adelan; puede visitar la ciudad y pa„searse, pero que jamás vaya solo. Convie„ne que vaya á palacio, para que quando „vuelva á su patria, pueda contar que ha „visto en el Senaar un Rey que no sabia go„bernar, ni sufria que se le enseñase, un „Rey incapaz de hacer la guerra, y que „no podia vivir en paz." Despues que me dió un buen banquete, me despedí de Adelan, muy contento por lo bien que me habia recibido, y me volví á Senaar, cuyo camino estaba cubierto de gente brutal é insolente, de suerte que quantos encontrabamos nos insultaban, pidiendonos oro, tabaco, y todo lo que se les antojaba en términos de tener que reñir á cada paso.

Hablé largo rato con los Arabes que encontré en Aira, y por ellos tuve noticia de sus varias tribus en Atbara: todas ellas estaban á la sazon en marcha para pasar á los arenales que estan al Este de Mendera y de Bombar, los quales aunque estériles y desiertos por gran parte del año, se llenaban entónces de una multitud de ganados y de pastores. La mosca zimb, produccion desoladora del terreno fértil que compone las vastas llanuras del Sur de la Nubia ó Senaar, precisa á los Arabes á estas emigraciones periódicas, que les cuestan á lo ménos la mitad de sus ganados. Las tropas

del Senaar esperaban á los Arabes á la entrada de los arenales, y no los dexaban pasar hasta que cada caudillo de las tribus se ajustaba con Adelan sobre lo que debia pagar. Todo efugio es vano: la terrible mosca persigue á todos los ganados hasta que se refugian en los arenales, de los quales no pueden salir hasta despues de la estacion de las lluvias. A veces los Arabes han querido hacer resistencia á los Nubianos, pero sus fuerzas han sido inútiles. Como van cargados con sus mugeres, hijos y ganados, se ven precisados á recibir la ley de estas tropas, que tienen los mejores caballos del mundo, y que los esperan sin tener que salir de su pais. Sin embargo, luego que los Arabes han pagado su tributo, viven tranquilos durante la estacion de las lluvias, y gozan de la misma seguridad quando se vuelven á las llanuras del Sur.

Quizá deseareis saber, que se hace de aquel prodigioso número de camellos, que los Arabes dan anualmente en tributo al gobierno de Senaar. Es necesario advertir que no todo el tributo se paga en camellos; pues las tribus que poseen cierto número de cabezas de ganado, deben pagar parte del tributo en oro, en esclavos, ó en géneros. El gran número de camellos que pagan, se consume en la provision de la casa real y de los habitantes de Senaar, porque en esta ciu-

dad casi no se come otra carne que la de camello, y es la única que se vende en las carnicerías. Los demas camellos que no se consumen en el Senaar, son vendidos á los mercaderes de Dongola, los quales los remiten á Egypto, para suplir los muchos que perecen en las caravanas que van á la Meca.

Lo que mas me sorprendió del discurso de Adelan fue el desprecio con que habló del Rey, por lo que hice juicio no solo de la enemistad que habia entre el Monarca y su Ministro; sino tambien de la naturaleza de aquel gobierno, en que un vasallo puede insultar tan impunemente á su Soberano. Pocos dias despues me envió á llamar el Rey, para que visitase á sus mugeres: alegréme mucho de que se me ofreciese la ocasion de tratar con ellas, porque me habian sido muy favorables todas las conexîones que habia tenido con el bello sexô en aquellos paises bárbaros; pero debo advertiros, que el llamar *bello sexô* á las mugeses de Senaar, es hablar con muy poca propiedad. Conduxeronme á una gran sala quadrada y obscura, donde habia unas cincuenta mugeres de color de azabache, sin mas vestidos que un pedazo de coton al rededor de la cintura. Mientras yo estaba discurriendo, si habria allí alguna Reyna, ó si todas lo serian, una de ellas me trabó fuer-

temente de la mano, y me llevó á otra pieza mas clara que la primera. Allí ví sobre un gran sofá de coton azul de Surate tres mugeres vestidas con unas túnicas del mismo color y tela, que las cubrian desde el cuello hasta los pies. Una de ellas, que despues supe era la favorita, tenia cerca de seis pies de alto, y era excesivamente gorda: parecióme que despues del elefante y rinoceronte era la bestia mas enorme que habia visto. Sus facciones eran rigúrosamente de Negra: un anillo de oro, que la atravesaba el labio inferior, le hacia que colgase hasta la barbilla, y por consiguiente la dexaba los dientes descubiertos, que era lo único que blanqueaba en aquella masa monstruosa de azabache: se habia ennegrecido la parte interior del labio con antimonio. Sus orejas la colgaban hasta los hombros, y parecian dos alas: en cada una de ellas tenia un anillo de oro del grueso de un dedo que tendria unas cinco pulgadas de diámetro, por lo que el peso de estos enormes anillos habia ensanchado tanto los agujeros que cabrian tres dedos por cada uno. En el cuello tenia un collar de oro con muchas vueltas, que la baxaban en grados por el pecho, de las quales colgaban muchos zequies de oro horadados. En cada uno de los tobillos tenia una cadena de oro tan gruesa, que me pareció imposible pudiese an-

dar, pero despues supe que los eslabones estaban huecos.

Las dos compañeras de esta Princesa estaban adornadas casi del mismo modo: una de ellas se distinguia solamente en que de las orejas le pendian unas cadenas que iban á unirse á los agujeros de las narices, y un anillo que la atravesaba la ternilla de la nariz colgaba hasta la mitad de la boca, de suerte que parecia un caballo con freno. Quando me acerqué á aquellas beldades, la mas anciana puso su mano en la boca, y besándola me preguntó en muy mal Arábe: mercader, cómo te vá? Nunca me he alegrado tanto de que me saludasen mugeres desde lejos: yo la respondí: la paz sea con vosotras, yo no soy mercader, soy médico.

No os fastidiaré con las impertinentes preguntas que me hicieron; basta deciros, que no hubo parte exterior ni interior de su cuerpo, sobre que no me consultasen. Se empeñaron en que las habia de sangrar á todas tres, y lo executé al punto, inundando la sala de sangre Real. Otro dia me ví precisado á volver á visitar á aquellas Reynas, y darlas un vomitivo, igualmente que á tres ó quatro de sus damas. No quiero causaros nauseas con la relacion de esta escena asquerosa; el vomitivo produxo el mayor efecto, de lo que daba pruebas toda la sala

inundada. El calor era excesivo, y todas aquellas figuras negras y horribles, dando lamentos y arcadas al rededor de mí, me daban una idea del Infierno. Sin embargo, no paró en esto mi disgusto: como se habian desnudado enteramente, y los pechos las colgaban hasta las rodillas, aumentaban el horror que me inspiraba su aspecto. Además se empeñaron en que yo habia de descubrir tambien mi cuerpo; todos mis esfuerzos fueron vanos contra unas sesenta mugeres que me rodeaban; solo pude conseguir que se contentasen con verme el pecho descubierto. Al ver la blancura de mi cutis, todas ellas dieron un grito de horror, considerando mi color como efecto de una enfermedad. En mi vida me he visto en tal aprieto, y hubiera deseado mas verme en una batalla que entre aquellas furias. Al mismo tiempo consideraba que si el Rey entraba en aquel momento, las resultas de aquella escena serian empalar ó desollar vivo al infeliz, cuyo color ellas exâminaban con tanta curiosidad; bien que puedo jurar que no me habian excitado la menor idea que pudiese causarle zelos, lo qual sin duda creereis, aunque yo no lo jure. En fin, salí de aquella sala infernal con el mayor disgusto, y éste se aumentaba considerando que aun estaba léjos el momento de marchar de este cruel pais.

Esta pesadumbre se me aumentó con un lance que me sucedió en palacio: al salir un dia, encontré solo á aquel mensagero del Rey, que habia ido á buscarme á Teava. Estos malvados se embriagan con freqüencia; pero quando quieren cometer un delito, fingen estar beodos, para disculpar su atentado. El tal mensagero, viéndome solo, se acercó á mí, diciendo: »Yagubé, es preciso que me pagues el trabajo, que tuve en ir á buscarte á Teava; y al decir esto quiso asirme del cuello; pero yo le dí un empellon, con que le derribé. El, lleno de cólera me dixo, que le habia de dar cincuenta duros, ó me cortaria la cabeza. Yo llevaba siempre pistolas, pero creyendo no debia emplearlas con aquel menguado, me acerqué á él, y le dí un golpe tan fuerte que le tendí á la larga, y le quité el sable. Acudió mi criado Soliman que se habia quedado atras, y con él vinieron otros Negros, compañeros del tal mensagero, algunos de los quales quisieron defenderle, y otros intercedian por él; pero Soliman insistió para que le conduxesen á la presencia del Rey con su sable desnudo, y quando esperabamos se nos diese alguna satisfaccion, aquel débil Monarca no dió mas respuesta, sino que aquel hombre estaba beodo; y que los habitantes de Senaar no estaban acostumbrados á ver por las calles Francos como yo.

Despues reprendió agriamente á Soliman porque se habia atrevido á desarmar en su palacio á un criado suyo, y mandó le volviesen su sable.

Retirabame yo muy pensativo por esta escena tan desagradable, quando encontré á Kitú, uno de los hermanos de Adelan, á quien este Ministro habia encargado el gobierno de la capital en su ausencia. Contéle lo que me habia sucedido, y me respondió con muestras de interes: »de todo esto tiene la culpa el Rey: cada esclavo hace ló »que se le antoja. Si yo diese parte de este »suceso á mi hermano Adelan, mandaria al »punto cortar la cabeza á ese infame á la »puerta de palacio; pero no conviene ha»cerlo mientras permanezcais aquí. Esta»mos esperando á mi hermano Abu Calec, y »quando llegue, todo mudará de aspecto: »entre tanto permaneced quieto en casa, sa»lid lo menos que sea posible, y siempre »acompañado de dos ó tres Negros. Mien»tras permanezcais en la casa de mi herma»no, nada teneis que temer: no recibais á »nadie, aunque venga de parte del Rey: »decid á los que quieran entrar, que Ade»lan lo ha prohibido; y lo demas queda á »mi cuidado. Quanto menos vayais á palacio, »será mejor, y sobre todo no os expongais » á andar por la noche."

Esta promesa me llenó de gozo, pues

veia que tenia en Senaar un asilo seguro, por lo que resolví estarme quieto en casa hasta que viniese Abu Calec, ó la Providencia me abriese otro camino. Despues supe que el insulto que nos habia hecho el Rey, procedia de que le habian dicho que yo trahia gran cantidad de oro y plata, y queria que yo le diese parte de ello. Esto me acabó de persuadir, que debia estarme encerrado en mi posada, para evitar tantos peligros, y juntamente para apuntar las noticias que habia recogido sobre esta extravagante Monarquía del Senaar, Monarquía que se ha erigido casi en nuestros dias, y de la qual ningun Viagero ha hecho mencion.

CARTA CVIII.

Gobierno del Senaar.

Desde el reynado de Saladino, Emperador de los Turcos, hasta el tiempo en que Selim conquistó el Egypto, y arruinó el trono de los Mamelucos, esto es, desde el siglo XII hasta el XVI, los Arabes de la Nubia, de Beja, y de otros paises mas arriba del Egypto, se mezcláron con los antiguos pastores, indígenas de aquellas vastas regiones; y abrazando estos pastores el Mahometismo formáron una misma nacion con aquellos Sarracenos, que invadiéron todo el pais, siendo Califa Omar. La única distincion que conserváron fué, que los Arabes continuáron habitando en tiendas, y los otros en chozas, situadas por la mayor parte á las orillas de los rios.

Esta observacion general tiene algunas excepciones, pues los Arabes de la tribu de Beni Koreish, de la qual fué Mahoma, viviéron por la mayor parte en ciudades como la Meca, Tajef, Medina, principalmente despues de la expulsion de los Judíos, y de la fundacion del imperio del falso Profeta. Otros muchos Arabes que fuéron

Fungo se siente agraviado en su honor, pregunta, ¿si no le conocen? ¿si no saben que es un esclavo? y dicen esto con la misma arrogancia con que un Lord Ingles pregunta, si no saben que es un Par de Inglaterra. En el Senaar todas las dignidades y empleos son precarios y despreciados, á no ser que el que los obtenga sea un esclavo, porque allí la esclavitud es la única nobleza.

Tuve la curiosidad de ver la lista de los Reyes del Senaar: la obra en que la ví, es tan extraordinaria como todas las demas cosas de este Reyno, pues fué en la lista del verdugo. Una de las singularidades mas raras de este Reyno es que el Rey no puede ascender al trono sino con la condicion de que será muerto legalmente por sus esclavos, si en un consejo tenido por sus principales Ministros se juzga que conviene quitarle la vida. Un hombre escogido de la familia del Monarca tiene el empleo de quitar la vida á su Rey y pariente: este Ministro se llama Sid-el-Cum, esto es, *Señor de la Casa Real*; pero no tiene voto en el Consejo que juzga al Monarca, y jamas se le impropera por delito el que execute su oficio, por mas Reyes que haya muerto.

El Sid-el-Cum Achmet, regicida y parricida por oficio, vivia en el palacio de Ismain, aunque ya habia muerto al Rey Nasses con dos hijos suyos ya grandes, y otro

pequeño, y esperaba de un dia para otro hacer lo mismo con Ismain. Por su parte no mostraba ninguna malignidad, ni el Rey le tenia odio; pero uno y otro preveian lo que iba á suceder. Este Achmet, pues, que se hizo grande amigo mio, fué el que me mostró la lista de los Reyes de Senaar con la duracion de sus reynados, y fué uno de los que mejor me tratáron, porque le dí algunos medicamentos para curarse.

Lo mas estraño es, que este hombre, cuyo ministerio abominable parece debia hacerle cruel, era muy amable, y el mas juicioso de quantos traté en aquel infernal pais. Estaba muy poco convencido de la doctrina del Mahometismo, y decia que no habia Religion mejor que la Christiana. Sin embargo, su ignorancia le hacia dar crédito á las supersticiones de los Sacerdotes idólatras de los Nubas, de los quales se hallaba siempre rodeado, y le habian hecho creer que eran magos, y que todo lo podian. Pregunté á Achmet qué por qué habia muerto á los hijos del Rey Nasser en presencia de su padre, y me respondió que por respeto del mismo Nasser, el qual tenia derecho para ver matar legalmente á sus hijos, esto es, degollados con un alfange; en vez de que si no se hiciese así, en presencia de su padre, sus enemigos pudieran haberles hecho sufrir una muerte mas cruel

á establecerse en Beja, y en la parte occidental de la Nubia, continúan habitando pueblos pequeños y aldeas, y se les distingue con el nombre de Jahalenos, nombre que literalmente significa *paganos*, pero que se dió á aquellos antiguos Arabes, que abandonáron la idolatría para abrazar la doctrina de Mahoma que él mismo les predicó. La religion de estos Arabes era el Sabeismo, antiguo culto de la Arabia, y de toda la península de Africa hasta la ribera del Océano indiano.

Estos Jahalenos son los salteadores mas fanaticos y peligrosos que puede encontrar un Viagero: todo el vasto pais que habitaban tenia un Soberano particular llamado Ved-Ageb, esto es, *el hijo del bien*, y á este título se añadia su propio nombre, por exemplo, Ali, Mahomet, &c. Este Príncipe era Xeque de todos los Arabes, los quales le pagaban un tributo, para que pudiese mantener fuerzas respetables; y además cada tribu tenia su Xeque particular.

El año de 1504, una nacion Negra, desconocida hasta entónces, salió de la ribera occidental del rio Blanco, donde habitaba á los trece grados de latitud, y embarcándose en una gran multitud de canoas, hizo un desembarco en el pais de estos Arabes: venciéron al Ved-Ageb, y le obligáron á capitular, que diese á los vencedo-

res la mitad de los ganados, y que cada año les habia de dar la mitad del producto de los que les restaban, tributo que se debia pagar quando los Arabes pasasen á los arenales huyendo del zimb. Con estas condiciones el Ved-Ageb conservó su soberanía; y quedó como un Teniente de sus vencedores.

Estos Negros fundáron la ciudad de Senaar, situada en un puesto muy ventajoso para cobrar los tributos de los Arabes, siendo su primer Rey Amru: desde esta época hasta el tiempo de mi viage por el Senaar han pasado doscientos sesenta y seis años, en que han reynado sucesivamente veinte y tres Reyes desde Amru hasta Ismain, que era el que reynaba en mi tiempo. Entre estos veinte y tres Reyes ha habido ocho depuestos, y segun las apariencias, Ismain no habrá tardado en aumentar este número.

Al tiempo de la fundacion de esta Monarquia el Rey y toda su nacion eran idólatras, pero en virtud del comercio que estableciéron con el Cairo, se hiciéron bien pronto Mahometanos. Entónces tomáron el nombre de *Fungos*, que dicen significa señores, ó conquistadores, ú hombres libres; esta última denominacion no puede convenirles, pues el primer título de nobleza en estos paises es el de esclavo. Quando algun

y afrentosa. Díxome que Nasser no habia dado muestras de afligirse mucho al ver aquel sangriento espectáculo, pero que sintió mucho el verse precisado á morir, y que intentó varias veces escapárse, hasta que viendo la inutilidad de sus esfuerzos, se sometió sin resistencia á la execucion. Añadió Achmet que el actual Monarca tenia que temer igual suerte; que los dos hermanos Adelan y Abu Calec estaban en campaña con muchas tropas; que Kitu tenia el mando de la capital, y èl Rey era despreciado, y no tenia valor, experiencia, amigos, ni dinero. »Pero dime, le pregunté, »quando te presentas al Rey, ¿no temes »que se le antoje hacerte ver, que no es »tan fácil quitarle la vida?— No por cier»to, me respondió; mi empleo me obliga »á estar junto á su persona casi toda la ma»ñana, y á verle todas las noches muy tar»de. Sabe que no tengo la menor parte en »la desgracia que le preparan, y que no »puedo adelantar su muerte ni un solo ins»tante; pero que si le condenan, lo demas »es una accion de pura decencia, y segu»ramente quiere mas bien ser muerto en »secreto y por un pariente cercano, que »verse entregado en público á los golpes »de un asesino pagano, ó de un esclavo »Arabe.

»Quando el Rey Baady, padre de Is-

»main, fué enviado á Teava, Adelan dió ór»den á Veled Hassan, Gobernador de At»bara, y padre de Fidel, para que le ma»tase. Baady era robusto, estaba bien ar»mado, y vivia siempre muy alerta; por »lo que Veled Hassan no halló otro medio »para executar su bárbara comision, que »hiriendo á aquel Monarca por la espalda »al tiempo que se estaba lavando las ma»nos. El pueblo murmuró mucho contra »Adelan, no precisamente por haber muer»to á su Rey, sino por el modo; y el »mismo Veled Hassan fué muerto, porque »aunque habia obrado de órden superior, »se habia atrevido á matar al Rey, no sien»do el Ministro encargado de este empleo, »y ademas porque se habia servido de una »lanza en vez de usar de espada, único »instrumento legal para semejantes execu»ciones."

Quando muere el Rey de Senaar, su hijo primogénito le sucede por derecho, y al punto todos los hermanos del Príncipe que asciende al trono, son degollados por mano del Sid-el-Cum. Achmer, uno de los hijos de Baady, y hermano de Nasser y de Ismain, huyó á las fronteras de Kuana, luego que vió á su hermano ascender al trono, y juntando una tropa de ginetes fué á Gondar, donde la Iteghé le acogió benignamente, y le hizo bautizar. Este Achmer era

de una presencia agradable, pero bebia y mentia mas de lo que se puede imaginar.

En el Senaar las hembras no heredan la corona, como tampoco en Abisinia, sin que la historia de los Fungos dé razon alguna sobre esta exclusiva. Sin embargo, las Princesas de Abisinia gozan de muchas mas ventajas que las del Senaar, porque estas no tienen hacienda ni rentas señaladas, y se las trata como á las hijas de un particular. Entre la multitud de mugeres que ví en el palacio, habia algunas hermanas del Rey, pero no se las distinguia por sus modales, ni por ninguna muestra de respeto de parte de las otras.

La familia Real es de raza negra, y quando las mugeres del Rey son negras, sus hijos son del todo negros, pero quando se mezcla con blancas, lo que sucede freqüentemente, nacen los hijos tan blancos como sus madres. Esta mezcla se verifica igualmente en la familia Real, que en las de otros particulares. Pero lo que parece aun mas extraordinario, aunque igualmente cierto, es que quando un Arabe se casa con una Negra, sus hijos son tan blancos como él: no pretendo que no pueda haber algunas excepciones de este hecho, pero todos los que he observado, prueban lo que he dicho. En todos los meses de los grandes calores los Arabes no usan de otras muge-

res que de las Negras, de donde resultan muchos hijos; sin embargo no he visto ningun Arabe negro en todo el Senaar.

En la capital y en las cercanias perece anualmente inmensa cantidad de niños, de suerte que el pais quedaria bien pronto desierto á no ser por la multitud de esclavos que conducen allí de todas las partes del mediodia del Africa. Los habitantes de Senaar son altos y robustos, pero viven poco, lo qual se debe atribuir á los muchos excesos á que se abandonan desde la niñez. Pero lo que acabo de decir acerca de su corta vida ofrece una prueba de una estraña revolucion en el clima, porque Senaar está poco distante del pais en que los antiguos colocaban á los Macrobios, nacion así llamada por la larga duracion de su vida. Es de notar que aunque los habitantes de Senaar profesan la secta Mahometana, son tan brutales con sus mugeres, que muchas veces las venden despues de haber tenido hijos de ellas. El mismo Rey á veces sigue esta bárbara costumbre, que jamas se ha conocido en ningun pais Mahometano.

El Rey está obligado una vez en la vida á labrar el campo con sus propias manos, por lo que tiene el sobrenombre de *Baady*, que significa el labrador, y es comun á todos los Reyes, así como el de Cesar lo era de todos los Emperadores Roma-

nos. Pero ademas tienen otro nombre con que se distinguen, y los estrangeros por no saber esta costumbre, han confundido á muchos Reyes.

Ni caballos, ni mulas, ni asnos ni algunas otras bestias de carga nacen, ni pueden vivir en Senaar, ni á algunas leguas en contorno; y no se puede conservar por un año entero ningun perro, gato, carnero, ni toro. Es preciso enviarlos á pasar seis meses en los arenales, pues á no hacerlo así, por mas que se les cuide, mueren en la estacion de las lluvias, donde quiera que hay tierra gruesa. Dos lebreles que yo habia tomado en el Atbara, y las mulas que habia traido de la Abisinia, murieron al cabo de algunas semanas. Algunos Reyes de Senaar han querido mantener leones, pero no han podido impedir que no muriesen al empezar las lluvias: Adelan tenia dos, que parecian muy vigorosos, pero los mantenia en Aira que está en un arenal.

En el Senaar no hay rosales ni jazmines de ninguna especie: en las cercanias de la ciudad no ví mas árboles que algunos naranjos, y aunque han procurado plantar rosales, no han producido. Esta ciudad está construida en la ribera oriental del Nilo, y cerca de su orilla, pero la elevacion del terreno la defiende de las inundaciones: está muy bien poblada, y se ven algunas casas

bastante bellas á la moda del pais. Las casas de las personas principales tienen dos altos, y algunas tres, con terrados encima, cosa rara en aquellos paises entre el trópico, cuyas casas, como ya he dicho, tienen los techos de figura cónica para defenderse de las lluvias. Las hacen de barro mezclado con paja, lo que parece indica que las lluvias no son allí tan abundantes como en el Sur.

El clima de Senaar, como ya he dicho, es muy poco favorable al hombre, á los animales, y singularmente muy contrario á la propagacion: las yeguas y todas las bestias de carga padecen una absoluta esterilidad en Senaar, y en algunas leguas en contorno; pero esta esterilidad cesa haciendo pasar estos animales á los arenales. Aira, aunque está tan cerca de Senaar, como está en medio de un arenal, conviene muy bien á toda especie de animales, por lo qual se mantenia allí Adelan con su caballería, la mas bella de todo el mundo. Desde allí observaba con seguridad todos los movimientos de su debil Soberano, que encerrado en su capital no podia oponer ni un caballo al temible Ministro.

Pero aunque este clima es muy contrario á la propagacion de los animales, sin embargo suministra abundancia de mantenimientos. Los terrenos cultivados dan segun

dicen, trescientos por uno, pero yo creo que en esto hay exâgeracion. Todas las cercanias de Senaar estan cubiertas de mijo, que es el principal alimento de los ciudadanos: tambien se coge trigo y arroz; pero en corta cantidad, y los venden á libras aun en los años mas abundantes. La sal que se consume en este pais, es fosil, la qual sacan de la tierra en las cercanias de la capital, por donde se puede juzgar de lo impregnado que estará de ella el terreno.

Al Nord-oueste de Senaar á distancia de unas doce millas hay un grupo de aldeas, llamado Saadly, del nombre de un santon, que hizo abrir en tierra unos silos para guardar el grano, quando hay mucha abundancia. Quando estos silos estan llenos, los tapan exâctamente con una capa de arcilla, y llaman á esta operacion *sellar los matamoros*, porque este es el nombre que dan á los silos. Hay gran número de ellos en aquella llanura; y quando hay carestía de granos, los abren, y se esparce la abundancia por los campos y poblados.

Al norte de Saadly á unas veinte y quatro millas de Senaar hay otros silos de la misma especie y aun mas considerables, de los quales depende la subsistencia de los Arabes; porque como todas las tribus de esta nacion estan siempre en guerra unas contra otras, y por lo regular talan los sem-

brados de sus enemigos, se seguiria el hambre á la perdida de las cosechas, sino fuera por estos silos. En aquella inmensa llanura hay muchas aldeas esparcidas por todos lados, cuyos habitantes son labradores, y siembran principalmente mijo, porque dicen que es el grano que mas bien produce en el Senaar. Hay de trecho en trecho grandes charcas, las quales se llenan de agua en la estacion de las lluvias, y sirven de grande auxîlio á los Arabes quando pasan á los arenales. La mosca zimb no los persigue mas allá de Saadly, y quizá por esta causa se construyó Senaar en el sitio que ocupa, y por la misma razon el santon Saadly abrió en aquella llanura sus silos y charcas. Los Arabes como encuentran allí todo lo necesario para su subsistencia, hacen alto en Saadly, para hacer sus ajustes de tributos con el gobierno de Senaar.

En las cercanias de Saadly hay dos distritos montuosos; el uno se llama Gibel Moya ó la montaña del agua, y el otro Gibel Segud, ó la montaña fria. Estos dos distritos son de corta extension, pero la belleza del clima es causa de que esten bien poblados, y sirven para proteger las Dahieras, esto es, las alquerias de Saadly y Ved Abud. Son tambien como unas fortalezas naturales colocadas en el camino de los Arabes, por cuyo medio se les puede precisar mas facil-

mente á pagar los tributos, quando se apresuran á pasar á los arenales de Atbara. Cada uno de estos distritos es gobernado por un descendiente de los antiguos Príncipes, los quales como tenian infanteria y caballería resistieron por largo tiempo á todas las fuerzas de los Arabes, y vivieron en la idolatria hasta la conquista de los Fungos. Dicen que sacrificaban hombres á sus idólos, y estos sacrificios se hacian con crueldades horribles; pero Abd-el-Cader, tercer Rey del Senaar, hizo guerra á estos Soberanos y los obligó á rendirse. Despues les hizo poner una cadena de oro á cada oreja, y los expuso al público en la plaza de Senaar, donde fueron vendidos por una corta suma, que equivalia á seis ú ocho quartos. Despues de este abatimiento, aquellos Príncipes fueron circuncidados, abrazaron el Mahometismo, y el Rey los restableció en sus gobiernos como esclavos del Senaar, sometidos á un leve tributo. Desde entonces aquellos dos distritos han permanecido fieles á sus conquistadores.

No hay campiña mas agradable que la de Senaar á fines de Agosto y principios de Septiembre: quando llegué yo á fines de Mayo, me pareció árida y esteril, privada de toda vegetacion; pero despues se cubrió de verdura y presentaba la perspectiva mas agradable á la vista. Por medio de la llanura se vé correr magestuosamente el Nilo, que tie-

ne á lo menos una milla de ancho: á las orillas del rio pacian inumerables ganados de todas especies; producto del último tributo de los Arabes. Luego que cesan las lluvias, y el sol exerce su terrible influencia, todo se agosta y seca, los lagos se corrompen, exhalan un hedor pestífero, se llenan de insectos, y desaparece toda la belleza de los campos. La Nubia vuelve entonces á presentar la imágen de la esterilidad; no se vé ni se siente mas que un calor intolerable, vientos pestilentes, arenales volantes, y todos los males que causa este terrible clima, las epilepsias, las apoplexias, las fiebres ardientes, los violentos dolores de cabeza, los desmayos intolerables, y las disenterias aun mas crueles y mortales.

La guerra y la traycion parecen las únicas ocupaciones de este pueblo bárbaro, á quien la Providencia ha separado del resto de los hombres por desiertos casi intransitables, desterrándolos á una tierra maldita, donde parece que ha querido ofrecerles la imagen de la eterna y horrible morada, que les está reservada para despues de la muerte

El modo de vestir en Senaar es muy sencillo: llevan una túnica larga de coton azul de Surate, que les llega desde el cuello á los pies. La única diferencia que hay entre los vestidos de los hombres y las mugeres, es que los hombres tienen el cuello des-

nudo, y las mugeres tienen un cuello, que se abotona como nuestras camisas. Hombres y mugeres llevan un ceñidor; todos van descalzos en sus casas, aun las personas de distincion: los quartos, principalmente los de las mugeres, estan cubiertos de alfombras de Persia. Quando salen á la calle en el buen tiempo, llevan unas sandalias ó especie de abarcas de cuero, adornadas con conchas con mucha elegancia.

En tiempo de los grandes calores los habitantes de Senaar en vez de bañarse, se hacen rociar el cuerpo con muchos cubos de agua. Así hombres como mugeres se ungen á lo menos una vez al dia con sebo de camello mezclado con almizcle: creen que esta untura les suaviza el cutis, y evita las erupciones cutáneas, las quales temen tanto, que quando les sale un grano en parte que pueda verse, no salen de su casa. Todas las mañanas se ponen una camisa blanca; pero para conservar la suavidad del cutis, duermen siempre con una camisa empapada en grasa sin ninguna cobertura. Su cama es una piel de buey curtida, y bien suavizada con la continua frotacion de grasa, la qual les comunica un hedor, que no se les puede quitar por mas que se laven.

El principal alimento de los pobres es pan de maiz: los ricos hacen tostar la harina de maiz, y despues hacen de ella pu-

ches con manteca y miel. Estos además comen carne de buey, en parte asada, y en parte cruda; pero la carne de camello es la mas comun: sus bueyes son sin disputa los mas corpulentos, gordos y bellos de todo el mundo. El hígado y las costillas de este animal se comen por lo regular crudas; á lo ménos yo jamas las ví cocer. Así que la costumbre de comer carne cruda no es peculiar de la Abisinia, y todas las naciones Negras, que habitan al Oueste, comen así la carne de camello.

No se vé tocino en los mercados de Senaar, pero todos los habitantes lo comen sin dificultad: solamente los que tienen empleos públicos, y se llaman Mahometanos, se ocultan para comerlo. El Mahometismo hizo al principio grandes progresos entre los Judíos y los Christianos de Arabia, en la costa occidental del mar Roxo y en todo el Egypto, porque lisonjeaba á sus pasiones; pero como los idólatras no necesitaban de la licencia desenfrenada de aquella secta, porque ellos no tenian ningun freno, no la abrazáron hasta que los conquistadores fuéron á predicarla con el alfange en la mano. Por consiguiente los idólatras del Senaar y de otros muchos paises no abrazáron el Mahometismo sino para gozar de alguna libertad personal, y por causa del comercio; pero aunque son Mahometanos en

sus discursos, son idólatras en su corazon y en sus prácticas. Los hijos heredan este modo de pensar de sus padres, excepto quando algun Fakir ó Santon Arabe se encarga de enseñarles á leer, y algo de su secta; pues quando no, toda su religion consiste en saber decir: *No hay mas que un Dios, y Mahoma es su Profeta*, que es la profesion de fé de estos fanáticos.

El Reyno de Senaar está dividido en tres gobiernos principales: el primero está en El-Aice, capital del pais del mismo nombre. El gran rio Blanco riega este territorio, y dividido, sea por la naturaleza ó por el arte, en pequeños canales, forma una gran porcion de isletas, en cada una de las quales hay una aldea, y esta coleccion de aldeas se llama la ciudad de El-Aice. Todos sus habitantes son pescadores, y con sus canoas suben y baxan por el rio hasta las cataratas. El gobierno de El-Aice no puede darse sino á personas de la familia del Mek de Senaar, y luego que le dan este empleo, no puede dexarlo, ni volver á Senaar.

El segundo gobierno es el de Korfodan: las rentas de esta provincia consisten en esclavos, que sacan de la inmensa cordillera de montañas de Dyre y Tegla. La situacion de Korfodan es muy cómoda para hacer invasiones en aquellas montañas. Abu Calec, hermano de Adelan, tenia este go-

bierno, y al frente de un cuerpo de mil ginetes Negros con cotas de malla se habia hecho independiente del Rey de Senaar. El Korfodan es limítrofe de Dar-Four, Reyno de Negros aun mas bárbaros, si es posible, que los del Senaar, y el Korfodan ha sido conquistado y vuelto á recobrar varias veces por uno y otro Reyno.

El tercer gobierno es el de Fazuclo, que tiene al Oueste el rio Blanco, al Este el Nilo, y al Sur las montañas de Fazuclo, en donde estan las grandes cataratas. Estas montañas de Fazuclo son parte de la cordillera de Dyre y Tegla, de donde se saca el oro y los esclavos, que son las únicas riquezas de estos paises; porque la principal renta de Fazuclo es en oro, y el que manda allí no es de la raza de los Fungos, sino un descendiente de los primeros Príncipes, sojuzgados por los exércitos del Senaar. Esta excelente política es muy notable en una nacion tan bárbara como los Fungos, y como les ha probado tan bien, la siguen constantemente. Luego que conquistan un pais, eligen á su Príncipe por Virey, y le dexan gozar baxo de sus órdenes de su primera autoridad; con esta misma política los Romanos conquistáron tantos y tan remotos Reynos; y estos bárbaros han logrado conservar con ella todas sus conquistas.

Las fuerzas militares del Senaar, esto es, las que se mantienen cerca de la capital, consisten primeramente en catorce mil Nubas, que pelean desnudos y sin mas armas que un venablo corto y un escudo: yo creo que estos son muy malas tropas. Ademas hay mil y ochocientos Negros á caballo, todos esclavos, armados con cotas de malla, y un grande alfange. Me parece que esta caballeria, así por su armadura como por el vigor de los caballos, es capaz de desbaratar al primer choque á doble número de las tropas mas fuértes. El Mek de Senaar no tiene ningun fusil en todo su exército: ademas de estas tropas, un número considerable, pero determinado, de caballería Arabe, que paga un tributo al Mek y á los principales oficiales, vive cerca de la capital, acarrea provisiones, y comercia; y estas tropas pueden contarse entre las fuerzas del Senaar, y defenderle en caso necesario.

Además de las enfermedades que ya he insinuado, el mal venereo es muy comun en Senaar, pero jamás es tan maligno, que impida la generacion. Los sudores y la abstinencia bastan para curarse, por mas envejecido que sea; y al contrario he visto que el mercurio no producia allí ningun efecto. La elefantiasis tan comun en la Abisinia, no se conoce en el Senaar: las vi-

ruelas tampoco son epidémicas, y á veces pasan doce ó quince años sin verse, á pesar del mucho trato y comercio de los Fungos con los Arabes, y de las mercaderias de Arabia, de que tanto uso hacen. Aseguran, que nunca se declaran las viruelas en el Senaar sino en la estacion de las lluvias, pero siempre hacen los mas horribles estragos. Las mugeres, así Negras como Arabes, las que viven en los llanos, y las de los habitantes de El-Aice, como tambíen las Nubas, la Gubas que habitan en las montañas, y en fin las esclavas de toda especie que vienen de las montañas de Dyre y Tegla conocen desde tiempo inmemorial una especie de inoculacion que llaman *la compra de las viruelas*. Estas mugeres hacen por sí mismas la operacion, y para este fin escogen siempre el tiempo mas seco, y ameno del año. Luego que saben que las viruelas se han descubierto en alguna parte, van allá, y poniendo una venda de algodon rodeada al brazo de la persona que tiene viruelas, dicen á la madre del niño, quántos granos de viruelas quiere venderlas. Ellas aseguran ser necesario que este ajuste se haga con todo rigor, que no haya en él ninguna contemplacion, y que se pague á lo ménos una ó dos monedas de plata. Luego que han hecho el ajuste, recogen su venda de algodon, ya impregnada del virus de las

viruelas, y volviéndose á sus casas, la atan al brazo de sus hijos, los quales quedan inoculados sin peligro, y segun ellas dicen, no les salen mas granos de viruelas que los que especificáron en su compra. Esto ya se vé que es una fábula; pero lo que hay de cierto es, que no hay exemplar en el Senaar ni en la Abisina, de que esta enfermedad haya acometido mas de una vez á nadie.

El comercio del Senaar es poco considerable: no hay allí ningunas manufacturas, y el principal objeto de consumo para vestir son las telas de coton azul de Surate. Antiguamente los caminos estaban libres, las caravanas mercantiles viajaban con seguridad, y traian de Gidda al Senaar cantidad inmensa de mercaderias de la India, las quales se repartian despues por todas aquellas naciones Negras. Los retornos se hacian en oro de Tibar, en almizcle, en cuernos de rhinoceronte, colmillos de elefante, plumas de abestruces, y principalmente en esclavos, y en barniz, del qual articulo el Senaar suministraba mayor quantidad que toda la parte oriental del Africa. Pero este comercio está casi enteramente perdido, como tambien el de oro y marfil: sin embargo, el oro del Senaar conserva aún el crédito de ser el mas puro y bello de toda el Africa, de donde lo llevan á Moka, y de allí pasa á la India. Las esclavas que se sacan

del Senaar, son muy estimadas, y una de ellas vale mas que diez ó doce esclavos varones; no sé en qué puede consistir esta enorme diferencia; pero lo que puedo asegurar es, que todos los ricos así Turcos como Moros las prefieren en el estio á las Arabes, Georgianas y Circasianas.

Los Arabes Daveinas que son muy diestros y dados á la caza, llevan todo su marfil á la Abisinia, donde no tienen que temer ningun peligro; pero al presente no viene ninguna caravana del Sudan, ó la Nigricia al Senaar, ni de Abisinia al Cairo. Las crueldades de los Arabes, y la perfidia del gobierno del Senaar les han cerrado toda comunicacion, excepto la que conserva la Abisinia con Gidda, adonde envia todos los años una caravana por la via de Suakem.

Estando yo en Senaar á principios de Agosto llovió con exceso, y el Nilo acarreó gran cantidad de animales muertos, y de ruinas de chozas y casas, estragos que sin duda habrian causado las inundaciones por la parte del Mediodia. Era una diversion curiosa entónces ver en medio de aquel rio impetuoso una multitud de hombres, que nadando por todas partes, y cortando la rapidez de la corriente, sacaban á tierra toda la madera que podian coger. Son muchos los que se emplean en este oficio en Senaar, porque la leña es allí muy rara.

Pero al mismo tiempo esta inundacion ofrecia asunto para ocupar á otra especie de gente, que eran los fanaticos agoreros de aquella nacion tan supersticiosa como ignorante. Entre las demas ruinas arrebatadas por el Nilo se vió una hiena, que aun venia viva, y quiso salir á la orilla, pero los habitantes la matáron : de esto formáron varios agüeros los que se llaman sabios en aquel pais, y todos funestós.

Esta lluvia me impidió salir de mi posada por dos dias, al cabo de los quales habia resuelto ir á Aira á visitar á Adelan ; pero un corresponsal mio vino á decirme que Abu Calec habia marchado hasta las orillas de El-Aice con intencion de atravesar aquel rio, y entrar en el Atbara, y que Adelan habia levantado sus reales de Aira, para ir á juntarse con su hermano. Añadió que el Rey habia enviado órden al Ved Ageb, Príncipe de los Arabes, para que juntase todas sus fuerzas, y viniese á juntarse con él á Senaar. Fácilmente comprendí, que si estas noticias eran ciertas, iba á suceder una gran revolucion ; que probablemente el Rey seria depuesto, y muerto ; y entre tanto la ciudad quedaria abandonada á todos los desórdenes. Díxome tambien, que el Xeque de Atbara Fidel, habia venido á Senaar, y habia estado encerrado varios dias con el Rey, á quien habia dicho que yo venia cargado

de oro, y de las telas mas preciosas que jamas se habian visto, las quales el Rey de Abisinia habia destinado para el Mek de Senaar, pero que yo me habia quedado con ellas. En virtud de estas noticias el Mek, ó Rey, habia echado grandes amenazas á este mi corresponsal, llamado Hagi Belal, y este me aseguró que si era cierto que Adelan se habia marchado de Aira, yo no podia tenerme por seguro en la capital.

Al punto tomé la resolucion de encargar á Hagi Belal, que fuese á palacio, y pidiese al Rey audiencia para mí: en vano me representó el peligro á que me exponia; me mantuve firme en mi resolucion, porque siéndome imposible el huir, quise evitar el peligro con no temerle, lo que me habia salido bien muchas veces. Hagi Belal, aunque con repugnancia, se dirigió al palacio, y poco despues volvió á decirme que el Rey estaba ocupado y no se le podia ver. Al mismo tiempo habia yo enviado á mi criado Soliman á contar á mi amigo el Sid-el-Cum el aprieto en que me hallaba por las noticias que acababa de recibir. En vez de enviarme un mensagero, vino este Ministro en persona, y estabamos juntos quando volvió Hagi Belal, el qual se quedó sorprendido al verle.

El Sid-el-Cum me dixo, que la noticia de la venida de Abu Calec era falsa, como tambien lo que se decia del Ved Ageb; pe-

ro que era cierto que Adelan habia ido á acamparse en Saadly. Reprendió agriamente á Hagi Belal por sus imposturas, y le dió á entender claramente que procedia de concierto con el Rey para sacarme algun regalo. »¿Qué le importa á Yagubé, dixo el buen »Sid-el-Cum, que Adelan esté en Aira ó en »Saadly? Kitu su hermano está en Senaar, y »á la menor palabra de este Comandante, »yo mismo le entregaré qualquier esclavo »del Rey que me pida. El Rey está mas »ocupado en pensar acerca de su propia se»guridad, que en los medios de robar á Ya»gubé. Yo no deseo prolongar su detencion »en Senaar; pero hasta que tengamos pron»tos todos los auxîlios necesarios para su via»ge, no tiene el Rey poder para violar el asilo »en que está, y le creo mas seguro en Se»naar que fuera de sus muros. El Rey se »guardará muy bien de hacerle el menor »mal en la casa de Adelan, mientras viva »alguno de los tres hermanos. Yo hablaré »esta noche á Kitu, y tambien diré algo al »Rey, si hay ocasion: entre tanto, Yagubé, »tranquilizaos; no dexeis entrar á nadie en »casa, y haced lo que tengais por conveniente »con los que quieran entrar por fuerza." Díle muchas gracias por sus buenos consejos, y acompañándole hasta la puerta, me dixo; »no os fieis de ese Belal, que es un perro »peor que un pagano."

Resolví á toda costa salir de Senaar, pero me faltaba dinero, y no habia hablado todavia sobre esto con mi corresponsal Hagi Belal. Desde que Adelan se habia marchado de Aira, ya no me enviaban provisiones; por lo que necesitaba dinero no solo para mantenerme á mí y á toda mi familia, sino tambien para comprar camellos, á fin de acarrear mi vagage y provisiones por el desierto. No esperaba ya recibir ningun auxîlio del Rey, y por entonces sucedió un lance que me quitó todo deseo de importunarle. Gran número de Eunucos Negros estan consagrados al servicio del Caab, ó templo de la Meca, y del Sepulcro de Mahoma en Medina: algunos de ellos consiguen de tiempo en tiempo licencia para ir á ver su patria y familia, ó á lo menos las ciudades cercanas al Niger, donde fueron vendidos. Allí piden limosna para las ciudades que llaman Santas, y juntan inmensa cantidad de oro, porque este metal abunda en aquel pais de la Nigricia. Uno de estos Eunucos, llamado Mahomet Tovash volvia de un viage que habia hecho al Sudan ó Nigricia, quando cayó enfermo en Senaar de tercianas: el Rey me pidió que visitase á este Eunuco, y con el uso de la quina le curé bien pronto. Mahomet agradecido quiso que viajasemos juntos, porque él se dirigia al Cairo, y este deseo se le aumentó quando supo que

yo tenia cartas de recomendacion del Sherif de la Meca, y que conocia á Metical Aga de quien él era esclavo.

No podia sucederme cosa mas feliz que este encuentro, porque Mahomet Tovash tenia muchos camellos, y los Arabes le daban otros muchos, como tambien provisiones, segun iba pasando por sus aduares. Ademas, los Eunucos de la Meca y de Medina, empleados en el servicio del falso Profeta, son respetados como personas sagradas, y como inspiran una especie de temor religioso, pasan siempre seguros por qualquier parage aun en tiempos de revolucion. En virtud de la palabra de Mahomet yo me habia preparado para el viage, empaquetando todo mi vagage; pero el Eunuco que solia visitarme todos los dias, dexó de parecer por algun tiempo, lo que al principio no estrañé mucho, porque sabia que tenia que visitar á todos los principales de Senaar. Al cabo de algunos dias supimos con la mayor admiracion, que se habia marchado solo en virtud de las instancias qae le habia hecho el Rey. Esta noticia me afligió en extremo; pero el suceso desgraciado de aquel malvado Eunuco, que os contaré á su tiempo, me hizo conocer, que la Divina Providencia me habia salvado por los mismos medios, que el iniquo Rey y el ingrato Eunuco empleaban para perderme.

Una noche que estabamos ya para acostarnos, oimos ruido en la puerta de la calle, y acudiendo con nuestras armas, vimos que habian forzado la primera puerta, y que forcejaban por romper la segunda. Dí órden á mis criados que no disparasen hasta que yo lo mandase: poniéndome en la escalera hablé á los que nos asaltaban, con el mayor denuedo, amenazándolos con nuestras armas de fuego. Uno de ellos afectando un tono dulce, dixo, que venian á buscarme, porque el Rey estaba enfermo. Díxeles, que iria por la mañana: al mismo tiempo uno de mis criados disparó una pistola, y no fue menester mas para auyentar á aquellos malvados que eran unos diez ó doce. Al ruido del pistoletazo acudió la ronda, la qual fue al punto á dar parte á mi amigo el Sid-el-Cum, y este me envió á decir por la mañana, que él habia hecho prender á los ladrones, uno de los quales era aquel mensagero del Rey, que fue á buscarme á Teava, y me habia insultado en el palacio; añadia que ya no se podia ocultar este delito á Adelan, el qual seguramente mandaria que le empalasen.

Mi situacion era tan crítica, que resolví dexar todo mi vagage en poser del Sid-el-Cum, ó de Kitu, y marchar á verme con Adelan en Saadly; pero antes quise saber que dinero podria darme Hagi Belal. Mos-

tréle la carta de su corresponsal en Gidda, y le dixe la suma que necesitaba; pero el malvado fingiendo la mayor admiracion por la suma que le pedia, dixo que solo podria darme veinte ducados. Esta desgracia me quitaba todo recurso para salir de aquel maldito pais; todas mis instancias y súplicas fueron vanas para el inflexîble Belal. En fin, viéndome sin otro arbitrio, le ofrecí deshacerme de la cadena de oro que me habia dado el Rey de Abisinia en premio de lo bien que me porté en la batalla de Serbraxos. Para evitar todo engaño hice que el Sid-el-Cum presenciase la venta, y este honrado Ministro reprendió con la mayor severidad la perfidia de Belal, diciéndole, que él consideraba como propio el agravio que me habia hecho, y que se vengaria; que aunque Belal procedia tan infamemente por complacer al Rey, estaba ya muy cerca el tiempo en que todo el favor del Monarca le serviria de muy poco, y que al contrario, este seria un nuevo motivo para despojarle de todo lo que tenia.

Esta reprension hizo algun efecto en el infame Belal, y ofreció darme cincuenta zequies, y ver si podia juntar entre sus amigos algunos mas: el Sid-el-Cum, exemplo raro en aquellos paises, se ofreció á prestarle otros cincuenta; pero ya no habia remedio, yo habia mostrado mi cadena, y

era muy peligroso exponerme á llevarla. Traté pues de su venta con Belal, reservándome solamente algunos eslabones, para memoria de mi estancia en Abisinia, con cuyo producto compré camellos, y dispuse todo lo necesario para mi viage. Ya estaba todo pronto para marchar de la capital de la Nubia, pais inhospital, donde todos fueron trabajos y penas desde el punto que llegué á ella, y cada dia se me iban aumentando. Lisonjeabame que luego que saliese de aquella ciudad, quedaria libre de la mayor parte de mis peligros, pues no habia maldad que no temiese de parte de aquellos hombres, los mas perversos y bárbaros de quantos he conocido. En este tiempo recibí un recado del Rey para que fuese al palacio: al punto marché acompañado de dos criados bien armados. Encontré al Rey sentado en una sala baxa muy aseada, y bien adornada: estaba fumando con una de aquellas largas pipas Persianas, cuyo humo pasa por el agua: estaba solo, y su aspecto, aunque serio, no denotaba enfado. Dióme su mano á besar, como acostumbraba, y despues de un momento de silencio, en que me mantuve en pie, un esclavo me presentó un taburete que colocó enfrente del Rey, el qual señalándomelo con el dedo, me dixo en voz baxa, que me sentase. Luego que me hube sentado, me dixo: »he sabido, que vais á veros

„con Adelan: ¿os ha enviado él á llamar?
„No, respondí: pero como tengo precision
„de volverme al Cairo, quiero que me dé
„la respuesta á las cartas que de allí le tra-
„xe. Despues de otras razones de poca im-
„portancia me dixo: Adelan os ha enviado
„á llamar por orden mia. Ved-Abrof y todos
„los Arabes Jehainas se han rebelado, y no
„quieren pagar ningun tributo: dicen que
„traeis muchas armas de fuego, con las qua-
„les podeis matar veinte ó treinta personas
„de un golpe. — Y aun cincuenta ó sesenta,
„repliqué, si el tiro se dirige bien. — Pues
„ireis, prosiguió, á juntaros con Adelan para
„castigar á los Arabes rebeldes, y robarles
„sus camellos, de los quales se os dará par-
„te. — Bien comprendí la intencion del Rey,
„pero solamente le respondí así: yo soy es-
„trangero, y no tengo intencion de hacer
„mal á nadie: mis armas solamente me de-
„fienden contra la violencia y la injusti-
„cia." Al decir esto, el Jenízaro Hagi Is-
mael, que se habia quedado á la puerta,
dixo gritando en muy mal Arabe: „por qué
„quando enviasteis la otra noche á aquellos
„Negros Cafres para que nos robasen, no
„les dixisteis que se esperasen un poco, y
„hubierais experimentado el efecto de nuestras
„armas de fuego, sin necesitar de enviar-
„nos á Abrof ni á Adelan? Por la cabeza del
„Profeta, que si aquellos pícaros vuelven,

»yo solo me encargaré de despachar diez de »los mas valientes de Senaar ! — Ese hombre »es loco, dixo el Rey; pero me hace acor»dar de una cosa que queria deciros, quan»do os envie á llamar. Adelan ha sabido »que mi esclavo Mahomet, á quien envié á »recibiros en Teaba, se embriagó, y ha »hecho no se qué locuras á la puerta de »vuestra casa; hoy le he enviado á buscar »con soldados, y tambien á dos ó tres de »sus compañeros.— Yo no se nada, respon»dí, de lo concerniente á ese Mahomet: »yo no he bebido con él, ni le he hecho »beber. Unos diez hombres fuéron la otra »noche á forzar la puerta de la casa de »Adelan con ánimo de robarme y asesinar»me; pero yo no tuve necesidad de dis»parar contra aquella canalla; dos ó tres de »mis criados sin mas armas que un palo, »bastaban para hacerlos huir. Sin embargo, »he oido decir que Adelan está muy enfa»dado porque no les disparé algunos tiros, »y que habia enviado órden al Sid-el-Cum »para que le entregase unos tres ó quatro »de ellos, á fin de hacerlos ahorcar delante »de su casa el dia del mercado. Pero esto »á mí nada me interesa: solamente me ale»gro de que ninguno de ellos haya sido muer»to por mis criados, como fácilmente pu»diera haber sucedido.— Esto es cierto, re»plicó el Rey; pero Adelan no es el Rey, y

„os encargo que quando le veais pidais el „perdon de Mahomet, porque si no lo ha„ceis, os hareis muy reprensible. Luego que „volvais de hablar á Adelan, os daré á este „mismo Mahomet, para que os acompañe „hasta las fronteras de Egypto."

Hícele una reverencia, y me marché á mi posada, resuelto mas que nunca á no dilatar mi marcha, mayormente que el Rey me acababa de dar un salvo conducto involuntario para pasar á los reales de Adelan; es decir que yo estaba seguro, que el Rey con la esperanza de que yo conseguiria el perdon de Mahomet, no me pondria ninguna emboscada en el camino. Apresuréme, pues, á aprovecharme de la ocasion: todo mi vagage estaba ya pronto: cargamos nuestros camellos, y los despachamos por la noche, para que nos esperasen en una aldea á quatro millas de Senaar. Ajusté mis cuentas con el malvado Belal, y tuvo el descaro de pedirme una carta de recomendacion para Gidda, la qual le entregué para hacer saber á sus corresponsales la confianza que debian tener en él.



CARTA CIX.

Viage de Senaar á Chandi.

Antes de partir de Senaar, habia yo encargado á un Fakir, ó Monge Mahometano, que era de la casa de Adelan, que escribiese secretamente á su amo instruyéndole de los recelos que me causaba la conducta del Rey, y que al mismo tiempo le advirtiese, que como yo no sabia, si sus asuntos le obligarian á marchar de Saadly, yo me dirigiria derechamente á Herbagi, donde esperaba tuviese la bondad de recomendarme al Ved Ageb, Príncipe de los Arabes, para que me defendiese de las persecuciones del Rey, y me proporcionase favorable acogida en el Atbara. Al mismo tiempo suplicaba á Adelan, que aunque hiciese poco caso de la recomendacion del Rey de Abisinia, no debia despreciar las del Gobernador del Cairo, y del Sherif de la Meca, en donde eran muy estimados los de mi nacion; y que debia considerar que si me maltrataban en los paises sujetos á su autoridad, expondria á los mercaderes del Senaar á experimentar la Meca y en el Cairo

una venganza pronta y terrible, ya recibiesen malas noticias de mí, ó ya no recibiesen ningunas. Mi fiel criado Soliman, de quien me era preciso separarme, se encargó de llevar á Abisinia las respuestas del Rey y de Adelan; y le envié aquella misma noche con el Fakir á los reales de Adelan, porque él habia sido testigo de todos los malos tratamientos que me habia hecho el Rey.

Soliman y el Fakir eran los únicos que sabian mi resolucion; pero aunque todos mis criados, Hagi Belal, y los demas habitantes de Senaar creian que yo iba á Saadly, su temor ó su prudencia les hacia conocer, que era mejor que yo siguiese mi camino derecho, mas bien que ir á los reales de Adelan á buscar nuevos embarazos y detenciones. Todos mis compañeros de viage estaban muy cansados de su detencion en Senaar, y apénas hube desmontado del camello para tomar algun alimento, todos ellos me instáron para que acelerasemos la marcha, representándome los peligros de que habia escapado, y aconsejándome que marchase derecho al Atbara, dexando á un lado los reales de Adelan. Prometiéronme sufrir con el mayor valor las fatigas, la sed y el hambre, y vivir y morir conmigo, con tal que tomase el camino de Egypto, y los librase de los horrores del Senaar. Fingí al principio no estar bien persuadido de lo que

decian, pero al cabo les dí á entender que me conformaba con su dictámen, y les comuniqué las medidas que habia tomado para la seguridad de nuestro viage. Les recomendé la vigilancia, la actividad y la subordinacion, como los únicos medios para llegar felizmente á nuestro término, asegurándoles que correriamos todos igual fortuna. Todos me diéron las mas vivas gracias, y les parecian todas las fatigas muy leves, con tal que los sacase del Senaar, pareciéndoles ya que estaban á las puertas del Cairo.

Como yo les habia recomendado tanto la vigilancia, me dispertáron muy temprano, y marchamos ántes de amanecer. Dixe á mis compañeros, que por entónces montaria yo en un camello, y que iriamos alternando, pero que en llegando al desierto, todos habiamos de ir á pie, porque los camellos irian muy abrumados con la mucha carga de provisiones y de agua. En los tres dias siguientes fuimos muy atormentados por la mosca zimb, cuyo zumbido espantaba tanto á los camellos, que corrian precipitadamente enmedio de los árboles y de los matorrales mas espesos, forcejando por derribar la carga. Esta mosca terrible no pica jamas por la noche ni durante el fresco de la mañana: por fortuna nos vimos libres de ella luego que llegamos á Ved Hydar, y no volvimos á verla mas.

Algo mas allá de la aldea de Imsint volvimos á ver el Nilo, el qual va por aquel parage mas ancho y caudaloso que por Senaar; sus riberas son baxas y estan cubiertas de multitud de árboles que á la sazon estaban en flor. Vimos gran número de manadas de ganados, pertenecientes á los Arabes Rafaas, que volvian entónces de los arenales de Atbara á los abundantes pastos del Mediodia. Una gran multitud de grullas, de cigüeñas, y de otras varias aves andaban esparcidas por la llanura, siempre cubierta de una bella alfombra de yerba, que aunque hollada por una inumerable multitud de ganados, no perdia nada de su frondosidad y belleza.

Al cabo de algunas jornadas llegamos á Herbagi, poblacion grande y amena, situada en un terreno seco y pedregoso. Pareciónos poco populosa, pero nos dixéron que la mayor parte de los habitantes estaban á la sazon en sus casas de campo ocupados en recoger las cosechas. Herbagi es la residencia del Ved Ageb, Príncipe hereditario de los Arabes, sujeto actualmente al gobierno de Senaar desde la conquista. El Ved Ageb dá al Mek ó Rey de Senaar, ó á sus Ministros parte del tributo que le pagan los Arabes que viviendo á las extremidades del Reyno, y hasta las orillas del mar Roxo, no tienen necesidad de pasar por Senaar en la esta-

cion en que la mosca zimb los obliga á refugiarse en los arenales. Las rentas que percibe el Ved Ageb son mas considerables que otras ningunas: la sola tribu de Rafaac tenia doscientas mil camellas, apreciadas una con otra á media onza de oro, por lo que el tribu de los Rafaas ascendia á cien mil onzas de oro. Adelan cobraba el tributo de diez tribus, y el Ved Ageb lo percibia de unas sesenta de ellas: quando les impone el tributo, se paga aparte lo que toca al gobierno de Senaar, y aparte lo que á él le corresponde. Se paga tambien un tributo por los camellos, pero es corto en comparacion de lo que se paga por las hembras: no se paga nada por los camellos pequeños hasta que tienen tres años.

Los Arabes no se alimentan mas que de carne de camello, y sin contar los muchos que se consumen en aquel pais, sale de él un número infinito de estos animales para las caravanas de la Meca, para la Persia, la Syria, y sobre todo para el Sudan ó la Nigricia, cuyas caravanas atraviesan el Africa de Este á Oueste con mercaderias de la India, las que hacen pasar desde el golfo de Arabia hasta las orillas del Océano Atlántico. Este gran comercio interior, cuyos retornos son en oro, marfil, perlas y concha, fué el orígen de las riquezas y del poder de aquellos Pastores, de los quales la historia

antigua nos refiere cosas que parecen increibles.

Luego que llegué á Herbagi, fuí á visitar al Príncipe Ved Aged. Estaba alojado en una casa muy bella, pero que no tenia apariencia de palacio. El Ved Ageb, hombre de unos treinta años, me pareció afable y honrado: tenia la barba negra, larga y espesa con vigotes; pero parecia de un temperamento débil. Supe despues que era muy dado á beber, y que para curarse de este vicio, habia substituido el opio. Este Príncipe no habia visto jamas á ningun Europeo, y quedó muy admirado al examinar mi color. Nos envió dos carneros con otras muchas provisiones, y me suplicó fuese á visitarle por la noche para darle algunos remedios para sus dolencias. Hízome muchas preguntas sobre el Senaar, á las quales contexté á medias, y entre otras le dixe la noticia que allí corria de que juntaba sus fuerzas para socorrer al Rey contra Adelan, á lo que me respondió riendo: „vaya el Ca„fre al infierno." Habló con desprecio del Rey de Senaar, y con respeto de Adelan y de Abu Calec, de quienes dixo, que el menor dedo de ellos bastaba para acabar con el Mek, y con todos los de su partido. Despedíme de este Príncipe y fuí á descansar con mis compañeros.

Por la noche volví á visitar al Ved Ageb,

que ya habia cenado, y estaba tomando sorbete. Díxome que un esclavo del Xeque Adelan acababa de llegar á su campamento, y le habia traido un mensage y una carta relativa á mí, y me animó para que estuviese tranquilo, porque en mi tienda estaba yo mas seguro que en la casa de Adelan en Senaar. Añadió que dos hombres habian sido muertos por haber intentado robar en la casa de Adelan, y que Mahomet, el esclavo del Rey, estaba destinado para ser empalado, luego que Adelan se alejase del sepulcro del Santon Saadly, porque semejantes suplicios no pueden executarse cerca de aquellos lugares sagrados. Ofrecí al Ved Ageb un regalo de una muselina muy bella que compré en Senaar. En el discurso de nuestra conversacion me dixo, que las tropas de Ras-el-Fel habian quemado á Teaba; que los Arabes Daveinas que las acompañaban, habian saqueado á los Jehaïnas, y precisado á Fidel á huirse á Beyla. Yo no quise darle á entender que yo habia sido el motivo de aquella invasion y venganza, y no le hice sobre esto mas preguntas. Supliqué al Ved Ageb hiciese me acompañase uno de los suyos, para librarme de los insultos de los Arabes Sucoreas: convino en ello con gusto, diciéndome que él mismo tenia que marchar al campamento de los Sucoreas, y que enviaria á uno de los suyos á Halfaia, don-

de yo tomaria mi última resolucion, dándole aviso, si queria pasar el Nilo por Gerri, y tomar el camino del desierto de Bahiuda y de Dongola, ó bien seguir el camino ménos freqüentado de Chandi, de Barbar, y del gran desierto, cuyas fatigas creia que no podria aguantar ningun Europeo; pero que en caso de tomar este último camino, él me daria una carta para su hermana Sitina, á quien pertenecian aquellas regiones. Aseguróme que en saliendo de Chandi, ya no habia otra proteccion que implorar sino la del Cielo. Los prudentes consejos de este Príncipe me fuéron de la mayor utilidad, pues me hiciéron tomar todas las precauciones necesarias para tan peligroso viage.

Despedíme en fin de este buen Príncipe, despues de haber escrito á Adelan las gracias por el cuidado que habia tenido de mí, y dí un regalo al mensagero que habia enviado. Díxome éste, que tardaria dos dias en volver á los reales de su amo, de lo que me alegré mucho, pues vi que no tendrian noticia de mí los Fungos hasta que ya hubiese yo salido de los términos á que se extiende su poder. A medio dia llegamos á una aldea situada á la orilla del Nilo: no he visto campiña mas amena que la de aquel pais: ya veiamos bosquecillos frondosos y amenos, ya campos bien cultivados, ya alamedas de robustos y bellísimos árboles.

Al dia siguiente encontramos una caravana que venia de Egypto, y habia pasado por Chandi: dixéronme que parte de su gente, que se habia adelantado, habia sido muerta por los Arabes Bisharenos, mandados por Abu Beltran; que por pocos minutos no los cogiéron á ellos mismos, y que los caminos estaban tan cubiertos de salteadores, que no se podia pasar sino milagrosamente. Llegamos despues á un pais muy estéril, y árido en donde nos hiciéron muy mal recibimiento, porque en todos los paises donde hay falta de alimentos, miran con odio á los estrangeros. Al cabo de una jornada llegamos al vado del Nilo, el qual tuvimos que pasar en barcas: los camellos pasan atados á la barca, y padecen mucho, principalmente por culpa de los barqueros. Estos suelen echarles en las orejas sal ocultamente: los pobres camellos para librarse de aquella molestia, meten la cabeza en el agua, y se fatigan tanto que muchos se ahogan, que es lo que pretenden los barqueros, para alimentarse despues con su carne.

Aunque nuestros barqueros eran muy perversos, á fuerza de buenas palabras y promesas, no hiciéron de las suyas con los camellos: aun me diéron pruebas de su humanidad; pues queriendo yo pasar el rio á nado, se opusiéron haciéndome ver el pe-

ligro á que me exponia por causa de los crocodilos que son allí muy freqüentes; y en efecto, apénas pasó el último barco, se descubriéron dos de ellos, y aunque les disparé un tiro, creo que no maté ninguno. Llegamos por la noche á Halfaia, ciudad grande, que aunque construida de barro, es muy bella y agradable. Los techos de todas las casas rematan en terrado, porque las lluvias son allí poco considerables. Los Arabes Batahenos estaban acampados cerca de Undum, aldea grande á orillas del Nilo, á siete millas de Halifun. Esta es una tribu muy dada al robo, por lo que nos dimos prisa á pasar cerca de su campamento antes que amaneciese. Quando llegamos á Undum encontramos por los campos muchas quadrillas de mugeres, ocupadas en recoger las semillas de las yerbas silvestres para hacer pan, lo qual ya habiamos observado en el pais estéril, que acababamos de pasar.

Los dominios del Príncipe Ved Ageb son muy extensos, pues llegan desde el vado del Nilo en Halifun hasta Ved Baal al Norte, y hasta el mar Roxo al Este. Sin embargo, gran parte de los Arabes de aquellas regiones estan revelados, y hace años que no le pagan ningun tributo. El Ved Ageb está tambien encargado de cobrar el tributo que Dongola paga en caballos, que son las prin-

cipales fuerzas militares del Senaar. Halfaia está en los límites de las lluvias del trópico, situada en una gran península redonda. En esta península estan todos los campos cultivados, de que saca la ciudad su subsistencia, y no se pueden regar sino con agua que sacan de norias. Esta ciudad tendrá unas trescientas casas: su principal riqueza consiste en una manufactura de telas groseras de algodon, que sirven de moneda en todo el pais baxo del Atbara. La gente pobre de Halfaia se alimenta de gatos, crocodilos, hipopótamos, de los quales hay allí grande abundancia.

Al dia siguiente llegamos á la aldea de Ved Hojila, donde el Abiad, ó el Aice, ó rio Blanco, que es mucho mas caudaloso que el Nilo, se junta con este último, el qual sin embargo, despues de esta reunion, conserva el nombre de *Bahar el Azergue*, esto es, el rio Azul, nombre que le dan en el Senaar. El Abiad ó rio Blanco es múy profundo, y casi no tiene pendiente; corre mansa y sosegadamente, y sus aguas jamas se disminuyen, porque tiene su nacimiento en una latitud, donde llueve todo el año, en vez de que el Nilo sufre seis meses de sequedad, que le hacen menguar mucho.

Al cabo de algunas jornadas llegamos á Chandi, que es una grande aldea, capital del distrito del mismo nombre, cuyo go-

bierno pertenece á una muger, llamada Sitina, que quiere decir la Señora. Era hermana del Ved Ageb, Príncipe de los Arabes de Atbara; Sitina era viuda, y tenia un hijo único, destinado á sucederla en el gobierno de Chandi, y este hijo, llamado Idris. Ved-el-Faal, tenia ya parte en el gobierno. El Gobernador de Chandi se llama comunmente Mek el Jahelen, ó Príncipe de los Arabes Beni Koreish, que como he dicho, estan establecidos á la extremidad del Atbara.

Se ha conservado en Chandi una tradicion, segun la qual una muger, llamada Handaqué, gobernó antiguamente este pais. De aquí se puede inferir que Chandi era parte del Reyno de Candace, de la qual se hace mencion en los *Hechos de los Apóstoles*. Como quiera que sea, Chandi era antiguamente una ciudad muy freqüentada: las caravanas del Senaar, de Egypto, de Suakem, del Korfodan, pasan todavia por allí, desde que los Arabes se han apoderado del camino de Dongola, y del desierto de Bahiuda; y aunque esta ciudad no está bien proveida de víveres, sin embargo todo es allí mejor, y vá mas barato que en Senaar; exceptuando la leña, que es en Chandi mas rara que en ninguna otra parte del Atbara. Los habitantes emplean para el fuego el estiércol de camellos, bien que allí solo se en-

ciende lumbre para guisar la comida. Los calores habian sido tan excesivos á fines de Agosto , y principios de Septiembre, que muriéron muchas personas asi en Chandi como en las aldeas cercanas ; pero quando yo llegué , ya habia baxado mucho el calor , aunque el thermómetro subia á medio dia hasta los ciento diez y nueve grados.

Chandi tiene cerca de doscientas y cincuenta casas , las quales no estan contiguas : las personas principales tienen las suyas muy aisladas , y la que habitaba Sitina, está á media milla de la ciudad. Habia dos ó tres de estas casas muy cómodas , pero las demas no son otra cosa que unas miserables chozas , fabricadas de barro y de cañas. Sitina nos dió una de estas casas , donde yo recogí mi equipage , para librarlo de ladrones ; pero iba á dormir á mi tienda por causa del calor. Las mugeres de Chandi tienen fama de ser las mas hermosas del Atbara , y los hombres los mas cobardes ; opinion que han esparcido sus vecinos , pero nosotros no tuvimos ocasion para experimentar si era cierta.

Quando llegamos á Chandi , encontramos á todos los habitantes muy suspensos por causa de un fenómeno , que aunque se vé freqüentemente , no habia sido advertido hasta entónces. El planeta Venus permanecia visible todo el dia , lleno de resplandor , y

muy cercano al sol : aunque este fenómemeno debe repetirse de quatro en quatro años, la gente de Chandi y de las cercanias por su inadvertencia é ignorancia, estaban con el mayor sobresalto. Corriéron al rededor de mí á preguntarme la causa, y lo que significaba aquel fenómeno; y quàndo me viéron sacar mi telescopio y quadrante, creyéron firmemente que aquel astro se habia hecho visible por alguna conexîon que tendria con mis instrumentos, y para mi utilidad particular.

El populacho es en todos los paises úno mismo, y en todos los fenómenos naturales vé siempre algun anuncio funesto : en Chandi la aparicion del planeta Venus fué causa de varios pronósticos fatales. Unos decian que lloveria poco, y que habria mala cosecha el año siguiente : otros, que Abu Calec vendria con su exército á deponer al Rey de Senaar, y á apoderarse del Atbara; y otros en fin me amenazaban, teniéndome por principal autor de sus imaginados desastres. Por mi parte, aunque no procuré disüadirlos de la alta idea que habian concebido de mi poder, insinué á los principales habitantes, que el fenómeno que tanto sobresalto les causaba, era un precursor de la abundancia, de la paz y de la felicidad. Entónces todos los clamores se convirtiéron en elogio mio, mayormente que Sitina y su hijo Idris sabian

con certeza, que Abu Calec no iria por entonces al Atbara.

Al dia siguiente fuí á visitar á Sitina, la qual me recibió detras de un biombo, de suerte que no pude verla: sin embargo, observé que en el biombo habia unos agujeros abiertos por donde ella podia verme á su placer. Hablóme con bastante urbanidad acerca del estado en que se hallaban las cosas del Senaar, y se admiró mucho de que un Europeo se hubiese atrevido á viajar por un pais tan mal gobernado como el Senaar. Viendo la dulzura y bondad de aquella Señora, me tomé la libertad de suplicarla me permitiese hablarla cara á cara, como lo habian hecho las Princesas de Senaar. Al oir ésto Sitina dió grandes carcajadas; despues de lo qual me pidió la diese algun medicamento para que la creciese el cabello, ó á lo menos no se cayese. Rogóme que volviese al dia siguiente á visitarla, porque ya habria vuelto su hijo Idris de Hovát, donde tenia sus ganados, y que aquel Príncipe deseaba mucho verme. Con esto me retiré, y Sitina nos envió abundancia de provisiones, en lo qual eché de ver su generosidad, y que nos suministraria todos los auxîlios que necesitasemos.

Al dia siguiente hizo un calor tan fuerte, que no se podia resistir al ardor del sol: el viento pestífero y desolador, llamado Simun

soplaba como un horno encendido. Teniamos los ojos abrasados, nos temblaban los labios y las rodillas, teniamos secas las fauces, y solo nos sostenia la mucha agua que bebiamos. Aquellos naturales me aconsejaron que para evitar aquellos ardores, mojase una esponja en agua y vinagre, y la tuviese aplicada á las narices, con lo que experimenté mucho alivio. Por la noche fuí á ver á Sitina: luego que entré en su casa, una esclava Negra me asió de la mano, y me puso en un callejon, á cuya extremidad habia dos puertas una enfrente de otra. No sabia yo para que me habian puesto allí; pero al cabo de pocos minutos sentí abrir una de las dos puertas, y ví salir á Sitina magnificamente adornada, llevando sobre la cabeza un bonete de oro macizo, pero muy delgado, del qual colgaban al rededor algunos zequies de oro. Tenia el cuello adornado de collares y cadenas del mismo metal: sus cabellos formaban diez ó doce trenzas, que colgaban hasta mas abaxo de la cintura. Una túnica de muselina la cubria todo el cuerpo, y una faxa ancha de seda de color de púrpura, que venia desde la espalda, remataba delante del pecho, atada con mucha gracia. Llevaba unos brazaletes de oro de media pulgada de grueso, y en la garganta de los pies tenia unos anillos de oro de una pulgada de gruso, que de todos sus

adornos era el mas desagradable. Creí que Sitina iba á pasar de largo por delante de mí, pero se detuvo en medio del callejon, y me preguntó con gravedad por mi salud; creí que entónces debia besarla la mano, y lo executé sin que ella se diese por ofendida. Permitid, Señora, añadí, que os hable quatro palabras en calidad de médico. Ella inclinando un poco la cabeza, me respondió: entrad, y os escucharé. La misma esclava volvió entonces á cogerme por la mano, y me conduxo á una sala donde estaba el biombo, que habia visto el dia anterior, y Sitina entrando por otra puerta, fue á sentarse detras de él. Esta Princesa apenas tendria unos quarenta años, y era de una estatura menos que mediana. Tenia el rostro abultado, la boca grande, muy bella dentadura, y los ojos mas hermosos que jamas he visto: pero se habia hecho con antimonio á la punta de la nariz, y en el entrecejo un lunar quadrado del tamaño de los que usan nuestras Europeas, y otra señal aun mas larga en medio de la nariz, y en fin otra en la punta de la barbilla.

Luego que se sentó detras del biombo, me dixo: »¿qué es lo que teneis que decir»me como médico? — Es, Señora, respon»dí, relativo á lo que ayer me preguntas»teis. Ese pesado bonete, que oprime vues»tros cabellos, debe contribuir mucho para

„que se os caigan.—Creolo así, respondió, „pero estoy tan acostumbrada á llevarle, „que sin duda me constiparia, si lo dexase. „Son hermosas las mugeres de vuestro pais?— „Sonlo y mucho, Señora; pero tienen otras „prendas tan superiores, que la belleza es „lo menos que en ellas se admira, y lo que „ellas mismas menos aprecian. — Y os per- „miten que las beseis la mano? — Señora, „en mi pais el besar la mano no es una „muestra de familiaridad; es un homenage, „una demostracion de respeto, que no se dá „sino á los Soberanos, y jamas á otro nin- „guno. — Bien está, pero solamente se hará „con los Reyes? — Y tambien con las Rey- „nas, Señora, arrodillándose ante ellas. Esta „condescendencia de parte de las Reynas es un „favor singular, que no se concede sino á „las personas de alta calidad, ó distingui- „das por su mérito, considerándose este ho- „nor como el premio mas apreciable de los „mayores servicios. — ¿Pero sabeis, que sois „el único hombre que me ha besado la ma- „no? — ¡Cómo podia yo saberlo! pero como „no he tenido intencion de faltaros al res- „peto debido, creo que no os he ofendi- „do. — No, no me doy por ofendida: pero „quisiera que mi hijo Idris os viese, pues „hoy me he adornado por él solo. — Espe- „ro, Señora, que quando me haya visto, „tendrá la bondad de dar algun arbitrio,

»para conducirme con seguridad hasta Barbar »en el camino de Egypto. — ¡Con seguridad! »Dios os asista : es mucha imprudencia la »vuestra el exponeros por esos caminos. El »mismo Idris , Soberano de este pais , no se »atreveria á emprender ese viage. ¿Pero por »qué no habeis marchado en compañia del »Eunuco Mahomet Tovash? Hace pocos dias »que marchó hácia el Cairo, siguiendo el »mismo camino que intentais, y creo que »se ha llevado consigo á todos los Hyberes. »Llama á mi portero, dixo á una esclava; »y luego que este vino, sabes, le dixo, si »Mahomet Tovash ha partido ya para el »Egypto? — Sé, respondió el portero, que »ha pasado á Barbar : los dos Mahomet, y »Ab-el-Felel, el Bishareno, le han acompa- »ñado. — Se ha llevado, preguntó Sitina, to- »dos los Hyberes? — Se habian cansado, res- »pondió el portero, por los malos trata- »mientos de los Cubba-Beesh, y habiendo »sido despojados de todo lo que tenian, es- »taban muy impacientes por volverse á su »pais. — No faltará alguna otra persona, re- »plicó Sitina; pero no debeis marchar sin »una buena guia : no lo permitiré: los Bis- »harenos son gentes conocidas en este pais, »en quienes se puede fiar. Pero mientras per- »manezcais en Chandi, venid aquí todos los »dias, y quando necesiteis de alguna cosa, »enviad á pedirla con alguno de mis criados.

„Sé bien que es una carga pesada para un „hombre como vos el obligarle á pedir lo „que necesite; pero quando venga mi hijo „Idris, el os proveerá mejor que lo estais „al presente." Despedime de Sitina; y despues supe que Mahomet Tovash el Eunuco habia seguido tan exâctamente los consejos del Mek de Senaar, que se habia llevado á todos los Hyberes mas conocidos, á fin de que yo no hallase ninguna guia.

Como esta es la primera vez que tengo ocasion de hablar de esta especie tan útil de hombres, llamados Hyberes, es preciso daros idea del destino que tienen. Un Hyber es una guia; estos hombres son los que dirigen y conducen las caravanas, que atraviesan el desierto en todas direcciones, ya al ir al Egypto ya al volver, ó dirigiéndose á la Nigricia, ó á las extremidades occidentales de Africa. Los Hyberes son muy estimados: conocen perfectamente la situacion y qualidad de todas las aguas que pueden encontrarse en el camino: saben la distancia de los pozos, y si estan ocupados por algun campamento enemigo, ó estan libres; y en caso de estar ocupados, indican los medios para evitar su encuentro con el menor inconveniente posible.

Es igualmente necesario que los Hyberes conozcan bien los parages en que reyna el viento Simun, y las estaciones en que este

viento pestífero sopla en las varias partes del desierto. Tambien deben saber los parages en que hay arenales movibles. Antiguamente cada Hyber pertenecia á alguna tribu poderosa de Arabes, á la qual hacia interesar á favor de la caravana que conducia, y recompensaba generosamente á la tribu protectora con lo que le daba la caravana: pero ahora que todos los Arabes errantes por aquellos desiertos estan en anarquía, que el comercio entre la Abisinia y el Cairo está abandonado, y el del Cairo y la Nigricia se halla muy disminuido, ha decaido tambien mucho la importancia de los Hyberes, y por consiguiente los Viageros corren mas peligro. Bien pronto os haré mencion de una caravana, víctima de la traicion de los mismos Hyberes que la conducian: bien es verdad que este es el primer exemplar de semejante perfidia.

Un dia que estaba yo en mi tienda reflexîonando en la triste perspectiva que se me presentaba en mi viage, un Arabe de muy mal aspecto y casi desnudo, vino á ofrecerse á conducirme á Barbar, y de allí al Egypto. Díxome que tenia su casa en Daru á orillas del Nilo, á veinte millas mas allá de Siene, y á menos distancia del Cairo. Preguntéle, ¿por qué no se habia ido con Mahomet Tovash, y me respondió, que no le agradaba la gente que llevaba en su compa-

ñia, y que temia no habia de parar en bien aquel viage. Añadió que habia tenido otros motivos para no marchar con aquella caravana, pues ademas de haber caido enfermo, habia contraido deudas en Chandi, y tenia empeñados sus vestidos y su camello. En fin despues de haber hablado largamente con Idris, que era el nombre de este Arabe, comprendí que era persona de importancia en su pais. Díxome que este era su último viage, y que si volvia á su casa, ya no atravesaria otra vez el desierto. Hicimos, pues, nuestro ajuste: díle lo necesario para desempeñar sus vestidos y camello; y él se obligó á servirme de guia hasta el Egypto, prometiéndole yo recompensarle segun se portase. Esta casualidad fue una de las muchas pruebas que tuve del favor de la Divina Providencia, pues este Arabe me fue de la mayor utilidad, como ya vereis.

Resolví en fin marchar de Chandi, pero antes fui á despedirme de la generosa Sitina, y á darla gracias por sus muchos favores. Hizo venir á su presencia al Arabe Idris para darle sus instrucciones, y amenazarle con su cólera en caso de que se portase mal: sabiendo lo que yo habia hecho en favor de Idris, esta generosa Princesa le añadió una onza de oro, y me dixo que por lo tocante al camino del desierto, creia que aquel Arabe le conocia tan bien como el mejor

Hyber; pero que si teniamos la desgracia de encontrar á los Bisharenos, no le darian quartel ni á él ni á nosotros. Sin embargo, me dió una carta para Abu Beltran, Xeque de una de las tribus Bisharonas, que estaba á orillas del Tacazé: esta carta fue escrita desde Hovat por el hijo de Sitina, porque no era costumbre, segun me dixo, el escribir ella misma. Supliquéla me permitiese besarla por último la mano, lo qual me concedió con mucha gracia, riendo mucho: y diciendo: »cierto que sois un hombre singular! Si mi »hijo Idris viese esto, creeria que me he »vuelto loca.

Marchamos en fin de Chandi al dia siguiente, y encontramos algunas aldeas de Jahelenos, que dexamos á la izquierda. Cerca de allí comienza una isla de muchas leguas de largo, situada en medio del Nilo, cubierta de aldeas, de árboles, y de sembrados, la qual se llama Cúrgos. Enfrente se halla la montaña de Gibaini, donde habia unas ruinas de arquitectura antigua, las únicas que habia visto desde que salí de Axûm. Ví muchos pedestales, semejantes á los de Axûm, destinados evidentemente para sostener figuras del perro ó de la canícula: ví tambien algunos trozos de obeliscos, cuyos geroglíficos estaban enteramente borrados. Los Arabes nos dixeron que estas ruinas tenian mucha extension, y que se habian

encontrado debaxo de tierra muchas estatuas de hombres y de animales. Las estátuas de hombres eran por la mayor parte de piedra negra: segun todas las señas es preciso confesar que allí estuvo la antigua ciudad de Meroe, cuya latitud debia ser de diez y seis grados y veinte y seis minutos. Ademas presumo que en la isla cercana fue donde estuvo el famoso observatorio, que fue la cuna de la Astronomía. Los Ethiopes no pueden pronunciar la *p*, y por esto no se halla esta letra en su alfabeto: Curgos, que es el nombre de la isla, pudo ser muy bien *Purgos*, que significa *la torre*, ó el observatorio de Meroe.

Los antiguos hacen mencion de quatro rios muy notables que formaban la isla de Meroe: el primero es el Astaspes, ó el Marab, así llamado porque se pierde entre las arenas, y vuelve á aparecer en la estacion de las lluvias, para ir á desembocar en el Tacazé. El segundo es el Tacazé, llamado Siris por los Griegos y Astaboras por los naturales del pais. El Tacazé forma, como dice Plinio, el canal á la izquierda del Atbara, ó como la llamaron los Griegos, la isla de Meroe. Al occidente ó á mano derecha hay otro rio considerable, conocido al presente con el nombre de rio Blanco, y llamado *Astopo* por los antiguos. Diodoro Siculo dice que el Astopo sale de unas grandes lagunas que estan

al Mediodia, lo qual sabemos que es cierto. Este rio desemboca en el Nilo y forma con él el canal de la derecha, que rodea la isla de Meroe ó la Átbara. El Nilo tiene allí el nombre de *rio azul*, y la palabra *Nilo* tiene la misma significacion en la lengua del pais. Así los antiguos como los Griegos habian dado al Nilo el nombre de *rio azul*; y supuesto que ya está averiguado que estos quatro rios rodeaban la isla de Meroe, es preciso confesar que esta es la Atbara, y no el Gojam ni otro ningun parage, como algunos han creido.

Proseguimos nuestro camino por valles tortuosos y por las montañas estériles de la Acaba: la ribera del Nilo por donde caminabamos está árida y desierta, pero la del otro lado está cubierta de árboles, sembrados, y aldeas. Llegamos á Demar, ciudad perteneciente á un Fakir, llamado Ved-Madge-Dub, que era un santon muy venerado por los Arabes Jahelenos. Creen que este Fakir hace milagros, y que puede hacer, si se le antoja, á los hombres cojos, ciegos y locos, y en esto último no dexan de tener razon, pues con su fanatismo tiene locos á aquellos ignorantes: por esta razon le temen tanto, que las caravanas pasan con seguridad por aquel receptáculo de ladrones. Sin embargo, algunas caravanas tienen por mas conveniente pasar por la noche sin que los

vean, que fiarse de la veneracion que los Jahelenos tienen á la santidad de este Fakir. Despues de estos Arabes estan los Eliavos, cuya residencia está en Hoviah, á los quales dexamos á quatro millas á nuestra izquierda. Partimos de Demar, y llegamos á la orilla del Tacazé: encontramos dos aldeas de los Dubba-Beah, cuyas casas eran de cañas trabadas con barro: los habitantes de estas aldeas son oriundos de Demar, y tan ladrones como aquellos Arabes. Por fortuna se encapricharon en que ibamos á la Meca, lo que les confirmó un hijo del Fakir que iba en nuestra compañia; y como yo tenia tanto interes en que así lo creyesen, para que no nos molestasen, no traté de desengañarlos, ántes lo aseguré.

En aquel parage el Tacazé no tendrá mas de un quarto de legua de ancho, pero es en extremo profundo, y han elegido el parage mas hondo para poner las barcas en que se pasa. El agua del Tacazé me pareció allí tan pura y cristalina como en la Abisinia, donde habia visto muchas veces aquel rio, el qual nace en la provincia de Angot á los nueve grados de latitud; pero en la Atbara sus riberas no estan adornadas de aquella amena verdura, y de aquellos árboles magestuosos, que le hacen tan vistoso y agradable en la Abisinia. Corre por aquí entre arenales estériles y desiertos: su vista

me recordó mil ideas agradables, y la mas gustosa de todas fue que me veia ya fuera de la Abisinia y del Senaar.

Los Arabes dicen que el agua del Tacazé es mas ligera, mas clara y saludable que la del Nilo: la reunion de estos dos rios es á una media legua mas abaxo del paso del Tacazé. Aunque las barcas de este paso eran mas pequeñas, y los barqueros mas brutales y menos prácticos que los de Halifun, la supuesta santidad de nuestro carácter de peregrinos de la Meca, y la liberalidad con que les pagamos fueron causa de que nos pasasen sin desgracia. Estos Mahometanos son muy robustos, y hacian mas uso de su fuerza que de su habilidad. Este rio sirve de límites entre la Atbara y el Barbar, pais en que ya nos hallabamos, y que es habitado por los Jahalenos de la tribu de Mirifab.

Llegamos á Guz, aldea muy pequeña, que sin embargo es la capital del Barbar: esta aldea no es mas que un conjunto de miserables chozas de cañas y barro: tendria unas treinta de estas chozas, las quales forman cinco ó seis grupos diferentes. El calor no era allí tan fuerte como en el pais, de donde veniamos; pero todos los habitantes se quejaban de mal de ojos, que regularmente pára en ceguedad. Yo presumo que este accidente es efecto del Simun, y de la

arena sutil que este viento levanta. Nuestro guia Idris fue preso allí por causa de unas deudas ; como estabamos á la entrada del desierto , y no habiamos ya de encontrar otra poblacion hasta el Egypto , no dexé de alegrarme de imponerle otra nueva obligacion antes de poner mi vida en sus manos. Pagué pues sus deudas , y le reconcilié con sus acreedores.

Quando el comercio florecia en estas regiones , y las caravanas pasaban por alli con regularidad , Guz era un lugar de mucha importancia , porque se hallaba á la entrada del desierto , y tenia la ventaja de ser el primer emporio ; pero al presente ya no queda rastro de aquel comercio, y no se encuentran ya allí guias seguras para conducir á los Viageros por el desierto. Guz está situada á quince leguas del confluente del Nilo y del Tacazé , á los diez y siete grados, cincuenta y siete minutos, y veinte y dos segundos de latitud.

Despues que Idris me hubo asegurado con la mayor solemnidad, que viviria y moriria con nosotros , y pronunciada la fórmula de paz , nos pusimos en el camino del desierto con el mejor ánimo que pudimos. Nuestra caravana se componia del Turco Ismael , de dos criados Griegos , sin contar á otro que estaba casi ciego , de dos jóvenes Barbarinos que se encargaron de cuidar de

nuestros camellos, de Idris, de un jóven pariente suyo, que se nos juntó en Guz, y yo, de suerte que de las nueve personas solamente las ocho podiamos ser útiles. Seis ibamos bien armados de trabucos, sables, pistolas, y fusiles de dos tiros; Idris y su pariente llevaban lanzas, porque eran las únicas armas que sabian manejar. Cinco ó seis Turcororis del todo desnudos vinieron á juntarse con nosotros, lo que sentí mucho, pues conocí que seria preciso verlos perecer de sed en el desierto, ó exponernos nosotros á perecer, si los socorriamos.

Desde Guz nos dirigimos al Sakia, esto es, al parage donde se coge el agua, que está junto á la aldea de Hassa. Toda la ribera occidental del Nilo está cubierta hasta Takani de aldeas de Jahelenos, tribu indisciplinada que está siempre en rebelion. Llenamos de agua quatro grandes odres: por lo que hace á nuestros víveres consistian en veinte y dos sacos de piel de cabra, llenos de una especie de pan de harina de mijo, que se prepara en Guz para estas expediciones. Estos panes tienen la forma de unas tortas delgadas, las quales mas bien se secan que se cuecen; despues de secas las desmenuzan, para que quepa mas porcion en los sacos, los quales se cierran con mucho cuidado. Quando se ha de comer esta especie de masa, se la echa en remojo en agua, y

crece tanto como el arroz, pero tiene un gusto agrio. Como teniamos pocos camellos, y no podiamos llevar mucha abundancia de provisiones, ajustamos que cada uno habiamos de contentarnos con un puñado de esta harina al dia con una racion de agua, quanta cupiese en media calabaza, porque acostumbran cortar una calabaza en dos partes, de las quales dos mitades hacen escudillas, que son los únicos platos usados en estos viages.

No me detendré en referiros por menor los varios parages por donde pasamos, la aridez de aquellos arenales, la fatiga y cansancio de todos nosotros y de los camellos, con los demas trabajos que podeis presumir en un viage donde no se descubren mas objetos que arenales abrasados. Solo indicaré algunos de los peligros mas notables que logramos evitar: uno de ellos fue un fenómeno igualmente terrible que magnífico, muy comun en aquellos desiertos. Vimos al Oueste y al Nordeste á varias distancias levantarse de en medio de aquel inmenso desierto un gran número de enormes columnas de arena, que ya corrian con una rapidez increible, ya marchaban con una lentitud magestuosa. A veces temblabamos al ver que se dirigian ácia nosotros para sepultarnos, y en efecto recibimos de quando en quando algunas rociadas de arena; pero despues se alejaron

tanto, que apenas las distinguiamos. Se elevaban á tan grande altura, que se perdian de vista entre las nubes: á veces se rompian por medio, causando un estruendo que parecia un cañonazo, y aquel volúmen inmenso de arena se esparcia por los ayres. A medio dia empezó á soplar el viento con violencia, y las columnas se dirigiéron rápidamente ácia nosotros; contamos once de ellas que distarian unas tres millas de nosotros. El diámetro de la mayor me pareció desde esta distancia que seria de unos diez pies: por fortuna se mudó el viento, y las columnas se alejáron; pero me dexáron una impresion tan profunda de terror y de admiracion, que jamas se me borrará. En vano hubiéramos intentado huir: el caballo mas veloz, y la embarcacion mas ligera no igualan á su rapidez; y la persuasion en que estaba de que era imposible evitarlas, me hizo quedar por largo rato inmóvil contemplándolas. Este espectáculo se renovó muchas veces durante nuestro viage, y nuestros temores siempre fuéron iguales, porque el peligro era el mismo.

En otra ocasion se acercáron á nosotros aun mas que la vez primera, y eran tantas que parecian un bosque muy espeso, y obscureciéron el cielo; átravesando por ellas los rayos del sol, parecian propiamente columnas de fuego. Todos mis compañe-

ros quedáron llenos de horror y espanto: los Griegos decian que era el dia del juicio: Ismael aseguraba, que aquello era el infierno, y realmente no se puede ver fenómeno mas espantoso. Pregunté á Idris, si lo habia visto otra vez: díxome que sí; pero que nunca habia sido tan peligroso, porque aquel encendimiento del ayre pronosticaba el Simun. Díxonos que quando viesemos venir este viento, debiamos tendernos en tierra boca abaxo, apoyando la boca en la arena, de suerte que no respirasemos aquel ayre pestifero, todo el tiempo que pudiesemos detener la respiracion.

Al dia siguiente quando caminabamos mas descuidados, nos gritó Idris: »tenderse en tierra, que viene el Simun.» Volví el rostro, y ví venir del Sudeste una nube de color de fuego: tendria unas veinte brazas de ancho, y estaba á unos doce pies distante del suelo. Corria con extremada rapidez, porque apénas tuve tiempo para volverme de espaldas y tenderme, quando sentí el ardor en el rostro. Permanecímos con la boca cosida á la arena, como si estuviesemos muertos, hasta que Idris nos advirtió que ya podiamos levantarnos. El meteoro habia ya pasado; pero el ayre estaba aun tan caliente, que nos sufocaba. Yo conocí que habia respirado algo de aquel viento venenoso, y desde entónces empecé

á padecer un astma que me duró dos años despues. Un desaliento general se apoderó de toda mi caravana: se miraban unos á otros con un silencio melancólico, que anunciaba la desesperacion. Entónces tuve por conveniente hacerles una exhortacion, haciendoles ver que no nos quedaba mas recurso que la paciencia, y que á nadie habia hecho el Simun mas daño que á mí, pues casi me habia quitado el habla, se me habia hinchado el rostro en términos que casi no veia, mi cuello estaba cubierto de granos, los pies hinchados y llagados en varias partes. Jamas he sido tan eloqüente como en aquella ocasion, y mi discurso produxo todo el buen efecto que yo deseaba, animándose todos, y exhortándome á que montase en un camello, lo que rehusé por no dar mal exemplo á los demas.

Este infernal viento continuó soplando en términos que nos hallabamos ya enteramente desanimados; y sin embargo, su soplo era tan débil, y que apénas podria mover una hoja de árbol. Tuvimos la fortuna que á pocas horas despues se mudó el viento, y sucedió un viento fresco del Norte, que nos sacó del estado mortal en que nos hallabamos. Lo mas sensible era que nuestros camellos no habian comido en tres dias, porque no habiamos encontrado ni yerba ni arbusto, pues todo estaba sepulta-

do en la arena. Idris nos conduxo á unos pozos, cuya agua era muy sucia, salobre, y tan llena de animales podridos, que para beberla teniamos que colarla. Aunque veiamos muchas perdices, no me atreví á disparar ningun tiro, por temor de los Arabes de que estaba lleno aquel pais, y que nos tenian en continuo sobresalto. Este fue nuestro gran refrigerio; todos bebimos y nos refrescamos; los camellos comiéron y bebiéron doble racion, con lo que todos cobramos nuevo vigor. No sucedió lo mismo á los Turcororis; uno de ellos murió una hora despues de nuestra llegada, y otro al dia siguiente.

Prosiguiendo nuestro camino, volvimos á ver las columnas de arena tan espesas, que parecian un exército en marcha, dirigiéndose constantemente ácia el Sur; pero volviéndose de repente, se dirigiéron ácia nosotros, y aunque se detuviéron á distancia de dos millas, arrojáron sobre nosotros gran cantidad de arena. Este fenómeno se repitió aquel mismo dia y en los siguientes, y ya no le temiamos tanto, por estar acostumbrados á verle y que no nos hacia daño; pero sola la idea del terrible Simun nos hacia estremecer. Sin embargo, por los rastros que despues encontramos de los estragos de estas columnas, conocimos que éstas eran aun mas temibles que el Simun, y si nos hubiéramos

adelantado una jornada, hubiéramos perecido, como ha sucedido muchas veces á caravanas muy numerosas, que han quedado sepultadas en la arena. Aquel mismo dia vimos algunas montañas de arena, y nos dixo Idris, que en una de ellas habia quedado sepultada una de las caravanas mas numerosas que habian salido del Egypto.

Fuimos á acampar despues junto á unos pozos, que tenian tan poca agua, que muy pronto los dexamos en seco. Miéntras los demas compañeros se ocupaban en esta maniobra por la noche, yo me quedé guardando el ganado, y sentí ruido como que estaban quitando las trabas á los camellos. En efecto, habiéndolos registrado, encontré señales de haber intentado desatarlos; esto nos causó el mayor sobresalto, pues era evidente que algunos Arabes habian querido robarnos, y habiéndose escapado, irian á avisar á los demas, para que viniesen á asesinarnos. Los Arabes de aquel pais son Jahelenos, tribu fanática y bárbara, que ha derramado torrentes de sangre por establecer la secta de Mahoma. Sus preocupaciones son actualmente las mismas que en tiempos antiguos: el trato con los estrangeros ni con los otros Arabes no ha podido suavizar sus costumbres. Si hubiéramos caido en manos de estos bárbaros, nuestra muerte era inevitable: la única esperanza que nos restaba,

era que su número seria muy corto, supuesto que no se habian atrevido á acometernos descubiertamente. En fin amaneció y no vimos ningun Arabe; pero siguiendo las huellas impresas en la arena, y pasando al otro lado de un peñasco vimos dos tiendas viejas y hechas pedazos, en las quales encontramos un hombre y dos mugeres enteramente desnudos, temblando, y tan macilentos que parecian cadáveres. El hombre estaba de rodillas, las mugeres querian ocultarse, y en el rincon de una tienda habia un niño cubierto de andrajos. Yo cogí al hombre de los cabellos, le tiré al suelo, y poniéndole un pie sobre el pecho, le amenacé con la muerte. El pobre estaba tan asustado, que apénas tuvo aliento para pedirme le perdonase: una de las mugeres quiso echar mano de una lanza, pero Ismael la derribó de un golpe con la culata de su trabuco; la otra gritaba furiosamente. Atámoslos á todos, y yo despues de haber amenazado con la muerte al Arabe, le exhorté á que me dixese todo lo que sabia. Confesó que los Arabes Bisharenos habian asesinado al Eunuco Mahomet Tovash; que él era de la compañía de Abu Beltran; que este caudillo de vandidos distaria de allí como unas dos jornadas, y que en la noche anterior habia querido robar nuestros camellos para ir á juntarse con sus compañeros.

Al oir esta confesion, que fué confirmada por las dos mugeres, todos mis compañeros insistian para que matase al Arabe, el qual se mantenia de rodillas con las manos cruzadas, esperando su muerte de un instante á otro. Una de las mugeres, que era la madre del niño, me enterneció en extremo: despues que me confirmó lo mismo que habia dicho su marido, viendo que yo me marchaba ácia donde estaba la otra, echó á llorar amargamente, mesándose los cabellos, é implorando misericordia. Apretó á su pecho al niño, como dándole el último abrazo; despues le puso delante de mí, y con el tono de desesperacion me dixo: »haz »esclavo á mi hijo, pero no le mates: per»dona tambien á mi infeliz marido." Aunque yo me preciaba de entender bien el Arabe, no creia que tuviese esta lengua expresiones tan sencillas, y al mismo tiempo tan enérgicas, como las que usó aquella pobre muger. Yo me sentí tan conmovido, y mis lágrimas corrian con tanta abundancia, que no pude continuar mas aquella escena tan trágica. Muger, la dixe, yo no hago esclavos, ni mato niños: vuestros Arabes son los que me precisan á hacer lo que ves. Vosotros me habeis acometido y querido robar mis camellos, para que pereciese en este desierto. Vosotros habeis muerto á Mahomet Tovash, hombre de vuestra religion: todos

vosotros sois unos ladrones y asesinos.— Eso es verdad, respondió ella, todos son asesinos y mentirosos, y mi marido puede tambien haber mentido sin querer.

Llamé aparte á mis compañeros, y les hice ver quán inútil nos seria la muerte de aquellos miserables, y al contrario, quánta ventaja podriamos sacar de aquel Arabe, haciendo que nos acompañase. Todos se conformáron con mi dictámen, que era dexar allí á las mugeres, y hacer que nos acompañase el hombre, tomando todas las precauciones necesarias para que no pudiese engañarnos. Volvimos á nuestros presos, y les intimamos su sentencia, de la qual quedáron muy contentos: la muger nos aseguró, que queria mas ver matar á su hijo, que causarnos el menor mal, y que aunque pasasen por allí mil Arabes, ella hallaria medios para deslumbrarlos, y que no supiesen el camino que llevabamos. Prometí al Arabe, que si se portaba bien, le daria libertad en llegando á Egypto, y le vestiria de nuevo; y dexando algunas provisiones á aquellas mugeres, proseguimos nuestro camino.

Apénas llegamos á la llanura, vimos varios anuncios del Simún; en efecto poco ántes de medio dia, el Arabe, y despues Idris gritáron: el Simun, el Simun. Mi curiosidad no me permitió tenderme sin mirar ántes atras: ví al Sur una nube roxa, como la

que habia visto la primera vez: tendímonos y sentimos pasar el viento con bastante fuerza. Continuó soplando por tres horas continuas, de suerte que nos dexó tan maltratados, que apenas pudimos cargar nuestros camellos. Para colmo de nuestras desgracias uno de los camellos murió de fatiga y de hambre, y á pesar de nuestro cansancio hicimos tasajos su carne, y los pusimos á secar, porque ya padeciamos escasez de provisiones, y temiamos morir de hambre. Cerca de un pozo donde acampamos, encontramos el cadaver de un hombre y dos camellos muertos junto á él, los quales ya debia de hacer tiempo que estaban muertos, pues los camellos estaban tan desecados, que pesaban muy pocas libras. No habian sido tocados de gusanos, porque en la vasta extension de aquel desierto no hay moscas ni gusanos, ni cosa alguna viviente.

Volvimos á ver las columnas de arena, las quales nos atemorizaban no tanto por el daño que podian hacernos, como por la experiencia que teniamos de ser anuncio del terrible Simun, contra el qual ya no teniamos resistencia, si volvia á soplar. Estas columnas me presentaron aquel dia un espectáculo mucho mas magnífico que todas las que habiamos visto antes: eran mas gruesas que las otras, y el sol las heria de manera, que las mas cercanas parecia estaban sembradas de estrellas de oro. Distaban de nosotros como

unas dos millas, y lo mas singular era, que no se elevaban jamas sino en el espacio circular que dexabamos á la izquierda, y el Simun venia siempre del lado opuesto, esto es, por el Sudeste. Poco despues de mediodia cesó el viento del Norte, y por espacio de una hora cayó sobre nosotros una lluvia de arena muy fina. Quando el Simun se dexaba sentir, el viento que estaba al Norte, se mudaba de repente al Sudeste, y al punto caíamos en aquel desfallecimiento que se sigue á este fenómeno. La nube azulada, que anuncia siempre el Simun, pasaba sobre nosotros á Mediodia, y el viento duraba cerca de dos horas: entónces guardabamos un melancólico silencio, y nos era intolerable el vivir. Al contemplar el estado á que se hallaban reducidos nuestros camellos, empecé á consentir en que perecerian antes de salir del desierto, y me resigné tristemente con mi desgracia.

Al dia siguiente, uno de los Turcororis tuvo un acceso de frenesí: al ver sus contorsiones, creí que era mal de corazon, pero bien pronto vimos que era enfermedad aun mas peligrosa. No quiso sangrarse, ni beber agua, ni proseguir el viage; y revolcándose en el suelo daba grandes alaridos, de suerte que nos vimos precisados á dexarle abandonado á su suerte; aquel mismo dia se nos murió un camello. Empecé pues á temer otros males aun mas crueles que los pasados: veia que ibamos á perder todos

nuestros camellos, y que toda la gente de mi caravana se iba consumiendo de dia en dia. Nos quedaba ya muy poco pan: teniamos á la verdad esperanza de encontrar mas agua que al principio, pero era tan salobre, que no nos apagaba la sed. En fin el formidable Simun nos habia debilitado tanto, que sentiamos un desfallecimiento intolerarable. Estas consideraciones me obligaron á arrojar todas las cosas pesadas que no me fuesen absolutamente necesarias, como las conchas, minerales, petrificaciones, y otras cosas semejantes. No nos habian quedado mas que cinco camellos, y si estos perecian, tendriamos que acarrear sobre nosotros el agua y demas provisiones; y como estabamos tan estropeados que apenas podiamos movernos aun sin carga, nuestra situacion era de las mas desesperadas. Solamente nuestro prisionero Arabe parecia que conservaba todo su vigor: me habia cobrado mucho afecto, y con un pedazo de coton que llevaba rodeado á la cintura, me hizo una especie de abarcas que me aliviaron mucho los dolores de las llagas de los pies por el dia, pero por la noche eran intolerables.

El dia siguiente encontramos el cadaver del Eunuco Mahomet Tovash en el mismo parage en que le habian asesinado: estaba tendido en la arena del todo desnudo, y se le conocian claramente las heridas que le habian dado, premio digno de la perfidia

que usó conmigo. Algunos pasos mas allá vimos otros tres cadáveres, que reconocimos eran sus criados: estos habian tomado las armas para defenderse; pero los cobardes y pérfidos Bisharenos capitularon con ellos, que les entregarian sus camellos y provisiones para pasar al Egypto, y despues cogiéndolos descuidados los asesinaron. Este horrible espectáculo sacó á mis compañeros de su entorpecimiento, y aunque yo queria descansar en aquel parage, me instaron para que prosiguiesemos la marcha, temiendo no nos sucediese lo mismo que al Eunuco.

En los dos dias siguientes encontramos otros cadáveres de hombres y animales, que sin duda habian perecido de fatiga y de sed, y estos espectáculos nos hacian temer la misma suerte. Estando acampados al dia siguiente junto á unos pozos, vimos venir una tropa de Arabes, montados en camellos: tenian que pasar antes de llegar á nosotros por una estrechura entre dos cerros de arena; por lo que tuve por conveniente obligar á estos Arabes á capitular antes de que pasasen el desfiladero. Tomamos nuestras armas, y adelantándome yo á la entrada de la estrechura, les hice detenerse amenazándolos con mi fusil. Idris nos dixo que eran de la tribu de los Ababdes, y que su muger era de aquella tribu: adelantóse, y entrando en conversacion con aquellos Arabes, capituló con ellos, que pasasen uno á uno, entregándome uno

de ellos en rehenes, y no les hariamos ningun daño, lo qual executaron, y nos separamos como buenos amigos.

Prosiguiendo nuestro camino con las mismas fatigas y sobresaltos, vimos que no nos quedaba pan mas que para un dia; y para colmo de nuestra desgracia, al querer proseguir la marcha, nuestros camellos no pudieron levantarse del suelo. Viendo que era imposible hacerlos mover, matamos dos de ellos para que su carne supliese la falta de pan, y en el estómago de cada uno encontramos como una media arroba de agua, que no estaba corrompida ni tenia mal sabor, lo qual recogió con mucho esmero nuestro prisionero Arabe. El camello tiene dos depósito en el estómago, en los quales lleva una gran porcion de agua, la qual saca de ellos á su arbitrio, quando come ó rumia, y no encuentra agua. Por este medio el camello es el único animal que puede atravesar los desiertos áridos, pues puede pasar quince dias á lo menos sin beber. La Provivincia ha formado aquellos depósitos con tal arte, que el agua se conserva en ellos sin ninguna alteracion.

Consideradme, Señora, en aquella terrible situacion, falto enteramente de víveres, estropeado de ambos pies, precisado á cargar sobre mí un poco de agua y de carne hedionda de camello, y marchando á pie casi descalzo sin saber quantas jornadas nos fal-

taban hasta Syene; porque esta ciudad está mal colocada en todos los mapas que yo habia visto. Todos los diseños que yo habia hecho en mis viages, mis apuntamientos, mis papeles, mis instrumentos astronómicos, en fin todo el fruto de tan penoso viage quedó amontonado junto á los cuerpos muertos de mis camellos, y abandonado á los primeros Arabes que lo encontrasen. Ya no me restaba ninguna prueba auténtica para confirmar la verdad de mis observaciones tan importantes para la historia y la geografia. Por aquí podreis hacer juicio de mi inexplicable afliccion en aquel desierto: en fin, el deseo de conservar la vida, lo único que nos restaba, nos dió valor para proseguir nuestro camino del mejor modo que pudimos. La Providencia me sostuvo en los dias siguientes con la esperanza de que distabamos poco del término de nuestro viage, segun me lo anunciaban varias aves que veiamos en vandadas; y subiendo yo á un monte, descubrí señales de la cercania de Syene. Animados mis compañeros con la noticia, prosiguieron marchando con nuevo ardor, y al cabo de dos dias descubrimos las palmas de Syene, y fuimos á descansar á un bosquecillo de ellas, que dista un quarto de legua de aquella ciudad.

Nuestro Genízaro Ismael sin detenerse á beber del Nilo, como hicieron los demas, entró en la ciudad donde al punto llamó

la atencion de los Genízaros por su turbante verde. Llevaronle á casa del Agá, y él encargó á un Genízaro que fuese á buscarme al bosque y me conduxese á la ciudad. Encontróme durmiendo, y aun despues de haber dispertado, los males padecidos me habian entorpecido de suerte, que parecia un fatuo insensible. En fin, el Turco me sacó de aquel entorpecimiento: al cabo de repetidos esfuerzos seguí al Genízaro, y llegamos á casa del Agá, el qual quedó lleno de admiracion al considerar en nuestro aspecto y vestidos los trabajos que habriamos padecido.

Al cabo de seis dias, quando me sentí con algunas fuerzas, supliqué al Agá me diese seis ú ocho camellos para ir á buscar el vagage que habia dexado abandonado en el desierto. Escandalizóse de mi proposicion, diciéndome que era tentar á Dios el exponerme otra vez á ser muerto por los Arabes. Díxele que todo el género humano tenia interes en la recuperacion de mis papeles, y por si esto no le hacia fuerza, le insinué que no quedaria sin recompensa de mi parte el favor que me hiciese para recobrarlos. Esto le acabó de persuadir, y nos suministró los camellos que necesitabamos. Aprovechamonos de la obscuridad de la noche, y volvimos con la mayor velocidad que pudimos hácia el sitio en que habia quedado mi vagage. Luego que amaneció descubrimos las huellas que habiamos dexado impresas, y siguiéndolas tuve la mayor

alegria que puede explicarse, quando al cabo de media hora encontré todos mis efectos del mismo modo que los habia dexado: los cuerpos de mis camellos estaban allí cerca medio comidos ya de los cuervos.

Cargamoslo todo en cinco camellos en un momento, y sin detenernos un punto, llegamos á la ciudad antes de anochecer. Como debia terminar allí nuestro viage, cobré algunas letras que habian girado á mi favor mis corresponsales del Cairo, con lo qual pude recompensar generosamente á mis compañeros. Cumplí la promesa que habia hecho á mi prisionero Arabe, que con tanta fidelidad se habia portado en el camino: díle vestidos nuevos para él y para sus mugeres; le compré un buen camello, y dándole una carga de pan de mijo, le despaché baxo la proteccion del Agá. A Idris nuestro Hyber ó guia le dí una recompensa proporcionada á su fidelidad y á los grandes servicios que me habia hecho en aquel peligroso viage. Al buen Genízaro Ismael le dí un vestido y turbante nuevo, para que se hiciese respetar del populacho de las aldeas por donde teniamos que pasar hasta llegar al Cairo

Fin del Quaderno XXVI.



EL VIAGERO UNIVERSAL.

QUADERNO XXVII.

CARTA CX.

Costa occidental del Africa.

Despues de haberos hecho conocer, Señora, las dos partes hasta ahora mas desconocidas del Africa, quales son la Abisinia y la Nubia, voy á pasar á la costa occidental de esta gran pènínsula, desde el desierto de Zara hasta Sierra Leona donde comienza propiamente la Guinea. Antes de pasar por el estrecho de Gibraltar al Océano que baña la costa occidental de Africa, se hallan á orillas del Mediterráneo las regiones conocidas por los Antiguos que forman lo que llamamos Berberia, de la qual ya os he hablado (1); Argel y sus dominios, que es la antigua Numidia; Tunez, donde se cree estuvo Cartago; Trípoli, la gran Syrte, Barca, todo lo que componia las posesiones

(1) Tomo 1 de está obra.

Romanas hasta el monte Atlante : pasado el estrecho está el Reyno de Fez, el Imperio de Marruecos, llamado antiguamente la Mauritania Tingitana, Dara, Tafilet ; paises gobernados antiguamente por Bochô y Syfax.

Antes de hablar de la Guinea propiamente tal, os daré una idea de los paises cercanos al rio del Senegal, internándome en las regiones situadas entre este rio y el de Gambra ó Gambia. Los primeros descubridores llamáron *Azanaghis* á los pueblos Moros que habitan esta parte del desierto mas cercano al Senegal, al qual llaman Zaenaga : la parte de que voy á hablar está entre los grados 8, y 18 de latitud.

Al Sur del estrecho de Gibraltar, la costa de Africa, que es la de Berberia, no está habitada mas allá del Cabo Cantin, desde el qual hasta el Cabo Blanco se encuentra un arenal desierto que está separado de la Berberia por las montañas del lado del Norte, al qual los naturales llaman *Zara*: por la parte del Sur llega hasta el pais de los Negros, y tiene de ancho de cincuenta á sesenta jornadas. Este desierto se extiende hasta el Océano, y está cubierto de una arena blanca hasta el *Cabo blanco* que toma su nombre de la blancura de esta arena, y no se vé en él ningun árbol ni planta. Sin embargo, este Cabo es muy bello : su figura es

regular, y las tres puntas que presenta, distan una milla una de otra.

Detras del Cabo Blanco en lo interior del pais se encuentra á seis jornadas de la ribera del mar una ciudad llamada Hoden, sin muros, freqüentada por los Arabes, por las caravanas de Tombuto, y de otros paises mas apartados de la costa. Se alimentan de dátiles, de alcuzcuz, de leche de camellas, porque el pais es tan árido, que no pueden mantener de otros ganados sino muy pocas vacas y cabras. Su religion es la Mahometana, y tienen grande ódio á los Christianos. Como los habitantes de este desierto no tienen domicilio fixo, andan errantes por los desiertos, extendiéndose hasta aquella parte de Berberia que está cercana al Mediterráneo. Marchan siempre en tropas numerosas con muchos camellos en que transportan todos sus efectos, y los géneros en que comercian. Son de color muy bazo: las personas de ambos sexôs no usan de mas vestidos que de una especie de alquicel blanco: los hombres llevan turbantes Moriscos, y andan siempre descalzos. Este desierto está lleno de leones, panteras, leopardos y abestruces.

Los Portugueses establecidos en el golfo de Arguim comerciaban con los Arabes que venian á la costa: por el oro y los Negros que éstos les traian, les daban varias mer-

caderias de Europa, y alquizeles. Los comerciantes Arabes llevaban al pais de los Negros caballos de Berbería, los quales trocaban por esclavos, recibiendo de diez á doce esclavos por un caballo.

Los Azanaghis habitan varios parages de la costa mas allá del Cabo Blanco: estan cercanos al desierto, y poco distantes de los Arabes de Hoden, y se alimentan como éstos; pero comen poco, y es una de las naciones que mas aguantan el hambre. Llevan al rededor de la cabeza una especie de pañuelo, que les cubre los ojos, la nariz y la boca; y la razon de esta costumbre es, segun dicen, porque tienen á la nariz y á la boca por conductos asquerosos, y se creen obligados á taparlos con el mismo cuidado que los otros conductos que se tienen por indecentes en los pueblos cultos: por esta causa no se descubren la boca sino para comer.

No reconocen á ningun superior, pero los mas ricos son distinguidos con algunas muestras de respeto. En general, todos son muy pobres, mentirosos, pérfidos, y ladrones en extremo. Son de mediana estatura: se rizan los cabellos, que son muy negros y largos: todos los dias se los untan con aceyte de pescado, lo qual les da un hedor intolerable.

A distancia de seis jornadas tierra aden-

tro mas allá de Hozen se halla otra ciudad llamada Tegaza, de donde se saca todos los años gran cantidad de sal fosil, la qual se transporta en camellos á Tombuto y hasta el Reyno de Meli: los Arabes errantes, que se emplean en este comercio, despachan en ocho dias toda esta sal y vuelven cargados de oro.

El Reyno de Meli está situado en un clima muy caliente, y produce tan poco alimento para los camellos, que la mayor parte perece en estas caravanas, y por consiguiente no se crian allí ningunos animales útiles: los mismos Arabes y Azanaghis mueren á veces de calor. Desde Tegaza á Tombuto hay quarenta jornadas á caballo, y treinta de Tombuto á Meli: todo el pais de Tombuto, que está en la Nigricia, confina con el desierto de Zara, y aun quizá es parte de él; pero hasta ahora no está bien conocido, y mucho ménos Meli. Habiendo yo preguntado á los Moros, qué uso se hacia en Meli de tanta sal, me respondiéron que parte de ella se conducia á otros paises, y la restante se consumia en Meli, porque creian que sin su uso se les corrompería la sangre con el mucho calor. Todos los dias disuelven un pedazo en agua, y bebiéndosela, creen estar seguros de conservar su salud y fuerzas.

En estos paises de Moros bazos no se

fabríca moneda, ni se conoce su uso, así como tampoco entre los Negros, pues todo el comercio se hace cambiando unos géneros por otros. Sin embargo, los Azanaghis y los Arabes tienen en algunas de sus ciudades interiores unas conchitas ó caracolillos, á manera de los cauries de algunos paises de la India, los quales les sirven de moneda corriente.

Las mugeres del desierto de Zara usan unas túnicas de coton, que se traen del pais de los Negros, y ademas llevan alquizeles: no gastan camisa: las mas ricas se adornan con medallas pequeñas de oro. Constituyen su mayor belleza en la magnitud de sus pechos; por lo que desde la juventud se los estiran con varios medios hasta que adquieren una extension prodigiosa. Los hombres son muy apasionados á andar á caballo; pero lo árido del terreno no les permite mantener muchos de estos animales, ni conservarlos mucho tiempo. Es excesivo el calor en aquella inmensa extension de arenales, y se encuentra allí muy poca agua: no llueve mas que en tres meses del año, que son, Agosto, Septiembre y Octubre. Es muy comun allí de quatro en quatro años la plaga de langosta, que elevándose forma nubes que cubren el Sol, y donde quiera que se posan, lo dexan todo asolado, y ademas inficionado por la infinidad de ellas que muere.

Despues que doblamos el Cabo Blanco, continuamos nuestra navegacion hasta el rio de Zanaga, ó Senegal que separa el desierto y los Azanaghis del pais de los Negros, el qual rio fué primeramente descubierto por los Portugueses. El Senegal tiene mas de una milla de ancho en su desembocadura, y la entrada es muy profunda: la costa desde el Cabo Blanco hasta el Senegal, que distan trescientas y ochenta millas, se llama Anterota, y está cubierta de arenales hasta veinte millas ántes de llegar á este rio. Lo mas estraño que observé aquí fué la gran diferencia que hay entre los hombres en tan corto espacio de terreno: al Sur del rio son en extremo negros, altos, robustos, y bien formados; el terreno está cubierto de verdura y de árboles frutales; pero al otro lado los habitantes son de color bazo, flacos, de pequeña estatura, y el pais seco y estéril.

Los habitantes de Anterota son no ménos pobres que feroces: no tienen ninguna ciudad cercada, y sus pueblos se reducen á unas miserables aldeas, cuyas casas estan cubiertas de paja, y no es porque les falte piedra, sino porque no saben hacer uso de ella. Su Xeque no tiene ninguna renta fixa; pero los ricos del pais, para grangearse su favor, le regalan caballos, vacas y cabras, á lo qual añaden algunas le-

gumbres, raices y mijo. Por lo demas se mantiene de lo que roba: hace esclavos á sus vecinos, y á veces no perdona á sus mismos súbditos. Parte de estos esclavos se emplean en cultivar las tierras del Xeque, y los demas son vendidos á los Azanaghis, y á los mercaderes Arabes, que los cambian por caballos, y tambien los venden á los Europeos que comercian en Negros.

Cada uno de estos Negros puede casarse con quantas mugeres quiera: el Xeque tiene siempre de treinta á quarenta de ellas, á las que distingue segun la calidad de sus padres. Las tiene repartidas en varias habitaciones, en cada una de las quales hay diez ó doce juntas con sus esclavas para que las sirvan, y esclavos para cultivar las tierras que se las señalan: tambien las da vacas y cabras, con esclavos pastores para guardar estos ganados. Quando las visita, no lleva consigo ningunas provisiones, y se mantiene él y su comitiva á costa de sus mugeres. Todos los dias al amanecer, cada muger de la habitacion donde llega, prepara tres ó quatro platos de varias carnes y pescados, los quales remite al Xeque con sus esclavos; de suerte que al dispertar se halla con una mesa abundante de mas de 50 platos, y lo que le sobra de su almuerzo se reparte entre su comitiva, los quales como son tantos, estan siempre hambrientos á pesar

de esta abundancia. En estando una muger preñada, no la visita hasta despues de parir, costumbre que observan igualmente todos los ricos.

Estos Negros profesan el Mahometismo, pero con menos rigor que los Moros blancos, porque no estan bien instruidos en la secta: sin embargo, los ricos tienen siempre cerca de sí algunos Azanaghis ó Arabes para que los instruyan en su falso culto, porque tienen por maxîma general, que los poderosos deben dar exemplo al pueblo en materia de religion. Los Negros del Senegal van siempre desnudos, excepto la mitad del cuerpo que cubren con pieles de cabra; pero los ricos llevan una especie de camisas de coton, que fabrican las mugeres: cada una de las piezas no tiene mas que seis pulgadas de ancho, porque no saben texer piezas mas anchas, y así cosen varias de estas tiras para hacer una camisa. Estas llegan hasta la mitad del muslo; las mangas son muy anchas pero no pasan de la mitad del brazo. Las mugeres van desnudas desde la cabeza á la cintura, á la qual se atan una pieza de coton que llega hasta media pierna. Hombres y mugeres llevan la cabeza descubierta y los pies descalzos; pero se trenzan bien los cabellos, aunque los tienen muy cortos. Los hombres se emplean igualmente que las mugeres en hilar y en labar sus vestidos.

El clima es tan ardiente, que por Enero hace allí mas calor que en España por Mayo, y mientras mas se camina adelante, mas se aumenta el calor por la cercania del trópico. Acostumbran hombres y mugeres labarse quatro ó cinco veces al dia: son muy limpios en sus personas, pero en extremo sucios en sus comidas. Aunque son muy ignorantes y groseros, no les falta arte y habilidad para las cosas que exercitan: hablan mucho, son mentirosos, y muy dados al fraude. Sin embargo, la hospitalidad se halla en ellos en el mas alto grado; los mas pobres dan posada, y de comer á los estrangeros, sin exîgir de ellos ninguna recompensa ni agradecimiento.

Estan continuamente en guerra unos con otros, ó con sus vecinos. Sus armas son la *targeta*, ó escudo de piel de dante, que es muy dura; la *azagaya*, que es un dardo que lanzan con mucha destreza; la *cimitarra*, que es un alfange corbo, que traen del pais de Gambra, porque no saben labrar el hierro. A pesar de tan escaso número de armas, sus guerras son muy sangrientas: son feroces, coléricos, y prefieren la muerte á la huida. No tienen caballería, porque en su pais no se pueden mantener muchos caballos: no tenian idea de la navegacion hasta que vieron los primeros navios Portugueses, que creyeron eran animales con alas.

Los que habitan en las orillas del rio ó cerca del mar, tienen unas barquillas ó canoas, llamadas *zapolies* y *almadies*, hechas de un tronco de árbol hueco, en la mayor de las quales apenas cabrán tres ó quatro hombres; las emplean para pescar, y para trasportar sus mercaderías por el rio. Son muy diestros en nadar, como regularmente lo son todos los Salvages.

Despues de haber pasado el rio Senegal, seguimos á lo largo de la costa hasta el pais de Budomel, que está mas allá unas ochocientas millas. Toda esta extension es una llanura sin ninguna montaña, y la llamaron *Budomel* los primeros descubridores del nombre del Príncipe Negro, que reynaba á la sazon en aquella costa. En aquel pais ambos sexôs son igualmente propensos al libertinage. El Príncipe estaba siempre acompañado de unos doscientos Negros; pero no hay ley que les obligue á mantenerse cerca de su persona, y así no hacian mas que venir unos y marcharse otros. Pocos Negros tienen la facultad de acercarse á la persona del Príncipe con familiaridad; solamente los Azanaghis y los Christianos son los que entran libremente en su quarto y le hablan. Afectaba mucha grandeza y magestad: no se dexa ver cada dia mas que una hora por la mañana: por la tarde se presenta por algunos momentos en el último patio de su pa-

lacio sin alejarse mucho de la puerta de su quarto, y las puertas no se abren entónces sino á los principales Señores. Sin embargo, da audiencia á sus vasallos, pero en estas ocasiones se reconoce el orgullo de estos Soberanos de Africa: todos los que vienen á la audiencia, de qualquier condicion que sean, estan obligados á desnudarse de todos sus vestidos, excepto lo que les cubre la mitad del cuerpo. Luego que entran en el último patio, se ponen de rodillas, tocan con la frente al suelo, y con ambas manos se rocian la cabeza y los hombros de arena: nadie, ni aun los parientes del Príncipe se exîme de esta ceremonia tan abatida. Los suplicantes permanecen en esta postura por largo tiempo, rociándose siempre de arena, hasta que el Príncipe se presenta, y entónces se acercan á él, sin limpiarse la arena ni levantar la cabeza. Le explican su solicitud, y entre tanto el Príncipe afecta que no los escucha, hablando con los que le rodean: luego que concluyen su demanda, echa una mirada sobre ellos, y les responde en dos palabras.

Sin embargo, este bárbaro tuvo la atencion de permitirme que le acompañase á la mezquita á la hora de hacer la oracion acostumbrada por los Mahometanos, dando órden á sus Sacerdotes para que concurriesen. Al entrar en el templo con algunos de sus

principales Negros, este Príncipe se paró un poco, y se mantuvo un rato con los ojos levantados al cielo; despues dando algunos pasos, pronunció sosegadamente algunas palabras, y luego se tendió á la larga sobre el suelo, que besó con mucho respeto. Los Sacerdotes y todos los de su comitiva se postraron igualmente; levantóse, y volvió á repetir la misma ceremonia diez ó doce veces, en lo que empleó como media hora. Luego que hubo concluido, me preguntó qué me parecía de aquel culto, pidiéndome le dixese algo acerca de la Religion Christiana: yo tuve la generosa osadia de decirle en presencia de sus Sacerdotes, que la secta de Mahoma era falsa, y que no habia ninguna otra Religion verdadera sino la Católica. Mi discurso pareció estraño á los Sacerdotes y al Príncipe; però éste despues de haber reflexîonado un momento, me dixo, que creia que la Religion de los Europeos era muy buena, porque solamente Dios podia haberles dado tantas riquezas y talento; pero que la suya era la mejor para sus Negros.

Los calores son tan excesivos en estos paises, que no se cria allí trigo, arroz, ni grano alguno de los que pueden servir de alimento: han probado á sembrar varias semillas que les han llevado los Portugueses, pero no han prevalecido. El trigo requiere

un clima templado y lluvias regulares, de las quales carece aquel pais, pues se pasan nueve meses sin llover jamas. Sin embargo, cultivan el mijo y algunas legumbres, que siembran por Julio para cogerlas por Septiembre, en los quales meses llueve, por lo qual toda su agricultura se reduce á estos tres meses. Estos Negros no entienden de economía, y son muy perezosos para poder sacar utilidad de su cultivo: jamas siembran sino lo necesario para mantenerse, sin cuidarse de coger para vender lo restante. Su método de cultivar la tierra es abrir agujeros de tres ó quatro pulgadas de hondo en que meten el grano, sin arar ni cabar; pero la fecundidad de la tierra suple este abandono de sus cultivadores.

Sus bebidas son el agua, la leche y el vino de palmas; sacan este licor de una especie de palmas de que abunda el pais, distintas de las que producen los dátiles, al qual llaman *migol*, y se saca en todas las estaciones del año. Para este efecto no hacen mas que hacer algunas incisiones en el tronco del árbol, y aplicar sus calabazas á ellas, de las quales destila lentamente un licor moreno, que es muy gustoso, y si no le mezclan nada, embriaga como el vino de ubas. En los primeros dias es tan agradable como qualquiera de nuestros vinos, pero vá perdiendo poco á poco este buen gusto hasta vol-

verse agrio: sin embargo, es mas sano al tercero ó quarto dia que al primero, pues perdiendo algo de su dulzura se hace purgante. El migol no es tan abundante, que haya provision para todos; pero como las palmas estan esparcidas por los campos, el que quiere se procura una moderada cantidad, y los ricos tienen abundancia, porque emplean mucha gente en recogerle.

Hay en este pais varias especies de frutas, que no tienen semejanza con las de Europa; y son excelentes sin necesitar de cultivo, aunque serian mejores si las cultivasen. En general el pais está lleno de excelentes pastos y de una infinidad de bellos árboles, que no son conocidos en Europa. Se hallan muchos estanques ó pequeños lagos de agua dulce, llenos de peces que no se parecen á los nuestros. Hay tambien varias especies de serpientes, de las quales algunas son venenosas; las mas grandes, que tendrán como unos doce pies de largo, no tienen alas, como algunos han escrito, pero son tan gruesas, que á veces se tragan una cabra entera.

En el Senegal no hay mas animales domésticos que los bueyes, vacas y cabras; no hay ovejas ni carneros, porque no prevalecen en un pais tan ardiente. Hay gran número de animales voraces, como leones, panteras, leopardos y lobos. Los elefantes salvages andan en manadas, pero no los saben domes-

ticar como en otros paises. Aunque son muy feroces, jamas acometen si no los acosan, y entónces persiguen á sus enemigos con una velocidad increible.

Las Negras son de un genio muy alegre, principalmente quando jóvenes, y gustan mucho de la música y del bayle: el tiempo que emplean en estas diversiones es por la noche al resplandor de la luna.

Haciéndonos á la vela, doblamos el Cabo Verde, así llamado por la amena verdura que se descubre desde el mar, y llegamos al rio Gambra, que en su desembocadura tendrá por lo menos una legua de ancho. La religion de los habitantes de este pais es la idolatria, y son muy dados á todo género de supersticiones. Por lo que hace á los alimentos, hay muy poca diferencia entre los Negros de Gambra y los del Senegal; pero comen carne de perro. Se visten de telas de coton, de que hay grande abundancia en aquel pais, por lo qual no andan tan desnudos como los del Senegal, en donde es muy raro el algodon. Las mugeres se visten como los hombres; desde su juventud se hacen varias señales en los brazos, en el cuello y en el pecho con agujas encendidas. El pais está lleno de elefantes, á los quales persiguen y matan para aprovecharse de sus colmillos y de su carne. Los Negros no usan de otras armas en sus cacerías que de azagayas y saetas en-

venenadas, con las quales matan á los elefantes desde los árboles. Los animales y las demas producciones de este pais son poco diferentes de las de otras partes de esta costa, de lo que os hablaré mas adelante con mayor extension.



CARTA CXI.

Continuacion de la Costa occidental.

En otro viage que hice por esta misma costa, observé otros paises que ántes no habia visto. Rufisco, nombre corrompido de *Rio-fresco*, que diéron á este pais los Portugueses por un arroyo fresco que corre por él, es parte del Reyno de Cayor, y un puerto de comercio. El Rey de Cayor, que se llama el Damel, mantiene en Rufisco varios oficiales y un Cadi, ó Superintendente, que cobra los derechos del puerto y las rentas del Damel. El calor es intolerable en Rufisco, aun por el mes de Diciembre: en el mar la calma és tan absoluta por lo regular, que no se percibe el menor ambiente. El reberbero de la arena abrasa el rostro, y el calor de ella quema las suelas de los zapatos. Lo que hace mas intolerable aquella

costa es el hedor pestífero de los muchos pececillos que los Negros arrojan en ella, los quales pudriéndose inficionan el ayre: déxanlos allí de intento para que se pudran, porque los Negros no los comen sino podridos, teniendo por un regalo aquel gusto hediondo.

De Rufisco pásamos á un pais árenoso, que parecia tenia algun cultivo: á la mitad del camino encontramos un gran lago de agua salobre, formado por un arroyo, cuya agua no dexaba de ser dulce. Este lago estaba lleno de peces, los quales pescan los halcones con no menor habilidad que los Negros. Este lago se llama Seréres del nombre de algunas tribus de Negros que habitan en las cercanias, y forman una nacion considerable. Estos Sereres, que se hallan principalmente esparcidos al rededor del Cabo Verde, son una nacion libre é independiente, que jamas ha reconocido á ningun Soberano. Forman varios aduares, en que viven á manera de los antiguos Patriarcas, y se mantienen de sus ganados, de que tienen gran número. Andan del todo desnudos, y no tienen ningun trato ni comercio con los otros Negros. Quando reciben alguna injuria, jamas la olvidan; el odio pasa á su posteridad, y tarde ó temprano, se vengan. Sus vecinos los tratan de bárbaros y salvages, y no hay mayor oprobio para un Negro, que

el llamarle Serere. Por otra parte, esta nacion es sencilla, honrada, apacible, generosa y muy caritativa con los estrangeros. No conoce el uso de los licores fuertes; entierran á sus muertos fuera de sus aldeas en unas chozas redondas tan bien cubiertas como sus propias habitaciones. Despues de haber colocado allí el cadáver sobre una especie de cama, cierran la puerta con barro, y con él dan una mano á toda la choza al rededor, de un pie de grueso. Estos edificios rematan en punta, de suerte que estos sepulcros parecen una segunda aldea, y los sepulcros de los muertos son en mayor número que las habitaciones de los vivos. Como los Sereres no tienen bastante ingenio para formar inscripciones, se contentan con poner encima de los sepulcros de los hombres un arco y algunas saetas, y sobre los de las mugeres un mortero con su mano: lo primero indica la ocupacion de los hombres que es la caza, y lo segundo la de las mugeres, cuyo oficio continuo es moler arroz ó maiz.

Ningunos Negros cultivan la tierra con tanto arte como los Sereres: si sus vecinos los tratan de salvages, ellos tienen mas fundamento para tratar á los otros Negros de insensatos; pues quieren mas bien vivir con miseria, y padecer hambre, que acostumbrarse al trabajo para asegurar su subsistencia.

Los Sereres nos recibiéron con mucha humanidad, y nos presentáron alcuzcuz, pescado, bananas, y otros alimentos de aquel pais. Salimos tan tarde de aquella aldea, que el exceso del calor nos precisó á detenernos á las tres leguas; y no habiendo podido andar mas que siete en todo el dia, llegamos por la noche á una aldea de Jalofes, que era la residencia de uno de los principales Sacerdotes del pais. Este santon Negro ó Morabito esperaba que le visitasemos é hiciesemos algun regalo, pero le saliéron vanas sus esperanzas. El Cadi de Rufisco y una mulata que nos acompañaban, se arrodilláron ante el Santon y le besáron los pies; él asió la mano á la mulata, y escupió en ella. Despues de esto haciéndosela pasar tres veces al rededor de la cabeza, la frotó con su saliva la frente, los ojos, la nariz, la boca y las orejas, pronunciando al mismo tiempo algunas palabras Arabes. Por esto los dos le diéron un regalo, y él les prometió un feliz viage.

Al dia siguiente llegamos á Makaya, una de las residencias del Damel, que habia venido allí para recibirnos. Delante de la puerta del palacio encontramos una guardia de quarenta ó cincuenta Negros, con gran número de *Guiriotes*, ó juglares, que se pusiéron á cantar en elogio nuestro, luego que nos descubriéron. Los principales oficiales de

palacio saliéron á recibirnos é introducirnos á la audiencia del Rey ; la puerta de aquel palacio, era tan baxa, que para entrar tuvimos que baxar la cabeza. El recinto interior contenia gran número de habitaciones, entre las quales habia una sala de audiencia, abierta por todos lados. En ella estaba sentado el Damel sobre un sofá que le habia regalado la compañia Francesa de las Indias ; levantóse luego que entramos, y presentandome la mano, me abrazó dandome gracias por haber ido á verle : yo le correspondí con otro cumplimiento, y le presenté un regalo con dos barriles de aguardiente. Dió órden para que se nos proveyese de todo lo necesario á su costa, y para remitir á Rufisco los caballos y camellos que allí habiamos alquilado. Despues nos conduxéron á la audiencia de sus mugeres: tenia quatro legítimas, segun la ley de Mahoma, á las quales habia añadido doce concubinas á pesar de las reprensiones de los Morabitos ó Sacerdotes.

Como las mugeres del Damel se encargaron de suministrarnos las provisiones, creí de mi obligacion hacerlas algun regalo. El Rey era el que se encargaba de todo por menor, quando tenia la razon libre, pero su pasion al aguardiente no le permitia pasar un momento sin beber, por lo que estaba beodo siempre que tenia de este licor.

Pasaron quatro dias sin que pudiésemos hablarle por estar embriagado, y al cabo de este tiempo ya estaban apurados los dos barriles. En fin nos despedimos de este Príncipe, despues que nos dió todos los auxîlios necesarios para la continuacion de nuestro viage.

Llegamos por la tarde á una aldea, donde la gente de la escolta que nos habia dado el Rey, tomó un buey del primer ganado que se les presentó, y despues una vaca y una ternera, cuya carne era excelente. Los dueños de estos animales se me quejaron de esta violencia; y yo para consolarlos, les dí dos frascos de aguardiente. Al dia siguiente llegamos á una aldea de un pariente del Rey, el qual salió á recibirnos con una escolta de caballos; y prosiguiendo nuestro camino llegamos á Biurt junto á la desembocadura del Senegal, que está inmediato al Castillo de San Luis, fortaleza construida por los Franceses. En este corto viage pude hacer las observaciones siguientes acerca de aquellos habitantes.

Aunque los Negros de Kayor así idólatras como Mahometanos practícan la poligamia, no se les permite casarse con dos hermanas. El Damel creyéndose dispensado de esta ley, tenia dos hermanas por mugeres; pero los Morabitos y los Mahometanos zelosos murmuraban de él en secreto, porque

este Príncipe no toleraba que le pusiesen límites en órden á sus placeres. No dudaba el Damel de la exîstencia del paraiso; pero me confesó que no esperaba ser admitido en él, porque habia sido muy malo, y no tenia disposiciones para enmendarse. En efecto, habia cometido mil atrocidades: habia despojado, desterrado ó muerto á todos los que le desagradaban. Como poseia dos reynos, el de Kayor y el de Baul, se creia mayor que todos los Monarcas de Europa. Lo que mas estañaba en éstos era que se contentasen con una sola muger, y dudaba de todo lo que yo le contaba en órden á este particular.

Un dia me regaló por esclava á una muger que parecia de superior gerarquía, y en efecto había estado casada con uno de los principales oficiales de su Corte. Su marido teniendo sospechas de su infidelidad, no quiso tomar venganza por su mano, como podia; pero como era de familia distinguida, tomó el partido de quejarse al Rey, quien juzgandola culpada, la condenó á la esclavitud, y me la presentó. Los parientes de esta infeliz muger viniéron á suplicarme que admitiese en cambio de ella una esclava jóven, en lo qual consentí, y la otra fué conducida por sus parientes fuera de los estados del Damel. Estos castigos tan rigurosos obligan á las mugeres principales á ser muy re-

catadas : como el derecho de venderlas pertenece al Rey, despues de haberlas castigado, estan bien seguras de que será para ellas un juez muy severo é inexôrable, por la utilidad que le resulta, y por esta causa siempre hace pronta justicia á las quejas de los maridos.

El Damel para obsequiarnos mandó que una porcion de sus tropas hiciese algunas evoluciones en nuestra presencia, baxo la conducta de Kondi su General. Este cuerpo de tropas constaba de unos quinientos hombres, armados de cimitarras, de arcos y flechas, y con una especie de cotas, que consisten en dos pedazos de tela gruesa en forma de dalmática. Su fondo era de coton blanco con mezcla de otros colores, sembrado de caractéres Arabigos, los quales segun los Morabitos no solo defienden de toda herida á los que los llevan, sino que infunden terror pánico á sus enemigos; solamente dicen, que no los pueden defender de las armas de fuego, y esto porque se inventaron despues de Mahoma. Baxo de estas cotas, que se parecen á los escaulpiles de los Mexicanos, los Negros llevan gran porcion de amuletos y talismanes, que ellos llaman *grisgris*, y el que mas de esto lleva, se tiene por el mas valiente. Kondi, poniéndose al frente de aquellas tropas, las formó en quatro filas, y avisó al Rey que

ya estaba dispuesto para recibirle. Aunque el Damel estaba cerca de este campamento, montó á caballo, y tomando su lanza, hizo los mismos movimientos que si se dispusiese para pelear; yo tambien monté á caballo para acompañarle, y llegamos hasta en medio de la linea. Kondi luego que descubrió á su Príncipe, se quitó el turbante, y poniéndose de rodillas, se roció tres veces la cabeza con arena. El Rey que distaba de él como unos diez pasos, le envió sus órdenes con uno de sus guiriotes militares; y habiéndolas recibido Kondi en aquella postura, se cubrió la cabeza, y empezó á mandar el exercicio. Concluido éste, volvió á arrodillarse, esperando nuevas órdenes, las que recibidas mandó otras evoluciones, todas las quales se reducian á movimientos muy irregulares.

Las serpientes son muy comunes en todo el pais desde Rufisco hasta Biurt: son en extremo gruesas, y su mordedura es muy peligrosa. Los Negros creen que los *grisgris* ó talismanes son un encanto muy eficaz contra estos terribles animales. Estas serpientes entran libremente en las chozas de los Negros, donde devoran los ratones, y á veces las aves domésticas. Los Negros, quando son mordidos de ellas, aplican inmediatamente á la herida un hierro encendido, ó la cubren de pólvora, y la ponen fuego, lo qual produce una llaga que fixa el veneno, quando

este remedio se aplica inmediatamente; pero si llega tarde, es inevitable la muerte. La nacion de los Sereres no está tan familiarizada con las serpientes como los otros Negros, porque no tienen Morabitos ni grisgris: se vale de sus precauciones para evitarlas, siempre andan á caza de ellas, y cogen gran número con trampas ingeniosas; comen su carne, la qual dicen que es excelente.

Muchas de estas serpientes tienen hasta veinte y cinco pies de largo, con pie y medio de diámetro; pero los Negros aseguran que las mas grandes son menos dañosas que las que solo tienen dos pulgadas de grueso y quatro ó cinco pies de largo; á lo menos es mas facil librarse de las muy corpulentas, porque las descubren á lo lejos, y no son tan ligeras como las pequeñas. Las hay verdes que no se distinguen entre la yerba: otras tienen manchas de varios colores, y aseguran que tambien hay unas roxas, cuya picadura es incurable: quizá serán como la serpiente amarilla del Cabo de Buena Esperanza. Los mayores enemigos de las serpientes son las águilas de que hay gran número en aquel pais, y son las mas grandes que se conocen en ninguna parte del mundo. Estan estas aves libres de las manos de los hombres, porque las saetas de los Negros hacen tan poca impresion en su plumage espeso y fuerte, como las picaduras de las serpientes.

Cogen á estos reptiles entre sus garras, y las hacen pedazos, sin recibir ningun daño, y con esta caza se mantienen ellas y sus aguiluchos.

Las chozas de los habitantes son de paja, pero mas ó ménos cómodas segun la industria de sus dueños. Su forma es redonda: no tienen mas puerta que un agujero muy baxo, como la boca de un horno, de suerte que no pueden entrar sino arrastrando. Como no tienen ninguna abertura por donde entre la luz, y el fuego que mantienen siempre en ellas, las llena de humo, no hay quien pueda permanecer en ellas sino los Negros ó los Hotentotes, que las tienen del mismo modo, á lo qual se añade el calor intolerable del pais y del fuego.

En otro viage que emprendimos por el Senegal visitamos el pais de los Fulis y á su Emperador, llamado Siratik, nombre que algunos Viageros dan tambien á todo el pais. El rio Senegal, subiendo desde su desembocadura hasta las cataratas de Felu en el reyno de Galam, mas allá de las qüales no se ha pasado, riega con su corriente tortuosa el pais de los Fulis, el de los Jalofes, el de los Mandingos y el de Bambuk. Recibimos en nuestro viage un aviso del Siratik, en que nos manifestaba el gran deseo que tenia de vernos, ó por mejor decir de que le hiciesemos un gran regalo. Continuamos nuestra navega-

cion hasta la aldea de Busty á la extremidad oriental de la isla del marfil, donde está separada de la isla de Bilbas por un brazo del Senegal. La isla de Bilbas tendrá unas treinta y cinco leguas de largo con dos ó quatro de ancho en varios parages: su terreno es muy semejante al de la isla de marfil: su comercio principal consiste en la multitud de colmillos de elefante que allí se compran muy baratos. Los cueros, los carneros y las cabras valen á un precio muy ínfimo, y los demas alimentos á proporcion. Pero quando aquellos Negros hacen algun regalo, es con la mira de que se les ha de dar doble de lo que vale; por exemplo, si regalan un buey, es preciso darles quatro ó cinco varas de tela, y si se comprase el buey en la plaza no costaria mas que seis ú ocho reales.

Al llegar al puerto de Ghiorel, centro del comercio de aquel pais, hizimos disparar tres cañonazos para avisar de nuestra llegada; apenas anclamos, vino á visitarnos el Farba. Este Negro, que era tio del Siratik, fue recibido por nosotros con mucho agasajo, porque era muy afecto á los Europeos, y nos prometió enviar al punto un mensagero al Rey su sobrino. Aquella misma noche Bukar Siré, uno de los hijos del Siratik, que tenia sus posesiones entre Ghiorel y Gumel, pasó á bordo de nuestra embarcacion, y nos

dió á entender el afecto que su padre nos tenia. Acompañó sus cumplimientos con un regalo de dos bueyes gordos, y una caxita de oro de una onza de peso: nosotros le hicimos tambien un regalo, y le saludamos con una salva de artillería, al tiempo que se marchó.

Luego que el Siratik tuvo noticia de nuestro arribo, nos envió á cumplimentar con su gran Buquenet, esto es, el Mayordomo de su casa. Este oficial era un anciano venerable, de muy buena estatura, con el pelo y la barba canosos, lo qual entre Negros es indicio de una edad muy abanzada, pero al mismo tiempo mostraba vigor, agilidad, y mucha urbanidad: llamabase Baba Milé. Despues de los primeros cumplimientos le entregamos un regalo, y el pago de los derechos de los géneros de comercio que habiamos llevado. El Buquenet recibió tambien los derechos pertenecientes á las mugeres del Siratik, que fueron una mitad menos de lo que se le habia dado para este Príncipe, y tampoco se olvidó de los que le correspondian á él por su empleo. El Kamalingo ó Teniente general del Rey, que ordinariamente es el heredero presuntivo de la corona, vino tambien á recibir sus regalos y derechos: todos estos regalos ascenderian al valor de unos cien doblones. Despues el Buquenet nos regaló de parte del Rey tres grandes bueyes,

y convidándonos á pasar á la Corte, nos presentó los oficiales que estaban encargados de acompañarnos. Habia ya preparado gran número de caballos de montar para este efecto, y de camellos para transportar nuestros vagages.

Desembarcamos al dia siguiente, y marchamos á la Corte del Siratik, atravesando por un pais llano bien cultivado, y lleno de aldeas y de bosquecillos. Al acercarnos á Bukar descubrimos unos prados muy espaciosos, cuya parte mas baxa empieza ya á recibir la inundacion periódica del Senegal: toda la parte que aun estaba seca, se veia tan cubierta de ganados de toda especie, que apenas podiamos abrirnos paso, de suerte que no pudimos llegar á Bukar hasta el anochecer.

El Príncipe Siré, á quien pertenece aquella aldea, salió á recibirnos acompañado de treinta ginetes: luego que nos descubrió, se dirigió hácia mí á galope blandiendo su azagaya, como si fuese á lanzarla: yo me dirigí hácia él en la misma forma, esto es, apuntando con una pistola. Luego que nos encontramos, nos apeamos, y despues de abrazarnos volvimos á montar á caballo, y entramos en la aldea: el Príncipe me conduxo á una casa que me habia preparado en el mismo recinto donde estaba la habitacion de sus mugeres. Luego que me introduxo en

en mi alojamiento me dexó solo, pero poco despues me conduxeron á la audiencia de la Princesa, la qual era de mediana estatura, pero muy bien formada, jóven y muy agradable: sus facciones eran regulares, sus ojos vivos y rasgados, la boca pequeña, y la dentadura muy blanca. Su color bazo hubiera disminuido mucho su belleza, pero ella habia cuidado de disimularlo con arrebol.

Recibióme con mucho agrado, y me dió gracias por el regalo. Sucesivamente fuí á visitar á otras dos ó tres mugeres del Príncipe; despues de lo qual volviendo á la habitacion del Príncipe, estuvimos en conversacion hasta la hora de cenar. Retiréme entonces á mi posada, donde encontré varios platos de alcuzcuz, de frutas, y leche en abundancia, que me habian enviado las mugeres del Príncipe; y aunque yo tenia mi cena compuesta por mi cocinero, probé por cortesia de todos aquellos manjares Africanos. Estando cenando entró el Príncipe, se sentó á la mesa sin ceremonia, probó algo de los postres, bebió varias copas de vino y de aguardiente, y se puso á fumar conmigo hasta que avisaron que estaba ya dispuesto el *folgar* ó el bayle. Componiase aquel sarao de toda la juventud de la aldea, la qual cantó y bayló al mismo tiempo que los ancianos estaban sentados al rededor sobre esteras, conversando entre sí, y esta conver-

sacion, que es uno de los mayores placeres de la gente madura, se llama *Kalder*. En estas conversaciones, donde cada uno habla libremente lo que le ocurre, se advierte la grande extension de su talento y memoria, lo qual muestra quan grandes progresos podrian hacer en las ciencias, si cultivasen con el estudio sus facultades naturales.

La aldea de Bukar está situada sobre una pequeña altura en medio de una llanura espaciosa. Su temple es muy sano: las casas son como todas las demas del pais, esto es, redondas y terminadas en punta: las ventanas son muy pequeñas, y los habitantes son muy incomodados de mosquitos. El *folgar* ó sarao á que asistí, se tuvo en medio de la aldea: duró dos horas, y se concluyó por causa de una lluvia muy fuerte, que obligó á todos á ponerse debaxo de techado. Al dia siguiente me envió el Príncipe un recado á saber de mi salud, y á esta atencion se siguió un gran almuerzo de alcuzcuz y leche, que me envió el mismo Príncipe, el qual vino despues y se puso á almorzar conmigo. Marchamos despues juntos, acompañados de unos quarenta caballos: hallamos el camino lleno de inmenso gentio, que habia acudido de las aldeas inmeditas para ver á los Europeos, y oir la musica que llevabamos, á que son en extremo apasionados. Al acercarnos á Gumel, salió á recibirnos el

Kamalingo, acompañado de veinte caballeros que me cumplimentaron en nombre del Siratik: este General traia unos calzones muy largos y anchos, con una túnica de algodon, que parecia un roquete: al rededor de la cintura tenia una gran faxa de grana, de donde pendia la cimitarra, cuya guarnicion era de oro. Su gorra y vestido estaban cubiertos de grisgris ó talismanes, y en la mano traia una azagaya muy larga. Proseguimos juntos nuestro camino, y pasamos por la aldea de Gumel para ir al palacio, que dista de ella media legua.

El palacio de este Príncipe se compone de un gran número de cabañas rodeadas de una cerca de cañas verdes, mezcladas y defendidas de espinos tan espesos que no pueden romperlos las fieras. El Rey avisado de que nos acercabamos envió á recibirnos á los principales Señores de la Corte, de suerte que quando llegamos al palacio, ibamos acompañados de mas de trescientos caballos. Toda esta comitiva desmontó en la primera puerta, exceptuados el Príncipe, el Kamalingo y yo que entramos á caballo, y no nos apeamos hasta la puerta de la sala de audiencia. Encontré al Siratik sentado en una especie de lecho con algunas de sus mugeres é hijas, que estaban sentadas en el suelo sobre unas esteras. El Rey se levantó, dió algunos pasos hácia mí, con la cabeza descubierta, me dió

varias veces la mano, y me hizo sentar á su lado. Llamaron á un intérprete, por cuyo conducto nos explicámos sobre el objeto de mi viage, y observé, durante la explicacion del intérprete, la mayor satisfaccion en el rostro del Príncipe; el qual me asió varias veces la mano y la estrechó contra su pecho, al mismo tiempo que las mugeres me colmaban de elogios. La respuesta del Siratik fue muy atenta: me hizo mil obsequios, y entre otros el honor de que fumase en su misma pipa; despues de lo qual me acompañó hasta la puerta de la sala.

Dos oficiales que me esperaban fuera, me conduxeron despues á visitar á las Reynas, y á las hijas del Rey, á todas las quales hice algunos regalos curiosos. Una de estas Reynas habia observado, que durante la audiencia del Rey miraba yo con bastante atencion á una hija suya de unos diez y siete años, y presumiendo que me habria enamorado de ella, propuso al Rey que me la diese por muger, en lo que consintió al punto, y me propuso los primeros empleos de su Corte con gran número de esclavos. Yo me escusé lo mejor que pude alegando que estaba casado, y que mi religion no me permitia volverme á casar viviendo mi muger, ni tener mas que una. Esta respuesta dió motivo á varias reflexiones entre las Señoras Negras, ponderando la felicidad de las Euro-

peas en ser solas, y poniendo sus dudas sobre nuestra fidelidad mutua en tan larga ausencia.

Al dia siguiente, el Siratik fue á la sala de audiencia á administrar justicia á sus vasallos; yo por curiosidad logré se me permitiese estar en un sitio desde donde podia observarlo todo sin ser visto. Hallé al Siratik rodeado de diez ancianos, que oian á las partes con separacion, y referian al Rey todo lo que les decian; despues de lo qual el Monarca pronunciaba la sentencia, habiendo oido el dictamen de los jueces, y al punto se executaba. No ví allí procuradores, escribanos, ni abogados; cada uno defendia su propia causa: en las causas civiles, pertenece al Rey la tercera parte de los daños y perjuicios. Entre estos Negros hay pocos delitos capitales: el homicidio y la traicion son los únicos que se castigan con la muerte. El castigo ordinario es la esclavitud, esto es, que el Rey vende los reos á la compañía Francesa, y dispone de sus bienes á su arbitrio. Un deudor insolvente es vendido con toda su familia hasta la total satisfaccion de sus acreedores, y el Rey cobra su tercera parte de estas ventas.

Aunque aquella comarca no es la mas fertil del pais, el cultivo hace que reyne allí la abundancia. Los habitantes son mucho mas industriosos que los demas Negros,

y hacen un comercio considerable con los Moros del desierto. El oro que se halla en el pais de los Fulis les viene de Galam, porque no parece que hay minas en los Estados del Siratik, pero tienen marfil en abundancia. El pais al Sur del Senegal está lleno de elefantes, así como la parte del Norte lo está de leones, tigres y otras fieras. Hay en este reyno gran número de esclavos, así del propio pais, como de las regiones vecinas; y aunque los emplean en cultivar la tierra, á veces tambien la necesidad ó el interés los obliga á venderlos.

El pais de los Fulis desde el lago de Kayor hasta la aldea de Embakané, esto es, desde el Oueste al Este, tiene cerca de ciento noventa y seis leguas. Se ignora la etimología de su nombre. La mayor parte de sus habitantes son de un color muy moreno, pero no se vé ninguno negro bien atezado como los Jalofes al Sur del Senegal. Se asegura que por su trato con los Moros estan algo imbuidos en el Mahometismo, y que por los enlaces de sangre que forman con ellos, han adquirido esta mezcla de color imperfecto. Tampoco son tan altos y robustos como los Jalofes; son de mediana estatúra, pero bien formados y ayrosos, y á pesar de esta aparente delicadeza son muy propios para el trabajo.

Son aficionados á la caza, y la exercen

con mucha habilidad; su pais abunda en todo género de animales desde el elefante hasta el conejo. Además de la cimitarra y de la azagaya, manejan con mucha destreza el arco y las saetas: los que han aprendido de los Franceses el uso de las armas de fuego, las usan con la mayor habilidad. Son mas ingeniosos, corteses y vivos que los Jalofes: estiman mucho las mercaderias de Europa, y por esta causa hacen muchos obsequios á los mercaderes Europeos. Tienen mucha pasion á la música: las personas mas distinguidas tienen por mucho honor el saber tocar algun instrumento, al paso que los Príncipes y Señores Jalofes tienen por afrentoso este exercicio. Tienen varios instrumentos, y su sinfonia no dexa de ser agradable. Su inclinacion á la danza les es comun con todos los demas Negros: despues de dias enteros de un trabajo ó cacería penosa tienen por descanso tres ó quatro horas de danzar.

Sus trages se parecen mucho á los de los Jalofes, pero son mas curiosos en la eleccion de las telas; sus vecinos prefieren el color roxo; ellos gustan mas del amarillo. Las mugeres no son altas, pero son bien formadas, bellas, y de complexîon delicada.

CARTA CXII.

Continuacion del Senegal.

En otro viage que emprendí al reyno de Galam, atravesé otra vez los Estados del Siratik. Partí del fuerte de San Luis con dos barcas, una falua y algunas canoas cargadas de las mercaderías mas proprias para aquel comercio, llevando al mismo tiempo regalos para los Príncipes Negros. Fuimos á anclar al fuerte Roc, que habia sido abandonado por los Franceses, y habian establecido su factoria en Hovalalda. El pais que hay entre estos dos puertos está cortado con profundos valles, en que hay gran número de leones y de elefantes. Estos últimos eran tan poco feroces, que no se espantaban de la vista de los hombres, y no les acometian si no eran aco sados. Estos valles producen unos espinos de prodigiosa altura, que llevan flores de un bello amarillo y de un olor muy agradable. Forman una sombra muy apacible, pero muy peligrosa por las muchas orugas amarillas de que estan llenos, y que causan hinchazon en qualquier parte donde caen.

Llegamos á Ghiorel: el Siratik me rogó le diese algunos esclavos fusileros, para

acompañarle á la caza de un leon, que hacia grandes estragos en el pais. Díle quatro de ellos, los quales juntándose con los cazadores del Rey encontraron á aquel furioso animal que se defendió con todo su corage natural. Mató á dos Negros, hirió peligrosamente á otro, á quien hubiera rematado, si uno de mis esclavos no le hubiera muerto de un balazo. Traxeronle al palacio como en triunfo, y el Rey me regaló su piel; era uno de los leones mas grandes que jamas se habian visto en aquél pais. Esta cacería me hace acordar de otra, por la qual se vé con quanta intrepidez los Negros acometen á estos animales tan formidables. El Xeque de una de las tribus del desierto queriendo en una ocasion mostrarnos su valor y destreza, nos hizo subir á unos árboles cerca de un bosque muy freqüentado de fieras. El iba montado en un excelente caballo sin mas armas que tres azagayas y una cimitarra. Metióse por el bosque, y encontrando á un leon, le hirió: el animal acometió á su enemigo, el qual echó á huir, para atraerle hácia donde estabamos. Entonces revolvió sobre él, le esperó á pie firme, y le lanzó otra azagaya que le atravesó por el cuerpo. Apeóse al punto, y tomando un chuzo se dirigió al leon, que venia hácia él dando horribles bramidos, y le metió el chuzo por la boca; despues saltando sobre él le degolló con la cimitarra.

Despues de esta victoria que no le costó mas que una leve herida en la pierna, cortó un mechon de la melena del leon, y se la puso en el turbante como un trofeo. Es verdad que los Negros del desierto son tan superiores á los Europeos en fuerza y valor, que uno de ellos con una sola mano derribaria al hombre mas fuerte de los nuestros. El valor depende mucho de la costumbre, y los Negros estan muy familiarizados con la caza de aquellos feroces animales, cuyo aspecto espantaria á nuestros hombres mas valientes, acostumbrados á arrostrar otros peligros mayores.

Partimos de Ghiorel, y continuamos rio arriba hasta la aldea de Embakané, cerca de las fronteras del reyno de Galam: en este camino vimos un espectáculo muy singular. De repente se ocultó el sol por la interposicion de una nube muy espesa por espacio de un quarto de hora; y observando la nube con cuidado vimos que era una plaga de langostas, que al pasar por encima de nuestra embarcacion la inundaron con las muchas que cayeron muertas. Este terrible exército de insectos desoladores tardó mas de dos horas en atravesar el rio, y no supimos donde fueron á parar.

Las orillas del Senegal desde Embakané hasta Tuabo estan cubiertas de espinos muy punzantes, los quales embarazan mucho para

hacer tirar las barcas contra la corriente del rio. En Tuabo observé una nueva especie de monos, de un color roxo tan vivo, que parecian pintados con este color; son grandes, y menos sagaces que otras especies pequeñas. Los Negros los llaman *Patas*, y dicen que son una especie de hombres Salvages, que no quieren hablar para que no los hagan trabajar, y los vendan por esclavos. Diéronme un espectáculo muy divertido: baxaban de lo alto de los árboles hasta las ramas mas baxas para mirar nuestras embarcaciones, despues que las habian contemplado por un rato con muestras de placer, dexaban el lugar desocupado á otros muchos que baxaban á satisfacer su curiosidad. Algunos de ellos se atrevieron á arrojarnos ramas secas, y nosotros les correspondimos con fusilazos, matando é hiriendo algunos, quedando los demas consternados. Unos empezaron á dar grandes alaridos, otros baxaron á coger piedras para tirarnoslas; pero viendo la desigualdad del combate, escaparon todos á huir.

Un Morabito, á quien encontré en Tuabo, y le persuadí que me acompañase, porque sabia muchas lenguas de aquellos paises, me contó que acababa de suceder una gran revolucion en el reyno de Galam, por la deposicion de Tonka Monka, último Rey de aquella region, y por la elevacion al trono

de Tonka Bukari. Aunque al principio no dí mucho crédito á esta relacion, la hallé confirmada al llegar á Ghiam; pero me admiré mucho mas al recibir la visita de un hombre, que se decia Rey de las abejas. En efecto éllas le seguian como las ovejas á su pastor; y tenia todo el cuerpo y cabeza cubiertos de ellas, sin que le hiciesen daño, ni á los que le acompañaban. Luego que se separó de nosotros, le siguieron como á su General, y ademas de las muchas que tenia sobre el cuerpo, iban detras de él enxambres numerosos (1). No fue este solo el espectáculo divertido que tuvimos en Ghiam: mostraronnos sobre los mismos árboles freqüentados por los Patas, un gran número de culebras de la especie de las víboras. Uno de la comitiva mató una de ellas, y habiéndola medido tenia nueve pies de largo y quatro pulgadas de diámetro. Los Negros creen que las culebras de esta especie, quando matan á alguna de ellas, vengan su muerte en algun pariente del matador. Pero lo mas notable es que los monos viven en paz con estos dañosos reptiles. El Senegal abunda en Ghiam de crocodilos, mucho mas grandes y dañosos que los que se encuentran en su des-

(1) Esto mismo que parece increible, se vió pocos años hace en París, en un hombre que tenia el mismo secreto, é hizo la experiencia delante de la Academia de las ciencias.

embocadura. Mis cazadores mataron uno de veinte y cinco pies de largo, con grande alegria de los habitantes, los quales creian que este era el padre de todos los otros, y que su muerte causaria terror á todos los demas de su especie.

Fuí á Dramet, ciudad populosa en la ribera al Sur del Senegal, la qual tendrá unos quatro mil vecinos, la mayor parte Mahometanos, los comerciantes mas justos y hábiles que se conocen entre los Negros. Su comercio se extiende hasta Tombuto, que segun sus cálculos dista quinientas leguas de allí tierra adentro: de aquel pais traen oro, y esclavos Bambarras, que es una region muy extensa entre Tambuto y Kassan, bien poblada, aunque estéril y poco conocida.

Al mismo tiempo que envié á reconocer el rio Jalemé, que desagua en el Senegal, resolví ir á exâminar las cataratas de Felú. Estas cataratas proceden de un peñasco que corta enteramente la corriente del rio, del qual se despeña con estruendo espantoso desde la altura de unas quarenta brazas. Las montañas que preparan esta catarata, empiezan á media legua de la aldea de Felú, y hacen casi inaccesible aquel pais. La corriente del rio mas abaxo de la catarata está interrumpida con gran número de peñascos, que hacen muy peligrosa la navegacion. Yo dexé mis barcas dos leguas mas abaxo del

peñasco de Felú, y marché á pie hasta la catarata, donde termina el reyno de Galam, el qual al Norte y al Nord-Oueste tiene por límite, el desierto de Zara, y al Este y Nord-Este confina con el reyno de Kassan.

El título del Rey de Galam es *Tonka*, que quiere decir Rey: los principales Señores de aquel pais, los quales son como unos reyezuelos, quando logran el gobierno de alguna aldea, se llaman *Siboyes*. El comun de los habitantes tiene el nombre de *Sarakoles*: son inquietos y turbulentos, capaces de destronar á su Rey con el pretexto mas frívolo; y por otra parte son tan perezosos y enemigos de salir de su pais, que sus viages mas largos no pasan de Jaga, que está á cinco jornadas mas arriba de la catarata de Felú.

La nacion llamada *Mandingos* es originaria de Jaga, pero se ha establecido en el reyno de Galam, donde se ha hecho muy numerosa con bastante union para formar una especie de gobierno con un Rey, del qual hacen poco caso. Todo el comercio de aquel pais está en manos de los Mandingos, que lo extienden á los paises vecinos; y como tienen tanta pasion al Mahometismo como al comercio, se glorian de ser á un mismo tiempo comerciantes y misioneros. Todos se honran con el título de Morabitos, esto es, religiosos y predicadores. Exceptuando los vicios propios de todos los Negros, por lo

demas esta nacion no tiene muchos defectos capitales; son de caracter apacible, urbanos, amigos de los estrangeros, fieles en sus promesas, laboriosos, capaces de todas las artes y ciencias. Sin embargo, todo su saber se reduce á leer y escribir el Arabe; y no podré yo decidir, si su aficion á los estrangeros procede de humanidad, ó de interes por la mucha utilidad que sacan de ellos.

Los habitantes naturales del pais de Bambuc, llamados Malinkopes, han recibido tambien á los Mandingos, y se han incorporado con ellos tan estrechamente que no forman mas que una sola nacion, en que han prevalecido las costumbres, usos y religion de los Mandingos, sin que haya quedado rastro de los antiguos Malinkopes. Pero además del pais de Jaga, de donde proceden los Mandingos del Reyno de Galam, se halla al Sur de Bambuc una vasta region ó un reyno que tiene su nombre, llamada Mandinga, que está muy poblada, principalmente porque las mugeres son allí muy fecundas, y no hay extraccion de esclavos, pues no venden sino los reos. La abundancia de los habitantes ha sido á veces tan excesiva que se han formado colonias de ellos en varios paises del Africa, principalmente en donde hay mucho comercio. Este es el origen de los Mandingos de Galam, de Bambuc, y de otros muchos paises.

Desde la catarata de Felú hasta la de Govina, que es aun mas alta é inaccesible, hay quarenta leguas de distancia. El rio se halla estrechado entre dos montañas muy altas, y aunque el cauce no dexa de ser ancho, está lleno de tantos peñascos, que corre por diferentes canales, los quales parece se ha abierto con violencia; es tan rápida su corriente que por ninguno de ellos se puede navegar. Mas allá de estos desfiladeros se halla una bella isla sin nombre enfrente de la aldea de Lantu, que está sobre la ribera derecha del rio.

La catarata de Govina me pareció mas alta que la de Felú, y como el rio es por allí mas ancho, forma al caer con un ruido espantoso una niebla muy espesa, donde se ven muchos iris. Quise proseguir mis descubrimientos mas adelante, enviando algunos de mi comitiva; pero los Negros que les servian de guias, no quisieron pasar adelante con pretexto de que estaban en guerra con las naciones del pais superior á aquellas montañas, y no entendian su lengua.

Aunque estas cataratas hacen muy dificil el paso del rio, sin embargo no sirven de obstáculo insuperable al comercio de los naturales; pués tienen abundancia de bueyes, camellos y caballos para transportar las mercaderias.

Al Este y al Nord-Este del reyno de

Galam se halla el reyno de Kassan, que empieza á la mitad del camino entre las montañas de Felú y de Govina. Su Soberano se llama Sagedova, y tiene su residencia ordinaria en Gumel, en una gran peninsula formada por dos rios al Norte del Senegal, los quales despues de un curso de mas de sesenta leguas, van á parar á un gran lago del mismo nombre que el reyno. El mas meridional de estos dos rios que forman la península de Kassan, se llama el *rio negro*, por el color turbio de sus aguas, el qual nace á media legua del rio Senegal; pero á distancia de una legua de su nacimiento es ya tan caudaloso que no se le puede vadear. El otro que está al Norte, se llama el *rio blanco*, porque la tierra gredosa y blanquizca por donde pasa, dá este color á sus aguas.

La península de Kassan, que tendrá unas sesenta leguas de largo, no tiene mas que seis de ancho en su mayor extension. Su terreno es fertil y bien cultivado; se halla tan bien poblada, y tiene tanto comercio, que es preciso sea muy rica. Su Príncipe tiene fama de muy poderoso; pero es tan poco respetado de sus vecinos como de sus vasallos. Galam y la mayor parte de los reynos comarcanos son sus tributarios: dicen que los habitantes de Kassan son Fulis de origen, y que su Rey poseía antiguamente todo el reyno de Galam, y la mayor parte de los Es-

tados del Siratik: quizá por esto le pagarán aun tributos. Se asegura que tiene minas de oro, de plata y de cobre en gran número y tan abundantes, que el metal se encuentra cerca de la superficie de la tierra.

Como no pude penetrar mas allá de las montañas de Govina al Este, todas las noticias que adquirí de las riquezas del reyno de Kassan, las recibí de los Negros que comercian en aquel pais, los quales son muy aficionados á viajar, y tienen mas habilidad para el comercio que ningunos otros. Todos ellos concordaron en que este reyno se extiende muchas jornadas mas allá de Govina, y que confina por el Este con otro reyno, que es limitrofe de Tombuto.

Este último pais tampoco está bien conocido; solamente se sabe que el Tombuto produce mucho oro, pero tambien llevan allí este metal de Gago, de Zanfara y de otras muchas regiones, lo qual añadido á las ventajas de la ciudad de Tombuto, que de suyo es muy rica, la hace el principal emporio del comercio de aquellos paises. El terreno produce en abundancia todo lo necesario para la vida: el maiz, el arroz, y toda especie de granos fructifican en extremo. Hay gran número de ganados, y las mejores frutas son muy comunes; solamente falta sal, y como el calor del clima la hace muy necesaria, es tan cara como es-

casa, la qual acarrean los Mandingos.

Despues de haber reconocido, en quanto pude, esta parte de la corriente del Senegal, intenté otro viage por tierra á Cachao, pais situado sobre el rio de este nombre, que se llama tambien Santo Domingo, al Sur del Gambra, mas allá del Cabo-Roxo, á los once grados de latitud. Atravesé el pais de los Flups, que habitan cerca de Bintam, y el de Jereja, donde estan establecidos los Portugueses, y cuya fertilidad me admiró. No habia porcion ninguna de terreno que no estuviese cultivada: todas las tieras baxas estaban llenas de azequias, y sembradas de arroz. Las tierras altas producen mijo, maiz, y varias legumbres: la vaca del pais es excelente, pero el carnero es tan gordo, que sabe á sebo: las aves y todo lo necesario para la vida, se halla allí con la mayor abundancia. Los murciélagos de aquel pais son tan grandes como palomas, con unas alas muy largas y puntiagudas, que les sirven para asirse de los arboles, y pegándose unos con otros forman unas sartas ó pelotones grandes. Los Negros comen su carne despues de haberlos desollado, porque creen que su piel es venenosa.

Observé en el camino muchas pirámides de tierra en varios parages, las que crei fuesen sepulcros; pero un Cadi que me servia de guia, me aseguró que eran nidos de hor-

migas, de la especie llamada *termitas*, y para convencerme, rompimos uno de aquellos nidos, cuya parte exterior estaba tan bien enlucida y lisa, como si la hubiesen pasado una plana de albañil. Estas hormigas son blancas, del tamaño de un grano de trigo, y muy ágiles. Sus nidos no tienen mas que una abertura ácia la tercera parte de su altura, desde donde baxan á la tierra por una especie de escalera circular. Hice echar un puñado de arroz junto á uno de estos nidos, aunque no se descubria ninguna hormiga fuera del agujero; pero al punto salió una infinidad de ellas, las quales en un momento transportaron todos los granos á su almacen sin dexar rastro de ellos, y luego que lo recogieron todo, ninguna volvió á parecer. Estos nidos, que tienen la forma de una colmena piramidal, son tan fuertes, que cuesta mucho trabajo el romperlos.

Navegando por el rio Paska, admiré la destreza de un Negro, que con una mano conducia una canoa, y en la otra llevaba su arco y harpones, y quando descubria algun pez, le atravesaba con el mayor tino, y tiraba del pez asido al harpon. Pasando de este pais tan agradable, viajamos por otro habitado por Flups independientes, que se han establecido entre el rio Gambra y el Kachao. Los que han sido sojuzgados por el Rey de Jereja y por los Portugueses, estan bastante

civilizados ; pero los otros que habitan á orillas del rio Kasamansa , forman una nacion Salvage , que trata mal á los estrangeros. Tienen poco comercio con los Blancos , y no tratan con sus vecinos , contra los quales siempre estan en guerra. Los Negros de los demas paises no se atreverian á pasar entre estos Flups , si no hallasen la ocasion de los Viageros Europeos , los quales no se ponen en camino sino quando tienen suficientes fuerzas para no temer á estos bárbaros.

Kachao es una Ciudad y Colonia Portuguesa , situada sobre la ribera del Sur del rio de Santo Domingo , á veinte leguas de su desembocadura. Este es el principal establecimiento de los Portugueses en este pais, aunque los habitantes , que se distinguen con el nombre de Papels , les tienen un odio mortal ; por lo que han puesto el mayor cuidado en fortificarse por la parte de tierra.

Las casas de la Ciudad son de barro, blanqueadas por dentro y fuera ; son muy grandes , pero no tienen mas que un alto. Los rocios son muy abundantes en este pais, principalmente en las cercanias del rio y de los lugares pantanosos. Hay en la Ciudad una Parroquia y un Convento de Capuchinos. La guarnicion se muda regularmente cada tres años. El rio tiene mas de un quarto de legua de ancho junto á la Ciudad , y es tan profundo , que admite embar-

caciones del mayor porte; pero los peligros de la barra los obligan á detenerse á la embocadura. Las dos orillas estan cubiertas de árboles, pero los de la ribera del Norte son los mas bellos de toda el Africa, así por la excelencia de su madera, como por su altura y grueso. De sus troncos se pudieran hacer canoas de una pieza, capaces de diez toneladas, y de veinte á treinta hombres. La maréa sube treinta leguas mas arriba de Kachao, y llueve allí con la mayor abundancia.

No se puede salir de Kachao por la noche sin exponerse á mucho peligro, porque hay allí una especie de salteadores nocturnos, que son muy temibles. Llevan debaxo del vestido una charpa llena de pistolas y puñales, con un broquel en el brazo izquierdo: ademas llevan una espada larga, cuya bayna se abre de golpe por medio de un resorte, para ahorrar el tiempo y trabajo de desembaynar. Quando salen sin designio formado, y solamente á pasear, van embozados en una capa negra que les llega á media pierna; pero quando van á alguna accion, añaden á las demas armas un trabuco que cargan con gran porcion de postas menudas.

A alguna distancia de Kachao ácia el Sur se hallan las islas de Bissao, y las de Bisagos, donde los Portugueses tienen otro es-

tablecimiento. Habiendo visitado estas islas, hallé que estan sujetas á un Emperador: la principal que da el nombre á todas las otras, tiene quarenta leguas de circunferencia. El terreno es tan fecundo, que las matas de maiz y de arroz parecen arbustos. Los habitantes de Bissao son Papels: esta nacion ocupa una parte de las islas y de la costa vecina, principalmente al Sur de Kachao, y aborrecen mucho á los Portugueses, aunque han adoptado muchas de sus costumbres. Las mugeres de los Papels no llevan mas vestido que un pedazo de tela de coton con unos brazaletes de vidrio ó de coral: las muchachas van enteramente desnudas. Si son de gente distinguida, tienen el cuerpo pintado con flores y otras figuras, lo qual da á su piel la apariencia de una tela bordada. Las Princesas, hijas del Emperador de Bissao, estaban cubiertas de estas señales, sin mas adorno que unos brazaletes de coral, y un delantal de coton.

Los Negros de Bissao son excelentes marineros, y pasan por los mejores remeros de toda la costa. Estos Papels tienen un lenguage y usos particulares; el comercio no ha podido civilizarlos. Su religion es la idolatria; pero sus ideas en esta parte son tan confusas, que no se les puede comprehender. Su principal idolo es una figurilla, que ellos llaman China, de cuyo origen y na-

turaleza no saben dar razon. Cada uno de ellos se forma una divinidad á su antojo: reverencian á algunos árboles consagrados, ya que no como dioses, á lo menos como á moradas de algun dios; les sacrifican perros, gallos y bueyes, á los quales engordan y laban con mucho esmero antes de ofrecerlos por víctimas. Despues de haberlos degollado, riegan con su sangre el tronco y las ramas del arbol; cortan la carne en pedazos, los quales se reparten entre el Emperador, los Grandes, y el Pueblo, quedando solamente para la divinidad los cuernos.

Parece que la isla de Bissao jamas ha sido perturbada con guerras civiles, lo que prueba su sumision á su Príncipe; pero siempre estan en guerra con sus vecinos, haciéndose mutuamente incursiones unos á otros. Los Biafaras, los Bisagos, los Balantes y los Nalos, que los rodean por todas partes, son naciones muy valerosas, que pelean con la mayor furia. Como entre estos bárbaros no se conocen los tratados de paz, jamas tienen trato entre sí aun en los tiempos de sosiego. Los Europeos lejos de tratar de pacificarlos, tienen el mayor interes en sus guerras continuas, porque así se aumenta el número de sus esclavos. Ordinariamente las invasiones de unos contra otros no duran mas que cinco ó seis dias.

El Emperador de Bissao goza de una

autoridad absoluta, y tiene un medio muy estraño para enriquecerse á costa de sus vasallos: este se reduce á aceptar la donacion que un Negro le hace de la casa de su vecino. El Rey toma al punto posesion de ella, y el dueño se ve en la necesidad absoluta de rescatarla ó de comprar otra; bien que es muy facil el vengarse, haciendo él tambien donacion de la casa de su enemigo, y entonces el Emperador se queda con ambas casas. Este poder arbitrario se extiende sobre todos los que habitan en aquella isla. En una ocasion el Emperador habia encargado á los Portugueses le guardasen un esclavo, el qual se ahorcó: aunque esta pérdida solamente debia recaer sobre el Príncipe, él halló un arbitrio para que lo pagasen los Portugueses, pues mandó que el cadaver permaneciese en el mismo lugar hasta que le diesen otro, lo qual tuvieron que hacer por librarse de la molestia de tener un cadaver corrompido á la vista. En otra ocasion dos esclavos que él habia vendido, se escaparon, y fueron presos por sus soldados; la justicia exîgia que se restituyesen á su dueño; pero el Emperador declaró que eran suyos, y los vendió sin escrupulo á otros mercaderes.

Quando muere el Emperador de Bissao, las mugeres mas queridas y los esclavos mas estimados del Soberano muerto son conde-

nados á perder la vida, y los entierran cerca de su amo, para que le sirvan en el otro mundo, segun ellos dicen. Antiguamente se usaba enterrar esclavos vivos con el cadaver del Emperador, pero esta costumbre se ha abolido: el ultimo Rey no habia tenido mas que un esclavo enterrado junto á él, y el Emperador reynante estaba resuelto á destruir una ley tan bárbara.

Quando se trata de guerra, tienen una especie de campana ó tambor, llamada *bombalon*, que sirve para convocar á todos los Negros; ésta se hace de una madera leve, y golpeándola con un martillo de hierro, se oye á larga distancia. El Emperador tiene muchos de estos instrumentos repartidos por la costa y por lo interior de la isla, con una guardia para cada uno; quando hace señal con el suyo, los demas repiten los mismos golpes, y por este medio se comunican en breve tiempo sus órdenes á todas partes. Si alguno rehusa obedecer, es vendido por esclavo: este castigo hace que todos sean muy puntuales en la obediencia; y como el Emperador tiene tanto interes en que le desobedezcan, á veces se queja de la puntualidad de sus vasallos.

En el archipielago de los Bisagos entre el rio de Kachao y el Cabo Tumbaly se hallan las islas de Kazegut. Los Negros de estas islas son altos y robustos, aunque sus ali-

mentos ordinarios son pescado, aceyte, y nueces de coco, porque quieren mas bien vender su arroz á los Europeos que emplearlo en su uso. Son idólatras, y en extremo crueles contra sus enemigos: cortan la cabeza á todos los que matan en las batallas, y trayendo estos despojos á sus casas, las desuellan, y adornan sus habitaciones con estas pieles como con un trofeo. Por el menor motivo de cólora vuelven contra sí mismos su furia: se ahorcan, se ahogan en los rios ó se despeñan de un precipicio; pero los valientes se matan á puñaladas. Son muy apasionados al aguardiente: quando ven algun navio Europeo, donde creen vendrá este precioso licor, disputan por llegar los primeros y lo compran á qualquier precio. En estas ocasiones olvidan todas las leyes de la naturaleza: los mas débiles son presa de los mas fuertes: los padres venden á sus hijos, los hermanos á los hermanos; nadie está seguro de otro: así se hace el comercio de los Negros!

Los habitantes de Kazegut, principalmente los mas ricos y distinguidos, se ungen el cabello con aceyte de palma, que les hace parecer roxos. Las mugeres no llevan al rededor de la cintura más que un tonelete de juncos, que las llega hasta las rodillas; en la estacion fria añaden otra cubierta de lo mismo, que llega desde los hombros

hasta la cintura, y algunas de ellas se ponen otra que las cubre la cabeza hasta los hombros. A esto añaden brazaletes de cobre y de estaño en los brazos y en las piernas. En general, los dos sexôs son bien formados de cuerpo, sus facciones son bastante regulares, y el color de azabache brillante, sin tener las narices chatas, ni los bezos gruesos como otros Negros. No les falta ingenio y viveza; y sin duda por esto sufren con tanta impaciencia la esclavitud, que es muy peligroso llevar muchos de ellos en un mismo navío. Un Capitan Frances, llamado Lafond, despues de haber comprado muchos de estos esclavos, tomó todas las precauciones necesarias para tenerlos sujetos, encadenándolos de dos en dos por los pies, y maniatando á los mas vigorosos. Ya que no pudieron hacer otra cosa, arrancaron la estopa que habia entre las tablas del navío, por cuyas aberturas empezó á entrar tanta agua, que á no haber acudido pronto, el navío se hubiera ido á pique. Mas adelante, os referiré otros exemplos del despecho de los Negros, quando se ven á bordo para trasladarlos á América, en donde es tan notoria la ferocidad indomable de estos isleños, que no los compran sin muchas precauciones. No quieren trabajar sino á fuerza de golpes: á veces se escapan, y quando no pueden huir, se matan.

No debo omitir aquí un exemplo de lo que puede la autoridad de un solo hombre en medio de la ignorancia y de la barbarie. El rio de Kasamansa á ciento y cincuenta leguas de su desembocadura forma un recodo, que dá el nombre de Cabo á un reyno vecino. Este se hallaba gobernado á principios de este siglo por un Rey Negro, llamado Briam-Mansare, que vivia con mas fausto que todos los demas Príncipes de la Costa. Mantenia constantemente unos siete mil hombres bien armados, con los quales tenia sujetos á sus vecinos y hacia que le pagasen tributo. Habia tan buena policía en sus estados, que los mercaderes podian dexar sus géneros en un camino sin peligro, pues por medio de una severa justicia habia corregido en sus vasallos la inclinacion al robo, que es la pasion dominante de los Negros. Jamas se encadenaba á los esclavos; luego que se les habia puesto la marca del comprador, no habia que temer se les huyesen, porque todas las fronteras estaban muy bien guardadas, y se castigaba con mucho rigor la huida. Este Príncipe vendia todos los años seiscientos esclavos á los Portugueses en cambio de armas de fuego, y otros varios géneros de Europa. Quando algun Blanco iba á visitarle, corria de cuenta del Príncipe todo el gasto que hacia desde que entraba en sus Estados, y sus vasallos no podian exîgir nada de un

estrangero, sopena de ser vendidos por esclavos. Estaba siempre pronto á dar audiencia: es verdad que era preciso hacerle un regalo del valor de tres esclavos; pero siempre daba mas de lo que recibia. Trataba con el mayor obsequio á los estrangeros por todo el tiempo que tardaban en despachar sus mercaderías; y al marcharse les hacia un regalo de un esclavo ó dos marcos de oro. De este modo, como era preciso, floreció el comercio en sus Estados hásta que murió con no menor sentimiento de sus vasallos que de los estrangeros.

Se nota con admiracion en el rio de Santo Domingo, que los caimanes ó crocodilos, animales tan terribles, á nadie hacen daño, en tal extremo que hasta los niños juegan con ellos. Esta mansedumbre quizá les proviene del cuidado que ponen los habitantes en alimentarlos y tratarlos bien. En los demas paises del Africa acometen indistintamente á hombres y á animales; sin embargo, hay Negros tan atrevidos que los acometen con un puñal. Un Negro del fuerte San Luis se divertia todos los dias en estas lides, que siempre le habian salido bien; pero en una de ellas recibió tantas heridas que hubiera muerto á no haberle socorrido sus compañeros.

Es prodigioso el número de hipopótamos en todos estos rios, así como en el Gambra

y en el Senegal; pero en ninguna parte causan tanto daño como en los de Kasamansa y Sierra Leona. Los plantíos de arroz y de maiz, que los Negros tienen en los terrenos pantanosos, estan expuestos á continuos estragos, si no los guardan de dia y de noche. Sin embargo, son mas tímidos y mas fáciles de cazar que los elefantes: al menor ruido se meten en el rio, donde se arrojan de cabeza, y levantándose despues sobre el agua, sacuden las orejas, y dan tres ó quatro gritos tan recios que se pueden oir á una legua de distancia.

Subiendo por el rio Grande á unas ochenta leguas de su desembocadura se llega al pais de los Analux, Negros que tienen mucha pasion al comercio: sus riquezas son marfil, arroz, maiz y esclavos. Diez y seis leguas mas allá del rio Grande hácia el Sur se halla el rio de Noña, á cuyas riberas se hace gran comercio de marfil. El pais en las cercanias de este rio produce una sal que los Portugueses estiman mucho, porque la consideran como un contraveneno, cuya virtud dicen que han aprendido de los elefantes. Los Negros que van á cazar á estos animales, los matan con saetas envenenadas, y cortando la parte herida, comen lo restante de su carne. Unos cazadores que habian herido á un elefante, quedaron admirados de verle caminar y alimentarse sin ningun re-

sentimiento de su herida: indagando la causa de esta maravilla, le vieron acercarse al rio, y coger con la trompa una cosa que devoraba con ansia. Luego que se apartó el elefante, vieron que lo que habia comido, era una sal blanca que sabia á alumbre; y habiéndose curado del mismo modo otro elefante herido, los Portugueses hicieron varias experiencias con aquella sal, y la reconocieron por uno de los mas poderosos antídotos que se han descubierto. Sea el veneno interior ó exterior, una dragma de sal de Noña, desleida en agua caliente, es un remedio especial.

Subiendo siempre por el canal que une el lago de Cayor con el rio Senegal, desembarqué en una aldea de Fulis, llamada Queda, donde presencié una ceremonia fúnebre que me divirtió mucho. Uno de los principales habitantes de aquella aldea murió de repente, y apenas su muger salió á la puerta de la calle á avisar con un grito, se movió un gran tumulto en la casa. Por todas partes no se oía mas que gemidos: acudieron las mugeres de tropel, y sin saber lo que habia sucedido, empezaron á mesarse los cabellos, como si cada una hubiese perdido á su marido. Luego que supieron el nombre del muerto, corrieron á su casa dando unos alaridos que aturdian. Al cabo de algunas horas vinieron los Morabitos, lavaron el ca-

daver, le adornaron con sus mejores vestidos, y le pusieron sobre su cama con sus armas al lado. Todos sus parientes entraron despues unos tras otros, le asieron de la mano, le hicieron mil preguntas ridículas, y le ofrecieron sus servicios; pero viendo que no respondia, se retiraban con el mismo orden, diciendo con mucha gravedad, *está muerto.* Durante esta ceremonia, sus mugeres é hijos mataron sus bueyes, y vendieron sus mercaderías y esclavos por aguardiente, porque es costumbre en estas ocasiones dar un *folgar* ó sarao despues del entierro. En este los Guiriotes ó juglares iban delante con sus tambores: seguian todos los habitantes en silencio cargados con sus armas. Despues venia el cadaver acompañado de todos los Morabitos que se habia podido juntar, y conducido por dos hombres. Las mugeres cerraban el acompañamiento gritando y arañándose el rostro como furiosas. Quando el muerto se entierra en su propia casa, privilegio que no se concede sino al Príncipe y á los principales Señores, la procesion se hace al rededor de la aldea. En llegando al lugar destinado para la sepultura, el principal Morabito se acerca al cadaver, y le dice algunas palabras al oido, al mismo tiempo que quatro hombres le ocultan á la vista de los asistentes interponiendo una pieza de coton.

En fin los enterradores le meten en la

sepultura, y al punto le cubren de tierra y piedras. Los Morabitos cuelgan sus armas de un madero, que colocan á la cabezera de la sepultura con dos pucheros, el uno lleno de alcuzcuz y el otro de agua. Despues de estas ceremonias los que sostienen la pieza de coton la dexan caer, con cuya señal las mugeres repiten sus lamentos, hasta que el principal Morabito hace señal á los Guiriotes para que toquen á marchar. En el mismo punto cesa el duelo, y no se piensa mas que en divertirse, como si nadie hubiese muerto. En algunos parages se abre un foso al rededor de la sepultura, y se planta en él una cerca de espinos, para evitar que las fieras no los desentierren y devoren. En otros lugares la ceremonia fúnebre dura siete ú ocho dias; si es jóven el muerto, todos los Negros de la misma edad corren con sable en mano como buscando á su compañero, y chocan sus armas unos con otros quando se encuentran.

En el viage que hice á Ingerbel á la ribera al Norte del Senegal, en el pais llamado Estados del Brak, observé muchas particularidades curiosas sobre el comercio de las gomas que se hace con los Arabes del desierto pagando sus derechos al Brak. Al tiempo que yo estaba hablando con este Príncipe, me avisaron de la llegada de Schamchi, caudillo de los Moros: hícele algunos

regalos, y sabiendo que habia venido al comercio de las gomas, le señalé el dia en que debia empezar la feria en el desierto.

Este desierto es una llanura espaciosa y estéril al Norte del Senegal, terminada á lo lejos por unos cerros de arena roxa, y cubierta de espinos poco espesos: este es el sitio en que desde largo tiempo se hacia el comercio de las gomas. Hice construir junto á la ribera del rio un almacen, rodeándole con un foso de seis pies de ancho y otros tantos de hondo, defendido con un vallado de espinos, para evitar los robos de los Moros. Fortifiqué cuidadosamente la puerta, y puse de guardia dos Negros bien armados con un intérprete para exâminar é introducir á los que se presentasen. El Brák y el Schamchi, viendo estos preparativos, los aprobaron como el mejor medio para evitar desórdenes durante la feria.

Luego que el Schamchi tuvo noticia de que se acercaban las caravanas, me avisó que ya era tiempo de arreglar el precio. Los Europeos estan obligados á proveer á la manutencion de los Moros que traen las gomas; este empeño los obliga á muchos gastos escusados, porque con pretexto del comercio viene una multitud de Moros, que solo buscan ocasion para mantenerse á costa agena por algunos dias, y exercitar de paso su habilidad en robar. Pero yo puse tanto arre-

glo en esto, que no alimenté sino á los que traian mercaderias, y á proporcion de las que traían. Señalé á cada uno dos libras de vaca y otro tanto alcuzcuz por racion diaria á razon de la porcion de quintales que traían, dando órden de que cesasen las raciones luego que entregasen las mercaderias.

Empezóse á pesar la goma, poniendo yo la mayor vigilancia en todo: luego que se abrió la feria, fueron llegando cada dia nuevas caravanas de diez, veinte, treinta camellos, ó carros tirados por bueyes, y guardados por los dueños de las gomas y por sus criados. Estos Moros tienen la apariencia de salvages, sin mas vestidos que unas pieles de cabra ceñidas á la cintura, y unas abarcas de piel de buey. Sus armas son unas picas largas, arcos y saetas con un gran cuchillo sujeto á la cintura. No hay necesidad de centinelas para saber la venida de estas caravanas, porque los camellos dan unos grandes gritos que los hacen descubrir á larga distancia. Los sacos en que traen las gomas son de piel de buey sin coser: los Moros no tienen otras comodidades para conducir sus mercaderias, y para trasportar el agua.

Un Moro me regaló una águila domesticada, la qual era tan mansa que se dexaba manosear de todos, y en pocos dias se aficionó tanto á mi, que me seguia como un

perro. Sin duda la ciencia de domesticar las aves está muy adelantada en este pais, pues tambien me regalaron dos pintadas, macho y hembra, tan mansas que venian á comer en mi plato, y aunque las dexaba libremente por la ribera, acudian al toque de la campana á comer y cenar á la embarcacion. Como durante la feria yo observaba los dias de ayuno y las fiestas de la Iglesia, y hacia que la tripulacion rezase sus oraciones por mañana y noche, todos los Moros decian que yo era un Morabito Christiano.

Aquel desierto está infestado por una especie de milanos llamados Ekufs por los Negros, los quales son tan voraces que venian á arrebatar la comida hasta de los mismos platos de los marineros. Habiéndome acometido un cólico violento, que se resistió á todos los remedios de mis cirujanos, un Moro que vino á visitarme me aconsejó, como remedio muy comun entre su nacion, que hiciese disolver una porcion de goma en leche, y tomase esta bebida muy caliente: practiqué este remedio, y al punto quedé del todo bueno.

Esta goma se llama goma del Senegal, ó goma Arabiga, porque antes de que los Franceses estableciesen factorias en el Senegal, no venia sino de la Arabia; pero despues que se abrió el comercio por esta parte, se ha disminuido tanto su precio, que

casi ninguna viene ya de la Arabia. Sin embargo, aun la traen de Levante, y dicen que es mejor que la del Senegal sin mas razon que porque es mas cara, pues por lo demas son de igual calidad. Los médicos pretenden que esta goma es pectoral, anodina, y refrigerante; que engruesa los humores serosos, y es excelente para el reuma, y principalmente para las disenterias y hemorragias mas obstinadas. Lo que sé decir es, que gran número de los Negros que la recogen, y los Moros que la traen á la feria, no usan de otro alimento que éste, y no por falta de otros, sino por gusto, teniéndola por un manjar delicioso. No usan de mas preparativo para comerla, que mezclarla con un poco de agua, y dicen que les dá fuerza y vigor, por lo que la tienen por uno de los alimentos mas sanos. Lo mas estraño es que los que la conducen de mas de trescientas leguas de distancia de lo interior de aquellos paises, no traen mas víveres que esta goma, siendo su único alimento en todo el viage.

Este comercio de las gomas estaba en mi tiempo en manos de tres tribus independientes de los Moros del desierto: los xefes de estas tribus eran Morabitos, nombre genérico de los Sacerdotes Mahometanos, que predican la secta del falso Profeta en toda la Zona torrida, los quales tienen gran reputacion en todas partes, y son unos gran-

des hipócritas. Estos Moros del desierto tienen mucha semejanza con aquella famosa nacion de Arabes, que ha hecho tan gran papel en el mundo, y que ya no es mas que un conjunto de tribus de esclavos y salteadores.

Los Moros de las cercanias de Arguin y del Senegal conservan inviolablemente las costumbres de sus mayores. Exceptuando un corto número de ellos, que tienen sus cabañas junto á los muros del castillo de Portendie y hácia el Senegal, todos los demas viven acampados en las cercanias del mar ó del rio segun las estaciones y las necesidades del comercio. Sus tiendas y chozas son de figura cónica: las primeras se componen de un camelote grueso y bien texido, que las lluvias no pueden penetrar. Estas telas son obra de las mugeres que hilan el pelo de camello y la lana, y se exercitan desde niñas en esta manufactura: además de esto, cargan con todos los trabajos domésticos hasta el de cuidar de los caballos, hacer provision de agua y leña, cocer el pan y guisar la comida. A pesar de esta sujecion aman á sus maridos, y ellos jamas las maltratan: quando faltan á alguna obligacion esencial, las echan de sus casas, y los padres, hermanos ó parientes de una muger culpada, la castigan por la afrenta que causa á su familia: por lo demas los maridos se precian de tener á sus

mugeres bien vestidas, y nada las niegan para sus adornos. En este uso emplean todo lo que ganan en el comercio; y así no hay que esperar sacarles el oro que adquieren en sus viages, pues le guardan para hacer brazaletes y pendientes para sus mugeres, ó para guarnecer los puños de sus cuchillos y cimitarras. Por aquí podeis conocer que la galantería y magnificencia de los Moros, tan célebre en España, se conserva aun en las tribus errantes de los Moros de los desiertos de Africa.

Las Moras jamas se presentan sin un gran velo que las cubre el rostro y las manos, y los Europeos hasta ahora no han podido conseguir que se les presenten descubiertas. Los hombres y los muchachos tienen por lo general muy buen cuerpo y facciones regulares, aunque no son muy altos; su color bazo les proviene de estar siempre expuestos á los ardores del sol. Aunque á las mugeres las falta la belleza de la tez, la recompensan abundantemente con su prudencia, modestia y fidelidad conjugal. No se conoce entre ellas el galantéo, quizá porque faltan allí las ocasiones y motivos de corrupcion que tanto abundan en nuestras ciudades. No solamente jamás salen solas, sino que es costumbre entre los hombres el volver el rostro á otro lado quando las encuentran: se sirven mutuamente unos á otros velando sobre la

conducta de sus mugeres é hijas, y ninguno si no es el marido tiene libertad para entrar en la tienda de una muger. El Moro que es tan pobre que no tiene mas que una tienda, recibe sus visitas y hace todas sus haciendas á la puerta, mas bien que dexar entrar en ella á ninguno aun de sus parientes mas cercanos. Este privilegio no se concede sino á sus caballos, ó por mejor decir á sus yeguas, las quales prefieren á los caballos, porque ademas de la ventaja de darles potros de que sacan mucha ganancia, son mas mansas, mas ligeras, y viven mas que los caballos. Las yeguas pues duermen en sus tiendas juntamente con sus mugeres é hijos: las dexan correr libremente con sus potros, ó á lo menos jamas las atan por el cuello, conténtandose con asegurarlas con un lazo á los pies. Ellas se tienden en el suelo, sirviendo de almoada á los niños, sin que jamas les hagan daño. Gustan mucho de que las besen y acaricien; y distinguen á los que con mas cariño las tratan, siguiéndolos quando estan sueltas. Sus amos conservan cuidadosamente su genealogía, y quando las venden, ponderan las buenas calidades de sus padres, presentando la lista de todos sus antepasados, lo qual realza mucho su precio. Estas yeguas no son notables por su corpulencia ni por su gordura, pero en medio de su marca pequeña son muy bien proporcionadas. Los

Moros no acostumbran á herrarlas: por la noche las dan un pienso de mijo y de yerba seca: por primavera las echan al verde, y las tienen un mes forrajeando sin montarlas.

Sus campamentos se llaman aduares, que son un conjunto de tiendas y chozas en que habitan por tribus ó por familias. Las disponen ordinariamente en círculo, unas muy cerca de otras, dexando en el centro un espacio considerable donde sus ganados y bestias pasan la noche. Dexan siempre una centinela para evitar los asaltos repentinos de sus enemigos los ladrones ó las fieras: al menor ruido, la centinela avisa, y juntándose el ladrido de los perros, en un momento se pone en defensa todo el aduar. Estos aduares son movibles, y se transportan con gran facilidad; porque como estos Moros tienen pocos trastos y utensilios domesticos, cargan en un instante todo su ajuar y tiendas sobre sus bueyes y camellos: á sus mugeres las ponen en unos cestos, que llevan sobre sus bestias de carga. Esta vida errante no dexa de tener sus placeres, pues de este modo adquieren nuevos conocimientos, amigos y comodidades, al mismo tiempo que la variedad de sitios les proporciona nuevas perspectivas. En los tiempos de sequedad acercan sus aduares á las orillas del Senegal, buscando la hierba y la frescura del agua. En la estacion de las

lluvias se retiran ácia la costa del mar, donde se ven libres de las molestias de las moscas, y á fines de esta estacion es quando siembran el mijo y maiz.

No usan de otra bebida que de agua y leche: su pan es de harina de mijo, no porque la naturaleza les niegue otros granos, pues el trigo y la cebada producen con abundancia en aquel pais, sino porque la continua mudanza de terrenos no les permite atender al cultivo de estos granos: á veces hacen tambien uso del arroz. Quando cogen trigo ó cebada, los encierran en unos silos que abren en los peñascos ó en la tierra, y los llaman *matamoros*, de donde infiero, que este uso con su nombre pasó de aquí á la Abisinia. La boca de estos silos no es mas ancha que lo que basta para entrar un hombre, pero los van ensanchando á proporcion que ahondan, siendo su profundidad de unos treinta pies. El fondo y los lados estan cubiertos de paja: llenan estos silos de trigo hasta la boca, la qual cubren con tablas, leña y paja, echando encima una capa de tierra, sobre la qual siembran alguna otra especie de grano. El trigo se conserva por mucho tiempo en estos silos.

Los Moros tienen unos molinos portátiles, de los quales se sirven con mucha industria: limpian con esmero el grano para

molerle : el pan se cuece debaxo del rescoldo, y acostumbran comerlo caliente. Para hacer el arroz, le dexan á fuego lento hasta que esté medio cocido, y retirándole del fuego, le dexan que con aquel calor se vaya esponjando, quedando de este modo perfectamente cocido y sin aplastarse. Como no tienen cucharas, lo comen con los dedos: siempre comen con la derecha, porque la izquierda está reservada para otros usos menos limpios, por lo que nunca se laban la izquierda. Antes de poner á cocer la carne, la dividen en pedacitos pequeños, para no tener que trincharla despues, ni usar de cuchillos en la mesa. El modo de comer de estos Moros es como en Levante, sentados en el suelo con las piernas cruzadas al rededor de un círculo de piel roxa, ó de una estera de palma, sobre la qual se ponen los platos, que son de madera, y á veces de cobre. Jamas beben hasta despues de concluida la comida, quando se levantan para labarse. Las mugeres no comen con los hombres. La costumbre general es hacer dos comidas al dia, por la mañana y al anochecer. Dura poco la mesa, y observan en ella el mayor silencio: la conversacion empieza despues, principalmente entre las gentes de distincion, quando se ponen á fumar, á beber cafe, vino ó aguardiente. Aun los Morabitos no se privan de estos li-

cores, quando pueden beberlos en secreto y sin escandalo.

Los Moros de estos paises no tienen médicos, porque la buena salud de que gozan los libra de esta esclavitud. Las enfermedades á que estan mas sujetos, son la disenteria y la pleuresia, de las quales se curan á sí mismos con los simples que tienen experimentados.

Los Morabitos son casi los unicos que saben leer el Arabe, y en general esta nacion está sepultada en la mayor ignorancia. Sin embargo, se hallan algunos que tienen ideas nada vulgares acerca de la astronomía, pues como viven siempre en campo raso, tienen mucha proporcion para hacer observaciones sobre esta materia. Tienen todos una imaginacion muy viva, y excelente memoria, pero sus historias estan llenas de tantas fábulas, que no se puede hacer aprecio de lo que cuentan. Su principal habilidad consiste en el comercio; nada ignoran de lo que tiene relacion con sus intereses; son sagaces y fraudolentos. Aunque no tienen buen gusto en las artes, son muy aficionados á la música y poesía: el instrumento que mas les agrada es una especie de guitarra: sus versos, que son del estilo Oriental, tienen bastante mérito por las imagenes.

Esta parte del Africa produce unos ca-

mellos de extraordinaria fuerza y corpulencia, de suerte que no los incomoda una carga de 1200 libras. Se arrodillan para que los carguen, pero quando conocen que ya tienen la carga suficiente, sé levantan y no sufren que los carguen mas. No hay animal alguno mas facil de mantener que el camello, pues se contenta con ramas de árboles, arbustos, y juncos, que rumia quando está descansando: es capaz de pasar quince dias sin beber, y mas de quarenta sin que le quiten la carga. Su alimento ordinario es la avena y el maiz: quando vuelven de las caravanas, sus amos los dexan sueltos por los campos, para que puedan pacer libremente. Si la hierba es fresca, no les dan de beber mas que cada tercer dia: bebe mucho de una vez; quando encuentra ocasion, y lejos de gustar del agua clara, la enturbia con los pies. Hay otra especie de camellos, llamados dromedarios, que tienen dos gibas en la espalda: estos son mas débiles que los que solamente tienen una giba, y solo sirven para montar; pero en recompensa son muy ágiles en la carrera, y aguantan mas la sed, por lo que los Moros los estiman mucho. El movimiento de estos animales es tan rápido, que es preciso sujetarse la frente y la cintura para poderlo aguantar.

El abestruz es la principal ave de este

pais, y es tan comun, que se ven grandes manadas de ellas en los desiertos que estan al Este del Cabo Blanco, del golfo de Arguin, del de Portendie, y á orillas del rio de San Juan. Tienen ordinariamente de seis á ocho pies de alto desde los piés á la cabeza, pero su cuerpo no tiene proporcion con está altura, aunque le tienen bastante grueso: parece que no constan mas que de pies y cuello. Sus alas son muy pequeñas para sostener un cuerpo tan pesado; pero ya que no les sirven para volar, les ayudan para correr con tanta velocidad, que no hay animal que les iguale. Los Arabes estiman al abestruz no solo por sus plumas, que son una mercaderia muy apetecida, sino tambien por su carne, la qual tienen por un manjar delicado, aunque es dura y áspera. La abestrúz es en extremo voraz: devora todo lo que encuentra, hierba, granos, huesos de animales, hasta las piedras y el hierro; pero los cuerpos duros no hacen mas que pasar por su cuerpo con muy poca alteracion.

CARTA CXIII.

Bambuk ó pais del oro.

Resuelto á visitar el pais de Bambuk, de donde los Mandingos de Galam traen el oro, hice tres viages por él, y recogí todas las observaciones que pude. Con mi conducta y algunos regalos me grangee la amistad del Farim ó Xefe de Kaiñure, el qual me hizo conducir en compañia de su propio hijo hasta Sambanura en el Reyno de Kontu. Quedaron todos los habitantes muy admirados de ver un hombre blanco, y sin duda los Negros me hubieran tratado muy mal, á no haber ido en compañia del hijo del Farim de Kaiñure. Los mas apasionados á guardar su oro, propusieron se me quitase la vida: otros mas moderados resolvieron se me mandase volver atras, sin dexarme tiempo para registrar el pais. Sin embargo, el Farim de la Ciudad, solicitado por el hijo de su amigo, y quizá tambien movido por mis regalos, logró persuadir á sus vasallos, que eran infundados sus recelos de que yo iba á quitarles el oro, asegurándoles que yo era un hombre honrado, que iba á proponerles un comer-

cio muy ventajoso. Estas razones apoyadas con algunos regalos que repartí entre los principales y sus mugeres, produxeron una mudanza prodigiosa. La desconfianza se convirtió en afecto: el pueblo acudió de tropel á admirar las armas y trage del estrangero. Como yo me acomodaba á sus máxîmas, me tuvieron por hombre de juicio y de buenas prendas, y me grangee tanto su afecto, que todos se me mostraban amigos, y se felicitaban por mi venida, deseándome todo bien.

Pudiera haberme dado por feliz, si no hubiese previsto que me esperaban las mismas dificultades en los demas pueblos, por donde tenia que pasar. Es verdad que tomé la precaucion de hacer que me acompañasen personas de unos pueblos á otros; pero mis razones y las de mis amigos tenian poca fuerza quando no iban acompañadas de regalos, como sucede aun entre nosotros. Sin embargo, llegué á algunos pueblos, en que todos estos medios fueron inútiles, pues por más que yo y mis guias nos esforzabamos á decir que solo viajaba por curiosidad, no me dexaban tocar la tierra de sus minas. No podian creer que hubiese yo emprendido un viage tan largo y peligroso por un motivo tan frívolo, y estaban muy empeñados en que yo llevaba algun mal designio, ó de robarles su oro, ó de reconocer su

pais para ir despues á conquistarlo. En fin, no quiero molestaros con la prolixa enumeracion de los obstáculos que me opusieron; basta decir, que al cabo logré adquirir muestras de todas sus minas, é informarme de su estado.

La mayor parte de las minas de este pais contienen tanta abundancia de oro, que no es necesario ahondar mucho, pues se encuentra casi á la superficie. Se echa la tierra en un arteson ú otra vasija, para separar las partes terreas, y el oro se queda en el fondo en polvo, y á veces en granos gruesos. Observé que aquellos Negros no llegan á las venas mas ricas, pero los ramales en que se exercitan son tan abundantes, que no se encuentra ninguna mezcla de otras sustancias minerales, y segun sale el oro de la mina, puede emplearse sin necesidad de fundirlo. La tierra en que se cria necesita de poco trabajo, pues es una especie de arcilla con algunas venas de arena; de suerte, que diez hombres sacarán allí mas oro que ciento en las minas mas ricas del Perú ó del Brasil.

Los Negros de Bambuk no tienen ninguna idea de las diferiencias de tierras, ni la menor regla para distinguir la que produce el oro. Caban donde les parece sin ninguna regla, y quando la casualidad les presenta oro, continúan trabajando hasta

que la vena desaparece. Creen que el oro es una criatura maligna, que se complace en atormentar á los que le aman (lo qual es muy cierto en el sentido moral), y que por esta razon muda continuamente de domicilio. Por esto, quando despues de haber cabado algun tanto en un parage, no encuentran oro, se dicen unos á otros con mucha formalidad, *ya se ha escapado*, y van á buscarle á otra parte. En suma, no tienen el menor principio acerca del arte de las minas; pero la abundancia del oro suple su falta de conocimientos.

Sin embargo, los habitantes de este rico pais no tienen la libertad de abrir la tierra en qualquier tiempo, ni de buscar el oro quando se les antoja, pues esto depende de la autoridad de sus Farimes. Estos hacen publicar en ciertas ocasiones, que la mina se abrirá para tal tiempo, sea en beneficio del público, ó por su interés particular: publicada esta orden, los que han de sacar el oro, acuden al parage señalado; unos sacan la tierra, otros la transportan, otros acarrean agua, y otros laban el mineral. El Farim y los pricipales Negros guardan el oro ya limpio, cuidando de que los trabajadores no se apropien alguna porcion. Concluido el trabajo, se hace la reparticion del oro; el Farim se reserva ordinariamente la mitad, á la qual añade, por un derecho

antiguo, todos los granos que exceden de cierto tamaño. El trabajo dura todo el tiempo que á él se le antoja, y luego que manda cesar, nadie se atreve á tocar á la mina.

La mina mas rica de todas está casi en el centro del Reyno de Bambuk; su abundancia es extraordinaria, y el oro muy puro. Estas minas estan rodeadas de montañas altas y estériles: como los habitantes del pais no tienen mas comodidades que las que adquieren con su oro, se ven precisados á trabajar con mas continuacion que los de otros paises.

Este Reyno de Bambuk, tan célebre por sus riquezas, se extiende por la parte del Norte ácia las regiones de Galam y de Kassan; al Oueste tiene el rio de Falemé, y los Reynos de Kontu y Kombreguda; al Sur el de Mankana y el pais de Mandinga. Sus límites orientales no estan aun bien conocidos: solamente se sabe que confina con el pais de Gadda y de la Guinea interior, donde todavia no se ha podido penetrar. El pais de Bambuk, así como los de Kontio y de Kombreguda, no son gobernados por ningun Rey, aunque tienen el nombre de Reynos. Quizá antiguamente tendrian Reyes, pero al presente no tienen mas Soberanos que los Gobernadores de las aldeas, que tienen el nombre de Farimes, con la adicion del nombre del lugar que gobiernan;

como Farim Torako, Farim Furbaran. Aunque estos títulos parecen despreciables, tienen la misma autoridad que un Rey, y los vasallos viven en perfecta sumision, excepto quando el Farim intentase apartarse de las costumbres antiguas, pues en tal caso el menor castigo seria la deposicion.

Todos estos Farimes ó Gobernadores son independientes unos de otros, pero la necesidad los obliga á reunirse para la defensa comun del pais, quando sucede alguna invasion. Los habitantes se llaman Malinkopes, y su número es muy crecido, como se puede inferir por la multitud de aldeas que hay al Este del rio Falemé: los rios Sanon, Guianon, Mansa, y otros que van á desaguar al Senegal ó al Falemé, estan tambien llenos de aldeas en sus dos riberas. Pero lo interior del pais está poco poblado; porque donde no hay rios, el pais es seco y esteril, no produciendo ningun grano, ni aun hierba. Esta esterilidad procede principalmente del calor del sol, porque el pais se halla entre los grados 12 y 13 de latitud boreal; y ademas como está rodeado de montañas altas, el ayre inficionado con tantas exhalaciones, no tiene salida, por lo que es mal sano el pais para los estrangeros, aunque los naturales no sienten ninguna incomodidad.

Se halla allí una especie de monos blan-

cos de un lustre mas brillante que los conejos blancos de Europa, y tienen los ojos encarnados. Quando son jóvenes, se les domestica facilmente, pero quando van creciendo se hacen tan malignos como los de otras especies. Hasta ahora no ha sido posible traer ninguno á Europa, porque además de lo delicado de su constitucion, sienten tanto el que los saquen de su pais, que no quieren comer y se mueren. Tambien hay en el pais de Bambuk zorras blancas de color plateado, tan enemigas de las aves como las nuestras; los Negros comen su carne, y venden las pieles á los Europeos. Las palomas de este pais son verdes, por lo qual se equivocan á primera vista con los papagayos. Cómo hay en Bambuk tan pocos pastos, no se ven muchos ganados, á excepcion de algunas obejas y cabras.

En el pais de Burda los esclavos y el pueblo baxo se emplean en cultivar la tierra, y en preparar el pan y los demas alimentos. La agricultura es para ellos un exercicio muy penoso, porque no tienen instrumentos propios para sus operaciones; en vez de segar, arrancan las matas de las semillas, y para moler el grano, usan de dos piedras que tienen entre las dos manos, entre las quales lo van machacando. Su trabajo es no menos violento para las demas operaciones, pues todo lo hacen á fuerza de brazos.

Las personas de distincion, que se aplican á la lectura, no usan de otra luz por la noche que la de su lumbre; y siempre destinan la noche para este exercicio, porque dicen que el dia es para hacer lo que ya saben, y la noche para instruirse. Parte de los habitantes se ocupa en la caza, principalmente de elefantes, y hacen un comercio considerable de marfil.

El veneno con que los Negros untan sus saetas es el zumo de un arbol, cuya calidad es tan maligna, que con la menor herida se inficiona toda la sangre, y los animales mas vigorosos quedan pasmados y sin movimiento, lo qual no impide á los habitantes el comer su carne.

Los matrimonios se hacen en este pais con muy pocas ceremonias. Quando un padre resuelve casar á su hijo, hace la proposicion al padre de la que le destina por esposa, y el contrato consiste en la oferta de cierta suma, que el padre del novio debe dar á la novia como en dote. Si convienen en la suma, los dos padres van á casa del Sacerdote, declaran su contrato, y al punto se da el matrimonio por concluido. No resta mas que una dificultad, que es sacar la novia de la casa de su padre: todos los parientes se juntan para este efecto á la puerta de la novia para entrar por fuerza, pero regularmente el novio se facilita la entrada con regalos. En-

tonces se presenta un pariente del novio á caballo, encargado de conducir la novia; pero apenas monta ésta á las ancas, levantan el grito las mugeres, y hacen esfuerzos para llevarsela. Sin embargo, siempre prevalece el partido del novio, á quien entregan la esposa. Despues de recibida, obsequia á sus amigos con banquetes, los quales duran algunos dias, sin que pueda asistir á ellos la recien casada, á la qual nadie ve, ni aun su marido, pues hay ley para que por espacio de tres años siempre se le presente cubierta con su velo. Para evitar los zelos y quejas de las mugeres, los maridos reparten el tiempo entre ellas con la mayor exâctitud. El marido tiene facultad para despedir á la muger que no le agrada, pero con la condicion de dexarlas la suma que se las señaló por dote. La muger queda en libertad para volver á casarse despues de este divorcio, y por lo comun encuentran nuevo marido; pero si es ella la que se separa, no solo pierde la dote, sino que es tan despreciada, que no hay quien quiera casarse con ella.

Ademas de la circuncision, que se practica con todos los varones, hay una especie de bautismo para ambos sexôs. Al séptimo dia del nacimiento de la criatura, el padre en una junta de amigos y parientes la pone el nombre, y el *Sacerdote* lo es-

cribe en un pedazo de madera muy pulida. Despues matan un carnero ó una vaca para el banquete, segun las riquezas del padre; la carne que sobra de la comida, se reparte entre los pobres. Concluida esta ceremonia, el Sacerdote laba al niño en agua pura, traslada su nombre en una lista de papel, que revuelve con mucho cuidado, y la ata al cuello del niño, donde permanece hasta que á fuerza de tiempo se cae.

Antes de concluir esta carta quiero referiros dos casos que me contó un Negro acerca de la enemistad que hay entre el leon y el elefante. Contóme que uno de sus cazadores vió en una ocasion á un elefante que cogió de sorpresa á un leon, y asiéndole con la trompa, le metió la cabeza entre un tronco hendido, dexándole allí para que muriese, cosa que me parece increible. Añadió para acreditar este primer cuento, que en otra ocasion vió él mismo á un elefante transportar un leon á un parage pantanoso, y metiéndole la cabeza entre el cieno, le tuvo así por algun tiempo hasta que le ahógó. Pero aunque se puede dudar de la verdad de estos dos hechos, lo que no admite duda es, que estos dos animales se tienen mutuo ódio: bien que el leon no se atreve á acometer á cara descubierta al elefante.



CARTA CXIV.

Costumbres de estas naciones.

Me ha parecido conveniente, Señora, reunir aquí las observaciones mas importantes sobre las tres naciones mas conocidas de estos paises. Los Jalofes habitan á lo largo de la costa del Océano entre los rios Senegal y Gambra: los Fulis estan situados al Norte y al Este del Senegal: los Mandingos ocupan las dos riberas del Gambra, y estan mezclados con las otras dos naciones.

Una de las principales qualidades de los Jalofes y que parece les es comun con todos los Negros de la Costa, es, como ya he dicho, su propension al robo; pero lo executan con una destreza muy particular. No basta mirar con atencion á las manos de estos rateros, es menester atender principalmente á sus pies. Como la mayor parte de los Negros van descalzos, manejan los pies con tanta destreza como nosotros las manos, de suerte que pueden coger un alfiler del suelo. Quando ven en tierra alguna cosa que puedan asir, se acercan á la presa, y volviéndola las espaldas, miran á la cara al

dueño, teniendo las manos descubiertas: al mismo tiempo asen la presa con el dedo gordo del pie, y doblando la pierna, la levantan hasta poderla meter entre los pañetes que les sirven para ocultar sus hurtos, y cogiendo la alhaja robada con la mano, la esconden entre la ropa.

No usan de mas probidad con sus compatriotas de lo interior, á los quales llaman montañeses: quando estos vienen á comerciar, les roban parte de sus géneros con pretexto de ayudarles á transportar sus mercaderias. Su bárbara codicia llega hasta el extremo de vender á sus parientes, vecinos, y aun á sus propios hijos. Para executar esta perfidia, se dirigen á aquellos que no saben la lengua de los Europeos que se exercitan en el infame tráfico de los Negros: los conducen á la factoría Europea con pretexto de llevar alguna cosa, y fingiendo que son esclavos comprados los venden, sin que las infelices víctimas puedan sospechar lo que les pasa, hasta que los encierran, ó los cargan de cadenas. Un Negro viejo habia resuelto vender á su hijo: éste presumiendo lo que maquinaba su padre contra él, se adelantó á llamar á parte á un factor, y ajustó con él la venta de su padre. Quando el viejo vió que le iban á prender, dixo á gritos que era padre del que le habia vendido; pero el hijo alegó á su favor el contrato concluido, y el

padre quedó esclavo. Al volverse triunfante de esta atrocidad, le encontró el Xefe de su pais, el qual le despojó del precio de su delito, y fue á venderle al mismo mercado. Todos estos delitos son conseqüencia de otro mayor, que es el comprarlos.

Gran número de Negrillos de ambos sexôs son robados todos los dias por sus vecinos, quando los hallan descarriados por los bosques ó campos. En tiempo de hambre hay tambien algunos Negros que se venden á sí mismos para salvar la vida.

Su pobreza es extremada: sus únicas riquezas son algunas cabezas de ganado: los mas ricos no tienen mas que unas quarenta ó cincuenta reses, con dos ó tres caballos é igual número de esclavos. Es muy raro el que llega á adquirir unas pocas onzas de oro.

En algunos paises de Negros la corona es hereditaria; en otros es electiva. Quando muere un Príncipe hereditario, le sucede su hermano y no su hijo; pero despues de la muerte del hermano, el hijo asciende al trono, y le dexa igualmente á su hermano. En algunos paises hereditarios hereda el primer sobrino por parte de hermana, porque la propagacion de la sangre Real no les parece segura sino por este medio; tan poco cuentan sobre la fidelidad de sus mugeres.

En los reynos electivos, tres ó quatro de los principales de la nacion se juntan des-

pues de la muerte del Rey para elegir sucesor, y se reservan el derecho de deponerle ó desterrarle, quando falta á sus obligaciones. Esta costumbre es el origen de una infinidad de guerras civiles; porque el Rey depuesto regularmente emprende restablecerse á pesar de todas las oposiciones.

No hay en todo el universo autoridad mas absoluta y respetada que la de los Monarcas Negros, la qual sostienen á fuerza de rigor. Los castigos por las menores faltas de respeto ú obediencia son la muerte, la confiscacion de bienes, y la esclavitud de todas las personas de la familia del culpado. El vulgo es menos digno de compasion en estos paises que los Grandes, porque en semejantes ocasiones solo tienen que temer la esclavitud. Con el mas leve pretexto el Rey vende por esclavos á sus vasallos: yo ví vender á un Morabito por haber faltado á una ceremonia, y éste infeliz Sacerdote estuvo mas de dos meses á bordo sin querer hablar palabra. Como la voluntad del Príncipe es una ley suprema, imponen tributos á su arbitrio, con lo que reducen á la miseria á sus vasallos.

El el reyno de Barsalli solamente el Rey y su familia tienen el derecho de dormir con mosquiteras; la infraccion de esta ley se castiga con la esclavitud. El Jalof que tuviese la osadia de sentarse sobre la misma estera que la familia Real, está sujeto á la misma

pena. Pero á pesar de tanto orgullo los Príncipes Jalofes son unos mendigos tan sin vergüenza, que si ven alguna cosa que les guste en poder de algun estrangero que los visita, al punto se la piden como para verla, y se quedan con ella con el mayor descaro.

Las pruebas legales del agua hirbiendo y del hierro encendido, antiguos monumentos de la barbarie Europea, se hallan aun en la jurisprudencia de los Negros, y la corrupcion de sus jueces es muy comun. Dos reyezuelos, tio y sobrino, ambos tributarios del Damel, que disputaban el derecho de la Soberanía, resolvieron remitir la decision á las armas, ó á la sentencia del Damel. Habiéndoles este Príncipe prohibido los medios violentos, se vieron precisados á sujetarse á su autoridad. En el dia señalado para oir sus alegatos, concurrieron á una gran plaza que está enfrente del palacio Real, ambos acompañados de una numerosa comitiva, que formaba dos batallones armados de dardos, saetas, azagayas y cimitarras. Colocaronse unos enfrente de otros á treinta pasos de distancia: el Damel se presentó al punto acompañado de seiscientos hombres, montado en un excelente caballo de Berbería, y se metió en medio de los dos competidores. Aunque todos hablaban una misma lengua, emplearon intérpretes para explicarse. El sobrino que era hijo del último Rey, alegó este derecho, y

en virtud de él suplicó al Damel que le confirmase su soberanía. Despues de haberle escuchado con mucha atencion le respondió el Damel con tono magestuoso: lo que Dios te dió, yo te lo confirmo á su exemplo. Esta respuesta tan positiva disipó al punto á los contrarios. Los Guiriotes con sus tamboriles é instrumentos celebraron las alabanzas del vencedor: repitiéronle mil veces que el Damel le habia hecho justicia; que era mas hermoso, mas rico y poderoso que su rival. Pero mientras que él estaba orgulloso con su fortuna, el otro mas diestro logró corromper con dádivas al Damel, el qual revocó la sentencia dada, y al dia siguiente el sobrino se vió despojado del trono por su tio. Este revés de la fortuna hizo mudar de estilo á los Guiriotes, y emplearon todos sus elogios en el que anteriormente habia sido el objeto de sus sátiras.

Los Reyes Negros se hacen la guerra por el menor pretexto, pero sus batallas no son mas que unas escaramuzas. En todo el reyno de Damel apenas se encontrarán caballos para formar un cuerpo de doscientos hombres de caballería. Este Príncipe, quando sale á campaña, no necesita de hacer provision de víveres, pues todas las mugeres de los pueblos por donde pasa, tienen obligacion de suministrarle provisiones.

Las armas de la caballería son azagayas, y tres ó quatro dardos de la figura de flechas;

pero su mayor confianza está en ir cargados de talismanes ó *grisgris.* Ademas llevan cimitarras, puñales moriscos, y un escudo redondo de cuero muy duro. La infantería va armada de cimitarras, azagayas, y una aljaba con unas cincuenta ó sesenta saetas envenenadas, cuyas heridas causan infaliblemente la muerte, y como el hierro de estas armas arrojadizas está dentado, es preciso despedazar la carne para sacarlas. Los Negros por lo general son tan diestros en el arco, que á cincuenta pasos aciertan á un blanco del tamaño de un duro. Marchan sin orden ni disciplina aun por pais enemigo; los Guiriotes los excitan á pelear con sus tambores y música. Quando estan á tiro de flecha, hace la infantería una descarga de saetas, y la caballería lanza sus dardos: despues echan mano de las azagayas; pero no se encarnizan contra sus enemigos, pues su ganancia consiste en hacer mucho número de esclavos, que es la suerte de todos los prisioneros de qualquier edad y condicion que fueren. A pesar del cuidado que tienen para coger vivos y sanos á sus enemigos, suele derramarse mucha sangre en sus batallas, porque muchos de ellos quieren mas morir, que exponerse á la esclavitud, ni dar muestra de cobardia.

Si el primer combate no decide la victoria, suelen repetirlo por muchos dias; y quando se cansan de pelear, envian por ambas

partes Morabitos para tratar de paz; concertados los artículos, juran por Mahoma y sobre el Koran la fidelidad de su cumplimiento. Jamas se hace mencion de los prisioneros; los que han tenido la desgracia de caer en manos de sus enemigos, quedan esclavos del que los cogió.

El Rey de Hoval, que tiene el título de Brak, y que gobierna el pais que propiamente se llama el Senegal, es tan pobre que muchas veces le falta hasta el mijo para comer, contentándose con una pipa de tabaco, y un vaso de aguardiente. La necesidad le obliga á hacer invasiones en los pueblos mas débiles de sus cercanías, para robarles sus ganados y hacer esclavos que vende á los Europeos por aguardiente. No solo es tirano contra sus vecinos, sino que tambien trata con el mayor despotismo á sus vasallos. Acostumbra andarse de pueblo en pueblo con toda su corte que se compone de cerca de doscientos Negros, llenos de todos los vicios; y permanece en cada lugar hasta que se les consume todas las provisiones. Los que se atreven á quexarse, son vendidos por esclavos.

Los Jalofes que viven á las orillas del Gambra, habitan los Reynos de Barsalli y de Yani. El Rey de Barsalli gobierna con una autoridad absoluta, y su familia es tan respetada de sus vasallos, que todos se postran con el rostro en tierra quando se pre-

sentan delante de alguna persona Real. Sin embargo, trata con igualdad á la gente de tropa: cada soldado tiene igual parte en las presas que se hacen en la guerra, y el Rey no toma mas que lo necesario para su gasto. Esta ley que él se impone, no le permite dexar las armas de la mano, porque al punto que ha consumido los frutos de una guerra, tiene precision de buscar una nueva presa para satisfacer á sus necesidades, y á la codicia de los suyos.

El Rey que mandaba en Bersalli en mi tiempo era un hombre tan colérico, que por el menor motivo tiraba el arma que tenia á mano al que le habia ofendido. A veces quando pasaba en una barca á Kobone, que es una de sus Ciudades, se divertia en disparar contra los que pasaban en las canoas, y cada dia mataba uno ó dos hombres. Aunque tenia gran número de mugeres, jamas conducia consigo mas que dos. Tenia muchos hermanos, pero rara vez les permitia le acompañasen, ni que se le presentasen; quando les concedia este honor, tenian que sujetarse á la ley comun para todos los Negros, que es echarse polvo sobre la cabeza quando se presentan al Rey. Sin embargo, ellos son los herederos de la corona despues de su muerte; pero en el reyno de Barsalli ordinariamente se la disputan los hijos del Rey difunto, y por lo regular queda en manos del mas fuerte.

Ya os he dicho que los Fulis de Siratik ocupan un pais muy extenso baxo el gobierno de un Rey propio; pero los que habitan en las dos riberas del Gambra, son dependientes de los Mandingos, entre los quales han ido formando establecimientos. Es probable, que el hambre ó la guerra los ha obligado á abandonar su pais: todos los Viageros alaban á estos Fulis del Gambra sobre todos los Negros del mismo pais. Aunque tienen algunas habitaciones fixas, por lo regular andan errantes con sus ganados, conduciéndolos á los parages altos ó baxos en las varias estaciones de lluvias ó sequedad. Quando encuentran buenos pastos, se establecen en ellos con licencia del Rey, y permanecen mientras que hay hierba. La vida de estos Negros es muy penosa; ademas del trabajo de su profesion, tienen que estar continuamente defendiendo sus ganados de las fieras por tierra y de los crocodilos de los rios. Por la noche recogen sus ganados en el centro de sus tiendas y cabañas, y encendiendo hogueras al rededor, estan alerta toda la noche.

Estos Negros se parecen mucho en el modo de vivir á los Arabes, cuya lengua aprenden, y estan mas versados en ella que los Europeos en el latin: todos la hablan, aunque tienen su lengua propia, que se llama Fuli.

Tienen sus xefes que los gobiernan con dulzura: viven en sociedad, y forman poblaciones, sin sujetarse á los Príncipes, en cuyos dominios se establecen. Quando recibe algun agravio de él ó de sus vasallos, destruyen sus poblaciones, y van á establecerse á otra parte. Su forma de gobierno se mantiene sin trabajo, porque son de un caracter suave y pacífico. Son tan observantes de la justicia y de la buena fe, que el que las quebranta, es mirado con horror por toda la nacion, y nadie quiere salir á su defensa. Como estos Negros no tienen pasion al derecho de propiedad sobre las tierras, y por otra parte se cuidan muy poco de la agricultura, los Reyes les conceden con facilidad el permiso de establecerse en sus estados. No cultivan mas que las cercanias de sus poblaciones y aduares, para socorrer á sus primeras necesidades, sembrando maiz, arroz, algodon, tabaco, y algunos otros granos.

A pesar de esta moderacion de los Fulis, la industria y frugalidad les hacen recoger mas frutos de los que consumen, y los venden muy baratos. Son muy observantes de la hospitalidad, y por esta razon se tiene por gran dicha la vecindad de sus aldeas y aduares. En todas partes los estiman tanto, que es gran deshonra el insultarlos: su humanidad no admite excepcion

de personas, pero se esmeran mas con los de su nacion. Quando un Fuli cae en esclavitud, todos los demas se reunen para rescatarle; y como tienen abundancia de mantenimientos, no permiten que ninguno de su nacion padezca necesidad. Cuidan mucho de los viejos, ciegos y estropeados; y su humanidad se extiende hasta con los Mandingos, de los quales alimentan muchos en tiempo de hambre. Las riñas son tan raras entre ellos, que en todo el tiempo que estuve por aquellos paises, jamas oí que un Fuli hubiese reñido con otro. Esta mansedumbre y dulzura no procede de cobardia, pues no hay nacion mas valerosa que esta en el Africa, ni que sepa rechazar con mas valor á los que la insultan. Los mismos Jalofes no se atreven á acometerlos. Sus armas son azagayas, saetas, cimitarras, y á veces fusiles, todas las quales manejan con mucha destreza. Regularmente van á establecerse cerca de los pueblos de los Mandingos. Observan con mucho rigor el Mahometismo: pocos son los que se atreven á beber aguardiente, ni mas licor que agua con azucar. Es tanta su industria para cuidar los ganados, que los Mandingos les encargan los suyos.

No obstante, tienen sus supersticiones como los demas Negros. Quando saben que han cocido la leche de sus vacas, no quie-

ren vender mas de ella al que lo haya hecho, porque atribuyen al fuego una accion que puede obrar á larga distancia, y matarles sus ganados.

Los Mandingos estarian expuestos á perecer muchas veces de hambre sino fuese por el socorro de los Fulis, de los quales sacan sus alimentos por medio del comercio. No se conoce nacion alguna de las orillas del Gambra, que sepa hacer la manteca sino los Fulis, la qual dan en cambio de otros géneros, principalmente de sal.

Su vestir no es menos peculiar de esta nacion que su comercio. No usan de otras telas, que de las que ellos mismos fabrican, que son de coton blanco, y las mugeres cuidan de mantenerlas siempre muy limpias. En sus tiendas y cabañas no se percibe el menor hedor, y en la fábrica de estos pequeños edificios se advierte cierta regularidad. Siempre hay alguna distancia entre ellos, para preservarlos de incendios; las calles son anchas, y el paso no está embarazado, lo qual no se observa en los pueblos de los Mandingos. Todas las habitaciones de los Fulis estan construidas por un mismo modelo.

En otra carta os he dicho, que de todas las naciones que habitan en las riberas del Gambra, y aun en toda la extension de esta costa, la de los Mandingos es la mas numerosa. Estos Negros son vivos,

alegres, muy apasionados al bayle, pero al mismo tiempo muy pendencieros; esta nacion esparcida por todo este pais es originaria, como ya he dicho, de una region interior llamada Mandinga. Son los mas zelosos Mahometanos de todos los Negros: no conocen el uso del vino ni del aguardiente, y son tambien los mas instruidos de todas estas regiones del Africa; la mayor parte del comercio de aquellos paises está en sus manos.

En el orden de la economia doméstica el cuidado del arroz está á cargo de las mugeres. Despues de haber separado lo suficiente para el consumo de su familia, tienen facultad para vender lo restante, y quedarse con su precio, sin que los maridos tengan en esto la menor intervencion. La misma costumbre se observa en orden á las aves domésticas, de las quales crian gran número.

Hay algunos Mandingos que mantienen gran número de esclavos, y los tratan con tanta dulzura, que apenas se los distingue de sus amos, mayormente las mugeres que estan adornadas de collares de plata, ambar, y coral, como sino tuviesen mas ocupacion que el ataviarse. La mayor parte de estas esclavas han nacido en la casa.

Todos los Reynos de la ribera del Gambra tienen gran número de Señores particulares, que son como los Soberanos de los

pueblos en que viven. Su principal tributo consiste en tener la propiedad de todas las palmas y *siboas* del pais, de suerte que sin su permiso nadie se atreve á extraer el vino, ni á cortar la menor rama: este permiso se concede á algunos habitantes, reservándose el Señor el producto de dos dias de trabajo á la semana. Aun los mismos Blancos estan obligados á pedirles permiso para cortar hojas de *siboa* y hierba, quando tienen que cubrir alguna casa.

Las riquezas de los Mandingos se computan por el número de sus esclavos. Para proveer de ellos á los Europeos, su método consiste en enviar una tropa de guardas al rededor de algun pueblo, con orden de coger el número de habitantes que necesitan. Atan las manos atras á estas infelices víctimas para conducirlos á los navios, y luego que los han marcado, quedan esclavos para siempre. A los niños los transportan ordinariamente metidos en sacos, y ponen mordazas á los hombres y mugeres, para que no causen alborotos con sus gritos en los pueblos por donde pasan. Estas violencias no se executan en las poblaciones cercanas á las factorias estrangeras, porque los Príncipes tienen interes en conservarlas; pero los pueblos de lo interior del pais son tratados con toda crueldad. Sucede á veces, que los presos logran

escaparse de manos de los guardas, y amotinando con sus gritos á otros habitantes, persiguen á los guardas del Rey. Si pueden prenderlos, suelen conducirlos á la presencia del Monarca, el qual niega haberles dado esta comision; pero por no perder su ganancia, con pretexto de hacer justicia, vende por esclavos á estos mismos ministros de su tirania: á veces tambien hace prender á los que han venido á deponer contra sus guardas, y los vende, como si fuese un delito el pedir justicia de su agravio.

Contaronme una costumbre muy singular del Reyno de Baúl. Quando hay que deliberar sobre algun asunto de importancia, el Rey junta á sus Consejeros en algun bosque espeso, en el qual abren un gran hoyo en tierra, á cuya orilla se sientan todos los Consejeros, y con la cabeza inclinada ácia el fondo escuchan lo que el Rey les propone. En esta misma situacion se reciben los votos, y se toman las resoluciones. Concluido el consejo, se cierra con cuidado el hoyo con la misma tierra que sacaron, para significar que el secreto debe quedar allí sepultado. La menor imprudencia en esta parte se castiga con el último suplicio, lo qual contribuye mucho mas que el misterio del hoyo á hacer los secretos impenetrables.

El trage popular en esta parte del Africa consiste en unos pañetes rodeados á la cin-

tura, y este es con corta diferencia el trage de todas las naciones Negras con algunas diferencias. Los mas ricos añaden una especie de camisa de coton muy corta, con mangas muy anchas.

En algunas partes usan de una especie de capucha. La gente comun anda con los pies descalzos, pero las personas distinguidas usan de unas abarcas de cuero, que sujetan con una correa al dedo gordo. Aunque tienen el cabello corto, se lo adornan con *grisgris*, con lantejuelas de plata, cobre, coral &c. En las orejas llevan pendientes de estaño, de plata ó cobre. Los que descienden de esclavos, no pueden dexar crecer el cabello.

Las mugeres van desnudas desde la cintura á la cabeza, á no ser que el frio las obligue á cubrirse: lo restante del cuerpo vá cubierto con una especie de saya, que las llega hasta la pantorrilla. Se adornan la cabeza con corales, y otras alhajas brillantes, y se trenzan el cabello con bastante arte. Las mugeres mas altas son reputadas por las mas bellas: ved á que se reduce la idea de la belleza esencial. Los muchachos y muchachas van desnudos del todo hasta la edad de once ó doce años.

Los Negros ordinariamente no beben sino agua, aunque á veces usan del vino de palmas, y de una especie de cerbeza que lla-

man *bullo*, compuesta de granos del pais; pero tienen una pasion tan grande á los licores fuertes de Europa, que venden hasta sus vestidos por adquirirlos. El exemplo de los hombres no impide á las mugeres el ser recatadas y sóbrias, de suerte que no se atreven á probar el aguardiente, á excepcion de algunas mugeres de los Príncipes, que por su dignidad se sobreponen á las costumbres recibidas.

No tienen propiamente pan; comen sus granos cocidos en leche ó en agua. El maiz lo comen tostado al fuego quando está tierno, y el arroz lo componen como los Turcos. En órden á los casamientos hay mucha variedad entre los Negros, segun los paises. En unos, qualquier Negro tiene facultad para ajustar su boda con qualquier muchacha casadera, pero siempre con la participacion y consentimiento de sus padres, en cuyas manos debe depositar la dote que se ajuste. Tambien el Rey ó el Señor del pais cobra cierto derecho por la ratificacion del tratado. Concluido éste, el marido acompañado de algunos amigos de su edad vá por la noche á la casa de la novia para ver si puede robarla, lo qual al fin consigue á pesar de su resistencia y gritos, que son de pura ceremonia. Permanece por algun tiempo encerrada en su casa, y hasta despues de algunos meses jamas sale en público sino

con el velo puesto, el qual viene á ser como nuestras mantillas, que las tapa la cabeza y todo el rostro á excepcion de un ojo. Su dote se reserva para el caso de sobrevivir á su marido, porque la costumbre obliga á las viudas á comprar un marido del mismo modo que ellas fueron compradas.

Quando la novia es presentada á su novio, él la ofrece la mano para introducirla en su casa; pero al punto la obliga á ir por agua, leña, y las demas cosas necesarias. Ella obedece rendidamente: él se pone á cenar, y la muger no cena hasta despues que él ha acabado, y permaneciendo en silencio espera sus órdenes para irse á la cama. Es costumbre constante entre los Negros, el no comer jamas las mugeres con sus maridos: en todos aquellos paises se observa la esclavitud de las mugeres, que es la costumbre mas antigua del mundo, y que aun se practica en todo el Oriente.

La dote consiste ordinariamente en algunos bezerros, que no pasan de cinco, y se entregan al padre de la novia. El novio tiene derecho para devolver la novia á sus padres, si halla algun defecto en órden á su virginidad; pero el padre no pierde nada, porque nunca falta quien reciba por concubinas á las que han sido desechadas.

Los Negros pueden tener todas las mugeres que quieran, pero una sola goza de los pri-

vilegios de muger legítima, y jamas se aparta del marido. Las legítimas estan dispensadas de muchos trabajos penosos, que son la ocupacion de las otras mugeres, pero no comen con sus maridos ni en su presencia. Causa admiracion ver la buena harmonia que reyna entre estas mugeres: se retiran por la noche á sus cabañas, y allí esperan la orden de su marido comun: por la mañana pasan á darle los buenos dias, poniéndose de rodillas. La muger legítima, esto es, la que se casó la primera, tiene autoridad sobre las demas, á no ser que carezca de hijos.

En caso de adulterio los dos cómplices son vendidos por esclavos á los estrangeros, sin esperanza de ser jamas rescatados. Este castigo se aplica á los mayores delitos, porque entre los Negros no se conoce la pena capital, ó rara vez se executa. Aunque esta ley sobre el adulterio da á entender que tienen algun pudor, por otra parte son tan interesados, que prostituyen á sus mugeres é hijas á los estrangeros. Ellas tambien por el mismo vil interes no se niegan á las caricias de los Blancos. Su figura no tiene nada de desagradable; su talle es elegante, los ojos muy vivos, el color brillante y atezado como el azabache, y su ayre es muy lascivo.

Los trabajos penosos de la casa estan á cargo de las mugeres: no solo preparan la comida y los licores, sino que cuidan del

cultivo de los granos y del tabaco, de moler el mijo, de hilar y texer el algodon, proveer la casa de agua y leña, cuidar de las bestias, en fin todo lo que en otros paises está á cargo de los hombres. Mientras que los hombres pasan el tiempo en conversacion ociosa, las mugeres cuidan de espantarles las moscas, y les sirven la pipa y el tabaco.

Entre los Negros Mahometanos hay grados de parentesco que impiden al matrimonio. Un hombre no puede casarse con dos hermanas: el Damel que habia violado esta ley, fue reprendido en secreto por los Morabitos.

La facilidad que las Negras tienen para parir, pareceria increible si no estuviera confirmada por testimonio de todos los Viageros. No dan el menor grito ni suspiro: despues del parto, se lavan muy despacio, y con el mismo esmero lavan al niño. Le envuelven en un pañal sin ninguna faxa, porque dicen, y con razon, que estas ligaduras pueden hacerle contrahecho. A los doce ó quince dias de nacido, empieza la madre á llevarle colgado á la espalda, y jamas le suelta, aunque se ocupe en el trabajo mas penoso. Se vé ordinariamente salir á las madres el mismo dia que paren ó al siguiente: todos los dias por la mañana lavan al niño en agua fria, y le frotan con aceyte de palmas. Hasta que la madre empieza á llevarle á la es-

palda, le dexan tendido en el suelo, sin cuidar mas que de darle de mamar.

Algunos han escrito que el tener los Negros la nariz aplastada procede de este modo de llevar las madres á sus hijos á la espalda; pero este es ùn error muy grosero. Las facciones de los Negros son tan caracteristicas, que de qualquier modo que los criasen siempre serian las mismas. Sin embargo, se ven algunas Negras, que no tienen la nariz aplastada, y en todas sus facciones se observa la misma regularidad, que en las mas bellas Europeas; pero estas son excepciones raras, así como los *albinos*.

Las Negras tienen el cutis muy fino, y por lo regular mas talento que los hombres. Es excesiva su ternura para con sus hijos, y los cuidan con el mayor esmero hasta que andan por sí solos. Entonces sin descuidar nada de lo tocante á su sustento, no se cuidan de su instruccion. Segun crecen se van haciendo tan robustos y vigorosos, que casi no conocen mas enfermedades que las viruelas; pero como se crian en una ociosidad continua, se hacen tan perezosos que si no los estimulase la necesidad, no se tomarian el trabajo de cultivar el campo. De aquí es que su trabajo nunca excede de lo precisamente necesario, y si aquel pais no fuese tan fertil, todos los años se verian expuestos al hambre, y precisados á venderse á quien qui-

siese alimentarlos. Tienen grande aversion á todo género de exercicio, excepto la danza, de la qual nunca se cansan.

Las solteras jóvenes afectan mucho recato y modestia, principalmente quando estan delante de gentes; pero separadas no tienen ningun miramiento ni pudor. Las que se creen de raza Portuguesa son mas recatadas que las Mandingas, aunque tampoco son muy escrupulosas. Quizá esta opinion comun de la incontinencia de las Negras procede del mal exemplo y seducciones de los Blancos, los quales establecen despues por caracter nacional de un pueblo lo que es efecto de la corrupcion que ellos introducen en las que los tratan.

Luego que muere un Negro, su familia participa la muerte á la vecindad con alharidos y lamentos: los gritos de los concurrentes se mezclan con los de la familia: pero por lo tocante á los funerales cada distrito tiene sus usos particulares. En general todos usan de muchas ceremonias y formalidades: un Morabito lava el cadaver y le adorna con sus mejores vestidos que llevó en vida. Sus parientes y vecinos van á hacerle mil preguntas ridículas, por exemplo, qué motivo ha tenido para morirse, si no estaba contento con ellos, si no era bastante rico, si no tenia bastantes mugeres &c.; y concluido el interrogatorio, se marchan con el mis-

mo órden. Por otra parte los Guiriotes cantan las alabanzas del difunto.

Es costumbre general hacer un *folgar* ó sarao para todos los concurrentes : matan algunas terneras : venden los esclavos para comprar aguardiente ; y concluida la fiesta, quitan el techo de la choza en que se ha de enterrar el muerto, y es la misma en que murió.

Quando muere un Rey ó un Señor se señala un tiempo determinado para los gritos y lamentos , que suele ser un mes ó quince dias. Estos gritos y lamentos que se dan en la muerte de los Negros, son tanta prueba de su sentimiento , como el luto entre nosotros.

Todos los habitantes de esta parte de Africa son , como ya he dicho , muy apasionados á la música y á la danza. Han inventado muchos instrumentos que se parecen á los de Europa , pero estan muy distantes de su perfeccion. Sus tambores son troncos de árboles huecos , y cubiertos con una piel de cabra ó de oveja. A veces los baten con los dedos como nuestras panderetas ; pero lo regular es tocarlos con unos palillos como nuestros tambores. El tamaño de estos tambores es diferente para que den variedad de sonidos : los hay de cinco pies de largo , y de veinte ó treinta de diámetro , cuyo sonido es muy bronco , y triste. Los tamboriles son el instrumento prin-

cipal de todas sus fiestas. En la mayor parte de los pueblos los Negros tienen un tamboron que llaman *tonton*, el qual solo se toca quando se acerca el enemigo, ó en otras ocasiones extraordinarias para tocar á rebato; el ruido del *tonton* se oye á la distancia de unas dos leguas.

Los exercicios útiles de los Negros son la pesca y la caza, y los que habitan cerca de los rios se ocupan únicamente en la pesca. Tienen para este efecto canoas hechas de troncos de árboles; en las mayores cabrán unos diez ó doce hombres; su longitud ordinaria es de treinta pies con dos ó tres de ancho, y las conducen á remo y vela. Sucede con freqüencia que el viento las vuelca; pero los Negros son tan diestros nadadores, que al punto las enderezan con mucha facilidad. Estas barquillas son tan veloces, que no hay falúa en Europa que pueda competir con ellas, y los Negros no temen meterse mar adentro hasta distancia de seis millas. Pescan con redes, y para los peces grandes usan de unos harpones, atados á un cordel, los quales disparan con mucho acierto, y despues tiran de la presa asida al harpon.

No salan el pescado menudo, sino que lo dexan secar en la ribera, y lo mismo hacen con los peces grandes haciéndolos trozos; regularmente se pudre, y entónces lo tienen por un manjar delicado. Los Ne-

gros del Gambra, del Senegal, y de Cabo Verde son muy diestros en el arco, y con sus saetas envenenadas matan todo género de caza y aves.

Con la idea que os he dado de la pereza genial de los Negros, no esperareis que tengan mucha destreza ni ardor en las artes mecánicas, de las quales no conocen mas que las precisas para el uso de la vida, como son herreros, texedores y alfahareros. Los herreros son los mas estimados, pero como no saben fundir el hierro, tienen que emplear el que les llevan de Europa para hacer sus armas, y una especie de hazada para labrar la tierra. Tambien tienen zapateros, que se ocupan en hacer *grisgris*, los quales son unas bolsitas de cuero, en que guardan los caractéres que escriben en un papel los Morabitos: estos mismos artesanos son los que hacen las sillas y frenos para los caballos, todo lo qual trabajan con bastante primor.

Las mugeres son las que se emplean en texer las telas de coton de que se visten, y las suelen teñir de azul ó negro, y lo mas regular es dexarlas su color natural. No saben dar á sus telas mas que cinco ó seis pulgadas de ancho, y unas dos varas de largo; pero unen varias de estas piezas cosiéndolas, y las dan todo lo largo y ancho que necesitan.

Las esteras de palma, de que se hace

mucho uso en estos paises, son obra de las mugeres: los Negros comen, duermen, descansan, y pasan la mayor parte de su vida sobre estas esteras, y aun en algunas ferias pasan por moneda corriente.

La mayor parte de sus poblaciones son de forma redonda, y sus casas estan construidas con una especie de barro roxizo, que se endurece con el tiempo: de este barro se podrian hacer excelentes ladrillos, pero los Negros no conocen esta fábrica. Sus chozas son redondas, porque creen que es la mejor forma para resistir á las tempestades y vientos. Todas las poblaciones estan cercadas de un vallado de espinos para defenderse de las fieras; pero á pesar de esta defensa tienen á veces que encender hogueras, dar grandes gritos, y tocar sus tambores para auyentar á estos enemigos tan dañosos.

Los Mandingos fabrican sus chozas y casas contiguas unas con otras, de lo qual resulta que los incendios hacen grandes estrágos en sus poblaciones. Quando se les pregunta, por qué no imitan la costumbre de otros Negros, que dexan intervalos entre cada casa? responden, que en en esto siguen el exemplo de sus mayores, los quales sabian mas que ellos. ¡Qaun comun es esta respuesta Mandinga en nuestra nacion, aun en asuntos de mayor conseqüencia!

El palacio del Damel, ó Rey de Kayor,

es distinguido por su magnificencia. Antes de la puerta del primer recinto hay una gran plaza para exercitar sus caballos: á lo largo del recinto estan las chozas de los Señores, que son como la vanguardia del palacio. Desde la plaza hasta el quarto del Rey hay una calle de árboles, y á los lados estan las habitaciones de los principales oficiales de palacio. Cada una de sus mugeres tiene su habitacion particular con cinco ó seis esclavas que la sirven, y el Rey vá á la que se le antoja sin ninguna regla fixa, sin que las no favorecidas tengan zelos de las otras. Sin embargo, siempre tiene una privilegiada, y quando se cansa de ella, la envia á alguna aldea, señalándola tierras para mantenerse, y otra la sucede en el favor. De treinta mugeres que este Príncipe mantiene, habia ya enviado la mitad á esta especie de retiro.

Los muebles de los Negros son muy pocos y pobres: una especie de arca para guardar su ropa, una estera asegurada en quatro maderos, que les sirve de cama, uno ó dos cántaros ó jarros para el gua, algunas calabazas, dos ó tres morteros de madera para moler el maiz y el arroz, un cesto para guardarlo, y algunas horteras para el alcuzcuz, he aquí todo su ajuar, y con esto tienen sin duda lo necesario para los usos de la vida.

Fin del Quaderno XXVII.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE

TOMO IX.

QUADERNO XXV.

CARTA C.

Las fuentes del Nilo.

CARTA CI.

Continuacion de las fuentes del Nilo.

CARTA CII.

Continuacion de las fuentes del Nilo.

CARTA CIII.

Continuacion de la Abisinia.

CARTA CIV.

Continuacion de la Abisinia.

CARTA CV.

Continuacion de la Abisinia.

Fin del Quaderno XXV.

QUADERNO XXVI.

CARTA CVI.

Viage á la Nubia.

CARTA CVII.

Viage á Senaar.

CARTA CVIII.

Gobierno del Senaar.

CARTA CIX.

Viage de Senaar á Chandi.

Fin del Quaderno XXVI.

QUADERNO XXVII.

CARTA CX.

Costa Occidental del Africa.

CARTA CIX.

Continuacion de la Costa Occidental.

CARTA CXII.

Continuacion del Senegal.

CARTA CXIII.

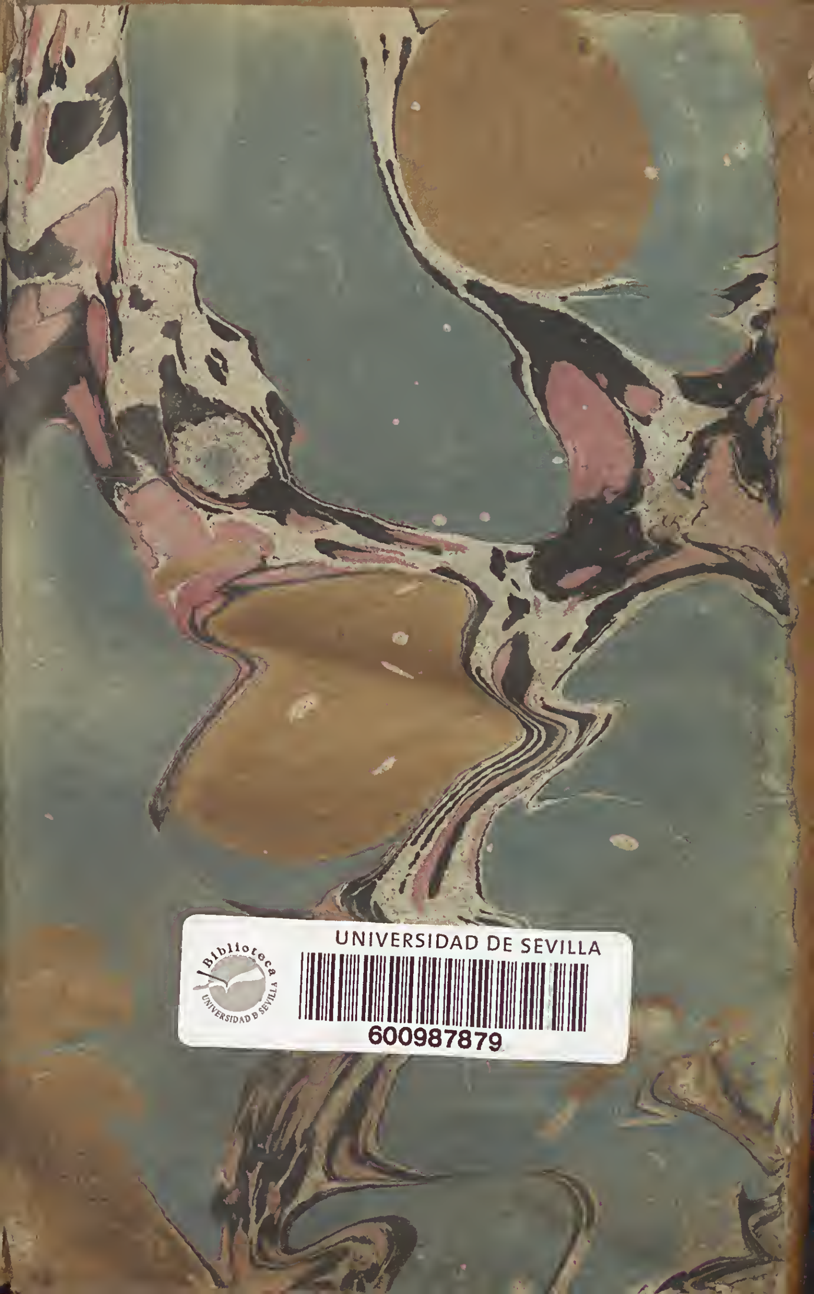
Bambuk ó pais del oro.

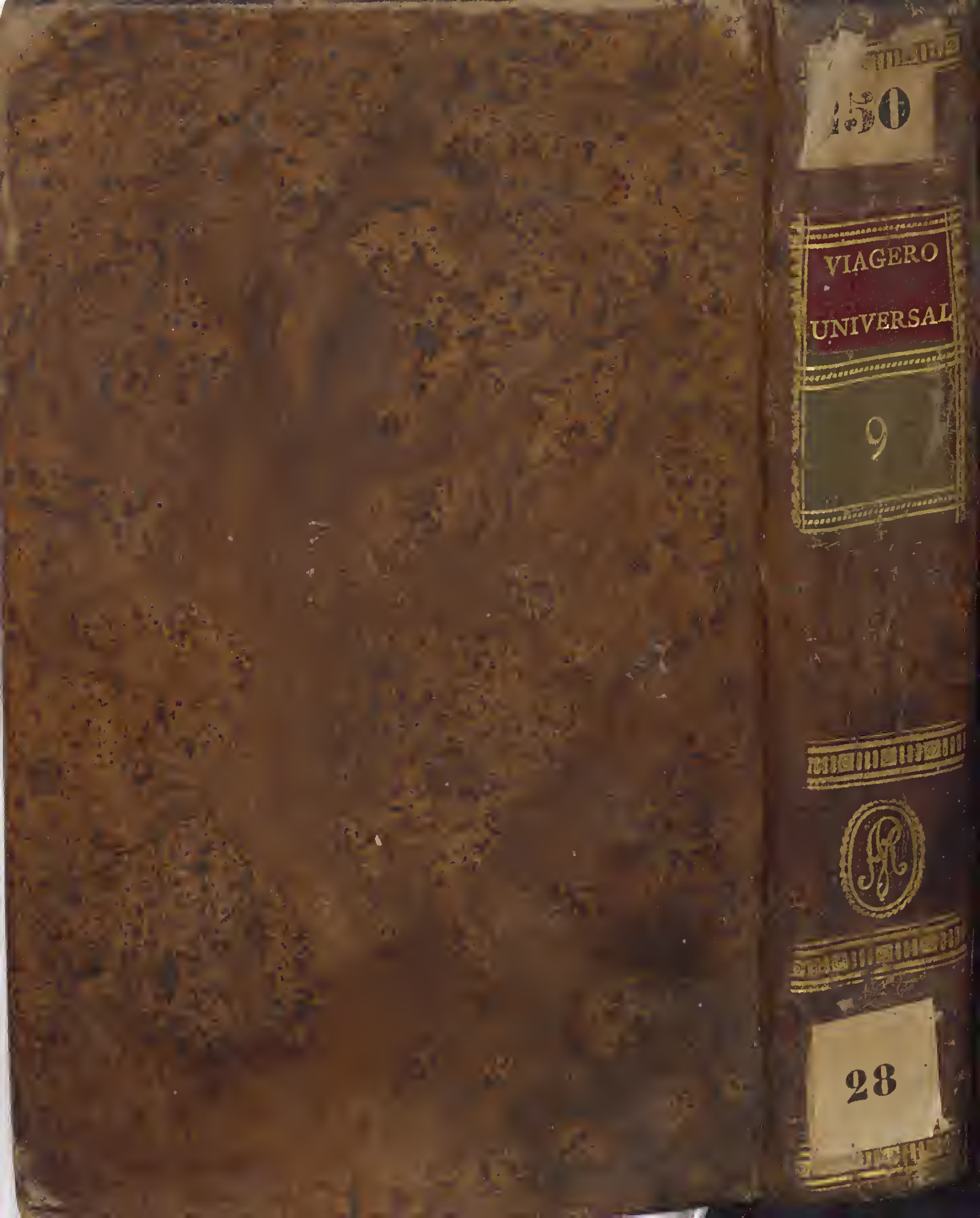
CARTA CXIV.

Costumbres de estas naciones

FIN.




Biblioteca
UNIVERSIDAD DE SEVILLA
UNIVERSIDAD DE SEVILLA
600987879



150
VIAGERO
UNIVERSAL
9
28